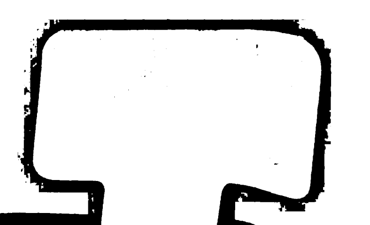




LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL

EN

1910.

EL PARTIDO NACIONAL DEMOCRÁTICO.

POR

Francisco I. Madero.

San Pedro, Coahuila, Diciembre de 1908.

LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL

EN

1910.

EL PARTIDO NACIONAL DEMOCRÁTICO.

POR

Francisco I. Madero.

San Pedro, Coahuila, Diciembre de 1908.

A mi inolvidable amigo Carlo de Fornaro
Afectuosamente
Flavio Guillén
Mexico, Sbre 8./1909

A los héroes de nuestra patria:
A los periodistas independientes:
A los buenos mexicanos.

Dedico este libro á los héroes que con su sangre, conquistaron la independencia de nuestra patria; que con su heroísmo y su magnanimidad, escribieron las hojas más brillantes de su historia; que con su abnegación, su constancia y sus luces, nos legaron un código de leyes tan sabias que constituyen uno de nuestros más legítimos timbres de gloria, y que nos han de servir para trabajar, todos unidos, siguiendo el grandioso principio de fraternidad, para obtener, por medio de la libertad, la realización del magnífico ideal democrático, de la igualdad ante la ley.

He dedicado en primer lugar mi libro á esos héroes, porque se me ha enseñado á venerarlos desde mi más tierna infancia; porque para escribirlo, me he inspirado en su acendrado patriotismo, y porque en su glorioso ejemplo he encontrado la fuerza suficiente para emprender la difícil tarea que entraña este trabajo.

Sólo en el estudio de su historia he podido fortificar mi alma, porque encuentro que ella nos hace

respirar otro ambiente que el que se respira actualmente en la República, de uno á otro confín; nos hace respirar el ambiente de la libertad, saturado de los perfumes que exhalan las plantas que sólo se desarrollan en ese medio. Esa historia nos hace tener una idea más elevada de nosotros mismos, al enseñarnos que esos grandes hombres cuyas hazañas admiramos, nacieron en el mismo suelo que nosotros, y que, en su inmenso amor á la patria, que es la misma nuestra, encontraron la fuerza necesaria para salvarla de los más grandes peligros, para lo cual no vacilaron en sacrificar por ella, su bienestar, su hacienda y su vida.

*
* *

En segundo lugar, dedico este libro á la Prensa Independiente de la República, que con rara abnegación ha sostenido una lucha desigual por más de 30 años contra el poder omnímodo que ha centralizado en sus manos un sólo hombre; á esa prensa que tremolando la bandera constitucional, ha protestado contra todos los abusos del poder, que ha defendido nuestros derechos ultrajados, nuestra Constitución escarnecida, nuestras leyes burladas.

Muchas veces, en tan larga lucha, le ha llegado á faltar aliento y ha estado próxima á sucumbir, pero nuestra patria tiene gran vitalidad, debido á las hazañas de nuestros antepasados, y esa vitalidad reanimó las fuerzas de sus abnegados servidores y les dió nuevo vigor para seguir luchando, al grado que ahora presenciamos una vigorosa reacción de la Prensa Independiente, que ha hecho á un lado las antiguas rencillas que la dividían en dos bandos,

2.

para no formar sino una masa compacta que lucha con energía y con fé, por la realización del grandioso ideal democrático, consistente en la reivindicación de nuestros derechos, á fin de dignificar al mexicano, de elevarlo de nivel, de hacerle ascender de la categoría de súbdito, á que prácticamente está reducido, á la de hombre libre; á fin de transformar á los mercaderes y viles aduladores, en hombres útiles á la patria, y en celosos defensores de su integridad y de sus instituciones.

Por este motivo quiero presentar un homenaje de respeto á esos modestos luchadores, á quienes no han arredrado las persecuciones, la prisión, los sarcasmos, los insultos y las privaciones de todas clases; á quienes no ha podido seducir el ofrecimiento de brillantes posiciones oficiales, pues han preferido vivir pobres, pero con la frente muy alta; perseguidos, pero con la noble satisfacción de que servían á su patria; oprimidos, pero alimentando siempre en su corazón el ideal de la libertad.

A estos valientes paladines de la libertad, la patria sabrá premiar sus servicios; pero entre tanto, que sepan que sus esfuerzos no han sido estériles, que la semilla que pusieron en el surco y que con perseverante celo han protegido contra el vendaval, ha germinado ya y el árbol de la libertad se anuncia lozano y vigoroso, para muy pronto protegernos con su sombra bienhechora.

***

Por último, dedico este libro á todos los mexicanos en quienes no haya muerto la noción de Patria y que noblemente enlazan esta idea con la de libertad, y de abnegación; á esa pléyade de valien-

tes defensores que nunca han faltado á la Nación en sus días de peligro, y que permanecen ocultos por su modestia, hasta que llegue el momento de la lucha en que asombrarán al mundo con su vigoroza y enérgica actitud; á esos valientes paladines de la libertad, que ansiosos esperan el momento de la lucha; á esos estoicos ciudadanos, que muy pronto se revelarán al mundo por su entereza y su energía; á todos aquellos que sientan vibrar alguna de las fibras de su alma al leer este libro, en el cual me esforzaré en hablar el lenguaje de la Patria.

San Pedro, Coah., Octubre de 1908.

FRANCISCO I. MADERO.

MOVILES QUE ME HAN GUIADO PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO.

Antes de dar principio al trabajo que tengo la satisfacción de presentar al público, precisa que diga unas cuantas palabras sobre los móviles que me han guiado al publicarlo,

Empezaré por exponer la evolución que han ido sufriendo mis ideas á medida que se han desarrollado los acontecimientos derivados del actual régimen político de la República, y en seguida trataré de estudiar con el mayor detenimiento posible, las consecuencias de este régimen, tan funesto para nuestras instituciones.

Como la inmensa mayoría de mis compatriotas que no han pasado de los 50 años (¡dos generaciones!) vivía tranquilamente dedicado á mis negocios particulares, ocupado en las mil futilezas que hacen el fondo de nuestra vida social; enteramente banal, estéril en lo absoluto!

Los negocios públicos poco me preocupaban, y menos aún me ocupaba de ellos, pues acostumbra-

do á ver á mi derredor que todos aceptaban la situación actual con estoica resignación, seguía la corriente general y me encerraba, como todos, en mi egoísmo.

Conocía en teoría los grandiosos principios conquistados por nuestros antepasados, así como los derechos que nos aseguraron, legándonos en la Constitución del 57 las más preciadas garantías para poder trabajar unidos, por el progreso y el engrandecimiento de nuestra patria.

Sin embargo, esos derechos son tan abstractos, hablan tan poco á los sentidos, que aunque veía claramente que bajo el gobierno que conozco desde que tengo uso de razón, eran violados, no me apercibía de la falta que me hacían, puesto que podía aturdirme dedicándome febrilmente á los negocios y á la satisfacción de todos los goces que nos proporciona nuestra refinada civilización.

Además, eran tan raras y tan débiles las voces de los escritores independientes que llegaban á mí, que no lograron hacer vibrar ninguna fibra sensible; permanecía en la impasibilidad en que aun permanecen casi todos los mexicanos.

Por otro lado, consciente de mi insignificancia política y social, comprendía que no sería yo el que podría iniciar un movimiento salvador y esperaba tranquilamente el desenvolvimiento natural de los acontecimientos, confiando en lo que todos afirmaban: que al desaparecer de la escena política el Sr. Gral. Porfirio Díaz, vendría una reacción en favor de los principios democráticos, ó bien, que alguno de nuestros pro-hombres iniciara alguna campaña demócratica para afiliarme á sus banderas.

La primera esperanza la perdí cuando se instituyó la Vice-Presidencia en la República, pues comprendí que aun desapareciendo el Gral. Díaz, no se verificaría ningún cambio, pues su sucesor sería nombrado por él mismo, indudablemente entre sus mejores amigos, que tendrán que ser los que más simpaticen cou su régimen de Gobierno. Sin embargo, la convocación á una Convención por el Partido que se llamó en aquellos días Nacionalista, hacía esperar que por lo menos el candidato á la Vice-Presidencia, sería nombrado por esa Convención. No fué así y la convocatoria á tal Convención resultó una farsa, porque después de haber permitido á los delegados que hablaran de sus candidatos can relativa libertad, se les impuso la candidatura oficial del Sr. Ramón Corral, que era completamente impopular en aquella asamblea y cuya candidatura fué recibida con seseos, silbidos y sarcasmos.

Entonces comprendí que no debíamos ya de esperar ningún cambio al desaparecer el Gral. Díaz, puesto que su sucesor, impuesto por él á la República, seguiría su misma política, lo cual acarrearía grandes males para la patria, pues si el pueblo doblaba la cerviz, habría sacrificado para siempre sus más caros derechos, ó bien, se erguía enérgico y valeroso, en cuyo caso tendría que recurrir á la fuerza para reconquistar sus derechos y volvería á ensangrentar nuestro suelo patrio la guerra civil con todos sus horrores y sus funestas consecuencias.

En cuanto al pro-hombre que iniciara algún moviento regenerador, no ha parecido y hay que per-

der las esperanzas de que parezca, pues en más de 30 años de régimen absoluto, no se han podido dar á conocer más pro-hombres que los que rodean al Gral. Díaz, y esos no pueden ser grandes políticos, ni mucho menos políticos independientes; tienen que ser forzosamente hombres de administración, que se resignen á obrar siempre según la consigna, pues solo éstos son tolerados por nuestro Presidente, que ha impuesto como máxima de conducta á sus Ministros, Gobernadores y en general á todos los ciudadanos mexicanos, la de «poca política y mucha administración,» reservándose para él, el privilegio exclusivo de ocuparse de política, á tal grado, que para los asuntos que conciernen á este ramo de gobierno, no tiene ningún consejero, sus mismos Ministros ignoran con frecuencia sus intenciones.

Casi no hablaré del movimiento político por medio de los clubs liberales iniciado por el ardiente demócrata, y estimado amigo mío Ing. Camilo Arriaga, pues su movimiento fué matado en su cuna con el escandaloso atentado verificado en San Luis Potosí, y no tuvo tiempo de conmover profundamente á la República. Sin embargo, conviene retener la rapidez con que se propagó y se ramificó, pues es uno de tantos argumentos en que me apoyaré para demostrar que es un error creer que no estamos aptos para la democracia y que el espíritu público está muerto.

Con estos acontecimientos comprendí que los que deseábamos un cambio en el sentido de que se respetara nuestra Constitución, y que ésta fuera un hecho, nada debíamos esperar de arriba y no

debíamos confiar sino en nuestros propios esfuerzos.

Sin embargo, el problema para encontrar el modo de reconquistar nuestros derechos, se presentaba de dificilísima solución, sobre todo para el que, satisfecho de la vida, encerrado en su egoísmo y contento con que se le respetaran sus derechos materiales, no se preocupaba grandemente en estudiarlo.

Ese indiferentismo criminal; hijo de la época, vino á recibir un rudo choque con los acontecimientos del 2 de Abril de 1903 en Monterrey.

En aquella época, permanecía prácticamente indiferente á la marcha de los asuntos políticos, y casi casi á la campaña política que sostenían los Neolonenses, cuando nos llegaron noticias del infame atentado de que fueron víctimas los oposicionistas al verificar una demostración pacífica, que había resultado grandiosa por el inmenso concurso de gente y que tuvo un fin trágico debido á la emboscada en que cayó.

Ese acontecimiento, presenciado por algunos parientes y amigos míos que concurrieron á la manifestación, me causó honda y dolorosa impresión.

Con este motivo, el problema se presentaba aun más difícil, pues claro se veía que el gobierno del Centro estaba resuelto á reprimir con mano de hierro y aun á ahogar en sangre cualquier movimiento democrático. Y digo «el gobierno del Centro» porque éste supo todo lo que pasó en Monterrey, quizá se hizo con su acuerdo previo y por

último, absolvió á aquél á quien acusaba la vindicta pública de tan horrendo crímen.

Sin embargo, si el problema se presentaba cada vez más difícil, empezaba á sentirse la falta de esas garantías que nos otorga la Constitución; algunos amigos míos y yo, llenos de noble indignación, pudimos percibir distintamente los fulgores siniestros de aquel atentado, que con su luz, tinta en sangre, alumbraba nuestras llagas y comprendimos que el sutil veneno invadía lentamente nuestro organismo y que si no nos esforzábamos en ponerle remedio enérgico y eficaz, pronto nuestro mal sería incurable, y debilitados por él, no tendríamos fuerzas para luchar contra alguna de las huracanadas tempestades que nos amenaza y estaríamos expuestos á sucumbir al primer soplo del vendaval, peligrando hasta nuestra nacionalidad.

Una vez que esta convicción había echado raíces en nuestra conciencia, comprendimos que era deber de todo ciudadano preocuparse por la cosa pública y que el temor, el miedo que nos detenía, era quizá infundado; pero seguramente humillante y vergonzoso.

Por estas razones, nos formamos el propósito de aprovechar la primera oportunidad que se presentara para unir nuestros esfuerzos á los de nuestros conciudadanos, á fin de principiar la lucha por la reconquista de nuestros derechos.

Esa oportunidad se presentó con motivo de las elecciones para Gobernador del Estado el año de 1905.



Para dar principio á la campaña electoral, orga-

nizamos un Club político que denominamos "Club Democrático Benito Juárez" que pronto fué secundado por numerosos Clubs que se ramificaron por todo el Estado, y los cuales siempre nos prestaron una ayuda eficaz, luchando con serenidad y estoicismo admirables, contra toda clase de vejaciones y persecuciones de que fueron víctimas.

Siguiendo las costumbres americanas, no quisimos lanzar ningún candidato, sino que convocamos al Estado á una Convención electoral que se verificó en la capital de la República, porque algunos temían que aquí en el Estado no tuviésemos bastantes garantías. En esa Convención se aprobó lo que en los E. U. se llama «plataforma electoral» ó sea, el plan político á que debía sujetar sus actos el nuevo gobierno en caso de que nuestro partido hubiera triunfado. En ese plan se establecía el principio de no-relección para el Gobernador y Presidentes Municipales y se apremiaba al nuevo mandatario para que dedicara todos sus esfuerzos al fomento de la Instrucción Pública, sobre todo á la rural, tan desatendida en nuestro Estado y en general en la República; igualmente se trataban otros puntos de buena administración.

Una vez aprobado el plan político, se procedió á la elección de candidato entre varios que fueron presentados y calurosamente apoyados por diferentes grupos.

Terminado el cómputo de votos, un atronador aplauso saludó el nombramiento del agraciado.

Ya no había más que un solo grupo, que con su esfuerzo unánime, estaba resuelto á trabajar por el triunfo de su candidato. La Convención tuvo gran

resonancia no solamente en la Capital, sino en toda la República, pues venía á hablar el lenguage de la libertad, que casi se ha llegado á considerar exótico en la patria de los Juárez, los Ocampo, los Lerdo, los Arriaga, los Zarco y tantos otros ilustres patricios, cuyo recuerdo aún nos hace vibrar de entusiasmo y revive nuestro patriotismo.

Una vez terminados sus trabajos, se dispersaron sus miembros, y todos, en perfecta armonía, siguieron trabajando por el nuevo candidato.

La opinión del Estado que se había uniformado por completo debido á los trabajos de la prensa independiente, al grandísimo número de clubs que se instalaron, y sobre todo al de la Convención, á la cual concurrieron más de 100 representantes de todo el Estado, se mostraba unánime en favor de nuestro candidato.

A pesar de lo expuesto, llegado el día de las elecciones, nos encontramos con todas las casillas ya instaladas por el elemento oficial, y sostenidas con gente armada ó con fuerza de policía.

Esto no fué un obstáculo para que nuestro triunfo fuera completo en algunos pueblos; pero este esfuerzo fué nulificado en las juntas de escrutinio por las chicanas oficiales.

Este atentado contra el voto público, no tenía ejemplo en nuestra historia. y nosotros no encontramos otro camino, que el de levantar enérgicas protestas para que supiera la Nación entera como se respetaba la ley electoral en nuestro Estado.

A nosotros nos hubieran sobrado elementos para hacer respetar nuestros derechos por la fuerza y sin que hubiera habido derramamiento de sangre,

á tal grado estaba uniformada la opinión y desprestigiada la admisnistración que combatíamos, pero sabíamos que al día siguiente de obtenido nuestro triunfo, tendríamos que sostener una lucha tremenda contra el gobierno del Centro, que de un modo ostensible apoyaba la candidatura oficial y retrocedimos ante esa idea; no por miedo, sino por principio; porque no queremos más revoluciones, porque no queremos ver otra vez el suelo patrio ensangrentado con sangre hermana, porque tenemos fé en la democracia. Los triunfos que se obtienen por el sistema democrático, son más tardados, pero más seguros y más fructíferos, como procuraré demostrarlo en el curso de mi trabajo.

Casi al mismo tiempo que nosotros y en otro extremo de la República, se había entablado una lucha semejante en el Estado de Yucatán. El resultado fué el mismo, pues triunfó la candidatura oficial. A la vez, había movimientos oposicionistas en otros Estados; pero no tan bien organizados como los de Coahuila y Yucatán.

Durante esa campaña política, claramente nos convencimos de la simpatía con que eran vistos en toda la República los esfuerzos que hacían los demás Estados y el nuestro para libertarnos de la tutela del Centro y nombrar nuestros mandatarios, haciendo respetar la soberanía de nuestros Estados según el Pacto Federal.

Sin embargo, esas simpatías no podían menos que ser platónicas, pues no tenían ningún medio legal de que valerse para ayudarnos en la lucha desigual que sosteníamos con el gobierno del Cen-

tro, que estaba resuelto á emplear la fuerza, si necesario fuere, para imponer su voluntad.

***

Grandes reflexiones nos sugirieron esos acontecimientos, que fueron para nosotros una gran enseñanza, pues proyectaron una luz vivísima sobre el problema cuya solución cada día nos apasionaba más, pues esa temporada de lucha había templado nuestro carácter, nos había puesto frente á frente con los grandes intereses de la patria tan seriamente amenazados y había sacudido ese letargo en que yacíamos desde hacía tantos años, pues nos habíamos sentido vibrar al unísono de nuestros grandes hombres, cuyos ejemplos habíamos tomado por modelo y nos esforzábamos en imitar.

Comprendimos que la lucha de cada Estado aislado en contra de la influencia del Centro, tendría que fracasar y nos propusimos esperar una oportunidad propicia para luchar en condiciones más ventajosas.

Yo propuse un proyecto para la formación desde entonces del «Partido Nacional Democrático,» principiando por declarar nuestros clubs «permanentes;» pero muchos amigos me hicieron comprender que no era oportuno, porque una lucha tan larga nos hubiera aniquilado antes de llegar á las siguientes elecciones, sin obtener ningún resultado práctico.

Además de esas razones, tomé en consideración una muy importante y es el carácter de nuestra raza que es más bien impulsivo, capaz de un gran esfuerzo en un momento dado, pero incapaz de sostener una lucha prolongada. Me refiero á las luchas

en el terreno de las ideas, que con las armas en la mano, sí ha dado pruebas de inquebrantable constancia, cuando se ha tratado de conquistar su independencia ó defender su soberanía.

Por esos motivos desistí de mi proyecto que fué publicado en algunos de los periódicos independientes, y aún defendido por alguno de los que más se distinguieron en aquella época por la firmeza de sus principios y lo rudo de sus ataques contra el centralismo y el absolutismo.

Una vez desechado ese proyecto, resolvimos esperar la siguiente campaña electoral que tendría lugar el año de 1909, para hacer otro esfuerzo que quizá tendría mayores resultados, por estar tan cerca las elecciones para Presidente de la República, con cuyo motivo es posible que se organice el Gran Partido Nacional Democrático con ramificaciones en toda la República y con el cual nos fundiríamos para luchar por los mismos principios, enlazando de ese modo nuestra campaña local con la general de la República.

De este modo lucharemos más ventajosamente, pues si se organizan en varios Estados movimientos democráticos semejantes al nuestro, dependiendo todos de una Junta Central nombrada oportunamente por delegados de toda la República, se podrán obtener resultados muy importantes y al resolverse la gran cuestión presidencial, quedarán resueltas las locales de los Estados.



Como un movimimiento de esa naturaleza casi no tiene precedente en nuestra historia, ó por lo menos

en estos últimos treinta años, me ha parecido de gran importancia publicar el presente trabajo para divulgar la idea, demostrando su viabilidad y los grandes beneficios que acarreará al país la formacion del Partido Nacional Democrático.

Principiaré por estudiar las causas que han traído sobre nuestro país el actual régimen de centralismo y absolutismo, á fin de no volver á recaer en aquellas faltas que tan funestas consecuencias nos han acarreado.

Esas causas no fueron sino las continuas revoluciones, que siempre dejan como triste herencia á los pueblos, las dictaduras militares.

Estas dictaduras tienen efectos diversos según su naturaleza.

Cuando son francas y audaces, no tienen otro efecto que el de marcar un paréntesis en el desenvolvimiento democrático de los pueblos, después del cual viene una poderosa reacción que restablece la libertad en todo su esplendor, y al pueblo en el uso de sus derechos.

En cambio, cuando la dictadura se establece en el fondo y no en la forma, cuando hipócritamente aparenta respetar todas las leyes y apoyar todos sus actos en la Constitución, entonces vá minando en su base la causa de la libertad, los espíritus se vén oprimidos suavemente por una mano que los acaricia, por una mano siempre pródiga en bienes materiales, y con facilidad se doblegan y ese ejemplo, dado por las clases directoras, cunde rápidamente, al grado de que pronto llega á considerarse el servilismo, como unas de las formas de la cortesía, como el único medio de satisfacer todas los ambi-

ciones........las ambiciones que quedan cuando se ha matado en los ciudadanos la noble ambición de trabajar por el progreso y el engrandecimiento de su patria, y solo se les ha dejado y se les ha fomentado la de enrriquecerse, la de disfrutar de todos los placeres materiales.

Estos placeres llegan á ser el único campo de actividad para los habitantes de un país oprimido, puesto que, no habiendo libertad, les están vedados los vastísimos campos que ofrecen las prácticas democráticas; las que necesita el pensamiento para elevarse sereno, á las alturas donde se encuentra la clarividencia necesaria para discurrir sobre los negocios públicos, teniendo ésto por consecuencia inmediata, el enervamiento de los pueblos, la muerte en su germen de las nobles aspiraciones, de los ideales levantados y, haciéndoles perder la idea de su responsabilidad para con la patria, resulta que cuando llegan los momentos de supremo peligro, el pueblo permanece indiferente, la patria se encuentra sin defensores, sus hijos la han olvidado y la dejan caer inerme bajo los golpes del invasor extranjero.

Los que llevan una vida regalada, tranquila, despreocupada, entregados á las mil diversiones que proporcionan las bagatelas que acompañan á nuestra civilización, los que sólo se preocupan por su bienestar material, encontrarán sin duda que soy un espíritu pesimista, que veo todo con colores demasiado sombríos, pero que esas personas se tomen la molestia de hojear la historia, y verán la suerte que han corrido los pueblos que se han dejado dominar, que han abdicado todas sus libertades para

entregarse á los placeres, que han sacrificado la idea de patriotismo, que significa abnegación, á la del más ruin de los egoísmos; que han dejado de preocuparse de la cosa pública, para ocuparse exclusivamente de sus asuntos privados.

Pues bien, esa situación es por la que atraviesa actualmente nuestra patria y me esforzaré en hacer esta pintura con colores tan vivos que logre comunicar mi zozobra, mi inquietud á todos mis compatriotas, con el objeto de que hagamos todos unidos un vigoroso esfuerzo para detener á nuestra patria en la pendiente fatal por donde la impulsan los partidarios del actual régimen de cosas.

También procuraré estudiar fríamente el modo cómo podrían organizarse los elementos que tengan el deseo de colaborar á tan magna obra, y las probabilidades de éxito de un partido que se organizara con tan patriótico fin.

Estas probabilidades son inmensas, pues un partido formado y cimentado sobre principios, tiene que ser inmortal como los principios que proclama; pueden sucumbir muchos de sus miembros, pero el principio nunca sucumbirá y siempre servirá de faro para guiar los pasos de los que quieran trabajar por el bien de la patria; siempre servirá de punto de concentración á todas las ambiciones nobles, á todos los patriotismos puros. No pasa así con los partidos personalistas, que tienen que disgregarse, si no á la muerte de su jefe, sí muy poco tiempo después,

Por ésto afirmo que un partido que se formara actualmente, de acuerdo con las aspiraciones de la Nación, que se encierran en los principios democrá-

ticos, tendría la seguridad de triunfar tarde ó temprano, pues si mientras viva el General Díaz este triunfo es difícil, no sucedería lo mismo al desaparecer él de la escena política; porque entonces será el único partido que se encontrará bien organizado, y organizado sobre bases firmísimas.

El principal objeto que perseguiré en este libro, será hacer un llamamiento á todos los mexicanos, á fin de que formen ese partido que será la tabla de salvación de nuestras instituciones, de nuestra libertad y quizá hasta de nuestra integridad nacional.

Mi llamamiento se dirijirá igualmente hacia el hombre que por más de 30 años ha sido el árbitro de los destinos de nuestra patria,

Le hablaré con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra á su altura sabrá apreciar en lo que vale la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria.

Así lo espero, pues supongo que el General Díaz, habiendo llegado á disfrutar de todos los honores posibles, habiendo visto satisfechas todas sus aspiraciones y habiendo sentido por tanto tiempo el aliento envenenado de la adulación, tendrá deseos de oír la severa voz de la verdad y no considerará como enemigos á los que tengan la virilidad necesaria para decírsela, para mostrarle el precipicio á donde vá la patria y mostrarle también cual es el remedio.

Dirán muchos que es pretensión mía querer saber en estos asuntos más que el General Díaz que por tantos años ha estado al frente de los destinos del país; pero yo les contestaré que no tengo tal

pretensión, pero sí tengo la convicción de que el General Díaz ha visto tan claro como yo en este asunto, y si no, allí estan las declaraciones que hizo á Creelman, y mas allá, remontándonos hacia el origen de su gobierno, veremos que si tomó las armas contra los gobiernos de Juárez y de Lerdo, fué precisamente por que juzgaba una amenaza para las instituciones democráticas, la reeleción indefinida de los gobernantes, y ésto seguirá sucediendo, mientras no estén organizados los partidos políticos; pero partidos fundados sobre principios que satisfagan las aspiraciones nacionales, no partidos personalistas como los que actualmente existen en la República.

El hecho de que el General Díaz haya obrado en contra de sus principios, será uno de los que procuraré estudiar en el curso de mi trabajo; pero de cualquier modo que sea, queda en pié mi afirmación de que el General Díaz se dá perfectamente cuenta de que sería un bien para el país su retiro de la Presidencia. Pero existen fuerzas poderosas que lo retienen: su costumbre inveterada, su hábito en dirijir á la Nación según su voluntad y por otro lado la presión que hacen en su ánimo un sinnúmero de los que se dicen sus amigos y que son los beneficiarios de todas las concesiones, de todos los contratos lucrativos, de todos los puestos públicos donde pueden satisfacer su vanidad ó su codicia y que temen que un cambio de gobierno, los prive del favor de que disfrutan y que tan hábilmente saben explotar.

Esas son las causas por las cuales quiere seguir al frente de los destinos del país el General Díaz, y lo dijo en una entrevista que se publicó en casi todos

los periódicos y según la cual, contestando á las insinuaciones que le había hecho un pariente ó amigo suyo para que volviera á aceptar otra reelección habría dicho «por mi patria y por los míos, todo»

Como esta versión no fué desmentida oficialmente, debemos creerla cierta y no sólo cierta, sino que más cincera que la famosa entrevista con Creelman, pues está más de acuerdo con el lenguaje y sobre todo, con la política que ha observado el General Díaz. (1)

También la Nación está ya acostumbrada á obedecer sin discutir las órdenes que recibe de su actual mandatario.

El General Díaz, acostumbrado á mandar, difícilmente se resolverá á dejar de hacerlo.

La Nación, acostumbrada á obedecer, tropezará aún con mayores dificultades para sacudir su servilismo.

Todo es pues cuestión de costumbres, pero costumbres que han echado tan hondas raíces en el suelo nacional, que no podrán desarraigarse sin causar en éste profundas alteraciones; sin demandar esfuerzos gigantescos, sin necesitar la abnegada cooperación de todos los buenos mexicanos.

No por esto perdamos las esperanzas. Si la

(1) Ya escrito lo anterior y para mandar los originales á la prensa, dió á luz el «Diario del Hogar» una importante carta del General Díaz, de la cual claramente se desprenden dos hechos principales: primero, que negó al Sr. Mata, que se dirijía á él en nombre de varios periodistas de la República, la entrevista que solicitaba para un escritor mexicano, con objeto de tratar sobre la cuestión presidencial, habiendo observado una conducta diamentalmente opuesta con un periodista norte-americano; y en segundo lugar, insinuaba que sí aceptará otra reelección; así es que viene á corroborar lo que afirmo: que el General Díaz, desea seguir ocupando la silla presidencial.

Nación llega á conmoverse en la próxima campaña electoral, si los partidarios de la democracia se unen fuertemente y forman un partido poderoso, es posible que se efectúe un cambio aun en el ánimo del Gral. Díaz, pues el rudo acento de la patria agitada podrá conmover al caudillo de la Intervención y quizá logre que predominando en él el más puro patriotismo, siga la vía que éste le señala y haga á un lado las pequeñeces, las miserias que podrían desviarlo de prestar á su patria el servicio más grande que nunca le ha prestado: el de dejarla libre para que se dé un gobierno según sus aspiraciones y según sus necesidades.

Hay otras razones de gran peso, y que el Gral. Díaz ha de tomar en consideración.

El que ha gobernado á la República Mexicana por más de 30 años y ha enlazado toda su vida á sus más importantes acontecimientos, y que se acerca á los 80 años, pertenece más á la historia que á sus contemporáneos y debe de preocuparse más del fallo de aquella, que de satisfacer la insaciable avaricia de los que sólo persiguen el medro personal en la adulación que le prodigan, de los que solo piensan en ELLOS MISMOS, sin preocuparse no solamente por la patria, pero ni siquiera por el prestigio de su administración.



Por más que una literatura malsana, basada en la mentira y la hipocresía ha querido desviar el criterio nacional, no lo ha logrado, y en nuestrs patria solo tiene eco la verdad; solo ésta conmueve los ánimos; despierta las conciencias dormidas, enciende

el fuego del patriotismo, que afortunadamente aun se encuentra latente en las masas profundas de la Nación, á donde no ha llegado la corruptora influencia de la riqueza y del servilismo.

Por este motivo espero que mi voz será oída, porque será la voz de la verdad, será la voz de la patria afligida que reclama de sus hijos un esfuerzo para salvarla.

Me repugna hablar de mi humilde personalidad, y en el curso de este trabajo lo haré solo cuando sea indispensable; creo, sin embargo, que en este lugar debo de hacer una declaración, pues antes que todo, debo de ser leal.

Pertenezco, por nacimiento, á la clase privilegiada; mi familia es de las más numerosas é influyentes en este Estado; y ni yo, ni ninguno de los miembros de mi familia, tenemos el menor motivo de queja contra el Gral. Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual Gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales.

Los múltiples negocios que todos los de mi familia han tenido en los distintos ministerios, en los Tribunales de la República, siempre han sido despachados con equidad y justicia.

Esto no ha variado ni después de la campaña electoral de 1905 para Gobernador del Estado, en la cual yo tomé una parte muy activa afiliado en el partido independiente. Como nunca me ha gustado valerme de convencionalismos, en los artículos que con aquel motivo escribía, ataqué la política centralista y absolutista del Gral. Díaz.

Hay más, cuando estaba más acre la campaña, las autoridades del Estado dictaron orden de apren-

hensión contra mí, pero antes de ejecutarla parece que llegó orden del Centro de que se me respetara, pues ni siquiera lo intentaron, á pesar de que por muchas personas supe que había llegado esa orden, lo cual pude conprobar después por fuente fidedigna.

Aunque á mí no me atemorizaba la prisión, porque no ésta, sino las causas que llevan allí son las que manchan, no por eso dejo de agradecer que se me hiciera justicia en aquel caso.

En el curso de esta obra hablaré de algunas otras razones que deberían hacer que yo me afiliara resueltamente en las banderas del porfirismo, si solo buscara la satisfacción de mezquinas ambiciones, si solo me contentara con vivir para mí, si no me preocupara más que de mi propia tranquilidad y la prosperidad de mis negocios, el porvenir y el progreso de mi patria.

No es pues ningún odio personal, ni de familia, ni de partido el que me guía á escribir este libro.

En lo particular, estimo al Gral. Díaz, y no puedo menos de considerar con respeto al hombre que fué de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio y que después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, haya usado de él con tanta moderación; acontecimiento de los que muy pocos registra la historia. Pero esa alta estimación, ese respeto, no me impedirán hablar alto y claro, y precisamente porque tengo tan elevado concepto de él, creo que estimará más mi sinceridad, aunque juzgue duramente algunos de sus actos, que las serviles adulaciones que quizá ya lo tengan hastiado.

Los numerosos miembros de mi familia siguen la corriente general por donde van encauzadas las energías de la Nación: dedican sus esfuerzos y su fortuna al desarrollo de la agricultura, la industria, la minería y gozan de las garantías necesarias para el fomento de sus empresas; además, desde que mi abuelo el Sr. Dn. Evaristo Madero se retiró del gobierno de este Estado el año de 1884, sólo se ha ocupado accidentalmente de la política local, así es que puede decirse que mi familia no se ocupa de los negocios públicos, estando en este caso, como todos los que no disfrutan de puestos gubernativos, ni militan en los escasísimos rangos de la oposición, que casi exclusivamente se compone de periodistas independientes, que con abnegación rara, han luchado defendiendo palmo á palmo la Constitución y los ideales democráticos.

Tampoco pertenezco á ninguno de los partidos militantes y que son el Reyismo y el Científico; así es que no me guía ninguna pasión baja, y si juzgo con dureza los resultados del gobierno absoluto que ha implantado el Gral. Díaz, es porque así me lo dicta mi conciencia.

Por lo demás, me someto de antemano al fallo del gran juez en estas cuestiones: á la opinión pública. Ella dirá si mi palabra tiene el acento de la verdad, inspirada en los verdaderos intereses de la patria, ó el de la torpe mentira, encaminada á desviar los esfuerzos de los mexicanos del noble fin á donde deben dirijirlos.

La única pasión que me guiará, será el patriotismo, y aunque éste es casi siempre vehemente y entusiasta en sus manifestaciones, procuraré repri-

mir mis impulsos de vehemencia y de entusiasmo para no parecer exajerado.

A pesar de este próposito, dudo mucho que al describir algunas de nuestras llagas, pueda contener las amargas quejas de mi alma; que al hablar de las grandes infamias que se han cometido bajo este régimen, pueda comprimir la irritación y la vehemencia de mi indignación.

También será necesario tomar en consideración que no soy el historiador frío, sereno y desapasionado que trata los acontecimientos importantes después de transcurridos muchos años, con datos oficiales y otros de no menor importancia, y que juzga los hechos por sus resultados, sino el pensador que ha descubierto el precipicio hacia donde vá la patria, y que con ansiedad se dirije á sus conciudadanos para enseñarles el peligro; que tiene que hablar alto, muy alto, para ser oído; que tiene que pintar la situación con colores tan vivos, que logre representarla palpitante y amenazadora, como lo es; que tiene que hablar con vehemencia, para sacudir fuertemente á ese pueblo, otras veces heroico y que ahora vé con criminal indiferencia los atentados más inícuos contra su libertad, contra sus sagradas prerogativas de ciudadano y lo que es peor aún, contra los inviolables derechos del hombre, pues con mirada estúpida ó indiferente vé pasar por sus centros populosos, rebaños de carne humana, rebaños que van á la esclavitud, sin que un grito de indignación brote de sus pechos congelados por el terror, sin que una mirada compasiva los acompañe en su cautiverio.... ,pero no, ésto no es cierto, esto no puede ser verdad; sí, sí han causado indig-

nación tan repugnantes espectáculos, pero el egoísmo y el miedo vil han reprimido los gritos próximos á estallar; sí, sí ha habido miradas compasivas para aquellos desdichados, pero han sido ocultadas cuidadosamente para no provocar con éllas las iras de sus verdugos.

***

Para escribir este trabajo voy á tropezar con grandes dificultades, porque es sumamente difícil apreciar los acontecimientos contemporáneos en su justo valor, pues además de que se necesita un criterio muy amplio y muy superior al mío, se necesita igualmente desprenderse por completo de las pasiones que agitan indudablemente, tanto á aquel que tiene sus ideales bien definidos y se preocupa por el progreso de la patria, como al que sólo persigue el medro personal ó está impulsado por cualquier sentimiento bajo y despreciable.

Además, en muchos casos me faltarán datos oficiales para poder hacer alguna afirmación, y para la narración de algunos hechos importantes. En estos casos tendré que atenerme á lo que dice la voz pública y en vez de hacer afirmaciones rotundas, sentaré los hechos como muy probables.

Por último, la situación porque atraviesa actualmente nuestra patria, es única en su historia, y para estudiarla no debemos buscar su analogía en nuestro turbulento pasado desde que conquistamos nuestra independencia, ni tampoco en la época Virreinal, sino en la historia de otros pueblos, que abdicando,—como nosotros lo hemos hecho,—de sus libertadesen manos de alguno de sus gobernantes, han te-

nido que sufrir las tremendas consecuencias de su debilidad, porque no hay que olvidarlo: «En los atentados contra los pueblos, hay dos culpables: el que se atreve, y los que permiten; el que emprende y los que permiten que se emprenda contra las leyes, el que usurpa y los que abdican.» (1)

A pesar de todas estas grandes dificultades y de los peligros que aquí en México corre todo escritor independiente, no he vacilado en abordar esta ardua empresa, pues para vencer las dificultades enumeradas, procuraré siempre obrar con imparcialidad y patriotismo, y con eso habré cumplido con mi deber, puesto que éste es siempre relativo á nuestro grado de adelanto, de ilustración, de moralidad y nadie está obligado, ni podría dar más de lo que tiene. En cuanto á arrostrar los peligros referidos, mi contestación invariable á los amigos que me hablan de éllos con el ánimo de disuadirme de mi empresa, ha estado siempre encerrada en el siguiente dilema: ó bien, no es cierto que el peligro que Uds. me pintan sea tan grande; en tal caso, es porque tenemos alguna libertad; aprovechémosla para trabajar por el progreso de nuestra patria y el medio más eficaz de hacerlo, en las actuales circunstancias, es procurar la formación del Partido Democrático; ó bien, si es real el peligro, lo cual demuestra que no hay ninguna libertad; que nuestra Constitución es burlada; que nuestras instituciones son holladas; que la opresión ejercida por el gobierno es insoportable, y en esos casos supremos; cuando la libertad peligra; cuando

(1) M. Beule. "El Proceso de los Césares"

nuestras instituciones están amenazadas; cuando vemos que se nos arrebata la herencia que nos legaron nuestros padres y cuya conquista costó á ellos raudales de sangre, no es el momento de andar con temores envilecedores; con miedo ruin; hay que arrojarse á la lucha resueltamente, sin contar el número, ni apreciar la fuerza del enemigo. De esta manera lograron nuestros padres conquistas tan gloriosas y necesitamos observar la misma conducta, seguir su noble ejemplo, para salvar nuestras instituciones del naufragio con que las amenazan las embravecidas olas de la tiranía, que pretenden hacer de éllas su presa y sumerjirlas en el abismo insondable del olvido.



EL MILITARISMO EN MEXICO.

Considerando que es el militarismo la causa directa de la situación en que nos encontramos, será muy conveniente principiar por estudiarlo con detenimiento, á fin de que una vez conocidos sus efectos, tan desastrosos para la tranquilidad ó para la libertad de la República, podamos, con mayor conocimiento de causa, aplicarles el remedio necesario para lograr el restablecimiento de la paz dentro de la ley, de la paz, algo turbulenta si se quiere, pero llena de vida, de los pueblos libres, y no la paz sepulcral de los pueblos oprimidos, en los cuales ningún acontecimiento tiene el privilegio de turbar su impasible tranquilidad.

Para que este estudio sea completo, necesitamos remontarnos á nuestra guerra de independencia,

tocando de paso, brevemente las causas que la originaron.

Tres siglos de opresión, durante los cuales estaban proscriptos del suelo mexicano todos los derechos que podían servir de baluarte al hombre contra la tiranía, dieron por resultado que se consideraba como estigma nacer en este suelo, que era un crimen ser mexicano, crimen castigado por los conquistadores con crueldad, no desprovista de avaricia, puesto que el principal castigo que les imponían era reducirlos á la esclavitud y hacerlos trabajar sin descanso en el cultivo de sus tierras, la explotación de sus minas, para llenar sus arcas de oro.

El régimen vireinal establecido por España, era verdaderamente odioso, puesto que todos los indígenas y aun los mestizos y los criollos, estaban completamente á merced del Virrey que venía de España y que ejercía un poder absoluto y en alto grado despótico.

Es cierto que hubo algunos Virreyes de nobles sentimientos que obraron con rara magnanimidad en todos sus actos, y cuyos nombres aún se citan con veneración y respeto, pero su conducta, noble y generosa, sólo servía para poner más de relieve, la avaricia, el despotismo, la crueldad de los más.

México, lo mismo que todas las colonias hispano-americanas, era explotado sistemáticamente, y para que la Metrópoli obtuviera más pingües ganancias, tenía prohibido todo comercio con el extranjero, la explotación de algunas industrias y de ciertos ramos de la agricultura, con el objeto de no perder estos mercados.

A estas prohibiciones que tenían por objeto sacar

el mayor producto posible de las colonias, se agregaban otros menos sensibles para las masas, pero de un alcance más profundo para asegurar su dominación: estaba prohibida la introducción y la publicación de todos los libros que pudieran ilustrar al pueblo y elevar su nivel intelectual ó moral, y la instrucción pública estaba reducida á uno que otro Seminario en donde aprendían lo necesario para abrazar la carrera eclesiástica, pero en ningún caso lo que necesitaban para conocer sus derechos, para poder apreciar su situación histórica y geográfica, porque estas ideas, los podrían hacer concebir esperanzas de libertad y de redención.

Ese sistema de opresión había reducido á la más triste condición á los indios, considerados como esclavos y tratados como bestias de carga, pues no tenían más patrimonio que las escasas migajas de pan que les arrojaba su amo, no por humanidad, sino por el interés de no perder un sirviente.

Los mestizos y los criollos, descendientes de español, eran tratados un poco mejor, pero tenían vedado el acceso á todos los puestos públicos de importancia; en el ejército, no podían pasar del grado de capitán; en el sacerdocio, nunca pasaban de humildes párrocos, de curas; pero este puesto, considerado como sagrado en la época colonial y que muchos santificaron con sus virtudes, no los ponía á cubierto de las vejaciones de sus superiores; obispos venidos de España, inquisidores feroces con instintos depravados y que, con su insaciable sed de riquezas y de sangre humana, no respetaban ni los fueros eclesiásticos, cuando éstos estaban santificados por la virtud, pues ésta tenía que

ser forzosamente un estorbo para dar satisfacción á sus diabólicos instintos; tenía que erguirse serena y enérgica para protestar contra sus inicuos atentados; tenía que cobijar con su manto protector muchos desamparados; sabría arrancar de sus garras muchas víctimas.

El desenvolvimiento natural de los acontecimientos, tenía que aumentar constantemente el número de los oprimidos cuyas filas eran engrosadas principalmente por los descendientes de español, más ilustrados que la clase indígena y para quienes cada vez era más humillante y más pesado el yugo de la Metrópoli, mientras que el número de los opresores permanecía sensiblemente igual, así es que cada vez aumentaba más y más la desproporción entre los opresores y los oprimidos.

El resultado de esta angustiosa situación era que los nativos del país vivían en una ignorancia extrema y su nivel intelectual estaba tan poco elevado, que no podían comprender ni las más sencillas ceremonias del culto católico á pesar de ser lo único que se les enseñaba y mezclaban esas prácticas con las que heredaron de sus mayores, resultando un conjunto de prácticas extrañas, más parecidas á la idolatría que á ningún otro culto.

Eso, en cuanto á religión, pues en lo demás, tres siglos de esclavitud durante los cuales se habían sucedido muchas generaciones pasando bajo el mismo yugo, habían hecho perder á nuestra clase indígena toda noción de sus derechos, de la dignidad de que estaban investidos como hombres, y con tristísima resignación arrastraban la pesada cadena que los privaba de su libertad.

Los mestizos y los criollos, más en contacto con los peninsulares que venían de Europa, con más ilustración y más facilidad para adquirir alguno que otro libro que les abriera nuevos y más amplios horizontes, estaban cada día más impacientes al ver la irritante desigualdad con que eran tratados, y la tempestad, sordamente empezaba á prepararse en sus pechos.

Los humildes párrocos, en su mayoría mexicanos, que veían los altos puestos de la iglesia ocupados por obispos é inquisidores corrompidos, crueles y ávidos de riquezas, que no tenían más mérito para ocupar tan alta gerarquía, que venir de la Metrópoli; que veían á sus queridos feligreses explotados sistemáticamente con el diezmo, las primicias y toda clase de gabelas del gobierno virreinal, se sentían poseídos de noble indignación al ver las atrocidades cometidas con su desventurado rebaño por el cruel conquistador, por el ávido dominador; al ver falseada en sus principios más puros y más bellos la doctrina del Crucificado, encargados éllos de difundir entre esos desheredados de la fortuna; entre esos desdichados que tenían hambre y sed de justicia, entre esos seres humanos á quienes el Creador concedió derechos iguales á los más encumbrados personajes y que sus dominadores habían declarado bestias de carga y los trataban como tales.

Esos párrocos virtuosos, que cumplían verdaderamente con su santa misión, eran el objeto de las desconfianzas de los inquisidores y del alto clero que los vigilaba constantemente y procuraban por medio del Confesonario ó el martirio, encontrar

pruebas contra ellos, siendo las más terribles, las pue podían demostrar que amaban verdaderamente á sus feligreses, que procuraban instruirlos, elevarlos, infundirles ideas salvadoras que los sacasen de la abyecta situación en que se encontraban.

Al venerable cura Hidalgo, padre de nuestra independencia, se le seguía secretamente en la Inquisición, un proceso desde el año de 1800 y si más se ha tardado en lanzarse á la lucha, quizá se lo impidan los esbirros de la Inquisición que ya estaban afilando sus guerras para avalanzarse sobre él comó fieras sedientas de sangre humana.

En cambio, todas las tierras, todas las minas, todas las propiedades urbanas pertenecían al alto clero y á los dominadores, que gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de atentados contra las clases oprimidas.

El continente hispano-americano, todo, se encontraba en semejante situación, cuando la gran ola de libertad que invadió al mundo á fines del siglo XVIII, llegó á nuestras playas siendo saludado con alborozo por un pueblo que por vez primera después de larguísimay dolorosa esclavitud oía la mágica palabra de LIBERTAD.

Esa ola bienhechora, que tuvo su origen en Francia, no pudo arribar á los pueblos que no estaban bien preparados para recibirla, y tuvo que ser llevada por las ballonetas de la República y del Imperio á toda Europa inclusive á España; cuyos nobles hijos se encontraban en una situación casi tan triste como los americanos, pues pesaba sobre ellos la doble tiranía de un clero fanático y ávido de

riquezas y de una monarquía absoluta, corrompida y degenerada.

La América Española, sumida en la más negra obscuridad, veía como metéoros luminosos las raras noticias que recibía de los triunfos obtenidos por pueblos que conquistaban su independencia, como el de los E. U. de América y á sus oídos llegaba, aunque vago, el eco de las entusiastas aclamaciones con que en Europa era saludado el advenimiento de la libertad.

Los derechos del hombre, proclamados solemnemente por el pueblo francés ante la monárquica Europa, hizo que los reyes temblaran de pavor al sentir en sus cabezas que su corona vacilaba y despertó en el corazón de los oprimidos, la conciencia de su dignidad, de su derecho, y les dió fuerza para emprender una lucha que antes hubieran considerado como imposible.

Los mexicanos ilustrados, especialmente los criollos, vieron abrirse nuevos y vastísimos horizontes á sus nobles deseos, á sus legítimas aspiraciones.

El clero bajo, compuesto de mexicanos, comprendió que los principios sublimes proclamados por la revolución francesa estaban de acuerdo con el espíritu de la doctrina cristiana, y todos comprendieron que puesto que los conquistadores y los que por tres siglos habían dominado sobre este Continente, no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza para ejercer sus vejaciones, era inprescindible recurrir al mismo poderoso argumento para sacudir tan pesado yugo.

Por este motivo vemos que el bajo clero mexicano tomó una parte tan activa en nuestra guerra de

independencia, en cuya empresa, fué ayudado eficazmente por el amor que inspiraba á las masas, que ciegamente lo seguían, porque comprendían instintivamente que si esos hombres virtuosos habían cambiado la sotana por la espada, era para mejor defender sus derechos, para poder castigar á sus amos insolentes y crueles, para poderlos libertar de tan oprobiosa servidumbre.

Guerra de Independencia.

Una vez iniciada la guerra por el venerable cura de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla, y por sus valerosos compañeros Allende, Aldama y Abasolo, la idea cundió con maravillosa rapidez por todo el territorio de la Nueva España, á la vez que en otros pueblos hermanos era proclamado el mismo principio salvador por invictos americanos, que con denuedo admirable, lucharon, como nosotros, hasta conquistar la independencia de su patria.

En toda la América Española, la guerra revistió un carácter especial debido á la naturaleza del territorio en que tenía lugar.

La inmensa superficie que servía de teatro á la guerra, ponía á los insurgentes al abrigo de derrotas de consecuencia, pues les era fácil desbandarse cuando la suerte en los combates les era adversa, y como las pequeñas bandas recorrían terreno amigo, en todas partes encontraban ayuda, informes, que hacían imposible toda persecución eficaz.

Además, ese territorio de tan grandes proporciones, se encontraba dividido por gruesas cordilleras de montañas, en parte inaccesibles, ostentando majestuosamente sus picos coronados de nieve, sus flancos cubiertos de espesos bosques, que brinda-

ban fácil y seguro refugio á los hijos del país que conocían todas las veredas para llegar á éllos, y las cuales constituían caminos estrechos, pero rectos, que ora bordeando el precipicio, ora pasando la cañada por el único punto accesible, ora bordeando el río por el lugar menos peligroso, pronto los ponía á cubierto de la persecución de sus enemigos y les permitía reconcentrarse y rehacerse en puntos sólo de éllos conocidos, sólo para éllos accesibles.

Por otro lado, ríos caudalosos, selvas impenetrables y desiertos que inspiraban pavor y servían de sepultura al imprudente que se atrevía á penetrar en ellos sin conocerlos, eran otros tantos refugios para los que tenazmente luchaban por la libertad de su patria. Parece que ésta, como madre cariñosa, convertía para sus hijos en seguro abrigo los lugares en donde sus enemigos sólo encontraban la desolación y la muerte. Su manto, que bienhechor cobijaba á los patriotas, tan sólo de sudario sabía servir á sus opresores.

Batalla del Puente de Calderón.

El primer ejército levantado por los independientes, compuesto de chusmas indisciplinadas y mal armadas, difícilmente podían encontrar abrigo seguro en las montañas, ni en la selvas, ni tras los desiertos, y como al principio obtuviera algunas victorias sobre las fuerzas realistas que arrojara á su paso, audazmente retó al enemigo, que con fuerzas considerables, venía á atacarlo, siendo completamente derrotado en la tristemente célebre batalla del puente de Calderón.

A partir de esa derrota, es cuando se organizaron multitud de guerrillas, que con incansable cons-

tancia, luchaban por la independencia de su patria obteniendo frecuentes victorias, que avivaban más su fé en el triunfo final de la causa que defendían y siempre aumentaban sus elementos de guerra; sufriendo también derrotas que nunca las aniquilaban, pues en el bosque cercano, ó en determinada montaña, se volvían á reunir los dispersos, se reorganizaban y á los pocos días andaban atacando de nuevo algún punto ocupado por los realistas, ó recorriendo los pueblos donde no había enemigos, engrosando sus filas con nuevos patriotas, y haciéndose de los elementos indispensables para seguir la guerra.

La unidad de mando era imposible en estas circunstancias y cada quien obraba según su inspiración, no siguiendo otra consigna: que la de vencer ó morir; no obedeciendo á otro plan: que atacar al enemigo dondo quiera que se encontrara.

Morelos. Sin embargo, á pesar de esas condiciones en que tan difícil era que alguien ejerciera el mando supremo, brotó en las filas insurgentes una estrella de primera magnitud, que, deslumbrando con sus épicas glorias á todos los partidarios de la independencia. los subyugó con su genio, los dominó con su grandeza de alma y por algún tiempo, el partido independiente tuvo como jefe á un gran general, á un patriota magnánimo, á un ciudadano que sabía respetar la ley: en una palabra, al gran Morelos, figura que se destaca gloriosa entre sus contemporáneos, y que sobresale, á pesar de haber vivido en una época en la cual tuvo la patria tantos héroes á su servicio.

Morelos, que ansiaba dar á la guerra el sello de

grandeza que le caracterizaba y después de tener bajo su dominio gran parte del territorio nacional, convocó á los mexicanos para que mandaran sus representantes á un Congreso que se reunió en Chilpancingo.

Pero el éxito de la guerra estaba aún indeciso; los realistas contando siempre con elementos inagotables, preparaban y equipaban ejércitos formidables.

No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso, se necesitaba un Jefe militar. No era oportuno tener un gobierno compuesto de tantos miembros, pues para asegurar su existencia, su estabilidad, se necesitaba no de la escolta que requiere para su protección un general en Jefe en sus constantes evoluciones por el teatro de la guerra, sino de un ejército formidable que pudiese hacer frente á todas las fuerzas enemigas, que ya tendrían marcado el punto á donde reconcentrar el ataque, á donde dirigir todos sus esfuerzos.

Esta falta cometida por nuestro héroe inmaculado, con la mayor buena fé, tuvo resultados transcendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, que perdió la vida defendiendo al Congreso que él mismo creó; digo irreparable, porque ninguno de los insurgentes que logró ver á nuestra patria libre, tenía una alma tan grande como él; quizá, si él hubiera sobrevivido á nuestra prolongada guerra de independencia, nuestra suerte habría sido otra, porque con su gloria, su prestigio, su inmenso ascendiente sobre sus com-

pañeros de armas, hubiera dominado todas las ambiciones; con su patriotismo y altos sentimientos cívicos de que dió prueba en sus relaciones con el Congreso de Chilpancingo, hubiera encarrilado á la República desde su nacimiento, por un camino endonde hubiera encontrado menos tropiezos, menos escollos, menos vicisitudes.

Pero dejémonos de bordar en el vacío.

Morelos sucumbió debido á una falta cometida por él de buena fé. Su muerte fué una pérdida de incalculable importancia para la patria.

Esa falta la vemos ahora clarísima, porque sabemos cuales fueron sus funestas consecuencias; si hubiéramos vivido en su época, indudablemente hubiéramos participado de sus hermosos ideales, de la noble ambición que lo guiaba de ver á su patria gobernada por representantes del pueblo.

Si insisto algo sobre este punto, es para demostrar cómo los hombres más grandes y más bien intencionados pueden cometer faltas, que á veces llegan á ser de funestas consecuencias para la patria.

Por ese motivo no debemos nunca dejarnos deslumbrar por el brillo del que se encuentra en el poder y para ilustrar nuestro criterio debemos de recorrer las páginas de nuestra historia ó la de otros pueblos, en las cuales encontraremos saludables enseñanzas.

En muchos casos, aun de buena fé, es difícil saber que conducta debe de seguir un pueblo, cuál es la política que más le conviene para salvarse de los enemigos visibles que la atacan con bandera desplegada, ó de los invisibles que se ocultan en la

sombra y que sólo esperan oportunidad propicia para atacarlo; me refiero á los enemigos exteriores y sobre todo á los interiores, que más seguramente minan nuestro organismo, aniquilando nuestras fuerzas. En esos casos, allí está la historia. Consultémosla. Ella nos enseñará el derrotero que han seguido otros pueblos para salvarse; nos mostrará gloriosos ejemplos en donde inspirar nuestra conducta; reglas sabias para que no dejemos torcer nuestro criterio con los sofismas de los que pretenden engañarnos, y encontraremos también en élla, ejemplos reconfortantes que harán renacer en nuestra alma el entusiasmo por lo bueno; la fé en la fuerza de las grandes virtudes cívicas; la seguridad en vencer, si como buenos, sabemos luchar.

En este caso especial, la historia nos enseña que es indispensable la unidad en el mando, como lo tenían establecido los Romanos en su legislación, y según la cuál, cuando la patria estaba en peligro, se nombraba un Dictador con poderes omnímodos.

Terminada esta corta, pero útil digresión, prosigamos nuestro estudio.

Guerra de guerrillas.—Su influencia en el carácter de nuestros libertadores

Una vez muerto Morelos y desbandado el principal núcleo del ejército independiente, la guerra se sostuvo por varios jefes que al frente de sus guerrillas operaban independientemente, siendo el terror de los realistas por su arrojo, su audacia, la rapidez de sus movimientos, lo cual les permitía, con un puñado de patriotas, traer en constante agitación y en constante alarma á tropas muy superiores en número, que sólo atacaban

cuando estaban fraccionadas, resultando de ésto, frecuentes victorias para los insurgentes, á cuyo arbitrio estaba determinar el lugar y día de la batalla, y casi casi el número de sus enemigos.

Estos héroes, á quienes debemos la independencia, viviendo constantemente sobre las armas, teniendo encuentros frecuentísimos con el enemigo á quien derrotaban las más veces, pero que también les infligían descalabros de importancia, llegaron á organizar sus fuerzas perfectamente, puesto que de su organización dependía el triunfo de su causa, para éllos, más cara que su propia existencia.

Esa vida austera del campamento; esas largas y penosas marchas; esos triunfos comprados tan caramente, después de haber sido derrotados; de haber andado prófugos por la sierra, casi solos, perseguidos de cerca por el enemigo, deben de haberles inspirado pensamientos muy bellos; ilusiones muy hermosas que se realizarían cuando la patria fuera libre. Quizá se soñaban éllos con el mando supremo de la República, guiando y dirijiendo sus destinos hacia los ideales que soñaban, con la misma facilidad con que guiaban y dirijían á sus aguerridas huestes. Por otro lado, sólo almas de una elevación verdaderamente rara en el mundo, pueden apreciar en su justo valor sus propios méritos. Sin embargo, la mayoría de los que no tenían esa grandeza de alma, tenían la fuerza de voluntad, que proviene de una modestia incompleta, pero ya muy noble, para no hacer alarde de los servicios que prestaron á la patria y para no proclamarlos superiores á los de sus compañeros; pero en su fuero íntimo, sí lo han de haber creído así, siendo

raras las excepciones. Esos héroes se imaginaban que al conquistar la independencia se habría asegurado de una vez la tranquilidad, la felicidad y el progreso de la patria y grande fué su sorpresa cuando vieron que ésto último no se realizaba y sin vacilar lo atribuyeron á la ineptitud de sus compañeros que la suerte había puesto al frente de los destinos de la Nación y los cuales no la guiaban por el camino que éllos habían soñado; con la mano certera y con la facilidad con que éllos estaban acostumbrados á dirijir sus legiones. No tomaron en consideración las inmensas dificultades con que tropezaban los que tenían que reorganizar un país devastado por once años de guerra; supusieron que para éllos sería más fácil la empresa; que éllos sí serían los que podrían labrar la felicidad de la República y, no conociendo aún la eficacia de las prácticas democráticas, y convencidos del temple de le espada que había servido para conquistar la libertad, volvieron á desenvainarla para que les ayudara á asegurar la felicidad de la patria.

Para estos incansables guerreros, la vida del campamento había llegado á tener grandes atractivos; las luchas los seducían, los decalabros les servían de aliciente; tenían la nostalgia de la guerra y no se daban cuenta de los males que ésta causaba, puesto que los mejores años de su vida los habían pasado viendo al país envuelto en élla; y habían palpado los grandes beneficios que acarreara la larguísima guerra por medio de la cual conquistaron nuestra independencia.

Indudablemente que á esos móviles tan elevados debemos nuestras primeras revoluciones, pues no

se les puede atribuir otros, á hombres tan puros, tan grandes, como Guerrero y Bravo.

Principales causas de las revoluciones.—El militarismo después de la guerra de independencia.

Al lado de estos héroes; cuyo recuerdo la patria venera aún y que desenvainaron la espada de buena fé, creyendo que de ese modo cooperarían al progreso de su patria, se alzó una nube de ambiciosos que habiendo prestado servicios menores, reclamaban mayor recompensa, ya por que lograron hacer resaltar sus servicios, como Iturbide y Bustamante, ó porque, con su cinismo desconcertante, desfiguraron los hechos, haciendo aparecer brillantes victorias donde sólo habían encontrado derrotas vergonzosas.

Esos ambiciosos de mala ley, se pasaron á las filas de los insurgentes cuando comprendieron que éstos tendrían que triunfar, pero después de haberlos combatido tenaz y ferozmente, haciéndoles una guerra sin cuartel, persiguiéndolos como fieras, no permitiéndoles en muchos casos antes de fusilarlos, ni los consuelos que habían podido encontrar en las prácticas de su religión. No solamente fueron estos malos mexicanos los verdugos más encarnizados de los libertadores, durante la guerra de independencia sino que una vez conseguida ésta, á la que contribuyeron débilmente con su tardía defección del campo realista, se hicieron pagar muy caro sus servicios; y cuando llegaron á obtener el mando supremo, después de ensangrentar el país con nuevas revueltas, fueron el azote de la patria, dieron riènda suelta á sus instintos perversos y ejercieron venganzas ruines contra los héroes más que-

ridos y más venerados, como Guerrero que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria, Alvarez tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de Presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley que de un modo tan espléndido hacían pagar á la patria sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, con su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones, siempre ofreciendo al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión, pero tan pronto como llegaban al poder, olvidaban sus promesas convirtiéndose en desalmados tiranos.

Trabajos democráticos del elemento civil.

Paralelamente á los abusos de esos militares ambiciosos que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones

de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido,

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fé se convocaba á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien, al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquéllas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

Reflexiones sobre militarismo y democracia.

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispano-americanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignorancia del pueblo, sino por que después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios y los que aprovechan la situación para explotarla impúdicamente en su favor.

Para probar lo anterior, citaré el ejemplo del Brasil que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios,

pronto hubo la Nación saldado cuentas con éllos y recobrado su tranquilidad, y la paz dentro de la libertad.

En cambio, la antigua Roma, modelo de democracias, en donde el pueblo había conquistado palmo á palmo sus derechos y practicádolos varios siglos, se vió arrancar esos preciosos derechos por sus generales victoriosos, que después de conquistar el mundo, vinieron á Roma á exigirle que con sus libertades pagara sus servicios.

Ejemplos de esa naturaleza encontramos con frecuencia en la historia y por no ser más extenso, solo citaré el caso de la Francia Republicana, que victoriosa había rechazado á todas las Naciones de Europa, por que si bien le hacían la guerra las testas coronadas, los pueblos recibían como á sus salvadores á las huestes republicanas, cuando éstas á su vez invadieron á los países vecinos, obteniendo triunfos que cada vez más aseguraban la grandeza de la Francia, y consolidaban las preciosas conquistas que había hecho para el género humano.

Pues bien, esa Francia que había hecho mil pedazos el cetro de sus antiguos reyes; que había roto con todas las tradiciones del pasado, y que altiva y victoriosa ostentaba en una mano el gorro frigio de la libertad para todos los pueblos, y en la otra un azote para todos los tiranos de la tierra, esa Francia, tan grande y tan noble y que había sido invencible en la guerra, la vemos inclinar sumisa la cabeza ante el afortunado militar que en Italia había conquistado gloria inmarcesible para las armas

francesas y con la corona, es decir con el sacrificio de su libertad, le pagó sus brillantes victorias.

¡Igual había hecho Roma con César!

¿Y cual fué para la Francia el fruto de aquella debilidad?

Bien amargo por cierto, pues después de una corta aunque brillantísima epopeya en que las águilas imperiales se pasearon victoriosas por toda Europa, y que le costó la pérdida de millares de hijos, vió derrumbarse como un castillo de naipes el imperio que parecía coloso y tuvo que ver su territorio mutilado después del último desastre de Waterloo.

Así pasa con todos los edificios que no tienen base sólida, que no se asientan sobre instituciones liberales, que no descansan en el pueblo mismo, sino que dependen de la vida, de la fortuna ó del capricho de un solo hombre.

Los vastísimos imperios de Alejandro el Grande y de Carlo Magno, sólo subsistieron mientras vivieron sus fundadores; en cambio, las repúblicas y los países endonde funcionan con regularidad las instituciones democráticas, aunque menos brillo en sus acciones guerreras, tienen una grandeza más efectiva y sobre todo más duradera, y si no, allí tenemos ejemplos para el más exigente: En la antigüedad, Roma cuya grandeza y cuya fortuna fué constante mientras fué república; en los tiempos modernos, los ejemplos más sobresalientes son Inglaterra y Estados Unidos; La Inglaterra, en donde por primera vez anidó la libertad después de haber sido proscripta de Roma, y cuyas sólidas instituciones reposan sobre la voluntad popular, ha ido siempre ensanchando sus dominios, y nunca ha estado

sujeta á las veleidades de la fortuna que acompañan á las Naciones cuando éstas depositan todo el poder en un solo bombre y abdican de su libertad.

La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos de imitarlos en sus prácticas, sobre todo, ese apego á la ley de que dan ejemplo sus mandatarios, á fin de poder llegar á ser tan grandes como ellos.

Por último, la Europa contemporánea nos presenta un cuadro vivo de la fuerza de la democracia.

Francia, después de sus últimas convulsiones, á resulta de las cuales sepultó para siempre la idea monárquica bajo todas sus formas, ha entrado en calma, ha logrado progresos portentosos en todos los ramos y después de obtener brillantes triunfos diplomáticos debido á su prudencia, á su calma, al patriotismo y serenidad de sus directores, ocupa un lugar preponderante en Europa, á pesar de la catástrofe de 70, que tanto la debilitó; mientras que Alemania, á pesar de que el temperamento sajón es más calmudo, más sereno, se vé constantemente agitada por las veleidades de su Emperador, que en un arranque de vanidad, de orgullo, de ira, ó de ceguedad, parecida á la que impulsó al pequeño Napoleón á la guerra del 70, puede traer sobre élla y sobre toda Europa una guerra desastrosa por causas bien mezquinas, bien indignas del brillo que los Emperadores pretenden dar á su púrpura, y además, de consecuencias espantosas para su propio país aún en el caso de salir victorioso de la contienda, pues si bien es cierto que las inagotables riquezas de su rival podrían indemnizarle los gastos que hiciera en

la guerra, nunca podría ésta devolverle los innumerables hijos que perdiera en los campos de batalla. Es cierto que ésto no pesa nada en la balanza de los pueblos cuando dependen de un soberano, pues éste tiene tantos súbditos, que bien puede sacrificar algunos cientos de miles para ensanchar sus dominios, para conquistar una poca de gloria, para satisfacer su vanidad; pero no piensan de igual manera las madres, que desoladas esperan y nunca ven llegar á los hijos de sus entrañas; las viudas y los húerfanos, que en la miseria tendrán que llorar sin consuelo la muerte del esposo, del padre. Estos llantos, que en un pueblo democrático repercuten por todo el territorio Nacional, inspirando cordura y prudencia á los hombres que llevan las riendas del gobierno, ó bien, haciendo que sean reemplazados por otros si se vé que quieren embarcar á la Nación en una aventura peligrosa, en las autocracias no tienen ningún eco, pues al autócrata, no llegan esos gemidos inoportunos, sólo llega el bélico acento del clarín; la voz de la prudencia permanece en la puerta del palacio, pues los hombres dignos que podrían aconsejarla, no son del agrado del soberano y sólo están cerca de él, los que mejor saben adular sus pasiones, aunque con sus pérfidos consejos los encaminen á las aventuras más desastrosas.

Al leer lo anterior quizá haya quien suponga que todo lo dicho es efecto de mi inmaginación, pero que se estudie detenidamente las relaciones franco-alemanas con motivo de la cuestión de Marruecos y se verá que permanezco aún frío al relatar acontecimientos de interés tan palpitante, que se recuerde el funesto acontecimiento de la guerra

Ruso-Japonesa tan imprudentemente iniciada por el orgullo y la debilidad del Zar y que costó tantos hijos á la Rusia y al Japón, habiendo tenido por epílogo la más vergonzosa de las derrotas para los antes invencibles ejércitos moscovitas.

A grandes reflexiones se prestan aún estos acontecimientos, pero quizá más allá, en el curso de este trabajo, encuentre oportunidad de hacerlas; por lo pronto, el hecho que quería hacer resaltar, es el relativo á los grandes males que sufren los pueblos por dejarse dominar por un solo hombre, el peligro tan grande que corren de que ésto suceda después de guerras en que las armas nacionales resultan victoriosas, la frecuencia con que ha pasado tal cosa en todos los pueblos del mundo y por último que el militarismo ha sido siempre el enemigo de la libertad y el principal obstáculo para el funcionamiento de la democracia, y no la ignorancia de los pueblos, pues por más atrasados que estemos y que estuviéramos después de 1821, no lo estamos tanto como Grecia en los tiempos mitológicos y Roma en el de su grandeza.

Por consiguiente, debemos hacer á un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir á los pueblos: que no están aptos para la libertad y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. Una vez vencido el enemigo extranjero, ha sido necesario pagar caramente los servicios á los generales afortunados; por ese motivo pusimos la corona en las sienes de Iturbide, cuya hoja de servicios en favor de su nueva patria

consistía en la oportuna defección que hiciera á la que antes hubiera considerado como tal.

Por una gratitud más merecida, pero igual mente ciega, se quizo premiar á los demas caudillos de la independencia con la silla presidencial. ó bien éllos lo exijieron con la espada en la mano como Guerrero y Bravo.

Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de éllos patriotas de última hora, turbaron constantemente la tranquilidad de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado, ó el más hábil militar era el que ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces á elecciones para el nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que constituían éstas, tan pronto como no respondían servilmente á sus miras.

Santa Ana. Entre estos audaces militares, figura en primer línea el General Santa-Ana, el más veleidoso de todos los mandatarios, el más intrigante de todos los ambiciosos de aquella época, el más cínico en sus ofrecimientos al pueblo, el que defeccionó de todos los partidos, y traicionó á todas las causas.

Entre él y otros cuantos ambiciosos. tenían al país en constante alarma, resultando que los Estados que estaban lejos de la acción del Centro, vivían casi independientes y no sabían á qué autoridad obedecer; pero también con Santa-Ana había contraído una deuda la Nación, pues había sido de los revolucionarios más afortunados y había

tenido la suerte de derrotar á Barradas, acción militar que él supo explotar hábilmente para aparecer ante la patria como uno de sus hijos beneméritos.

En pago de esa deuda hubo que permitirle escalara la Presidencia de la República repetidas veces, siendo él el que se encontraba al frente del gobierno cuando se separó Texas declarándose independiente.

Santa-Ana fué con fuerzas considerables á batir á los texanos, pero debido á su impericia militar y á su cobardía, sacrificó inútilmente los elementos y las fuerzas nacionales, pues una vez prisionero dió orden á las fuerzas mexicanas para que se retiraran y abandonaran el terreno en disputa.

¡Consideraba de más valor su tranquilidad y su vida, que la integridad de su Patria! y fué á soldado tal, á quien la Nación encomendó su defensa cuando fué invadida por los Norte-Americanos. Apenas es concebible que haya hombres que con sus descarados embustes, que con sus intrigas, puedan llegar á imponerse de tal modo á Naciones como la mexicana, que siempre ha contado con hijos dignísimos; con hijos valerosos, prontos á sacrificarse por élla.

Sin embargo, esa es la amarga realidad.

Santa Ana había encontrado el modo de reivindicarse ante la Nación, haciendo un alarde de resistencia en Veracruz contra las fuerzas francesas, y publicando proclamas en que describía como un triunfo para las armas nacionales, lo que en realidad había sido una derrota, si no para la mayor parte del ejército que con valor se defendió dentro de

sus cuarteles, sí para él y para las fuerzas directamente á su mando, pues á la primer noticia que tuvo del desembarco de los franceses, corrió despavorido y sólo recobró la calma y vino á atacar al enemigo, cuando se retiraba, porque creía haber logrado su objeto llevándose prisionero al General Arista que confundieron con Santa-Ana.

En esa acción, á pesar del brío de que hablaba en sus ploclamas, está demostrado fuera de duda por el sagaz historiador y apreciable amigo mío, Sr. Fernando Iglesias Calderón, que á lo que debió la pérdida de su pierna, fué á que no se ocultó bastante bien tras un muro como lo intentó, mientras ordenaba una carga enteramente inútil, y que costó la vida á muchos buenos soldados.

La sangre que derramó Santa-Ana en esta ocasión, por su pierna mutilada, costó muy caro á la patria.

Las torpezas y las intrigas de Santa-Ana y de otros jefes que aprovechaban los elementos que para su defensa ponía la Nación en sus manos, para rebelarse contra el gobierno constituido, derrocarlo y poner otro en su lugar, dieron por resultado que no pudimos hacer frente á las tropas americanas que invadieron nuestro territorio por que no era posible organizar ninguna defensa seria en medio de tantas disenciones, pues para eterno baldón de sus autores, éstas no cesaron ni cuando el suelo patrio era profanado por el invasor extranjero.

Esto viene á demostrar que no debemos esperar nada de esos militares ambiciosos, pues por tristísima experiencia, hemos visto cómo han antepuesto

siempre sus ambiciones personales á los más sagrados intereses de la patria.

De que un hombre, militar ó no militar, toma el funesto camino de las revoluciones para escalar el poder, deben sernos sospechosos todos sus actos, debemos desconfiar de sus promesas por más halagadoras que nos parezcan.

Lo que debemos entender por militarismo.

Ya que tan duramente hemos increpado en este lugar á militares ambiciosos que han sido la causa del desmembramiento de la República, conviene hacer una aclaración importante.

Siempre hemos tenido en nuestro ejército militares pundonorosos, valientes hasta la temeridad, caballerosos hasta lo novelezco, y nobles y abnegados hasta el sacrificio.

Estos militares siempre están listos para defender á su patria cuando ésta corre algún peligro, luchan valientemente en su defensa y cuando el peligro ha pasado se retiran á la vida privada ó siguen en su puesto, habiendo satisfecho su ambición con inscribir en las páginas de la historia patria un día más de gloria, al haberla salvado del peligro que corría.

Esos valientes y modestos héroes, no andan haciendo alarde de sus servicios, no se hacen pagar por la patria la sangre que por élla derramaron; saben que al defenderla han cumplido con su deber, y con eso están satisfechos.

Esos son los verdaderos militares, los sostenes de la patria en los días de peligro, los que le han legado sus glorias más puras; esos militares pundo-

norosos, nunca han sido una carga para la patria como los ambiciosos á que nos referimos más arriba, y al hablar de militarismo y de los males que éste ha causado á la Nación, nos referimos exclusivamente á los militares insubordinados, sin conciencia, que han abrazado la noble carrera de las armas, no con el fin levantado de defender á su patria, sino con el de llegar á dominarla para satisfacer sus pasiones ruines, su insaciable ambición.

En la guerra con los Estados Unidos, exceptuado á Santa-Ana y á uno que otro ambicioso, el ejército se portó con bravura, y si su general en jefe no hubiera traicionado, ó por lo menos no hubiera cometido una falta inexplicable, las armas nacionales se hubieran cubierto de gloria en la batalla de la Angostura, lo cual nos hubiera asegurado nuestra integridad nacional, pues este ejército una vez victorioso, hubiera regresado al Centro en excelentes condiciones para batir al enemigo que amenazaba por otro lado, y por lo menos, no hubiera sido tan humillante el tratado celebrado para obtener la paz y la evacuación del territorio nacional, por las fuerzas Norte-Americanas.

No hablaremos de las demásfaltas que Santa-Ana cometió durante esa guerra de tan tristes recuerdos para los mexicanos, pues son demasiado conocidas.

Dictadura de Santa-Ana

Lo que sí diremos, es que á pesar de haber observado una conducta tan sospechosa durante la guerra, que merecía la execración nacional, por medio de una de tantas intrigas, volvió Santa-Ana al poder, al poco tiempo de haberlo abandonado el íntegro pero débil Arista.

Santa-Ana, despechado por sus derrotas con los Estados Unidos de América, y más aún, con los que habían criticado su conducta censurando sus actos, inició una era de persecuciones y de venganzas como raras veces se habían visto desde que México era independiente; se revistió del poder dictatorial; se hizo proclamar «Alteza Serenísima,» decretar los honores y tratamientos más extravagantes; para sostenerse en el poder, equipó muy bien y aumentó considerablemente el ejército, poniéndolo en condiciones muy superiores á cuando se trató de defender á la patria; persiguió á los escritores independientes, y gobernó despóticamente, procurando centralizar todo el poder en sus manos, como lo había intentado cada vez que ascendiera al poder y como lo intentaron también todos los que pretendieron gobernar al país por medio de dictaduras militares.

Revolución de Ayutla.

La desesperación de los pueblos había llegado á su máximum y la Nación, aunque aparentemente tranquila como siempre que pesa sobre élla alguna dictadura, estaba en una gran efervescencia y sólo faltaba una chispa para encender otra vez la guerra civil.

La chispa fué encendida por el General Don Juan Alvarez, uno de los héroes de nuestra independencia, de esos hombres tan raros en todas las épocas, por su patriotismo y su desinterés. Él nunca pidió nada á la patria en pago de la sangre que mil veces derramó por ella; se contentó con verla libre y desde su modesto retiro, gobernando con acierto é integridad admirables el Estado de

Guerrero, contemplaba con honda tristeza los frecuentes tropiezos que sufría la patria que él ayudó á crear. Mas tarde, cuando fué nombrado Presidente de la República, con una magnanimidad y un desinterés que raramente encontramos en la historia, renunció á ese elevado puesto, dejando en su lugar á quien él juzgaba apto para sustituirlo.

La revolución iniciada en Ayutla y encabezada por el venerable insurgente de quien acabamos de hablar, así como de hombres de gran prestigio como Comonfort, fué secundada por toda la Nación y á pesar de los espléndidos ejércitos con que contaba la Dictadura, triunfó en poco tiempo, arrojando del suelo patrio al funesto dictador, é implantando un gobierno netamente popular, al frente del cual estuvo provisionalmente el General Comonfort, quien cedió el puesto al General Alvarez que fué designado para ocupar la Presidencia, mientras se reunía el Congreso Constituyente y al elaborar la Constitución, determinaba el modo como debía de ser electo su sucesor.

Como dijimos más arriba, el General Alvarez delegó el alto poder con que se le había investido, en su dignísimo colaborador, el General Comonfort. Parece que las principales causas que lo determinaron á tomar esa resolución, fué su avanzada edad que no le permitía llevar el grandísimo peso de la administración, en aquella época, tan difícil.

La elección que hizo para sustituto no podía ser más acertada, como acierta siempre el que no obedece á mezquinas pasiones, sino que procura inspirarse en los altos intereses de la patria.

Comonfort, ciñó sus actos fielmente á lo ofrecido

en el plan de Ayutla, convocó el Congreso Constituyente, al cual dejó en entera libertad para que cumpliera su cometido y llevara á la cima su magna obra; gobernó al país con acierto; reprimió los movimientos revolucionarios con actividad y energía; y procuró quitar á las guerras civiles el cáracter de ferocidad que siempre habían tenido, usando de una rara magnanimidad con los vencidos.

Congreso Constituyente.

El Congreso Constituyente, á la sombra del fuerte brazo de Comonfort, y aunque en medio de las tremendas agitaciones de partido que conmovían en aquella época á la República, pudo, con relativa calma, dedicarse á sus labores; el fruto de éstas fué la Constitución proclamada y jurada el año de 1857, en la cual se reconocían todos los derechos del hombre, se daba al país la forma de gobierno representativo federal, satisfaciendo de esta manera las manifiestas aspiraciones de la Nación.

Los trabajos de ese Congreso son memorables, por la magnitud de sus resultados, por el alto patriotismo de sus miembros, por su clarividencia, su elocuencia persuasiva, su serenidad en medio de las tempestades que los amenazaban y por último, por su desinterés, virtud cada vez más rara en nuestro suelo.

Ese Congreso grabó en nuestra historia, con letra indeleble, una de sus páginas más gloriosas, pues justamente podemos vanagloriarnos los mexicanos de poseer una de las Constituciones más sabias y más liberales del mundo.

La reunión de aquel Congreso es la prueba más

elocuente de que en México estamos perfectamente capacitados para la democracia, pues como para su elección no se ejerció presión alguna, fueron representantes genuinos, legítimos del pueblo, los que á él concurrieron, y como parte integrante del mismo, conocedores de sus necesidades y sedientos de libertad.

Su labor fué admirable, y asambleas tan notables honran á cualquier país. Pero esos hombres necesitan para su desarrollo, el ambiente de la libertad; la opresión, la tiranía, los asfixian.

Después de terminadas sus labores, el Congreso Constituyente clausuró sus sesiones, y los ilustres patricios que lo formaban, regresaron á sus hogares.

Presidencia de Comonfort. De acuerdo con la nueva Constitución se procedió á la elección de Presidente de la República, recayendo el nombramiento en el General Comonfort que había revelado tan notables dotes administrativas, las cuales, unidas á su energía, su actividad y su proverbial magnanimidad, le habían rodeado de una aureola de verdadera popularidad.

El General Comonfort empezó á gobernar con dificultades de toda clase, debido principalmente á los continuos pronunciamientos del elemento netamente militarista, que asociado con el clero y el partido conservador, sólo quería el poder para saciar sur ambiciones, pues si bien es cierto que cuando esos afortunados y audaces generales llegaron al poder, daban algunos decretos favorables al clero, en realidad era más lo que le quitaban en forma de empréstitos; y en cuanto á piedad, salvo su concurrencia oficial á las más fastuosas ceremo-

nias del culto, poco se preocuban por los verdaderos intereses de la religión, cuando no se mofaban de ella, pues por más partidario del clero que fuera Márquez, nunca podremos convencernos de que fuera un verdadero creyente; y así los demás generales, que aunque no tan feroces como éste, no demostraban tener muchos escrúpulos religiosos en ninguno de sus actos, como lo demuestra principalmente la facilidad con que se afiliaban ya á uno, ya al otro partido; su espada, salvo rarísimas y honrosas excepciones, estaba al servicio del que pagara mejor, ó del que ofreciera más galones.

En vista de tales dificultades, el Congreso, obrando con gran cordura y con patriótica prudencia, invistió á Comonfort de poderes omnímodos, para que pudiera conbatir eficazmente á los revolucionarios, y con la unidad de mando, tan necesaria cuando las Naciones pasan por sus grandes crisis, pudiera remediar la situación y restablecer el orden.

Golpe de Estado. A pesar de esta noble conducta del Congreso, Comonfort, obedeciendo á inexplicable sugestión; él que había sido tan leal para cumplir con lo pactado en el Plan de Ayutla; que había dado tantas pruebas de patriotismo, de prudencia y de rectitud, se resolvió á dar el funesto golpe de Estado para investirse con el poder dictatorial y convocar á otro Congreso Constituyente, porque le parecía que la Constitución, que él mismo había jurado cumplir y hacer cumplir, no llenaba las aspiraciones nacionales.

En presencia de estos hechos, se encuentra el historiador abrumado, aterrado, no acierta á expli-

carse cómo un hombre tan recto, haya cometido una falta tan imperdonable; un hombre tan noble, haya cometido una acción tan vituperable; un hombre tan apegado á la ley, la haya roto en sus manos, y por último, á un hombre que respetara como un ofrecimiento sagrado el que hizo en las efusiones de la victoria, diciendo "los heridos, pertenecen á Dios, yo los perdono", no se acordara antes de romper la Constitución, que hacía pocos meses había jurado solemnemente cumplirla y hacerla cumplir.

Sin embargo, el hecho existe y hay que buscarle una explicación.

Esta es muy sencilla, si seguimos el hilo de la idea que hemos venido desarrollando.

Comonfort, á pesar de sus brillantes y notables cualidades, era ante todo militar, y mal se aviene un militar acostumbrado á mandar sus ejércitos, con que se le haga ninguna observación; á tener un Congreso á quien consultar en todos sus actos; el acostumbrado á mandar, no puede obedecer, y menos un militar, que como él, había conquistado tan frecuentemente las palmas de la victoria, no podía verse subordinado á una asamblea de particulares, de hombres que no sabían ni manejar el sable.

Además, Comonfort había sido el principal motor de la revolución contra la dictadura; á él debía la patria su libertad, y tenía que pagarle caramente sus servicios. Un año de dictadura que había ejercido legalmente, lo habían engreído con el poder; ya no podía tolerar á congresos que estuvieran sobre él; el que había libertado á la patria de las ga-

rras de la dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía mas derecho á gobernar, que esa asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, «cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario» según sus palabras textuales; la razón en que se apoyaba fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, pues mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozaba de tal prestigio, estaba apoyado de un modo tan unánime por la Nación, que su gobierno parecía inconmovible é indudablemente, que si no hubiera cometido falta tan trascendental, se hubiera ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto habríamos recobrado la paz, y con ella, el progreso en todos los ramos; á lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado, no contaba ni con la ayuda de los que lo indujeron á cometer falta tan grande; las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él y tuvo que salir de su país, á llorar en el destierro, los males que en un momento de ceguedad, produjo á su patria.

Otro ejemplo que retener: ¡un hombre como és-

te, tan merecedor de los más altos honores, de la gratitud nacional; de una prudencia y de un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y de un patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad, una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, de la voluntad ó del capricho de un solo hombre!

Guerra de tres años. La única falta cometida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á acarrear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo revelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales, y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. El que ésto hizo, el Gral. Zuloaga, que había ocupado un puesto de tanta confianza entre las filas liberales, comprendió que éstos no podían aprobar su conducta, ni menos aun apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, que con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pasaron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales que en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, todos los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.

Sin embargo, las ideas liberales habían echado hondas raíces en la conciencia pública, pues se veía que de ningún modo atacaban los verdaderos intereses de la Religión, y que aseguraban á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, de esos sagrados derechos del hombre, que una vez reconocidos, lo elevan de la categoría de siervo, á la de ciudadano; de la de esclavo, á la de hombre libre.

Los defensores de esos principios se encontraban diseminados por el vasto territorio de la República, sirviéndoles de centro de unión, de jefe, la grandiosa figura de Juárez, que siendo sustituto del Presidente de la República por derecho, había recogido el poder que Comonfort perdió, primero con su golpe de Estado y que después le delegó según las declaraciones que hizo al efecto.

Juárez, investido de la legalidad de que se había despojado Comonfort, recogió el prestigio que aquel tenía, prestigio que supo acrecentar con la rectitud de sus actos, su admirable serenidad en los más grandes peligros, su indomable constancia, su honradez acrisolada, su patriotismo á toda prueba.

Juárez era la encarnación de la ley, era el representante genuino de la legalidad, respondía á las aspiraciones de la parte sana de la Nación, tanto del elemento civil, como del militar que se preocupaba por la prosperidad y la tranquilidad de su patria. La prueba de ésto, fué que los jefes que permanecieron fieles á la causa de la Reforma jamás se revelaron contra él, ni desconocieron sus órdenes, á pesar de que él, sin medios de acción para hacerse obedecer de sus generales, permanecía bloqueado en Veracruz.

En esa lucha tremenda, se había apoderado del poder el elemento malsano del ejército, que en aquella época predominaba, y que era el militarismo de siempre, nomás que sin jefe con quién la patria hubiera contraído esas deudas que tan caro ha tenido que pagar. Por ese motivo no tenía ese elemento la fuerza que otras veces, pues aunque sus jefes eran mucho más hábiles y audaces y contaban con mayores elementos de guerra, no tenía ninguno de éllos que ostentar laureles conquistados en guerra extranjera.

Además, la Nación había comprendido cuales eran sus verdaderos intereses; tantos años de guerras intestinas, tanto ensayo de régimen político, había sido una verdadera escuela, y la Nación había manifestado de un modo claro y terminante siempre que había podido nombrar libremente sus representantes, que estaba cansada del centralismo, el cual sólo servía para sostener dictaduras militares que siempre habían oprimido al pueblo, privándolo de todas sus libertades y que optaba resueltamente por el sistema federal representativo.

La mejor prueba de ésto, fué que los constituyentes de 57, no solamente no recibieron presión ninguna para formular las grandiosas bases de su magna obra, sino que por el contrario, su labor era desaprobada por el Jefe Supremo del Gobierno, por el Gral. Comonfort; pero éste, á pesar de que no aprobaba los trabajos del Congreso, nunca se atrevió á ejercer gran presión para que obrara según su opinión, y obrando con cordura y patriotismo, respetó los fueros de los constituyentes y los dejó que trabajaran en libertad.

La Constitución de 57, debía pues ser en lo sucesivo, la bandera que seguirían todos los buenos hijos de México y esa bandera era llevada muy alto, muy dignamente por el gran Juárez que al fin logró vencer á los reaccionarios, á los militares ambiciosos que encubrían su ambición bajo la sombra de la religión, á la parte maleada del clero que no comprendía que "su reino no es de este mundo" y que debía limitarse á ejercer saludable influencia sobre las conciencias, sin temor á la luz del liberalismo, pues éste no ha venido sino á poner en práctica las enseñanzas de Jesús; á levantar al oprimido, á castigar al orgulloso.

Después de las victorias obtenidas por las fuerzas liberales en Silao y Calpulálpam, se consolidó el triunfo del partido de la legalidad, y Juárez volvió á la Capital de la República para seguir gobernando á la Nación, con ese patriotismo, esa energía y esa imperturbable serenidad de que siempre dió pruebas.

Tratado Mac-Lane Ocampo.

Sin embargo, un acto cometido por él en un momento de desaliento, nos obliga á abrir un paréntesis.

Juárez, por las necesidades de la guerra, estaba investido de poderes dictatoriales, de los cuales siempre usó con prudencia, con magnanimidad; pero como hombre que era, también tuvo un momento de desfallecimiento, y él, que siempre se distinguió por su impasibilidad ante el peligro, por su serena constancia cuando se trataba de defender los grandes intereses de la patria, por su inquebrantable fé en la justicia y en el triunfo final de la

causa que sostenía; él, á quien con orgullo reconocemos como uno de nuestros hombres más grandes, y que en países extranjeros, aunque hermanos, ha sido declarado Benemérito de la América, tuvo un momento de debilidad y pactó el tratado Mac-Lane-Ocampo, que si hubiera sido aprobado por el Senado Americano, hubiera constituido una gran amenaza para nuestra integridad nacional.

Hablamos de este incidente desgraciado, sólo para ra hacer resaltar el hecho, de que siempre es peligroso para los pueblos dejar todo el poder en manos de un solo hombre, pues ya vimos como uno, de tantos méritos como Comonfort, en un momento de ofuscación, cometió una falta que costó á la República tres años de guerra civil, y ahora vemos al inquebrantable patriota, en un momento de desfallecimiento, cometer una falta que pudo acarrear grandes males á la patria.

Esta falta, que algunos escritores apasionados han querido hacer aparecer como una traición, no puede ser considerada como tal por ninguna persona imparcial; nosotros creemos que debe considerarse como una debilidad de nuestro grande hombre; pues ese tratado no tenía ninguna cláusula en que se cediera alguna pulgada de territorio nacional, y sólo hacía concesiones que podrían resultar peligrosas para la patria, tan peligrosas como las que puedan resultar del permiso que concedió últimamente el gobierno del Gral. Díaz á la misma Nación, para que estacionara buques carboneros en la Bahía de la Magdalena y para que su escuadra fuera á hacer en aquel punto, sus ejercicios de tiro al blanco.

Nosotros somos de los que consideramos como una amenaza para la Nación la concesión hecha á la vecina República del Norte para que haga uso de la Bahía de la Magdalena; pero no por eso hemos dicho ni pensado por un momento que el Gral. Díaz traicionara á la Patria. Consideramos este acto como una prueba de debilidad de un hombre que se acerca á los 80 años ó de extremada condescendencia hácia el ilustre huésped que tan hábilmente supo halagarlo.

El tratado Mac-Lanc-Ocampo lo consideramos igualmente como un acto de debilidad de Juárez, debilidad que todos los hombres están sujetos á sufrir en determinados momentos de la vida. El mismo Jesús de Nazaret, el ejemplo de más pura abnegación que ha venido al mundo, teniendo la visión de lo que le esperaba, tuvo sus momentos de desfallecimiento en el Monte de los Olivos, cuando lloroso dijo á su Padre: «Si es posible, aparta de mí este cáliz......»

A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida. Todos tienen acciones buenas que presentar en su abono, acciones perversas que constituyen una deuda terrible.

El mismo hombre puede cometer acciones meritísimas y otras vituperables y no es raro encontrar en la vida de algún criminal empedernido, acciones tan bellas que comueven, como también no hay hombre por grande que sea que no haya cometido sus faltas. Sin ir muy lejos, nuestra historia nos presenta muchos ejemplos, pues ni el más inmaculado de nuestros héroes dejó de cometer alguna falta, y

aunque la cometiera de buena fé, no por eso dejó de tener consecuencias funestas para la Patria. Apoyaremos en hechos nuestra afirmación, y sin el deseo de denigrar á seres cuya memoria veneramos, y cuyas faltas encontramos muy disculpables, citaremos algunos ejemplos además de los de Comonfort, Juárez y Díaz de que acabamos de hablar.

El venerable cura Hidalgo, cometió una falta de consecuencias trascendentales no ocupando á la ciudad de México después de la batalla del Monte de las Cruces. Esta falta fué cometida debido á los sentimientos humanitarios del venerable sacerdote; pero es indudable que si hubiera ocupado la Capital, el mal causado á sus habitantes no hubiera guardado relación con los beneficios que hubieran resultado para la causa de la Independencia.

El cura Morelos, que dió pruebas de ser un gran conocedor del arte de la guerra, un gran organizador, habilísimo administrador, y un verdadero clarividente, cometió la torpeza de convocar á un Congreso y querer gobernar con él en plena guerra, cuando que lo único que pudiera dar resultado en ese caso era un gobierno militar como estaba establecido de hecho. En otra parte hemos hablado de este asunto y lo hemos comentado suficientemente.

Guerrero y Bravo tan nobles, tan desinteresados, que han escrito con su espada y con su magnanimidad algunas de las páginas más bellas de nuestra historia, también cometieron la falta de ser de los primeros que iniciaron el régimen de pronunciamientos y asonadas militares.

Cerremos este largo paréntesis para proseguir nuestra narración.

Presidencia del Sr. Lic. Don Benito Juárez.

Una vez establecido en el poder el gobierno de la legalidad, sostenido por el inmenso prestigio que ésta le daba, y por el que se había conquistado el grande hombre que estaba á su cabeza, rápidamente se estableció el orden en toda la República, pues el gobierno era sostenido por la Nación entera y tenía á su servicio las espadas que tan brillantes triunfos le dieron en Silao y Calpulálpam.

Además, Don Benito Juárez unía á su apego á la ley, una inquebrantable energía, y había logrado subyugar con su grandeza de alma á todos los jefes liberales, que lealmente sostenían á su gobierno, como el representante de la legalidad, y el porta-estandarte de la Constitución de 57, que, como hemos dicho más arriba, había servido de centro de unión, de bandera á todos los buenos hijos de México.

El militarismo había sufrido un golpe mortal, pues los nuevos jefes del ejército sólo ambicionaban la tranquilidad, el progreso y la felicidad de la Patria, y satisfacían esa noble ambición sirviéndola con infatigable celo.

Los jefes de las antiguas asonadas habían tenido que huir sin esperanzas de volver.

Todo parecía tranquilo, pues los principios liberales, y el sistema federal representativo, habían triunfado en las sangrientas revoluciones y después de la última, ya estaba tan desprestigiado el grito de guerra de los enemigos del orden «Religión

y fueros,» que no había casi ni quien lo pronunciara, ni menos quien siguiera á uno que otro insensato que aún quería perturbar el orden con este pretexto.

Elección del Lic. Benito Juárez para la Presidencia de la República.

Terminada la guerra civil, el gobierno de Don Benito Juárez convocó á la Nación para que elijiera sus representantes en el Congreso, sus Magistrados, y el nuevo Presidente de la República á quien él debía entregar las riendas del poder.

Dos candidatos principales se disputaron ese puesto; Juárez, que con su estoicismo y su constancia había salvado las instituciones liberales y el magnánimo jefe González Ortega, que con su espada victoriosa había sido el que decidiera el triunfo de la Reforma.

La balanza se inclinó por Juárez, y González Ortega, aunque consciente del inmenso prestigio que tenía en la Nación y sobre todo en el ejército, se inclinó ante el fallo del voto público, y puso su espada al servicio de su contendiente, conquistándose con ese acto mayor gloria, que la que hubiera podido conquistar gobernando hábilmente á su patria después de haber desconocido su voto y haber arrojado con las armas en la mano, á su legítimo representante del puesto que ocupara.

¡Otro ejemplo qué imitar!

La Nación después de haber conquistado tan preciosos bienes, y contenta con tener al frente de sus destinos al inmortal Juárez, creía que era llegado el momento de reposar, á fin de curar sus heridas y restañar la sangre que aun manaba por éllas;

pero estaba en un error, el triunfo de las ideas liberales no se había logrado sin lastimar gandes intereses, pues las leyes de Reforma habían privado al clero de sus riquezas, y éste difícilmente se resignaba á ello; además, las guerras civiles encienden y alimentan tan terribles pasiones, que con frecuencia se ha visto que un partido prefiere sacrificar la independencia de su patria con tal que el partido contrario no ocupe el poder.

Guerra de la Intervención Francesa.

Esto pasó en México, pues uniéndose al clero los conservadores mas recalcitrantes y apasionados, así como algunos de los generales que habían perdido la esperanza de llegar á hacer de las suyas desde que el partido liberal había obtenido triunfos tan importantes que lo habían consolidado definitivamente, intrigaron con habilidad en Europa y lograron acarrear una tormenta sobre su patria, pues tres Naciones poderosas mandaron sus barcos de guerra y sus ejércitos á nuestras playas.

De estos hechos tan tristes, encontramos en la historia muchos casos, y sólo citaremos algunos, siguiendo la costumbre que hemos observado en el presente trabajo, de apoyar todas nuestras afirmaciones en hechos históricos, á fin de sacar de éllos la luz necesaria para iluminar los asuntos más obscuros.

Para no remontarnos muy lejos, recordemos la conducta de los emigrados franceses durante la Revolución que fueron á engrosar las filas de los enemigos de su patria, de los que pretendían des-

membrarla, tan sólo por que no estaban conformes con el gobierno que ésta se había dado.

La República de Cuba nos dió recientemente un tristísimo ejemplo, pues el presidente Estrada Palma, viendo que no podría asegurar su reelección y que no podría luchar contra el partido liberal, solicitó la intervención del Gobierno Americano, la cual tan caro ha costado á la Perla de las Antillas. Los hechos posterioses han venido á probar lo apasionado del juicio que Estrada Palma tenía formado de los liberales, puesto que á éstos será á los que los americanos dejen en el poder después de evacuar la isla, y de haber intervenido para que las elecciones sean libremente hechas (á lo menos ésto se deduce de las noticias que nos trae el cable, pues en la fecha en que escribimos estas líneas, Octubre de 1908, aún no se resuelve la cuestión).

Por último, para que se llevara á cabo el tratado Mac-Lane-Ocampo, indudablemente que entre otras razones, obró el profundo despecho de Juárez y su Gabinete contra el partido contrario que tantas amarguras había acarreado á la patria.

Estas son las funestas consecuencias de las guerras civiles que encienden entre hermanos odios inextinguibles, odios que hacen perder hasta la noción de Patria, pues ciegos por la ira, sólo desean ardientemente la ruina de sus enemigos, aunque en su caída arrastran á su patria.

Por eso debemos felicitarnos que más de 30 años de paz y la política conciliadora del General Díaz, hayan acabado con esos profundos rencores que nos tenían constantemente divididos. Esa política de conciliación que hemos visto vituperar tan fre-

cuentemente, la juzgamos como uno de los timbres de gloria más lejítimos del General Díaz, lo cual nos causa satisfacción declarar, para probar que no somos apasionados y que, siguiendo las indicaciones de nuestro escaso criterio y de nuestra amplia buena fé, procuramos dar: al César, lo que es del César.

Ha de dispensar el lector tan frecuentes digresiones del principal tema que vamos desarrollando en este capítulo, pero no es propiamente un trabajo histórico el que presentamos al público, sino que estamos buscando en la historia, el material que necesitamos para desarrollar nuestra tesis, y juzgamos indispensable comentar tales hechos, á fin de aprovechar las deduciones que nos sugieran en la parte más importante de nuestro modesto trabajo.

Volvamos pues á la vituperable acción cometida por los elementos del partido conservador aliados con los militares que no verían su ambición satisfecha con el régimen dominante.

Estos elementos, por medio de emisarios que fueron á Europa y que trabajaron sordamente pero con constancia, lograron seducir la aventurera imaginación de Napoleón III y éste, para enmascarar los fines que se proponía de establecer una monarquía en México, invitó á Inglaterra, España y los Estados Unidos de América para que se unieran á él con el fin de hacer á México las reclamaciones por perjuicios que pretendían haber recido sus nacionales. Los Estados Unidos no aceptaron la invitación, pero sí la aceptaron Inglaterra y España, celebrando un convenio con el Empera-

dor de los franceses para mandar sus escuadras á Veracruz, con algunas fuerzas de desembarque.

Llevaron adelante lo pactado, y ocuparon el puerto de Veracruz los ejércitos de las potencias unidas.

El gobierno de Don Benito Juárez, entabló desde luego negociaciones diplomáticas y observando un lenguaje correcto, pero enérgico, digno y prudente, logró disolver en parte la tempestad que amenazaba á nuestra patria, obteniendo que retiraran sus fuerzas del territorio nacional, Inglaterra y España.

Este triunfo diplomático se debíó también en gran parte á que los representantes de Inglaterra y España obraron con buena fé; á que no quisieron precipitar á sus países en una guerra injusta, y á la hidalguía, caballerosidad y patriotismo del General Prim, representante de España, que con su noble comportamiento tanto ha influído para que los lazos que nos unían á nuestra madre patria, volvieron á estrecharse, después de haber estado tanto tiempo á punto de romperse.

La hábil, digna y sincera diplomacia del gabinete de Juárez, no podía convencer al representante de Francia, que traía instrucciones terminantes, aunque reservadas, en abierta pugna con los convenios de Londres, y que consistían en no admitir ningún arreglo con el gobierno de Juárez, sino de penetrar hasta la Capital, procurar la pacificación del país y coronar Emperador de México, al Archiduque Maximiliano de la casa reinante de Austria.

Por tal motivo, fué imposible todo arreglo con

los representantes de Napoleón III y principiaron las hostilidades, dando desde luego pruebas de su mala fé, con el hecho de no haber respetado los tratados de la Soledad, según los cuales, al romperse las hostilidades, las fuerzas invasoras debían de retirarse á ocupar los puestos que tenían antes de firmarse dichos tratados.

En esta guerra, la suerte que corrieron las armas nacionales, fué diversa y lo que indudablemente nos dió el triunfo, fué la inquebrantable firmeza de Juárez, que seguía tremolando en su mano la bandera de 57, á la cual unía la de la independencia de la patria, pues él, electo legalmente Presidente de la República, era su representante legítimo y con este carácter, lo reconocían los jefes militares.

Al principio de la guerra, las armas nacionales lograron cubrirse de gloria en la memorable batalla del 5 de Mayo, en la cual, el modesto y valiente General Zaragoza, rechazó con fuerzas inferiores en número, á las aguerridas huestes napoleónicas.

En esta batalla se distinguieron todos los jefes mexicanos que en ella tomaron parte, contándose entre ellos, el General Porfirio Díaz, actual Presidente de la República.

El resultado de este triunfo fué inmenso bajo el punto de vista moral; pues demostró al mundo que la fuerza de México era de tenerse en consideración y que no se le podía humillar impunemente.

Por desgracia, á este brillante triunfo sucedieron una serie de desastres, principiando en Orizaba donde nuestras fuerzas se derrotaron casi solas debido á un golpe audacísimo de los franceses que

atacaron con fuerzas insignificantes el cerro del Borrego, siendo ayudados eficazmente por la obscuridad de la noche y por la confusión que este inesperado ataque llevara á las fuerzas mexicanas.

Más tarde, cuando el ejército francés fué considerablemente reforzado y que volvió á tomar la ofensiva, las fuerzas mexicanas se encerraron en Puebla, habiendo hecho una defensa heroica y que podemos considerar como una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar, pero de consecuencias fatales para la República, pues al tomar el enemigo la plaza, perdió aquella casi todos los elementos de guerra, sus ejércitos más bien organizados, y muchos de sus más hábiles jefes.

El Gobierno de Don Benito Juárez hizo cuanto pudo por auxiliar la plaza, mandando un convoy sostenido por una fuerte columna al mando del General Comonfort, pero éste fué derrotado completamente y no pudo prestar el auxilio que tanto necesitaba la plaza sitiada.

Estos descalabros de las armas nacionales, abrieron las puertas de la Capital de la República á las fuerzas invasoras, y Don Benito Juárez, acompañado de su Gabinete, evacuó la Capital y fué á establecer su gobierno en los Estados que se encontraban libres, teniendo que cambiar frecuentemente de residencia, llevando á cabo esa famosa peregrinación hasta los límites de la República, en la cual dió nuevas pruebas de su fé inquebrantable en el triunfo final de las armas nacionales, pues con su rara clarividencia, sabía cuan grande es la fuerza del derecho y estaba consciente del que le amparaba.

Juárez, en su peregrinación, tremolando constantemente la bandera de la independencia; representante siempre digno de la patria; imperturbable, sereno, incorruptible, servía de centro de unión á todos los buenos mexicanos, que fieles militaron bajo las banderas republicanas hasta obtener el triunfo definitivo de la República.

En esta guerra volvió á darse el mismo caso que en la de Reforma; los que defendían á la patria en aquellos momentos, no tenían más ambición que salvarla y comprendiendo cuan funesta hubiera sido cualquiera división, y subyugados por el prestigio de Juárez, pelearon todos en unión perfecta y se ayudaron mutuamente los jefes militares en sus respectivas operaciones, sin que estos movimientos fueran en ningún caso entorpecidos por celos ó por envidia.

¡No cabe ni duda que los grandes peligros despiertan las grandes virtudes, así como los placeres, la molicie, enervan las más nobles facultades del alma!

Una vez disuelto en Puebla el cuerpo principal de operaciones, y ocupado el centro de la República por las fuerzas invasoras, la guerra tomó un carácter parecido al de nuestra guerra de independencia, pues ocupado el país en su mayor parte por los ejércitos franceses, tan aguerridos, bien equipados y rápidos en sus movimientos, era muy difícil para los republicanos organizar grandes ejércitos con tan pocos elementos como de los que podían disponer, y tuvieron que limitarse á la organización de guerrillas, que pudiendo siempre esquivar el combate cuando comprendían que la

suerte les sería adversa, podían emprenderlo tan pronto como juzgaban la victoria segura, debido á la gran movilidad que les proporcionaba la falta de pesada artillería y de voluminosos bagajes.

En esta clase de guerra sobresalen nuestros compatriotas, eficazmente ayudados por la configuración del Territorio Nacional.

Á pesar de las numerosas defecciones en las filas republicanas ocasionadas por los continuos triunfos de los invasores, y á pesar de que éstos tenían como aliados á numerosas fuerzas mexicanas que habían traicionado á su patria y que conocían perfectamente el terreno, la causa de la independencia fué defendida sin descanso por muchos jefes republicanos, á quienes nunca abatían las derrotas ni los mayores desastres.

Esos jefes, dignos de la veneración nacional por su constancia, nunca desmayaron en sus esfuerzos para atacar los puestos del enemigo, que no era dueño sino del terreno que pisaba, y tenía que marchar siempre en gruesas columnas, pues las pequeñas eran atacadas y frecuentemente destrozadas por los incansables jefes republicanos.

Evacuación del Territorio Nacional por las Fuerzas Francesas.

Esa heroica resistencia, que hacía gastar á Francia enormes sumas de dinero, que le hacía perder en combates estériles sus mejores soldados, logró al fin disipar las esperanzas que abrigaba Napoleón III, de llegar á consolidar el Imperio Mexicano y tuvo que retirar sus huestes para llevarlas á su país, á pagar muy caro el atentado que cometieran en nuestra patria.

¡Pobre pueblo francés, que tan duramente fué castigado por haber inclinado la cabeza ante el descendiente del gran Napoleón!

Ese hombre nefasto para su patria y también para la nuestra, es el único responsable de tanta sangre derramada.

¡Otro ejemplo del tremendo castigo que reciben los pueblos que abdican su libertad; del peligro de dejar el poder en manos de un solo hombre!

Una vez retiradas las fuerzas francesas del territorio nacional, se desplomó el llamado imperio de Maximiliano, pues las fuerzas traidoras que lo sostenían, ni eran suficientemente numerosas, ni tenían ese entusiasmo, esa fé, que hacía inflexibles á los republicanos.

El golpe de gracia lo recibió el Imperio con la toma de Querétaro, pues el llamado Emperador y sus principales generales fueron hechos prisioneros, juzgados y condenados según las leyes del país.

Este gran acontecimiento permitió al general en jefe de las fuerzas sitiadoras de Querétaro, General Mariano Escobedo, desprender parte de sus fuerzas para estrechar el sitio de México que había iniciado el Gral. Díaz con buen éxito.

La plaza tenía que rendirse tarde ó temprano, pues las fuerzas sitiadas estaban desmoralizadas y nunca podrían hacer una salida con éxito, así es que procedió el Gral. Díaz con gran cordura al no atacar la ciudad, para evitar derramamientos inútiles de sangre.

Reflexiones sobre la Guerra de Intervención.

En esa larga guerra, muchos fueron los jefes republicanos que se distinguieron por su inquebrantable constancia, por su incansable actividad, y por su lealtad á la causa republicana.

Entre esos héroes, tres son los que descuellan: Escobedo, Corona y Díaz. Los tres combatieron con constancia y obtuvieron frecuentes victorias sobre las fuerzas francesas.

A los tres debía la patria grandes servicios y aunque la adulación ha querido atribuir al actual Presidente de la República la mayor parte del mérito en aquella gloriosa guerra, allí está la historia imparcial para pesar las acciones de cada quien y si bien es cierto que las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, las tomas de Puebla y México, son timbres de gloria muy legítimos para el Gral. Díaz, también lo es que Escobedo obtuvo victorias mucho más importantes por el número de combatientes y por los resultados obtenidos, como la de Santa Gertrudis, y que la toma de Querétaro revistió mucha mayor importancia que las de Puebla y México. Además, las fuerzas de caballería que destacó Escobedo en observación de Márquez, estorbaron el paso de éste á Puebla y permitieron al Gral. Díaz tomar por asalto aquella ciudad el 2 de Abril.

A esta toma de Puebla se le ha querido dar una importancia grandísima, al grado de declarar día de fiesta nacional el aniversario de ese hecho de armas.

Sólo la adulación, que pocos escrúpulos tiene,

puede haber concebido tal idea, pues en nuestras guerras civiles y con el extranjero contamos con hechos más gloriosos y de mayor trascendencia.

Las fuerzas que defendían á Puebla estaban completamente desmoralizadas, eran muy inferiores en número á las de los asaltantes, como lo demuestra el hecho de que en muy pocas horas se apoderaron éstas de la plaza.

No es nuestro ánimo menoscabar la gloria del Gral. Díaz y de su ejército por el éxito obtenido en aquella jornada, pero sí nos parece injusto que se le quiera dar una importancia que no tiene, para apocar la gloria de otros caudillos que tuvieron aún mayor mérito que él, pues no solamente el Gral. Escobedo obtuvo victorias de más trascendencia que el General Díaz, sino que también la campaña de Sinaloa por el Gral. Corona fué mucho más activa, más brillante y de resultados muy superiores á la verificada por el Gral. Díaz en Oaxaca durante la intervención, pues las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, no pueden pesar más que la campaña de Sinaloa, puesto que fueron dadas cuando los franceses estaban evacuando el Territorio Nacional, mientras que el Gral. Corona tuvo constantemente en jaque á los franceses y no les permitió salir de Mazatlán y Guaymas, sino para sufrir derrotas sobre derrotas, habiendo logrado que las capitales de aquellos dos Estados y todo su territorio á excepción de los dos puertos mencionados, estuvieran siempre ocupados por las fuerzas republicanas.

En cuanto á la toma de Puebla, la acción fué dada contra fuerzas traidoras, pues eran muy po-

cos los austriacos que se encontraban en la ciudad, y por las razones que expresamos más arriba, no puede considerarse esa acción la más gloriosa de la guerra de Intervención, ni mucho menos al grado de declarar su aniversario, día de fiesta nacional.

En ningún país del mundo se ha declarado fiesta nacional el aniversario de alguna victoria, y menos aun cuando esa victoria ha sido obtenida en alguna guerra civil. Sólo á la camarilla de aduladores del Gral. Díaz se les ha ocurrido tal cosa.

El Gral. Díaz, en materia de gloria militar, puede estar satisfecho con la suya; que es indisputable y meritísima y no necesita que sus aduladores quieran revestir con falso brillo sus acciones de armas, pues éste, dada su mala ley, siempre resultará pálido al lado de la verdad.

Ningún país como Francia cuenta en su historia con páginas más brillantes escritas por sus ejércitos victoriosos; ninguna nación ha obtenido triunfos más portentosos, victorias más gloriosas y trascendentales, y sin embargo, el único día que se celebra en Francia como fiesta nacional, es el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, primer paso dado por el pueblo francés para conquistar su libertad.

Hemos insistido sobre lo anterior, porque escribimos en una época en que la adulación pretende hacer del Gral. Díaz casi un semi-dios, puesto que pretende que no hay otro hombre capaz de igualar sus dotes extraordinarias. Hemos visto que lo comparan con Napoleón, con Washington; que es más grande que Bolívar, y deducen que la Nación

tiene hacia él, una deuda de gratitud que nunca le podrá pagar, y precisamente por ese motivo, queremos aquilatar sus méritos, para saber igualmente qué tanto le debe aún la patria.

Revolución y Plan de la Noria.

Una vez evacuado el Territorio Nacional por los ejércitos invasores y destruidas las fuerzas de traidores que intentaron sostener al llamado Imperio, volvió el gobierno del Lic. Don Benito Juárez á la Capital de la República.

Había pasado ya la tremenda tempestad que por cinco años asolara el suelo patrio.

La Nación mexicana había salido victoriosa de una contienda en que tuvo que medir sus fuerzas con una de las naciones más poderosas del mundo.

Esa victoria había afirmado nuestra vida como nación independiente, y á la vez, había asegurado para siempre el triunfo de las instituciones liberales, pues los conservadores y los militares enemigos del orden, se habían desprestigiado para siempre con el hecho de haber traicionado á su patria.

El gobierno del Sr. Juárez tenía que tropezar con obstáculos de todas clases; tenía que resolver arduos problemas; pero parecía que unidos todos los que habían salvado á la Patria de tan tremenda crisis, la sacarían también airosa de peligros menores.

Pero no pasó así; la dolorosa experiencia de las guerras civiles que habían sucedido á la de nuestra primera independencia, no fué suficiente para poner un freno á las ambiciones de los caudillos.

Como hemos dicho, logramos rechazar las huestes extranjeras, debido no solamente á la admira-

ble firmeza del Presidente de la República, Señor Juárez, sino á la constancia y al indómito valor de muchos jefes republicanos que nunca abandonaron las armas, ni después de los más funestos reveces.

Pues bien, la mayor parte de esos héroes, una vez terminada la guerra, siguieron prestando su ayuda al gobierno del Sr. Juárez, poniendo lealmente su espada á su servicio; pero no todos estaban conformes con desempeñar papel tan secuendario; algunos de éllos juzgaban que la Patria no había recompensado suficientemente sus servicios, que como de costumbre, estimaban muy alto; además, no comprendían que un particular, un «LICENCIADO» que nunca había empuñado las armas, pudiera tener más méritos que éllos y cuando vieron que la Nación no opinaba del mismo modo y que había tributado una prueba de agradecimiento y de confianza al «LICENCIADO» reeligiéndolo para Presidente de la República, resolvieron desenvainar de nuevo la espada para ascender éllos al poder.

Los héroes de nuestra independencia, cuando se pronunciaron en contra del gobierno constituido, tenían como disculpa las inevitables faltas que cometía aquél debido á su inexperiencia; faltas que éllos creían poder corregir fácilmente al subir al poder; pero una vez convencidos por sí mismos de las inmensas dificultades que presentaba tal empresa, se abstuvieron de volver á perturbar el orden y sólo empuñaron de nuevo la espada, para defender los fueros de la libertad cuando ésta fué hollada sin piedad por algunos de los dictadores militares.

Los que promovieron la revolución de la Noria

no tenían esa disculpa, puesto que todos admiraban la seguridad y la firmeza con que llevaba las riendas del gobierno el Sr. Juárez, y además debían de haber tomado experiencia en nuestro doloroso pasado, para no volver á cometer las faltas que tan funestas habían sido para la República.

***

Uno de los problemas que de más difícil solución se presentaba al Gobierno del Sr. Juárez, era que una vez terminada la guerra, tenía un ejército demasiado numeroso para las necesidades de la Nación en tiempo de paz, y que el gobierno no podía sostener debido á la escasez de recursos de todas clases, pues las fuentes de riquezas estaban todas cegadas y después de una guerra de cinco años, sólo se encontraban escombros por todas partes.

Para resolver tan arduo problema, el Sr. Juárez convocó á una junta á todos los generales victoriosos, y en esa junta se acordó licenciar una parte del ejército, con su oficialidad respectiva.

Este elemento, que inesperadamente se encontraba en la calle, sin recursos para su subsistencia y después de haber por tanto tiempo vivido en el campamento, tenía que ser un elemento peligroso para la tranquilidad pública, y estaría siempre listo para secundar cualquier asonada, cualquier levantamiento que le proporcionara los medios de subsistencia á que estaba acostumbrado y que le permitiera atacar al Gobierno del Sr. Juárez, con el que estaban profundamente resentidos, porque pretendían que había sido injusto con éllos, pues

por premio de sus servicios á la patria, los había dado de baja.

A este elemento se unía el de los ejércitos sostenedores del llamado imperio, y que habían sido desbandados y dada de baja su oficialidad. Estos se encontraban aún en peores condiciones y más resueltos á aprovechar la primera oportunidad para empuñar de nuevo el sable ó el fusil.

Sin embargo; estos elementos, dispersos en todo el país, podrían cuando mucho turbar la tranquilidad de alguna pequeña región, sin constituir una amenaza seria para el gobierno.

Para que ésto pudiera suceder, era menester que tuvieran á su frente algún jefe de prestigio que los uniera á todos, y pudiera organizar sus esfuerzos; pero ésto no se tuvo en consideración en la referida junta, pues allí se encontraban todos los jefes que pudieran tener prestigio suficiente para promover algún movimiento serio, y todos ofrecían su incondicional ayuda al Gobierno y parecían dispuestos á defenderlo enérgicamente contra cualquier levantamiento.

Los mismos generales fueron á desbandar á sus tropas y á licenciar á sus oficiales, pero ¿qué todos serían tan sinceros para explicar á sus oficiales que la penuria del erario obligaba al gobierno á tomar aquella determinación?

Si todos los jefes hubieran hablado á sus subalternos el lenguaje que en aquel momento aconsejaba el patriotismo; si les hubieran hecho comprender que debían de estar orgullosos y satisfechos con haber salvado á su patria y que esa satisfacción debían éllos estimarla como su mejor recompensa,

puesto que por otro lado la Nación estaba imposibilitada para pagar sus servicios en otra forma; que la patria necesitaba aún sus servicios, pero no ya en el campo de batalla, sino en el taller, en el campo, y que el mejor modo de servirla en la nueva era porque iba atravesando, era dedicarse á formar un patrimonio, aprendiendo á manejar el martillo y el arado y á servir de núcleo para la formación de una familia honrada.

Si además de ésto, hubieran unido el ejemplo á las exhortaciones y no solamente hubieran permanecido sumisos al Gobierno, sino que hubieran colaborado eficazmente con él para conservar la paz, indudablemente que desde entonces habría echado ésta hondas raíces en nuestro suelo.

Desgraciadamente no fué así, pues uno de los Jefes más prestigiados, el Gral. Porfirio Díaz, después de retirarse del servicio, lo cual logró por sus reiteradas instancias, porque el Sr. Juárez no quería privarse de sus importantes servicios, empezó á conspirar contra el Gobierno, reuniendo á su rededor parte de esos oficiales que estaban descontentos porque los habían desbandado, poniéndose de acuerdo con algunos otros jefes de los que se distinguieron en la pasada guerra, y seguido igualmente por sus antiguos y adictos oficiales y soldados, no tardó en levantarse en armas contra el gobierno constituido, proclamando el principio de no-reelección, según podía verse por la proclama que de su Hacienda de la Noria, lanzó á la Nación, en Noviembre de 1871, y que á la letra dice:

«Al Pueblo Mexicano:

«La reelección indefinida, forzosa y violenta, del

Ejecutivo Federal, ha puesto en peligro las instituciones nacionales.

«En el Congreso una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos, ha hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y convertido la Representación Nacional en una cámara cortesana, obsequiosa y resuelta á seguir siempre los impulsos del Ejecutivo.

«En la Suprema Corte de Justicia, la minoría independiente que había salvado algunas veces los principios constitucionales de este cataclismo de perversión é inmoralidad, es hoy impotente por la falta de dos de sus más dignos representantes y el ingreso de otro llevado allí por la protección del Ejecutivo. Ninguna garantía ha tenido desde entonces amparo; los Jueces y Magistrados pundonorosos de los Tribunales Federales son sustituidos por agentes sumisos del Gobierno, los intereses más caros del pueblo y los principios de mayor trascendencia quedan á merced de los perros guardianes.

«Varios Estados se hallan privados de sus autoridades legítimas y sometidos á gobiernos impopulares y tiránicos, impuestos por la acción directa del Ejecutivo, y sostenidos por las fuerzas federales. Su soberanía, sus leyes y la voluntad de los pueblos han sido sacrificadas al ciego encaprichamiento del poder personal.

«El Ejecutivo, gloriosa personificación de los principios conquistados desde la revolución de Ayutla hasta la rendición de México en 1867, que debiera ser atendido y respetado por el gobierno para conservarle la gratitud de los pueblos, ha sido abajado y envilecido obligándolo á servir de instru-

mento de odiosas violencias contra la libertad del sufragio popular, y haciéndole olvidar las leyes y los usos de la civilización cristiana en México, Atexcatl, Tampico, Barranca del Diablo, la Ciudadela y tantas otras matanzas que nos hacen retroceder á la barbarie.

«Las rentas federales, pingües, saneadas, como no lo habían sido en ninguna otra época, toda vez que el pueblo sufre los gravámenes decretados durante la guerra, y que no se pagan la deuda nacional ni la extranjera, son más que suficientes para todos los servicios públicos, y deberían haber bastado para el pago de las obligaciones contraídas en la última guerra, así como para fundar el crédito de la Nación cubriendo el rédito de la deuda interior y exterior legítimamente reconocida. A esta hora, reducidas las erogaciones y sistemada la administración rentística, fácil sería dar cumplimiento al precepto constitucional, librando al comercio de las trabas y dificultades que sufre con los vejatorios impuestos de alcabalas, y al erario de un personal oneroso.

«Pero lejos de ésto, la ineptitud de unos, el favoritismo de otros y la corrupción de todos, ha cegado esas ricas fuentes de la pública prosperidad: los impuestos se reagravan, las rentas se dispendian, la Nación pierde todo crédito y los favoritos del poder monopolizan sus espléndidos gajes. Hace cuatro años que su procacidad pone á prueba nuestro amor á la paz, nuestra sincera adhesión á las instituciones. Los males públicos exacerbados produjeron los movimientos revolucionarios de Tamaulipas, San Luis, Zacatecas y otros Estados;

pero la mayoría del gran partido liberal no concedió sus simpatías á los impacientes, y sin tenerla por la política de presión y arbitrariedad del gobierno, quizo esperar con el término del período constitucional del encargado del Ejecutivo, la rotación legal democrática de los poderes que se prometía obtener en las pasadas elecciones.

«Ante esta fundada esperanza que, por desgracia, ha sido ilusoria, todas las impaciencias se moderaron, todas las aspiraciones fueron aplazadas y nadie pensó más que en olvidar agravios y resentimientos, en restañar las heridas de las anteriores disidencias y en reanudar los lazos de unión entre todos los mexicanos. Sólo el gobierno y sus agentes, desde las regiones del Ejecutivo, en el recinto del Congreso, en la prensa mercenaria, y por todos los medios, se opusieron tenaz y caprichosamente á la amnistía que, á su pesar, llegó á decretarse por el concurso que supo aprovechar la inteliguencia y patriótica oposición parlamentaria del 5° Congreso Constitucional. Esa ley que convocaba á todos los mexicanos á tomar parte en la lucha electoral bajo el amparo de la Constitución, debió ser el principio de una época de positiva fraternidad, y cualquiera situación creada realmente en el terreno del sufragio libre de los pueblos, contaría hoy con el apoyo de vencedores y vencidos.

«Los partidos, que nunca entienden las cosas en el mismo sentido, entran en la liza electoral llenos de fé en el triunfo de sus ideas é intereses, y vencidos en buena lid, conservan la legítima esperanza de contrastar más tarde la obra de su derrota, reclamando las mismas garantías de que gozaban

sus adversarios; pero cuando la violencia se arroga los fueros de la libertad, cuando el soborno sustituye á la honradez republicana, y cuando la falsificación usurpa el lugar que corresponde á la verdad, la desigualdad de la lucha, lejos de crear ningún derecho, encona los ánimos y obliga á los vencidos por tan malas arterías, á rechazar el resultado como legal y atentatorio.

«La revolución de Ayutla, los principios de la Reforma y la conquista de la independencia y de las instituciones nacionales se perderían para siempre si los destinos de la República hubieran de quedar á merced de una oligarquía tan inhábil como absorbente y antipatriótica; la reelección indefinida es un mal de menos trascendencia por perpetuidad de un ciudadano en el ejercicio del poder, que por la conservación de las prácticas abusivas, de las confabulaciones ruinosas y por la exclusión de otras inteligencias é intereses, que son las consecuencias necesarias de la inmutabilidad de los empleados de la administración pública.

«Pero los sectarios de la reelección indefinida prefieren sus aprovechamientos personales á la Constitución, á los principios y á la República misma. Ellos convirtieron esa suprema apelación al pueblo en una farsa inmoral, corruptora, con mengua de la magestad nacional que se atreven á invocar.

''Han relajado todos los resortes de la administración buscando cómplices en lugar de funcionarios pundonorosos.

''Han derrochado los caudales del pueblo para pagar á los falsificadores del sufragio.

"Han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana, asesinatos horrorosos, hasta el grado de ser proverbial la funesta frase de "Ley-fuga."

"Han empleado las manos de sus valientes defensores en la sangre de los vencidos, obligándolos á cambiar las armas del soldado por el hacha del verdugo.

"Han escarnecido los más altos principios de la democracia, han lastimado los más íntimos sentimientos de la humanidad, y se han befado de los más caros y trascendentales preceptos de la moral.

"Reducido el número de diputados independientes por haberse negado ilegalmente toda representación á muchos distritos, y aumentado arbitrariamente el de los reeleccionistas, con ciudadanos sin misión legal, todavía se abstuvieron de votar 57 representantes en la elección de Presidente, y los pueblos la rechazan como ilegal y antidemocrática.

"Requerido en estas circunstancias, instado y exigido por numerosos y acreditados patriotas de todos los Estados, lo mismo de ambas fronteras, que del interior y de ambos litorales, ¿qué debo hacer?

"Durante la revolución de Ayutla salí del Colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en lucha contra la invasión extranjera, sostuve la independencia nacional hasta restablecer al gobierno en la capital de la República.

"En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo, ni empleo de ninguna clase; pero he contraído tam-

bién graves compromisos para con el país por su libertad é independencia, para con mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo de no ser indiferente á los males públicos.

"Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he negado á la patria en peligro; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal: cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo. Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador, á las ostentaciones del poder. Si por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido mi último deber para con la República.

"Combatiremos pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria. "Constitución de 57 y libertad electoral" será nuestra bandera; "menos gobierno y más libertades" nuestro programa.

"Una convención de tres representantes por cada Estado, elegidos popularmente, dará el programa de la reconstrucción constitucional, y nombrará un Presidente Constitucional de la República, que por ningún motivo podrá ser el actual depositario de la guerra. Los delegados, que serán patriotas de acrisolada honradez, llevarán al seno de la convención las ideas y aspiraciones de sus respectivos Estados, y sabrán formular con lealtad y sostener con entereza las exigencias verdaderamente nacio-

nales. Sólo me permitiré hacer eco á las que se me han señalado como más ingentes; pero sin pretención de acierto ni ánimo de imponerlas como una resolución preconcebida, y protestando desde ahora que aceptaré sin resistencia ni reserva alguna, los acuerdos de la convención.

"Que la elección de Presidente sea directa, personal, y que no pueda ser elegido ningún ciudadano que en el año anterior haya ejercido por un solo día autoridad ó encargo cuyas funciones se extiendan á todo el Territorio Nacional.

"Que el Congreso de la Unión sólo pueda ejercer funciones electorales, en asuntos puramente económicos, y en ningún caso para la designación de altos funcionarios públicos.

"Que el nombramiento de los Secretarios del despacho y de cualquier empleado ó funcionario que disfrute por sueldos ó emolumentos más de tres mil pesos anuales, se someta á la aprobación de la Cámara.

"Que la Unión garantice á los Ayuntamientos, derechos y recursos propios como elementos indispensables para su libertad é independencia.

"Que se garantice á todos los habitantes de la República el juicio por jurados populares que declaren y califiquen la culpabilidad de los acusados; de manera que á los funcionarios judiciales sólo se les conceda la facultad de aplicar la pena que designen las leyes pre-existentes.

"Que se prohiban los odiosos impuestos de alcabala y se reforme la ordenanza de aduanas marítimas y fronterizas, conforme á los preceptos

constitucionales y á las diversas necesidades de nuestras costas y fronteras.

"La convención tomará en cuenta estos asuntos y promoverá todo lo que conduzca al restablecimiento de los principios, al arraigo de las instituciones y al común bienestar de los habitantes de la República.

"No convoco ambiciones bastardas ni quiero avivar los profundos rencores sembrados por las demasías de la administración. La insurrección nacional que ha de devolver su IMPERIO á las leyes y á la moral ultrajadas, tiene que inspirarse de nobles y patrióticos sentimientos de dignidad y justicia.

"Los amantes de la Constitución y de la libertad electoral son bastante fuertes y numerosos en el país de Herrera, Gómez Farías y Ocampo, para aceptar la lucha contra los usurpadores del sufragio popular.

"Que los patriotas, los sinceros constitucionalistas, los hombres del deber, presten su concurso á la causa de la libertad electoral, y el país salvará sus más caros intereses. Que los mandatarios públicos, reconociendo que sus poderes son limitados, devuelvan honradamente al pueblo elector el depósito de su confianza en los períodos legales, y la observancia estricta de la Constitución será verdadera garantía de paz. Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la ultima revolución.—Porfirio Díaz.

"La Noria, Noviembre de 1871."

***

Indudablemente que los principios que se proclamaban y los cargos que se hacían al Gobierno, sólo eran el pretexto para quitar del poder al Sr. Juárez, porque para lograr que se reformara la Constitución en ese sentido, no se necesitaba apelar á las armas, puesto que ella misma indicaba cuales eran los trámites legales para reformarla, y el General Díaz, y los demás descontentos que lo siguieron, tenían bastante prestigio para haber logrado que triunfara ese principio, iniciando una campaña democrática, enérgica y sincera, por medio de la prensa, clubs y trabajos electorales.

Pero no es á militares ambiciosos á los que se les ha de hablar de prácticas democráticas, ni de la fuerza del derecho; para éllos, no hay más derecho que el de la fuerza; ni práctica más eficaz que la de desenvainar el sable.

La verdadera razón para que se promoviera esa revolución, era la ambición de algunos militares que estimaban que su patria no les había recompansado ampliamente sus servicios, y con la espada en la mano, le exigían ese pago, como antes lo exigieran Iturbide, Guerrero, Bravo, Bustamante, Santa-Ana y otros muchos.

¡El militarismo en acción!

¡La guerra fratricida volvió á encenderse!

Por un lado, luchaban militares insubordinados ensangrentando el suelo patrio para satisfacer sus ambiciones; para hacerle pagar muy caro la sangre por ella derramada!

¡Por el otro, muchos militares también, pero

pundonorosos, esclavos de su palabra, contentos con seguir sirviendo á su patria y que se consideraban ampliamente pagados con la satisfacción de haberla salvado!

Estos últimos sostenían al gobierno del Sr. Juárez, que con su grandeza de alma, su tacto, su patriotismo, se había impuesto sobre todos éllos y sereno guiaba la nave del estado ayudado por tan buenos mexicanos.

El Señor Juárez, es el único Presidente civil que haya logrado tener en jaque al militarismo, pues con su patriotismo, sedujo á los militares pundonorosos que le sirvieron de firme apoyo, y con su inquebrantable energía, dominó á los que se levantaron contra él encabezados por el General Díaz.

Las fuerzas del gobierno, victoriosas, habían casi sofocade la revolución, cuando falleció el gran Juárez.

Esta noticia que llenó de consternación á toda la República, puso fin á la contienda civil, pues ya no subsistía el pretexto para seguir luchando, y como las fuerzas del gobierno eran las victoriosas, tuvieron que capitular los pronunciados y la tranquilidad volvió á reinar en todo el Territorio Nacional.

Revolución de Tuxtepec.

A la muerte de nuestro grande hombre, subió al poder, con aplauso de toda la Nación, el eminente jurisconsulto Don Sebastián Lerdo de Tejada, que había prestado importantísimos servicios á la República, siendo uno de los Ministros de Juárez, á quien acompañó en su larga y penosa peregrinación por los Estados del Norte, como uno de sus más firmes é inteligentes colaboradores.

El Señor Lerdo de Tejada, de brillantísima inteligencia, de una honradez acrisolada, no tenía, empero, aquella energía, aquel prestigio, aquel tacto superior que constituían la fuerza de Juárez.

El Señor Lerdo, acostumbrado á ver que las mayores tempestades no acertaban á desviar el rumbo con que marchaba la nave del Estado y que imperturbablemente seguía ésta su derrotero, llegó á creer que el gobierno legítimo era invulnerable, nunca comprendió el peligro que corría su administración, y hasta en los últimos momentos estuvo adormecido por esperanzas tan halagüeñas como infundadas.

El Señor Lerdo se había trazado como camino, la línea recta, que siguió inflexiblemente, sin tener en cuenta que con su conducta disgustaba á muchos altos militares, á muchos hombres de cierto prestigio que iban á engrosar las filas de los descontentos, los cuales reconocían como Jefe, al General Porfirio Díaz, quien una vez lanzado en la funesta pendiente de las revueltas, tenía que vencer definitivamente, ó morir, pues no era hombre que se contentara con los términos medios.

El Señor Lerdo pudo tener á su disposición el remedio para calmar á los descontentos, para satisfacer la ambición ó la necesidad de los que lo abandonaban, para premiar á los militares que habían derramado su sangre en defensa de la patria, para sacar al tesoro nacional de la penuria en que se encontraba.

El remedio era aceptar algunas de las ofertas que le hacían financieros extranjeros para la emisión de un empréstito, pero el Señor Lerdo rehusó

esas ofertas por juzgar las operaciones que le proponían, onerosas para la Nación, y no podía ser de otro modo, pues era bien sabido que el General Díaz conspiraba constantemente, lo que constituía una amenaza perenne para la paz pública y eso atemorizaba á los capitalistas extranjeros.

Con altísima mira, se preocupaba más por el porvenir de la Patria que por asegurar su administración. No cabe ni duda que fué esta una gran falta, pues si hubiera asegurado la tranquilidad del país, aun á costa de un empréstito oneroso, hubiera hecho más bien á la Patria que dejando á tanto descontento en la pobreza, pues éstos constituían una amenaza constante para el orden público.

Sin embargo, ahora juzgamos después de que ya pasaron los acontecimientos, pero la verdad es que esa medida aislada no hubiera salvado la situación, la cual provenía de que el Señor Lerdo no tenía un carácter á propósito para gobernar en aquellas circunstancias, pues si hubiera lanzado el empréstito y enriquecido á algunos de los patriotas, hubieran tenido pretextos de más peso y algunos visos de razón en levantarse los que tal hicieron, puesto que de todos modos permanecerían descontentos, por ser su ambición difícil de satisfacer. Lo que se necesitaba para poner órden en aquel caos, era la mano de hierro del Señor Juárez, ¡qué demasiado pronto abandonó este mundo!

No pudiendo recurrir el Señor Lerdo, por temperamento, á medios que él juzgaba ilegales, la revolución era inevitable, pues de contínuo aumentaban las filas de los descontentos, que abierta-

mente conspiraban en la Capital de la República y aún en el mismo Palacio Nacional.

El General Díaz que anduvo mucho tiempo oculto y que sufrió mil aventuras, que si bien demuestran que es un hombre intrépido y afortunado, demuestran igualmente su invencible tenacidad, había soñado con la Presidencia de la República y tenía que valerse de cuanto medio estuviera á su alcance para lograr su objeto, para saciar su ambición.

En las elecciones presidenciales resultó reelecto el Señor Lerdo de Tejada; y éste para satisfacer las necesidades siempre crecientes del erario, promulgó la ley del timbre; ley equitativa que reparte automáticamente el impuesto en proporción á las operaciones mercantiles que cada contribuyente verifica.

Es cierto que en algunos Estados hubo alguna presión en las elecciones, pero nos han referido algunas personas que en aquella campaña eran porfiristas, que á pesar de la presencia en sus pueblos de fuerzas federales, ganaron éllos la elección, lo cual demuestra qne la presión no era tan grande, ni constituía un obstáculo invencible para que la Nación hubiera votado en contra del Sr. Lerdo, en caso de que no hubiera estado satisfecha con sus servicios.

De todos modos, esa ligera presión que con seguridad fué obra de los partidarios del Sr. Lerdo, pues éste nunca hubiera consentido esos manejos indignos de él, no era motivo para ensangrentar el país con otra revolución. ni lo era el querer que se reformara la Constitución en el sentido de la no-

reelección; ni tampoco el deseo de que se aboliera el impuesto del timbre.

Como hemos dicho al referirnos á la revolución de la Noria, acaudillada por el mismo Gral. Díaz, la Constitución tiene previsto el caso en que se quiera reformarla, é indica los trámites.

Una campaña vigorosa y honrada en la prensa y en los clubs, hubiera logrado esa reforma sin efusión de sangre.

Para emprenderla, sólo se necesitaba patriotismo, pues durante la administración del Sr. Lerdo la imprenta gozó de gran libertad y éste nunca hubiera recurrido al régimen de persecusiones contra los que, por el camino que marca la ley, trabajaran porque se reformara la Constitución en un sentido más liberal.

Pero para seguir esta conducta, se necesitaba no tener otro móvil que el bien de la Patria y querer trabajar por su engrandecimiento sin miras egoístas, puesto que los que luchan en el terreno de la idea, generalmente no tienen otra recompensa que la muy abstracta de haber satisfecho una de las más nobles aspiraciones del alma, como es la de servir desinteresadamente á su Patria. Pero esa recompensa no satisface á todos;no todos saben comprenderla. El caudillo de la intervención, que creía que la Patria tenía una gran deuda con él; el antiguo jefe que se había sentido cubierto de gloria al verificar su entrada triunfal en México, en donde había sido tratado con gran cariño y respeto por sus conciudadanos, que admiraban los laureles que acababa de conquistar, y más que todo, su modestia verdaderamente republicana, no podía

resignarse á vivir oculto entre las montañas más escabrosas, en las selvas más impenetrables, ó vivir siempre proscripto de la sociedad ó lejos de la Patria.

Por estos motivos, y cuando hubo reunido los elementos necesarios, volvió á levantarse en armas el Gral. Díaz, haciendo á la Nación las promesas más halagüeñas en el Plan de Tuxtepec que fué después reformado en Palo Blanco, quedando como siguen, los principales artículos:

"Art. 1º Son leyes supremas de la República, la Constitución de 1857, el Acta de reformas promulgadas el 25 de Septiembre de 1873 y la ley de 14 de Diciembre de 1874.

"Art. 2º Tendrá el mismo carácter de ley suprema la No-Reelección del Presidente de la República y Gobernadores de los Estados, mientras se consigue elevar este principio al rango de reforma constitucional, por los medios legales establecidos por la Constitución.

"Art. 3º Se desconoce, etc. etc................

"Art. 4º Reunido el VIII. Congreso constitucional, sus primeros trabajos serán: la reforma constitucional de que habla el art. 2º lo que garantiza la independencia de los municipios........

8º.........................

"Campo de Palo Blanco, Marzo 21 de 1876.—
"PORFIRIO DIAZ."

Ese plan, propuesto por el caudillo de la intervención; por el que había consumado algunos de los hechos de armas más gloriosos peleando bajo la bandera republicana; que había dado grandes pruebas de integridad y desinterés al entregar al Sr.

Juárez cuando éste hubo entrado á la Capital de la República $300, 000.00 que tenía en caja; que había revelado una gran modestia al entrar á México, y además, siendo apoyado su movimiento por gran parte de los jefes que se habían distinguido en la guerra de la Intervención, presentaba á la República espejismos engañadores y le hacía concebir las más risueñas esperanzas para cuando triunfara el movimiento revolucionario, pues en aquellos momentos de febril entusiasmo, á ninguna persona se le ocurría poner en duda la sinceridad de los austeros jefes republicanos que habían dado á la Patria independencia y gloria, y todos abrigaban las más halagüeñas esperanzas para cuando llevaran las riendas del poder los gloriosos caudillos de la Intervención, los honrados jefes que sabrían cumplir fielmente sus promesas.

Esas eran las esperanzas de la Nación mientras duraba el conflicto, y por eso permaneció en su mayoría en una situación espectante mientras duró la lucha y se alegró cuando hubo triunfado el partido revolucionario.

Como hemos dicho, al Gral. Díaz lo secundaban en su movimiento todos los militares insubordinados y ambiciosos, de los que siempre quedan después de las grandes guerras; los antiguos jefes y oficiales que habían combatido á sus órdenes, y por último, indudablemente que se unieron á él muchos patriotas de buena fé que juzgaban salvadores los principios proclamados en Tuxtepec por un jefe, como el Gral. Díaz, que ofrecía toda clase de garantías de que se cumplirían esas promesas, debido al gran prestigio de que gozaba, realzado

por su integridad en el manejo de los fondos públicos. Otras circunstancias que lo ayudaron en su movimiento, fueron que el Sr. Lerdo, soltero á su edad, tenía las costumbres de la mayoría de éstos, lo cual se prestaba á acerbos ataques de sus enemigos que criticaban todos los actos de su vida privada, que en honor de la verdad, no podía citarse como modelo.

Esos ataques, que llenaban de ridículo al Sr. Lerdo, influían grandemente en la opinión pública, teniendo por efecto que no fuera un hombre verdaderamente popular, pues no todos tenían el desarrollo intelectual suficiente para poder apreciar las grandes dotes de aquel hombre eminente, mientras que sí estaba al alcance de todos, juzgar sus defectos.

Es increíble lo que influye la vida privada de un gobernante en el aprecio de sus conciudadanos. En ese respecto, el Gral. Díaz gozaba de la fama de ser un austero republicano, y en verdad, que hasahora, no ha desmentido esa fama, sino que la ha consolidado más y más con la vida privada que lleva y que unánimemente es calificada de intachable.

Todas estas circunstancias, y el hecho del irresistible prestigio que tiene ante los pueblos atrazados el brillo de los galones, hacía que se inclinara la balanza por el plan de Tuxtepec.

Por otro lado, cuando la primera revolución promovida por el Gral. Díaz, además de que éste tenía que luchar contra Juárez en vez de ser contra el Sr. Lerdo, estaba aun muy reciente la epopeya de las armas republicanas; en los corazones ardía

aún el fuego del patriotismo que los había hecho vencer á su formidable enemigo; pero ese fuego se había ido apagando poco á poco, y el trabajo de zapa de los descontentos seguía infiltrando en las conciencias que se habían mantenido más limpias, el veneno de la envidia, de la ambición y como no estaban contenidas ni por el irresistible prestigio, ni por la inquebrantable energía del Sr. Juárez, iban á engrosar las filas de los revoltosos, aumentando así cada vez más la fuerza del nuevo caudillo que con su maravilloso conocimiento del corazón humano, á cada quien ofrecía lo que más alagaba sus pasiones ó su patriotismo.

Con estos antecedentes, se vé fácilmente que el éxito de la revolución, no podía ser dudoso, pues aunque la Nación deseaba ante todo la paz, una vez iniciada la lucha, prefería que venciera el partido que más garantías le ofreciera de labrar su felicidad.

La Nación no tenía aún bastante experiencia para saber cuán poca confianza deben inspirarle los ofrecimientos que le hacen sus hijos, cuando tenían las armas, pues desde que ésto hacen, desconocen sus más sagrados intereses hollando los grandes principios de fraternidad y de justicia, ensangrentando sus campos, destruyendo sus ciudades y por todas partes sembrando llanto, luto y desolación.

***

La batalla de Tacoac, dada entre las fuerzas del gobierno y las del Gral. Díaz, mandadas en persona por él mismo, fué la última carta del gobierno

Lerdista. La suerte le fué adversa. Las fuerzas del Gral. Díaz resultaron victoriosas, gracias en gran parte á la intrepidez y á la audacia del Gral. Manuel González.

El Sr. Lerdo abandonó el país.

Empuñó las riendas del gobierno el Sr. Lic. Dn. José María Iglesias, que en aquella época era Presidente de la Suprema Corte de Justicia y que, según la Constitución, debía sustituir al Presidente en sus faltas temporales ó absolutas.

Los directores intelectuales de la revolución de Tuxtepec y el mismo General Díaz, queriendo aparentar que respetaban hasta cierto punto la forma, y no pisoteaban tan abiertamente la Constitución, habían celebrado un tratado con el Sr. Iglesias,—llamado tratado de la Capilla.—según el cual este eminente jurisconsulto, seguiría siendo Presidente de la República como le correspondía por derecho, desde el momento en que el Sr. Lerdo había abandonado las riendas del gobierno; y luego se convocaría á la Nación para elecciones de nuevo Presidente de la República siendo el candidato oficial el Gral. Díaz.

A pesar de estos convenios y de los ofrecimientos del plan de la Noria, el General Díaz, después de la victoria de Tecoac, marchó directamente á la Capital en donde se hizo proclamar Presidente de la República por sus fuerzas victoriosas.

El señor Iglesias, siguiendo el ejemplo del señor Lerdo, abandonó el Territorio Nacional.

Había dejado de subsistir el Gobierno Constitucional que existía desde el año de 1857 y se había establecido en su lugar, una dictadura militar, un

gobierno de hecho, á la cabeza del cual se encontraba el General Porfirio Díaz.

En los capítulos siguientes, veremos cómo cumplió este Jefe, las promesas que hizo á la Nación, y cuál ha sido la influencia de su gobierno sobre sus destinos.

EL GENERAL DIAZ, SUS AMBICIONES, SU POLITICA Y MEDIOS DE QUE SE HA VALIDO PARA PERMANECER EN EL PODER.

Hasta ahora hemos conocido al Sr. General Porfirio Díaz como valeroso caudillo en la guerra de la Independencia, y más tarde como incansable revolucionario, como constante perturbador de la paz; veamos ahora qué conducta ha observado como gobernante; pero antes de proseguir nuestra narración, abramos un paréntesis para estudiar la interesante personalidad del hombre que ha sido por más de 30 años, árbitro de los destinos de nuestra Patria. Poco tendremos que decir de él, pues después de gobernar el país por tanto tiempo, ha llegado á ser la encarnación de un principio: el del poder absoluto; mientras que sí tendremos que ser

muy extensos al tratar de las consecuencias de su sistema de gobierno.

*
* *

Su carácter. El Gral. Porfirio Díaz, es de estatura alta, complexión robusta, porte marcial, mirada penetrante, su semblante revela la energía y la tenacidad de su alma; al verlo, aun en fotografía, se le nota un aspecto de esfinge; parece que encierra un gran misterio; que oculta cuidadosamente en el fondo de su alma un pensamiento, una idea fija, que sólo se manifestará incidentalmente por hechos trascendentales, pero que normará los actos de su vida toda.

Ese misterio que procuraremos descifrar, nos dará la clave de muchos de sus actos que no podrán explicarse de otra manera.

La energía de su carácter la ha aplicado al dominio de sí mismo, pues sólo el hombre que sabe dominarse, puede dominar á los demás.

Como resultado de ese dominio, es muy metódico en todos sus actos, sobrio en el comer y en el beber, lo cual le permite ser siempre dueño de sí mismo; además, es sumamente madrugador é incansable para el trabajo.

Este régimen, le ha permitido á los 78 años conservar relativamente un gran vigor material é intelectual, pues para un hombre de tan avanzada edad, es asombrosa la labor que desempeña.

Su vida privada es intachable; como padre de familia, ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la circunspección, corrección,

modestia y actividad de su hijo; como esposo, es un modelo, pues á su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que merece.

Estas virtudes domésticas nos revelan que la alta personalidad que venimos estudiando, no es un hombre vulgar como lo quieren hacer aparecer sus enemigos.

El Gral. Díaz, se conmueve fácilmente: «lágrimas de cocodrilo,» dicen sus detractores; pero para formular ese juicio, sólo los guía la pasión, la cual les impide comprender que las lágrimas nunca son fingidas, pues nadie tiene el poder de hacerlas brotar á voluntad.

Por este motivo y por el modo de ser del Gral. Díaz, nosotros sí las juzgamos sinceras, pues bajo su semblante de bronce, late una alma humana, y como humana, sensible.

Esa sensibilidad no es una prueba de debilidad y menos aún en el General Díaz, que nos ha demostrado cómo sabe dominar hasta ese sentimiento, para subordinarlo, como todos los actos de su vida, á la idea fija, dominante, que hemos descubierto en el fondo de su alma.

Como administrador, siempre ha sido íntegro, de lo cual dió una prueba brillante cuando entregó al Sr. Juárez $300,000.00 que tenía como sobrante en la caja del cuerpo de su ejército.

Muchos de sus enemigos aseguran que se ha enriquecido considerablemente en la Presidencia, y que tiene como unos $60.000,000.00 en el extranjero, pero no aducen ningunas pruebas, porque pretenden que sería muy difícil y muy peligroso

buscarlas bajo el régimen actual de gobierno. Por este motivo, generalmente se dá crédito á los rumores más absurdos; pero nosotros, fieles á nuestro propósito de hacer un estudio concienzudo, decimos resueltamente que no damos crédito á tales rumores, fundándonos en sus costumbres tan sencillas, en la educación que ha dado á su hijo, haciéndolo que trabaje para que forme de un modo lícito su fortuna; en que su administración, se ha distinguido por el orden en el manejo de los caudales de la Nación, sin el cual hubiera sido imposible nivelar los presupuestos y presentar sobrante en la Tesorería. Además, un hombre que tuviera tal sed de dinero, sería un ente vil, completamente despreciable, y nunca hubiera tenido ni la energía, ni el prestigio suficiente para dominar por más de 30 años á la República, pues felizmente, no está á tal punto perdida la dignidad nacional.

El Gral. Díaz en sus actos ha dado siempre pruebas de gran modestia, pero no cabe ni duda que le agrada la lisonja y que esa modestia no es sino aparente; no es sino el resultado del gran dominio que ejerce sobre sí mismo, que le hace dar á todos sus actos la apariencia que él desea, para que coadyuven al fin que tenazmente persigue, á la realización de la idea fija de que ya hemos hecho alusión.

Lo anterior es demasiado conocido, pues todo el mundo sabe los elogios exagerados que hacen al Gral. Díaz los órganos subvencionados con fondos del gobierno, y todos los que por cualquier motivo reciben sueldo de la Nación.

Además, el hecho de haber permitido que se de-

clarara día de fiesta nacional el 2 de Abril, denota muy poca modestia.

El debe comprender que no es á sus contemporáneos á quienes toca juzgar sus actos, sino á la historia, y hubiera sido más prudente esperar el fallo de ésta, no dando su consentimiento para que se celebrara ese aniversario, puesto que corre gran peligro de que no se vuelva á celebrar después de su muerte.

Como una prueba de tantas que podría citarse, de la exagerada adulación de sus amigos, vamos á referir el siguiente caso:

Por casualidad, llegó á nuestras manos un librito impreso el presente año que se llama «El ejemplo de una vida» «Porfirio Díaz y su obra» «Para los niños; para los obreros, para el pueblo;» el cual era distribuído profusamente en Monterrey por el elemento oficial. En ese librito, cuyo autor ocultó prudentemente su nombre, quizá porque se avergüenza él mismo de su obra, en la página 24, al pié de una fotografía del General reaccionario Leonardo Márquez, dice lo siguiente.«............. ....el General Díaz lo derrotó siempre, desde el primer encuentro en Jalatlaco, en que venció con 272 hombres, á cerca de 4,000 con 11 Generales entre éllos los Cobos y Negrete........»

Esa es la inexactitud más estupenda, pero vienen muchas otras por el estilo.

Esa obra, probablemente se imprimió con fondos del gobierno, pues no es de esperarse que un particular anónimo, hiciera ese gasto tan fuerte; pero de cualquier modo que sea, en lo que sí no puede ca-

ber duda, es que ha circulado con el consentimiento, por lo menos tácito, del Gral. Díaz.

Otro hecho bastante significativo y que demuestra que al General Díaz no solamente le agrada la lisonja, sino que vé con desagrado que se tributen elogios á otro que á él, es el de que no haya permitido que en la Capital de la República se erija un monumento á Juárez; cosa rara, si se tiene en cuenta que el General Díaz, por la posición oficial que ocupa, debía ser el más celoso guardián de las glorias nacionales y debía tener predilección especial por el Indio de Guelatao, hijo de su mismo Estado natal; su correligionario y jefe durante la sangrienta guerra de Reforma; su bandera durante la guerra de Intervención y á quien se han erijido monumentos en todo el Territorio Nacional, con motivo de su centenario.

Idea fija del General Díaz.

Hemos visto cuales son las grandes virtudes del estadista de quien nos venimos ocupando, también hemos descubierto algo de vanidad, tras su aparente modestia, procuremos ahora descifrar el misterio que oculta bajo su aspecto de esfinge; la idea fija que nos revela su semblante, su mirada.

Aparentemente encontramos grandes contradicciones en sus actos:

Cuando por primera vez se levantó en armas contra el gobierno constituído, decía en su proclama de la Noria «........En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo ni empleo de ninguna clase;........» y vemos que al triunfar en Tacoac,

se fué directamente á la Capital de la República y tomó posesión de la silla presidencial que con solo un intervalo de cuatro años ha ocupado desde entonces.

Por dos veces ha ensangrentado el país con la guerra civil, para conquistar el principio de no-reelección, y á pesar de eso, él se ha reelegido cinco veces y apoyado á los Gobernadores de los Estados para que hagan otro tanto.

Mientras estuvieron en el poder los Sres. Juárez y Lerdo, fué el constante perturbador del orden, y después que él ha empuñado las riendas del poder, se ha convertido en el héroe de la paz.

Cuando el General Díaz hizo sus revoluciones, no tuvo en cuenta que la Nación necesitaba más que nunca, de la paz para consolidar su crédito en el extranjero, á fin de poder restañar sus heridas; mientras que ahora ha llegado á dar gran importancia al hecho de que los bonos del gobierno bajaran algunos puntos cuando él estuvo enfermo en Cuernavaca.

Por último, lo vemos conferir puestos públicos de importancia á los que han sido sus enemigos y aun á los que han conspirado contra su vida, mientras persigue á algunos de los que fueron sus amigos, que lucharon con las armas en la mano porque él subiera al poder y que profesan sus mismos principios democráticos.

Estas aparentes contradicciones nos servirán admirablemente para descubrir cuál es la idea fija del General Díaz; cuál es el móvil de todos sus actos:

En su proclama de la Noria decía que no tenía

ninguna ambición para ocupar puestos públicos y después de Tecoac ocupa la Presidencia á pesar de los convenios de la Capilla.

Esto nos demuestra que no eran sinceros sus ofrecimientos de la Noria y lo que quería era el apoyo de la Nación para llegar á la Presidencia.

Si proclamaba en sus planes revolucionarios el principio de no-reelección, era porque comprendía que la Nación juzgaba como él, que era peligrosa para los principios democráticos la reelección indefinida de los gobernantes, y que proclamando este principio, lo ayudaría en su lucha contra el gobierno, y eso era lo que él buscaba por lo pronto, pues una vez en la silla presidencial, él sabría bien conservarla, aun contra la voluntad nacional.

Si el verdadero móvil que lo guiara para conservar la paz, fuera la conveniencia de la Nación, ¿por qué no puso su espada al servicio de Juárez y de Lerdo para desde entonces haberla consolidado?; ¿por qué, en vez de observar conducta tan noble fué el constante perturbador de ella, acarreando males sin cuento á la Patria?

La contestación á estas preguntas es sencilla:

La paz, la conserva ahora con tanto empeño, no tanto por amor á la patria, sino porque es el medio más eficaz para conservar indefinitivamente el poder.

¿Por qué no se preocupaba del crédito de la Nación cuando no ocupaba la presidencia y ahora es tan celoso de él?

Por la misma razón, porque el crédito en manos de sus antecesores, hubiera robustecido sus gobiernos y se le hubiera dificultado más quitarles el poder;

y ahora que él lo tiene, necesita del crédito para afianzarse más y más en la silla Presidencial.

¿Que por qué confiere puestos públicos á sus enemigos y persigue á los que han sido sus amigos y profesan sus mismos principios democráticos?

Pues sencillamente, porque el Gral. Díaz no tiene pasiones políticas, y solo considera como enemigos á los que pueden entorpecer sus proyectos, y amigos á todos los que le ayudan. Así, tan pronto como sus enemigos capitulan, ó los ha nulificado, deja de considerarlos como tales y más bien procura atraerlos á su lado, dándoles puestos públicos de importancia. En cambio, si sus amigos, por la rectitud en sus principios ó por su ambición personal, llegan á ser un estorbo, ó una amenaza para su poder, deja de considerarlos como amigos y los persigue tenazmente hasta que los nulifica de cualquier modo que sea.

De lo anteriormente expuesto, resulta que la idea fija del Gral. Díaz, era, mientras no tenía el poder, conquistarlo á toda costa y una vez en su posesión, no desprenderse de él por ningún motivo.

Para la realización de esta idea, no vacilará en promover sangrientas revoluciones; en perdonar á sus enemigos desde que capitulen; en perseguir á sus amigos cuando constituyan un estorbo para sus fines; en engañar á la Nación y aun á los amigos que lo ayudaron en sus levantamientos.

Pero para conservar el poder de una Nación belicosa, se necesita no exacerbarla, y veremos cómo el Gral. Díaz hará á la Nación el mayor bien que le sea posible, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Medios de que se ha valido para conservar el poder.

Hemos encontrado cual es la idea fija del Gral. Díaz, cual es el móvil de todos sus actos, veamos ahora de que medios se ha valido para conservar el poder por tantos años.

Desde luego puede afirmarse que cuando un pueblo se levanta en armas para conquistar un principio, el jefe de ese movimiento se haya investido de poderes dictatoriales, omnímodos, y como á ese jefe y al uso que hizo de sus facultades debe la Nación el triunfo anhelado, resulta que deja al frente de sus destinos al mismo jefe con los mismos amplísimos poderes.

El hombre que llega al poder en estas circunstancias, se encuentra por consiguiente, investido con los poderes más amplios que pudiera desear, afianzados por la simpatía del pueblo y su inmenso prestigio.

En tales circunstancias, esos hombres, si cumplen con las promesas que hicieron á su patria, llegan á prestarle servicios de incalculable importancia; pero en la mayoría de los casos sucede que esos afortunados militares, una vez obtenido el triunfo, se sienten embriagados por la victoria y mareados por la adulación, y olvidan las promesas que hicieron á la Patria, y olvidan que sus éxitos los debieron á la fuerza de los principios que proclamaban; á la fuerza de la opinión pública y á la ayuda del pueblo.

La historia nos presenta muchos casos de infidencias de esa naturaleza; habiendo tenido para los

infidentes, resultados diversos según la conducta que observaron en el poder.

Cuando de un modo franco y audaz han intentado burlar las promesas hechas al pueblo, generalmente han caído bajo el peso de su desprestigio, como le pasó al Gral. Comonfort, cuyo gobierno no pudo subsistir ni ocho días á su golpe de Estado; siendo que, cuando estuvo amparado por la legalidad y cumplió fielmente sus promesas encerradas en el Plan de Ayutla, su gobierno parecía inconmovible. En cambio, cuando el afortunado militar que llega al gobierno de ese modo, tiene gran tacto, y respetando la forma va estableciendo su poder absoluto por medio de una red de funcionarios que le son adictos, y que se extiende invadiéndolo todo; cuando va usurpando una á una todas las funciones del poder; cuando va minando lentamente las instituciones sin que nadie se de cuenta de éllo y que á la vez impulsa el desarrollo material para aturdir los espíritus, entonces puede establecer seguramente una dictadura duradera y oprimirá á su patria cada vez más, sin que ésta pueda darse cuenta de éllo, pues habrán desaparecido los que podrían guiarla; tanto sus escritores, sus pensadores como sus caudillos, habrán sucumbido ante las seducciones del nuevo César ó habrán caído bajo el peso de su espada omnipotente.

No es grandeza de alma lo que se necesita para seguir esa conducta, sino astucia, paciencia, hipocresía.

Frecuentes ejemplos de esta naturaleza nos presenta la historia, pero el que tiene más semejanza con el método seguido por el General Díaz para

absorber en sus manos todo el poder, lo encontramos en la vida de Augusto, que acabó con las libertades romanas, á la vez que con las causas de su grandeza y dió principio, con su despotismo, á la era de la decadencia de aquel gran imperio.

Tácito describe del siguiente modo, los medios de que se valió Augusto para absorber todo el poder en sus manos: «Desde que hubo seducido al soldado con sus dádivas; al pueblo con sus distribuciones de trigo, á todos por el encanto del reposo, principió á elevarse poco á poco, á atraer hacia él todas las fuerzas del Senado, de los Magistrados, de las leyes. Nadie se oponía: los republicanos más dignos habían sucumbido en las batallas y en las proscripciones; los nobles que quedaban, se elevaban en riquezas y en honores á medida que aumentaba su servilismo; aquellos que habían sido elevados por los nuevos acontecimientos, amaban más el presente y su seguridad, que el pasado con sus peligros.

Tratando del mismo asunto dice Montesquieu lo siguiente:

«Augusto (este es el nombre que la adulación dió á Octavio) astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre.

No es imposible que aquello que más le deshonraba haya sido lo que le sirvió mejor. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera; pues en un Estado libre, en donde se acaba de usurpar la soberanía, se llama regla, todo lo que puede establecer la autoridad sin límites de uno solo; y se llama disturbio, disensión, mal gobierno.

todo lo que puede mantener la honrada libertad de los sujetos.

El Sr. Beule en el Proceso de los Césares, comenta la política de Augusto de un modo magistral en las siguientes frases:

«Que Augusto haya singularmente desarrollado con su habilidad lo que yo llamo la «almohada política,» ese sentimiento suave, fácil, amable que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios; que en los días de crisis y de peligro, en que es necesario mostrar que se tiene corazón, los dispensa también de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: «vivid tranquilos, ahí tenéis granos, tenéis juegos, la paz está asegurada, el templo de Juno está cerrado;» todo está muy bueno, pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso; pero también sabéis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre todo, entre los amigos del príncipe»..

....

«En las épocas de conmoción y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se vé surguir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones más delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven más que un fin, la satisfacción de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el día que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinión, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer más divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta gerarquía,

pues la depravación es una escuela terrible de ambición, de audacia y de servilismo.

«Los otros, mucho más numerosos, que son gentes bastante honradas; afeminados, más bien que delicados; más bien acomodaticios que convencidos, sin energía, si no es para el placer; egoístas y únicamente preocupados en su bienestar; amantes de la buena mesa; de los teatros; de los paseos bien trazados; de las calles cómodas y tranquilas; que los molesta una hoja de rosa en su cama; en una palabra, éstos son los sibaritas; multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio, y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro; no piden más que la tranquila posesión de sí mismos y de sus amables vicios. Estas gentes aman el despotismo con furor; porque no quieren que se nuble su estado de satisfacción y de contento.

Ya vemos pues como el establecimiento del imperio que no pudo lograr César con toda su audacia, su grandeza y su gloria, lo obtuvo Augusto con su habilidad, su astucia y su hipocresía.

Por eso decíamos más arriba, que las cualidades de Augusto son las que se necesitan para establecer un gobierno absoluto en una República, pues para llegar á ese fin, se necesita no tener principios, saber ocultar constantemente su ambición, y poner más arriba de los intereses de la patria, la satisfacción de sus propias pasiones.

Ningún escritor reconoce grandes virtudes á Napoleón III, y sin embargo, logró establecer el po-

der absoluto en Francia, país republicano por excelencia y el más adelantado en el mundo en instituciones y prácticas democráticas. ¡Los franceses nunca se cansaron de lamentar las funestas consecuencias que trajo á su patria ese gobierno!

Esto viene á demostrar que para un hombre que ocupa el poder, y sobre todo cuando ha ascendido á él por medio de una revolución, es relativamente fácil conservarlo, si él se empeña en ello y observa una política moderada, pues los pueblos cuanto más se civilizan, más huyen de las revoluciones, y prefieren soportar un gobierno relativamente malo, que sufrir las desastrosas consecuencias de una revolución. Esto es cierto para los pueblos en su estado normal, pues cuando son víctimas de convulsiones políticas ó que acaban de sostener grandes guerras, entonces es difícil que ningún gobierno sea estable, porque después de esas sacudidas, quedan muchos gérmenes revolucionarios, muchos caudillos que premiar; en una palabra, la funesta plaga del militarismo de que hemos hablado; mientras que, por otra parte, existen pocos intereses cimentados á la sombra del gobierno constituído.

Para que en un país, en estado normal, pueda haber un cambio pacífico de las supremas autoridades, se necesita que el que lleva las riendas del gobierno tenga un gran patriotismo, que esté acostumbrado á respetar la ley, y que á ésta deba el poder que tiene, á fin de que pueda someterse en todos casos al fallo de la suprema ley de la opinión pública, ó bien, necesita tener una rara magnanimidad para no aceptar por más tiempo el poder

aunque tal sea el deseo de la Nación. De estos ejemplos encontramos uno grandioso en nuestras hermanas repúblicas de Sud América: en Bolívar, que por ningún motivo consintió seguir al frente del gobierno; contestando á los que le decían que era necesario para la patria que se volviera á reelegir: «La Nación cuya existencia depende de un solo hombre, no puede tener vida duradera».... y en nuestra vecina del Norte, dos ejemplares no menos sujestivos: Wáshington, el héroe de la independencia americana, no aceptando su segunda reelección, porque decía que se sentía ya menos demócrata con ocho años de habitar la Casa Blanca, y Roosevelt que prefirió la gloria de imitar el ejemplo del padre de la patria, en vez de seguir el consejo de sus amigos y los impulsos de su ambición personal.

Estos ejemplos son cada vez más frecuentes en las naciones civilizadas, en donde todo el mundo respeta la ley y en donde impera la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza, como en los pueblos atrasados.

Aun en la mayoría de las repúblicas centro y sud americanas, vemos esos cambios pacíficos y en Europa hemos presenciado el desmembramiento de un reino (el de Suecia y Noruega) sin efusión de sangre.

Como se ha visto, es más fácil que lo que á primera vista parece, conservar el poder, sobre todo cuando se ha llegado á él de un modo violento, si es ese el principal móvil del gobernante; siendo las principales razones las siguientes:

En todo pueblo por más avanzado que se en-

cuentre, no son muchos los pensadores, los escritores, los estadistas, los militares que dirigen la opinión pública, y de éstos, la mayoría no son de principios tan rectos ni de tan acendrado patriotismo, que rechazen perseverantemente las prodigalidades del Jefe del Gobierno y prefieren ser víctimas de toda clase de persecuciones, dando por resultado, que es fácil seducir á la mayoría; en cuanto á la minoría, todo se reduce á saberse deshacer de ella aprovechando la época de entusiasmo y, proceder con gran habilidad y paciencia, resultando, que cuando la Nación quiera darse cuenta de ese hecho, será porque todos los ciudadanos rectos, dignos é incorruptibles que podrían servirle de guías, han desaparecido, y ella misma se encontrará maniatada á los piés del ídolo elevado por sus propias manos.

Política centralizadora. Una vez expuesto lo anterior, veremos como llevó á la práctica el General Díaz estos principios generales para llegar á centralizar en sus manos la mayor suma de poderes que es posible, aun para un monarca autocrático.

Desde luego observamos en todos los actos de su gobierno, el sello de la idea fija que le conocemos, pues desde que ocupó la silla presidencial, todos han tendido á asegurar su permanencia en ella; pero no ha ido á su objeto brutalmente, con audacia, sino que ha procedido con cautela suma, valorizando con calma la importancia de los obstáculos que se atravesaban en su camino, los cuales procuraba más que vencer, hacer á un lado; en cuanto á las personas que se oponían á su política,

siempre ha principiado por intentar seducirlas, atraerlas á su lado, ofreciéndoles puestos públicos de importancia, ó proporcionándoles el modo de enriquecerse fácilmente; sólo con los irreductibles, con los que no han querido doblegarse, que han rechazado toda capitulación, ha empleado del rigor; á unos los hizo abandonar el suelo patrio; otros lo abandonaron por sí solos; algunos fueron nulificados, valiéndose para ello de una paciencia, de un arte en el que nadie le supera: por último, algunos, los menos por cierto, han desaparecido de la escena política por medio de procedimientos cuya legalidad es muy discutible.

Por este motivo se ha descrito gráficamente la política del Gral. Díaz en dos palabras: «pan ó palo» y el notable tribuno y escritor, Ing. Francisco Bulnes, la ha condensado en su célebre frase «El mínimum de terror y el máximum de benevolencia.»

Esta hábil política, seguida con constancia, ha dado por resultado que todos los hombres de prestigio que podrían hacerle alguna sombra, que pudieran servir de guías al pueblo, han desaparecido del campo de la oposición para ir á engrosar las filas de los presupuestívoros; ó bien, decepcionados, se han retirado á la vida privada.

Como lo que siempre ha importado al General Díaz es que no se opongan á su política personal, ha sido sumamente tolerante en cuestiones de principios, y con los brazos abiertos recibe en sus filas á liberales y conservadores, y ha puesto en vigor la política de conciliación con el clero, la cual ha dado muy buenos resultados en el sentido de bo-

rrar odios antiguos, pero en cambio, ha sido irreconciliable con los que han seguido siendo partidarios del hermoso ideal que él mismo proclamó en el plan de Tuxtepec: la no-reelección.

El General Díaz ha tenido que emplear mucha habilidad para llegar á los resultados que ahora palpamos.

Los primeros pasos que dió en el poder fueron para cumplir los ofrecimientos que hizo á la Nación, y desde luego se ocupó en expedir las proclamas y decretos necesarios á fin de reformar la Constitución en el sentido indicado; pero esa reforma no fué franca; el General Díaz no se atrevió,—quizá porque no se sentía bastante fuerte—á burlar á la Nación desde luego, y le pareció prudente esperar; pero por lo pronto, al hacer la reforma, dejó una puerta abierta para volver al poder.

El artículo 78 quedó reformado en los siguientes términos: «El Presidente entrará á ejercer sus funciones el 1º de Diciembre y durará en su encargo cuatro años, no pudiendo ser reelecto, SINO CUATRO AÑOS DESPUÉS DE HABER CESADO EN SUS FUNCIONES.»

Una vez hecha esta reforma á la Constitución que le permitiría volver á la Presidencia, se ocupó en preparar lo mejor que pudo el terreno; influyendo para que los puestos de Gobernadores en los Estados fueran ocupados por amigos suyos de los más adictos, y empezando á promover la construcción de ferrocarriles, que á la vez que derramaban cierto bienestar en la República, le facilitaría el modo de mandar prontamente sus ejércitos á las

más lejanas regiones del territorio nacional, para sofocar cualquiera intentona revolucionaria.

Con sus grandes dotes administrativas, procuró reorganizar la Hacienda, pero no pudo desde luego, nivelar por completo los presupuestos.

Durante ese período, rodeado de la aureola de popularidad que se había creado, no necesitó perseguir á la prensa, pues fácilmente atrajo á su lado á los escritores que sostenían á la administración anterior á la suya, puesto que siempre son venales los escritores gobiernistas, y además, contaba con el apoyo decidido de toda la prensa independiente que en el terreno de la idea, le fué un poderoso auxiliar en su lucha contra la administración del Señor Lerdo.

En los Estados, tampoco tuvo grandes dificultades para obtener cambios favorables á sus proyectos, porque el prestigio de la victoria le allanaba todos los caminos, sobre todo para hacer á un lado el elemento Lerdista.

Durante su primer período, uno de los sucesos más notables, fué la contra-revolución iniciada por el General Escobedo con tan mal éxito, que antes de disparar un tiro había caído en manos del General Díaz, que se contentó con procesarlo y nulificarlo. El General Escobedo fracasó, porque no tenía ni la audacia, ni la astucia necesarias para ser revolucionario. Él, solo sabía atacar de frente á los enemigos de su patria y su grande alma no estaba educada para promover guerras fraticidas.

Otro acontecimiento más trágico y de resultados más trascendentales, fué el de los fusilamientos de Veracruz, debido á que el gobierno tenía sospechas

de que algunos jóvenes intentaban levantarse en armas.

Como hemos querido dar á este trabajo un carácter de gran moderación, nos abstenemos de narrar este episodio en todos sus detalles y de comentarlo, pues difícilmente podríamos reprimir los impulsos de nuestra indignación.

Sólo diremos que ese acontecimiento ha influído grandemente para infundir el terror más vergonzoso en las multitudes, y ha paralizado los esfuerzos de los buenos hijos de México, de los celosos de sus derechos, de los amantes de sus libertades y de su gloria.

***

El General Díaz, acababa de reformar la Constitución en el sentido de la no-reeleción y le era imposible reelejirse de nuevo, pero como había dejado una puerta abierta para volver á la Presidencia, quizo aprovecharse de ella,

Para lograr ese objeto, era necesario que su sucesor le debiera todo á él, á fin de que le fuera muy adicto, y además, que no tuviera grandes méritos para que en ningún caso pudiera serle un competidor peligroso.

Esa persona la encontró en el General Manuel González que no tenía más mérito que el de haber cooperado muy eficazmente al triunfo de las armas tuxtepecanas en la batalla de Tecoac.

El General Manuel González, era el tipo del militar audaz y caballeroso; leal con sus amigos y franco en su trato con todos, así como en los actos de su administración. Esto le convenía al Gene-

ral Díaz, porque en la palabra de un hombre tal, podía confiar, podía estar seguro de que fielmente cumpliría el pacto que celebraron entre ambos, para alternarse en la Presidencia.

En cambio, á la Nación no le convenía el nombramiento del General González para Presidente, pues no era sino un soldado audaz que no tenía ningún prestigio, ni ningunos méritos como estadista, como lo demostró con el desbarajuste que reinó durante su administración, desbarajuste que permitió la improvisación de enormes fortunas.

Administración del General González.

Los acontecimientos más notables durante su administración, fueron los motines populares provocados con motivo de la emisión del níquel, y las tempestades levantadas en la cámara, porque el gobierno quería reconocer la deuda inglesa.

Poco antes de terminar su período presidencial, reformó la Constitución con el objeto de que los periodistas en vez de ser juzgados por jurados, lo fueran por jueces, es decir, administrativamente, puesto que éstos son nombrados por el gobierno del centro, á pesar de disponer otra cosa la Constitución. Prácticamente quedó la prensa á merced del gobierno, sin más libertad que la que buenamente le conceda aquél.

Lo administración del General González se hundió en el desprestigio más absoluto.

Vuelve á la Presidencia el General Díaz.

Sin embargo, su círculo de amigos le instaban para que se relijiera, pero él no quizo faltar á la fé de su palabra y

volvió á entregar las riendas del poder al General Díaz, que fué electo Presidente de la República, pues además de que estaba apoyado por el elemento oficial, tenía las simpatías de la Nación, pues comparado el desbarajuste de la administración del General González con la anterior del General Díaz, resaltaba más el relativo orden de ésta, y todo el mundo esperaba como un salvador al General Díaz que con beneplácito de la Nación volvió al poder.

Sin embargo, á pesar de que la Nación aceptaba gustosa su nuevo Presidente, no se verficaron elecciones en regla; de igual manera se había hecho para nombrar al General González.

¿A qué atribuir esta pasividad de la Nación?

La razón es muy sencilla.

Cuando estaba en el poder el Sr. Lerdo, existían dos grandes partidos políticos: los Lerdistas representando al gobierno constitucional, y los Porfiristas que hacían la oposición por cuanto medio tenían á su alcance, inclusive con las armas en la mano.

El partido Porfirista llegó á ser el más popular, porque hacía los ofrecimientos más halagadores á la Nación, y al fin triunfó, pero este triunfo se obtuvo con las armas en la mano, y la organización del partido Porfirista tenía que resentirse de ese hecho, llegando á estar constituído como un gran cuerpo de ejército que obedecía á la consigna.

El gran defecto de los partidos personalistas es, que una vez obtenido el triunfo y que el partido llega al poder, nadie vuelve á ocuparse de la cosa pública, dejando todo en manos de su jefe y limi-

tándose á obedecer sus órdenes ciegamente, sobre todo cuando el triunfo se obtiene por medio de las armas.

El triunfo del Porfirismo, acabó muy pronto con el Lerdismo, pues el General Díaz con su hábil política, logró seducir á la inmensa mayoría de los Lerdistas, y los pocos que permanecieron fieles no pudieron organizar ningún movimiento democrático, porque era una locura intentar ese sistema contra una dictadura militar naciente, que no vacilaba en recurrir á medidas de terror para consolidarse, como lo demostraron los acontecimientos de Veracruz.

Por este motivo el General Díaz no tuvo ninguna oposición para su nueva elección, ni hubo elecciones en regla. Cuando volvió á empuñar las riendas del gobierno, encontró más acostumbrada la Nación al régimen tuxtepecano.

Ocho años de paz, y la construcción de algunas vías férreas, habían traído cierto bienestar á la Nación por el dinero que se había desparramado y por la nueva vida que sentían las industrias y el comercio.

Se iniciaba con los ferrocarriles, la nueva era de progreso material que ha alcanzado á todo el mundo civilizado.

La Nación, cansada de tantas revueltas y habiendo empezado á gustar del bienestar que trae la paz, se adormeció ante el atronador ruido de los ferrocarriles, de las industrias, de la actividad comercial; sintió nueva savia que corría por sus venas y dejó que ésta ejerciera su saludable influencia en su debilitado organismo.

No volvió á ocuparse de la cosa pública, dejando todo el poder en manos de su Caudillo, en cuyas promesas confiaba.

Este estado en que se encontraba la Nación, permitió al General Díaz preparar á la sordina su reelección, pues principió por ejercer presión en los Estados para que resultaran electos gobernadores adictos á él.

Parece que tuvo más dificultad para quitar á los gobernadores francamente Gonzalistas, que reconocían al General González como jefe y que teníian esperanzas de que volviera al poder, que la que había tenido para remover á los Lerdistas, que carecían de jefe, y que se encontraban sin ningún apoyo, y que de por sí solos cayeron al triunfo de la revolución de Tuxtepec.

En los Estados en donde encontraba esas dificultades, buscaba cualquier pretexto, ó hacía que sus amigos promovieran algún disturbio para declararlos en estado de sitio y después se verificaban las eleccienes bajo la presión de sus bayonetas y según sus deseos.

De este modo fueron nombrados los gobernadores de Coahuila, Tamaulipas, y otros muchos, notablemente el de Nuevo León, pues desde aquella época es gobernador de aquel Estado el General Reyes, que tomó por asalto á Monterrey.

Con esta política, logró que todos los miembros del Congreso y del Senado así como la mayoría de los gobernantes fueran de sus INCONDICIONALES y sólo entonces hizo que se reformara de nuevo la Constitución; pero para no alarmar á la República ni á muchos de sus amigos que también codiciaban

la silla presidencial, se reformó en el sentido de que sólo una vez podía ser reelecto el Presidente de la República; á la vez quedaron facultados los Gobernadores de los Estados para reformar las Constituciones locales en el mismo sentido.

El pacto estaba celebrado.

El General Díaz apoyaría á los gobernadores para que se reelijieran indefinidamente, y éstos lo sostendrían contra todo viento y marea en la silla presidencial.

Desde esa época, se han perpetuado en el poder, tanto el General Díaz, como la inmensa mayoría de los Gobernadores de los Estados.

Raros han sido los cambios entre estos últimos. Casi el único factor que los ha determinado, ha sido la muerte, único elemento anti-reeleccionista que subsiste en la República.

Los cambios debidos á la opinión pública, son rarísimos: más allá nos ocuparemos de ellos.

Los gobernadores, siguiendo la misma política del General Díaz, han nombrado á la vez Jefes Políticos ó Presidentes Municipales que se han perpetuado en el poder, constituyendo verdaderos cacicazgos.

De esa manera, prácticamente se ha centralizado el poder y concentrado todo en manos del General Díaz, pues desde el momento en que los gobernadores deben á él su puesto, así como las autoridades inferiores, hacen las elecciones á su gusto y para la elección de Diputados, Senadores, Magistrados, etc., sólo se consulta su opinión.

Esto ha hecho que entre los políticos se designe

familiarmente al General Díaz con el nombre de «El Gran Elector.»

La imprenta, el cuarto poder en los pueblos libres, fué amordazada con la ley expedida durante la administración del General González.

De esta ley no podemos hacer responsable á otro que al General Díaz que fué quien se aprovechó de ella, pues fué expedida poco antes de que el General González dejara el poder. Además, si el Gral. Díaz no la hubiera aprobado, fácil le hubiera sido derogarla.

Uno de los actos del General Díaz fué limpiar los caminos de salteadores, y para abreviar los procedimientos, se puso en vigor «la ley fuga» según la cual, los que conducían á algún delincuente, tenían derecho de hacer fuego contra él al apercibirse de que intentaba fugarse.

Esos someros procedimientos limpiaron muy pronto el país de bandidos, pero había dado tan buenos resultados esa práctica, que siguieron aplicando el mismo procedimiento á todos los descontentos, á todos los amantes de la libertad, que en su pequeña esfera protestaban contra las arbitrariedades de sus caciques.

¡Cuántas infamias quedaron sepultadas en las encrucijadas de los caminos!

¡Cuántos obscuros mártires que con su sangre, regaron el árbol de la libertad!



Con esta serie de medidas y debido principalmente á las razones más arriba expuestas, la Nación estaba tranquila y dejaba toda libertad de ac-

ción al General Díaz, pero para obligar á sus turbulentos compañeros de armas á guardar la misma tranquilidad, tuvo que recurrir á otros medios.

A los más, les dió empleos de importancia en su administración ó los hizo nombrar Gobernadores de los Estados, puestos que consideraban como filones inagotables que con gran habilidad han sabido explotar.

A otros les daba concesiones que aunque ruinosas para la Nación en la mayoría de los casos, eran para los concesionarios, fuente inagotable de riquezas.

Casi todos los terrenos nacionales, han sido repartidos de esa manera, logrando hacer riquísimos á sus dueños, sin dejar casi ningún producto á la Nación, que tan bien podía haber utilizado esos terrenos formando colonias de agricultores para fomentar la inmigración.

Con esta táctica, logró enriquecer á sus compañeros de armas y tenerlos tranquilos, pues el elemento anti-revolucionario por excelencia, es la riqueza.

Sin embargo, no todos sus amigos se contentaban con tener riquezas; algunos de ellos aspiraban á la Presidencia de la República, ó por lo menos no estaban contentos con la reelección indefinida del General Díaz. Estos fueron vigilados cuidadosamente y como resultado de esa estricta vigilancia, parece que fué descubierta una conspiración encabezada por el General García de la Cadena.

No se supo más, sino que este General fué fusilado en el Estado de Zacatecas sin formación de causa.

Este General había sido de los que combatieron al lado del General Díaz contra la administración Lerdista.

¿Cómo comentar ese acto?

¿Sería necesario para consolidar la paz, como dicen los partidarios de la actual administración?

Pero ¿qué no había leyes para juzgarlo?

¿Qué, habiéndole encerrado en alguna fortaleza por unos seis ú ocho años, no se hubiera obtenido el mismo resultado?

De cualquier modo que sea, la causa del General García de la Cadena gozó de pocas simpatías en la República, pues todo el mundo se estremecía al anuncio de una revolución.

El país había gustado los beneficios de la paz y quería conservarla indefinidamente.

Es cierto que empezaba á sentirse la necesidad de un cambio en las esferas del poder, pero la Nación entera deseaba desde entonces que ese cambio fuera pacífico, por los medios legales, porque estaba desengañada de que nunca le cumplirían sus promesas los caudillos que toman las armas para ascender al poder y una revolución siempre llevará al poder al afortunado militar que la consume, y éstos nunca darán á la República, libertades; lo único que ésta puede esperar de éllos, es una buena administración y que no hagan sentir demasiado el filo de su sable.

En este sentido, difícil es encontrar un militar que supere al General Díaz y si la República ha de seguir dominada por el sable, el de nuestro actual mandatario es preferible á cualquier otro, pues la gran moderación con que ha usado del poder, es

admirable y difícil de igualar, pues además de sus particulares virtudes, han concurrido muchas otras causas que le han facilitado su acción.

Quizá para el cumplimiento de los inescrutables designios de la Providencia, hemos sido gobernados por un militar que ha tenido mano de hierro para sofocar las ambiciones de los de su género y para acabar siempre con el germen del militarismo que tan funesto ha sido para la República.

El General Díaz ha prestado dos grandes servicios á la Patria: acabar con el militarismo que ha perdido todo su brillo engañador y su prestigio en 30 años de paz; y borrar los odios que dividían á la gran familia mexicana por medio de su hábil y patriótica política de conciliación, pues aunque él se haya apoyado en esta política para conservar el poder, no por eso pierde su mérito, sino que al contrario, da testimonio de él, el éxito obtenido.

Parece que todo, hasta la misma fatalidad, ha concurrido á allanar al General Díaz los obstáculos para desarrollar su plan.

Prácticamente había logrado seducir ó amordazar á la prensa; los antiguos partidarios del Señor Lerdo ocupaban puestos de importancia en su gobierno, ó se habían retirado á la vida privada; los militares capaces de levantarse en armas eran estrechamente vigilados, ó estaban á su lado ocupando puestos de confianza; los demás, como Escobedo, habían sido nulificados; otros se encontraban proscriptos como el General Ignacio Martínez que desde Laredo Texas atacaba violentamente al Gobierno, y cuyos ataques fueron suspendidos por

la muerte que encontró en manos de misteriosos agresores; la Nación adormecida con el progreso material, estaba tranquila. Sólo quedaba un Jefe de prestigio entre los que no habían manchado la hoja de sus servicios en la revolución; ese Jefe, gobernando con acierto al Estado de Jalisco, y rodeado de una aureola de gloria que no había logrado disipar el tiempo, se erguía potente ante el General Díaz; las miradas de los amantes de la libertad se dirijían ansiosas hacia su épica figura, y toda la Nación esperaba que el General Corona, sería el único que podría contrabalancear el poder creciente del General Díaz.

Parece que esas ansiosas miradas empezaban á cristalizar en hechos más tangibles, y que se dió principio á la organización de trabajos democráticos para lanzar á la Nación la candidatura del General Corona para Presidente de la República; pero á los pueblos que abdican sus libertades, parece que la fatalidad los persigue, quizá con el objeto de castigarlos duramente por su criminal indeferencia; el hecho es que ese hado terrible quitó á la Patria el único hijo en quien cifraban todas sus esperanzas los amantes de la libertad.

El hecho brutal fué consumado por un maniático que hundió su acerado puñal de doble filo en el pecho de nuestro héroe, privándolo de la existencia.

El asesino, muy pronto pagó la inmensa deuda que acababa de contraer, pues á pocos pasos del lugar en que yacía su víctima, encontró la muerte cayendo al golpe de la misma cortante y misteriosa daga que con tan siniestra destreza acababa de ma-

nejar para quitar á la Nación Mexicana, uno de sus hijos más preclaros, de sus héroes más caballerosos, más nobles, más leales, de un valor legendario, de una magnanimidad sin igual, de un talento despejado, de un corazón que tenía la limpidez más pura.

Pero notamos que el recuerdo de este héroe querido, á cuya memoria quisimos tributar este débil homenaje, nos aleja de nuestra narración.

Volvamos á ella.

Hemos visto que la serie de medidas tomadas por el General Díaz, eficazmente secundado por la Nación y por las circunstancias especiales que lo rodeaban, dieron por resultado afirmar la paz.

Pero el General Díaz no se contentaba únicamente con ese objeto, reprimiendo con mano de hierro cualquier intentona revolucionaria, sino que tampoco permitió que se desarrollara ningún movimiento democrático; ni general en la República, ni local en los Estados, como lo demuestra la suerte del naciente Partido Liberal que fué muerto en su cuna con los atentados de San Luis Potosí, y los movimientos locales de algunos Estados para sacudir el pesado yugo de sus déspotas, cuyos movimientos fueron sofocados por medios violentos.



Hemos visto los principales medios de que se valió el General Díaz para consolidar su gobierno; veamos ahora cómo obraron estos medios sobre el organismo de la Nación, para adormecerla y hacerle perder sus más caras libertades.

El principal resultado obtenido con las diferentes

medidas ya expuestas, fué la consolidación de la paz, que aunque mecánica y artificial, tendría que dar determinados resultados si se prolongaba.

Habiéndose logrado ésto, la agricultura, la minería, la industria y el comercio pudieron desarrollarse libremente; los capitales que estaban ocultos fueron invertidos en el desarrollo de diferentes empresas y se empezó á sentir una oleada de bienestar en la República.

A la vez que aumentaba el comercio, aumentaban las entradas al tesoro nacional, lo que le permitía atender á sus gastos más urgentes.

Esta situación bonancible, aumentó el crédito de la República en el extranjero y el gobierno del General Díaz aprovechó esta circunstancia para emitir frecuentes empréstitos.

Aunque según se dice, parte de éstos fueron derrochados ó repartidos en forma de comisiones, la mayor parte se gastaba en obras públicas, sobre todo en la construcción de ferrocarriles, puertos, y demás vías de comunicación.

Los ferrocarriles principalmente desparramaron mucho dinero en el país, aumentando el bienestar económico por lo pronto, é impulsando después todas las fuentes de riqueza nacional.

Esta prosperidad creciente se traducía en el extranjero por aumento de crédito, del cual ha seguido haciendo amplio uso el gobierno del General Díaz, hasta el grado de que ahora gravita sobre la Nación una deuda enorme.

Con el producto de esos empréstitos se siguieron desarrollando nuestras redes ferroviarias y aumentando las facilidades en nuestros puertos, siguién-

dose así un encadenamiento de causas y efectos que han tenido por resultado un progreso real en cuestiones económicas, pues se ha multiplicado prodigiosamente la riqueza nacional.

Este movimiento portentoso, que tendía á restañar la sangre que aun manaba por las heridas abiertas en las últimas guerras fratricidas; que tenía por objeto dar nueva vida á la República, absorbió toda la atención de los mexicanos que con ahinco se dedicaron al trabajo, habiéndose acostumbrado á él á tal grado, que ahora manejan con mayor facilidad el arado que la bayoneta.

La Nación, adormecida con el ruido de los silbatos del vapor, fuerza propulsora de la industria; deslumbrada con las múltiples y admirables aplicaciones de la electricidad; ocupada por completo en su desarrollo económico, fiada en la palabra de su Caudillo, no volvió á ocuparse de la cosa pública.

Las débiles voces de la prensa independiente no lograban hacerse oír en medio de aquel ruido atronador. Todos pensaron en enriquecerse; poquísimos se preocupaban de sus derechos políticos.

El General Díaz, en quien tanto confiaba la Nación, aprovechó esa confianza para afianzarse más y más en el poder, pues las riquezas que desparramaba á manos llenas aumentaban los intereses creados á su sombra. La indefinida reelección de los gobernadores hacía que su administración echara hondas raíces, y todas esas raíces iban á alimentar y á sostener el poder absoluto del General Díaz.

Este, por ningún motivo perdía de vista la idea fija que siempre ha acariciado; y que ya le conocemos.

Por este motivo vemos que cuando toda la Nación piensa en su progreso económico y olvida por completo la funesta costumbre de las revoluciones, solo él se prepara sordamente á la guerra, aumenta el efectivo del ejército, lo dota del armamento más moderno, acumula cerca de él los elementos de destrucción más eficaces, almacena cañones de todos los tipos, sobre todo el de montaña, que es el que más se necesita en las guerras civiles.

Estos armamentos, podría creerse que tienen por objeto preparar la defensa nacional contra algún ataque eventual de nuestro poderoso vecino del Norte, pero no es así, pues la principal defensa contra esa Nación tan poderosa, sería estrecharnos todos los mexicanos en abrazo fraternal, en respetarnos nuestros mutuos derechos, en trabajar todos unidos por levantar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, haciéndolo más fuerte, por medio de la instrucción; más digno por medio de las prácticas democráticas; más patriota con la conciencia de sus propios derechos; más hábil en la guerra, por medio de una educación militar adecuada; y nada de ésto ha hecho el General Díaz; lo único que le ha preocupado, es sostenerse en el poder. Por este motivo ningún punto estratégico de la frontera del Norte se encuentra fortificado, porque quiere tener los cañones cerca de él, en la misma capital de la República, como el mejor auxiliar de sus bayonetas.

En una palabra, el General Díaz ha reconcen-

trado en sus manos un poder absoluto para poderse sostener en el poder. Sólo de este modo podía gobernar á la República según su voluntad, y sin respetar la libertad de imprenta, que podía despertar al pueblo y dirigir la opinión; el derecho de reunión, que podía haber uniformado la opinión en su contra; la Soberanía de los Estados, que podrían haberle mandado Diputados y Senadores independientes que entorpecieran su acción y que podrían haber elegido Gobernadores que no hubieran sido tan complacientes para obsequiar sus deseos manifiestos y aún los que ni él mismo se atreve á manifestar.

La Nación se ha dado cuenta de esa situación cuando pasó la influencia del primer entusiasmo que le causó el entrar en la nueva era de progreso material; pero ha comprendido que para conquistar sus derechos tendría que emprender una sangrienta revolución para derrocar al General Díaz, que difícilmente se resolvería á permitir que por medios legales se le quite un poder que él conquistó en Tecoac con la punta de su espada.

La Nación ha preferido hacer el sacrificio de sus libertades por algunos años más, en aras de la paz.

Confiaba en que el día que el General Díaz desapareciera de la escena política, recobraría sus derechos; pero esa confianza ha desaparecido desde la institución de la Vice-Presidencia, que tiene por objeto visible protejer los intereses creados á la sombra de la actual administración.

La Nación se contentaría por ahora con que se le permitiera nombrar al Vice-Presidente, que in-

dudablemente será el sucesor del General Díaz, pues su avanzada edad hace muy probable que no llegue con vida al año de 1916, fin del próximo período presidencial.

Para lograr aunque sea esa débil concesión, parece que el país se está resolviendo á sacudir su letargo; pero el despertar de los pueblos suele ser tormentoso, y á nosotros, los que pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el anchuroso camino de la democracia, á fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de la revuelta y de la guerra intestina.



EL PODER ABSOLUTO.

Ya hemos visto de que medios se ha valido el General Díaz para establecer en nuestra patria ese régimen tan contrario á las aspiraciones nacionales expresadas de un modo terminante y grandioso en nuestra Constitución de 57.

Las grandes faltas que ha cometido el General Díaz para lograr su objeto, deben imputarse á él personalmente.

Estas faltas sin embargo, son de poca importancia comparadas con las funestas consecuencias que el régimen del poder absoluto ha acarreado sobre nuestra patria.

Será objeto de este capítulo el estudio de estas consecuencias, pero antes de entrar de lleno en la cuestión, nos ha parecido conveniente estudiar el poder absoluto en términos generales para después

aplicar las deducciones que resulten de nuestro estudio, á nuestra situación.

Origen del poder absoluto.

El régimen del poder absoluto consiste en el dominio de un hombre, sin más ley que su voluntad, sin más límites que los que pueda imponerle su conciencia ó su conveniencia y la resistencia que encuentre en sus gobernados; tiene su origen en la vida patriarcal, pues las primeras sociedades no eran sino grandes familias que reconocían como jefe al anciano más venerable.

Más tarde, las necesidades de la vida obligaron á varias familias á unirse para formar un núcleo más poderoso, á fin de mejor defenderse contra los enemigos de todas clases que atacaban á los primeros pobladores de la tierra y formaron tribus más ó menos numerosas, que vivían en constantes guerras con las tribus vecinas, pues no existiendo en aquella época ninguna noción de derecho, cada quien consideraba como de su propiedad todo lo que estaba al alcance de su mano, y en las comarcas fértiles, donde se había aglomerado más la población, las mismas riquezas estaban al alcance de varias tribus que se las disputaban, haciendo uso del único derecho que en aquella época se conocía: la fuerza.

Esa azarosa vida, obligó á aquellas tribus á adoptar una organización guerrera y nombraban como jefe de éllas no al más anciano ó al más venerable, sino al más valeroso guerrero, á fin de que con su fuerte brazo pudiera sacarlas victoriosas de las frecuentes contiendas que sostenían con sus vecinos.

A medida que se ha ido civilizando el mundo, esas tribus se han hecho cada vez más numerosas, ya sea por medio de alianza, ó más bien, por conquista.

En los primeros tiempos, cada vez que fallecía el jefe de la tribu, se nombraba otro por elección, pero cuando las tribus aisladas llegaron á agruparse en Naciones, ya no era posible dicha elección y se estableció el poder absoluto hereditario, sujeto siempre á uno que otro cambio, cuando se hacían insoportables los príncipes y entonces subía el gobierno otra dinastía.

En estos tiempos, solo subsiste legalmente el poder absoluto en China y otros países del Asia, así como en el Africa; puesto que en Europa, ya ningún país está regido por esa institución; aun los países clásicos del despotismo: Rusia y Turquía, se rigen ahora por el sistema parlamentario.

Situación equívoca de algunos gobiernos Latino-Americanos.

Este sistema en su más amplia aceptación, constituye el régimen republicano y es el único que rije en América, de derecho, y aunque en los países más atrasados no existe aún de hecho, no puede ser esta situación anormal muy duradera, puesto que, estando consignados en sus respectivas constituciones los principios democráticos, tarde ó temprano tendrán que imponerse.

Como en estos países están tan arraigadas las formas republicanas, los que llegan á imponerse para gobernarlos autocráticamente, tienen que respetar la forma, so pena de que la Nación entera se levantara contra ellos.

De esta circunstancia resulta el caso bastante curioso, de que aparentemente hay elecciones; que las cámaras están compuestas de representantes del pueblo; que los Estados (en los que rige el sistema federal) conservan su soberanía y los ayuntamientos su independencia; y en realidad sólo existe el poder absoluto de un hombre que gobierna sin más ley que su voluntad, y oprime al pueblo sin otros límites que su conciencia, su conveniencia y la resistencia que encuentra en el mismo pueblo.

Para poder aparentar que se respeta la Constitución, se adoptan oficialmente todas las fórmulas republicanas; todos los funcionarios protestan solemnemente cumplir la ley; todos sus actos recorren todos los trámites legales, resultando de ésto, un lenguaje convencional, hipócrita, que falsea todo y en el cual nadie cree, aunque todos aparentan lo contrario por el terror que infunde el poder absoluto, y porque toda la Nación se ha acostumbrado al disimulo. Los periodistas que llaman á las cosas por su nombre y que intentan quitar la máscara á esos hipócritas tiranos, se les persigue encarnizadamente; pero eso sí, se les castiga conforme á la ley, aunque para esto sea necesario darles tormento á los códigos.

Por estas razones es tan erróneo el juicio que se forman en el extranjero y aun en el mismo país donde pasa tal cosa, pues mientras unos afirman que hay libertad, otros lo niegan; y como éstos últimos son los menos, y para hacerlo tienen que ser muy prudentes, resulta que poco á poco se va falseando hasta la opinión pública, tan perspicaz en

los pueblos libres, en donde es iluminada por los genios de la idea y de la pluma.

Lo que debe entenderse por poder absoluto.

Para vencer esa dificultad y contestar á todos los sofismas de los defensores del poder, encontraremos una regla segura en las enérgicas palabras de Montesquieu, escritor profundo y sagaz que con sus luminosos escritos fué de los que prepararon los espíritus para la gran revolución de 93.

«Lo que se llama unión en un cuerpo político, es una cosa muy engañosa: la verdadera, es una unión de armonía que hace que todas las partes por más opuestas que parezcan, concurran al bien general de la sociedad, como las disonancias en la música, concurren al acorde total. Puede existir unión en un Estado, en donde se cree ver perturbaciones, es decir, una armonía de donde resulta la felicidad que es la paz verdadera. Pasa como con las diferentes partes del universo, eternamente ligadas por la acción y la reacción de unas á otras.

«Pero en todo acuerdo del despotismo asiático, es decir, de todo gobierno que no es moderado, siempre existe una división real: El labrador, el guerrero, el negociante, el magistrado, el noble, no están unidos, sino porque los unos oprimen á los otros sin resistencia; no es la de los ciudadanos que están unidos, sino la de cuerpos muertos enterrados los unos cerca de los otros.»

En otra parte estampaba el mismo escritor esta frase lacónica y vigorosa: «en esa clase de gobierno, «EL HOMBRE ES UNA CREATURA QUE OBEDECE Á UNA CREATURA QUE QUIERE.»

Por consiguiente la mejor prueba de que un país está gobernado por un poder absoluto, es que no hay oposición ostensible, que no existen partidos políticos, que la prensa independiente apenas existe y es muy tímida, y por último, la más concluyente de todas, es que los funcionarios públicos resultan siempre electos por unanimidad de votos, y que con la misma unanimidad aprueban las cámaras los actos del gobierno.

Esta gran verdad no necesita demostrarse, pues cualquiera que haya estudiado algo de historia ó que esté al tanto de la política Europea contemporánea, se podrá convencer de que en los países más bien gobernados, donde hay más libertad, donde el progreso es más patente, es donde existen poderosos partidos políticos que hacen oposición á los actos del gobierno que no están de acuerdo con los ideales que éllos persiguen.

En Francia, que en la actualidad es el país más democrático del mundo y que tiene al frente de sus destinos al eminente patriota y estadista Señor Clemenceau, la oposición de las cámaras es formidable y frecuentemente determina cambios ministeriales; el actual Gabinete sólo se ha sostenido, porque ha sabido llevar con acierto las riendas del gobierno en circunstancias verdaderamente peligrosas, habiendo respondido de este modo á las más altas aspiraciones de la República.

En los Estados Unidos, cada cuatro años presenciamos las gigantescas luchas electorales entre los dos grandes partidos que dividen la opinión: el demócrata y el republicano.

En Inglaterra, primer país donde encontró refu-

gio la libertad, después de su destierro de Roma, existen dos poderosos partidos políticos: el Tory y el Whig que se alternan el poder cada vez que el que está al frente de los destinos de tan vasto Imperio no satisface las aspiraciones nacionales reflejadas en el voto del Parlamento.

En España, nuestra madre patria, cuyas virtudes y cuyos defectos forman la base de nuestro carácter, también están en constante lucha el partido liberal y el conservador que se alternan en el poder lo mismo que en Inglaterra, Francia, Italia y demás países donde ríge el parlamentarismo, cada vez que el partido que está en el poder comete faltas que lo desprestigian ante la opinión pública, todo-poderosa en aquellos países.

El poder absoluto en la antigüedad.

El régimen del poder absoluto ha existido desde los tiempos más remotos y ha sido la causa de las mayores desgracias que ha sufrido la humanidad, pues los príncipes y reyes ambiciosos, promovían constantes guerras para aumentar sus dominios; guerras de las que no siempre resultaban victoriosos, pero en las cuasucumbían millares de súbditos.

Esas guerras casi nunca tenían otro fin que el de ensanchar los dominios de los príncipes, para satisfacer su vanidad ó su codicia, y encendían odios implacables entre los pueblos vecinos; odios hábilmente fomentados por sus príncipes para arrastrarlos á la guerra, de tal manera, que los pueblos llegaban á participar de sus pasiones.

Como la grandeza de esos pueblos dependía del talento militar de sus príncipes, resulta que cuando

estos fallecían, si sus hijos no heredaban sus talentos militares ó algunas otras virtudes que los reemplazaran, muy pronto se veían despojados de las conquistas de su padre, y frecuentemente su país, era desmembrado, cuando no sometido en su totalidad al yugo de sus enemigos victoriosos.

El poder absoluto en Egipto. La influencia del poder absoluto siempre ha sido funesta para los pueblos: así nos enseña la historia, que Egipto debió su grandeza y llegó á un alto grado de civilización, mientras el gobierno de los Faraones estuvo contraloreado y dirigido por la casta sacerdotal que en aquella época era seleccionada por medio de pruebas tremendas; mientras que, cuando esta casta perdió su influencia, los Faraones dieron rienda suelta á sus pasiones, se dedicaron á construir los monumentos más grandes y más inútiles que conoce la humanidad, sacrificando miles de esclavos en la elevación de las pirámides que debían servirles de mausoleo.

Este estado de servidumbre tan prolongada, apagó en el pueblo egipcio todo sentimiento de dignidad nacional y desde entonces lo hemos visto aceptar los yugos de sus diferentes conquistadores, con la misma impasibilidad; pero no es la impasibilidad de las almas bien templadas á quienes no arredran los más grandes obstáculos para la conquista de su libertad ó de los grandes ideales que persiguen, sino la impasibilidad de las bestias de carga para quienes es indiferente el arriero que las ha de dirijir, lo único que desean, es que la carga sea liviana. Por este motivo ese pueblo es ahora feliz bajo la dominación inglesa, porque el gran

tacto de esta Nación ha consistido siempre en hacer que los pueblos que domina, sufran lo menos posible el peso de su carga, la afrenta de su yugo.

El poder absoluto en Asia. Igual suerte han sufrido casi todos los pueblos del Asia; el continente clásico de la tiranía, del poder adsoluto, de los imperios brillantes y poderosos, pero carcomidos por su base, con sus monarcas cargados de pedrerías y disfrutando de todas las magnificencias de Oriente, mientras sus súbditos arrastraban una vida miserable.

Las noticias que nos ha dejado la historia de la grandeza de aquellos imperios consiste principalmente en las descripciones del fasto, del lujo inmoderado, de la magnificencia que desplegaban los emperadores en su corte, de la tiranía tan hábil que ejercían sobre sus pueblos. Algunas veces, cuando los príncipes tenían grandes talentos militares, con esas inmensas riquezas y con tantos millares de súbditos, que diligentes obedecían las órdenes de su amo, llegaron á organizar ejércitos poderosos que fueron el azote de la tierra como Tamerlán, Atila y tantos otros grandes conquistadores cuya obra fué tan efímera como sangrienta.

Sin embargo, esos hechos de armas brillantes, y aquel fasto de los reyes, se destacan lúgubremente en la noche tenebrosa de la tiranía oriental, bajo la cual gimen con resignación musulmana, millares de súbditos en la tétrica obscuridad de la ignorancia.

El fruto de ese régimen de gobierno que hasta ahora ha sido el único conocido en todos aquellos pueblos, allí lo tenemos: el Egipto y la India, do-

minadas por un puñado de Europeos, el vasto imperio de la China, ansiando, sin lograrlo aún, por despertar, por sacudir la tiranía que lo tiene inmovilizado, petrificado, en la civilización que obtuvo allá en la noche de los tiempos, en que quizá estaba gobernada más liberalmente; la Turquía y la Persia teniendo vida independiente gracias á las necesidades del equilibrio Europeo, que ha puesto un freno á la ambición de las potencias que han intentado absorberlas. En estos países también se ha notado últimamente las convulsiones de un pueblo que despierta, pero es debido á la fuerza irresistible del progreso, de la civilización moderna que todo lo invade.

El único imperio asiático que se ha sustraído aparentemente á esas consecuencias es el Japonés, pero la verdad es que este pueblo rodeado por todos lados por el mar, fué más accesible á la civilización europea y le tocó la fortuna de que el actual Mikado, quizo dar libertades á su pueblo, como el mejor medio de promover su progreso, y el resultado obtenido por esa magnanimidad tan rara, ha sorprendido al mundo. En 40 años de una administración democrática, regulada por el meritísimo prestigio de su fundador, del mismo Mikado, ha hecho de un pueblo semi-salvaje, uno de los más avanzados de la tierra, no tanto por la fuerza irresistible de sus ejércitos, sino por el desarrollo intelectual y moral de que nos hablan los viajeros que de allá vienen.

El Japón nos presenta uno de los ejemplos más notables de la influencia eminentemente regeneradora de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en la Europa antigua.

Pasando ahora á la Europa, vemos los efectos del poder absoluto en toda su vasta extensión, hasta que los primeros albores de la libertad vinieron á iluminar el mundo en las costas helénicas.

La fuerza de ésta fué tal, que de un pueblo pequeño por su superficie, hizo uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Pero á Grecia le pasó lo que á todas las repúblicas antiguas cuando se extendían considerablemente, y es que no pudo subsistir como tal; pues sus leyes estaban hechas para formar un gran pueblo y no para gobernarlo (observación de Montesqieu), resultando de esto que cuando llegó á un alto grado de grandeza, de poder, de riqueza y que su territorio había aumentado considerablemente por medio de la conquista, volvió á caer en manos del despotismo y vino Alejandro el Grande, aprovechando todos los elementos acumulados por la fuerza de la democracia, á asombrar al mundo con sus épicas glorias, fundando el más grande imperio de la tierra, pero cuya grandeza no le impidió desmembrarse á la muerte de su fundador.

Sin embargo, las ideas democráticas estaban tan arraigadas en Grecia, que después de esta corta epopeya militar, siguió la Grecia dividida en muchas repúblicas hasta que cayó bajo el yugo romano.

La semilla de la libertad que tan ópimos frutos había dado en Grecia, fué llevada por las olas del mar á las playas itálicas, en donde floreció pu-

jante y vigorosa dando nacimiento á la República Romana, que debido á la fuerza de sus principios, á la pureza de sus costumbres republicanas, á la dignidad de que se sentía investido todo ciudadano romano, llegó á tal poderío, que conquistó todo el mundo civilizado, hasta que se doblegó bajo el peso de su misma grandeza y sufrió la misma suerte que Grecia, pero las consecuencias fueron más funestas, pues Roma en todo supo ser grande: hasta en su caída.

Las fuerzas acumuladas lentamente por la democracia romana, fueron aprovechadas por César, que se cubrió de gloria con los elementos que la república puso en sus manos para conquistar á las Galias y una vez terminada esta conquista, y á la cabeza de sus victoriosas legiones, fué á conquistar á la misma Roma, á imponerle su voluntad, á arrancarle sus libertades y á establecer los cimientos del despotismo que tan hábilmente sabría consolidar Augusto.

El gran imperio romano en manos del poder absoluto no supo subsistir; principió por desmembrarse como un vasto organismo carcomido por la gangrena, que tenía que caer postrado por su propia enfermedad. A esto se debió la ruina de Roma y no á las invasiones de los bárbaros.

Lo único que éstos hicieron, fué penetrar casi sin resistencia dentro de las fronteras del imperio romano y establecerse en él, como en país conquistado, fundiéndose muy pronto con los pueblos que lo habitaban y el amalgamiento por la acción mutua de esas dos razas, de costumbres, leyes y religiones tan diversas, dió por resultado la sociedad

de la edad media, durante lo cual tuvo una gran recrudescencia el régimen de poder absoluto, que trajo sobre la Europa una de las noches más sombrías y más trágicas.

Pero el árbol de la libertad que otras veces había florecido en Roma, había dejado abundante semilla, la cual era conservada cuidadosamente en el granero de la historia, en donde irían á buscarla para alimentar con ella su inteligencia los espíritus selectos, los amantes de la libertad, que en aquellos hechos heróicos, encontraban el verdadero alimento de su alma, el que les debía dar la fortaleza necesaria para destrozar las cadenas de la tiranía.

Reflexiones sobre el poder absoluto.

Por la breve reseña histórica que acabamos de hacer, nos podemos convencer de que los efectos invariables del poder absoluto han sido sumir á los pueblos en la obscura noche de la ignorancia, del fanatismo, haciéndoles perder la noción de su dignidad, haciéndoles olvidar el amor á la Patria. En efecto, qué amor puede tener á su patria un hombre que no tiene ninguna libertad, que es víctima de la más odiosa tiranía, que no es dueño de nada, pues hasta los seres que le son más queridos le son arrebatados para poblar los palacios de concubinas y los ejércitos de soldados; que no tiene ni un pedazo de tierra que amar, pues la que riega con su sudor, en vez de ser para él la madre solícita que lo alimenta, lo abriga y lo haga feliz, no es sino la madrastra ingrata que lo hace trabajar sin descanso y apenas le da el alimento necesario para no sucumbir de hambre; que no tiene más ejemplos que seguir,

que los corrompidos de sus príncipes; que no tiene otro alimento para su espíritu, que el amarguísimo de verse siempre víctima de la fuerza bruta, y que siempre tiene á su vista el premio al éxito, á la fuerza. Los pueblos en estas condiciones, llegan á considerar á la fuerza como una divinidad, á la que siempre rinden culto, venga de donde viniere; por eso vemos que los pueblos sujetos al poder absoluto no les importa sufrir yugo extraño, mientras que los pueblos libres defienden su libertad como el don más precioso, pues con ésta, está vinculada la propiedad del terreno, el amor á la familia, la satisfacción que encuentran las más nobles ambiciones dentro de una república, puesto que todos pueden aspirar á las más altas dignidades.

El ejemplo más notable de lo anterior, lo encontramos en Roma, vencida en las más grandes batallas por Aníbal, abandonada por casi toda la Italia que volteó sus armas contra ella, y con los ejércitos victoriosos de su poderoso enemigo á las puertas de la ciudad; luchando con gran serenidad, con inquebrantable energía, hasta vencer definitivamente á su poderoso enemigo. Antes de esa guerra que por su magnitud tuvo resonancia en el mundo entero, se había visto Roma amenazada de grandes peligros; la población llegó á estar en manos de los galos, y los romanos no eran ya dueños sino del Capitolio. Sin embargo, sus hijos nunca la abandonaron; preferían morir á ser esclavos. Muchos murieron en efecto, dando admirables ejemplos de heroísmo, como los ancianos senadores que no quisieron abandonar la ciudad y revestidos de sus altas insignias esperaron en las puertas

de sus casas, una muerte segura, pero gloriosa; mientras que los más, enardecidos por ejemplo tan sublime, vivieron para salvar á su patria querida, y con ella, á su libertad.

En cambio, esa gran Nación llega á abdicar su libertad en manos de sus audaces guerreros, se establece el poder absoluto, el pueblo pierde sus propiedades territoriales que van á ensanchar los dominios de los magnates, se ve arrancar á sus hijos para ir á morir en lejanas tierras, sus hijas para perder la honra en las suntuosas mansiones de los agraciados de la fortuna; su libertad, la va perdiendo poco á poco; ya no será el mérito el que lo eleve á ocupar los puestos públicos, sino el servilismo, la adulación, la bajeza; el que no adula, no medra; el que no se arrastra, no sube; es necesario imitar al vil gusano para elevarse por las antesalas de palacio, en vez del vuelo majestuso del águila, porque ésta presenta un blanco infalible para las certeras flechas de la tiranía.

Resultado: que el poder está en las manos más viles; que el pueblo se ha degradado, se ha entregado al vicio, imitando á sus guías naturales; y que al invadir unas cuantas tribus de bárbaros al imperio romano, se encontraron al pueblo sin deseos de defenderse, pues para él, lo mismo es sufrir el yugo propio, que el extraño, y en cuanto á sus emperadores, degenerados por la corruptora influencia del poder, tampoco tendrán la energía para luchar; intentarán detener la invasión corrompiendo á los jefes de las tribus invasoras, mandándoles presentes valiosos, pagándoles tributos que no harían sino fortalecer al enemigo á la vez que

debilitaban á su propia patria y no conseguir con esos paliativos humillantes, sino retardar por unos cuantos años la ruina de su imperio.

En compensación á tanto mal, sólo dejaron los emperadores obras materiales de gran magnificencia, que no hacían sino dar más esplendor á sus imperios, para mejor ocultar el cáncer que lentamente invadía todo su organismo.

Esas mejoras materiales, esos palacios, esos monumentos de la tiranía, construídos con sudor y con sangre, sólo han servido para avivar la codicia del invasor; de ninguna manera para contener su marcha.

Haciéndole balance al régimen del poder absoluto, vemos que ha sido la causa de todos los males de la humanidad; que en los pueblos donde se ha arraigado más hondamente, ha llegado á matar toda dignidad, todo patriotismo, y ha sido la causa de la ruina de los más grandes imperios.

En cambio, en cualquier parte donde llega á germinar la libertad, los pueblos han llegado á gran desarrollo, á un nivel muy superior de los pueblos esclavos.

También hemos observado que las Repúblicas no han podido subsistir cuando han sido demasiado grandes, pues como muy bien dice Montesquieu «Es cierto que las leyes de Roma llegaron á ser impotentes para gobernar á la República; pero es una cosa que siempre se ha visto, que las leyes buenas que han hecho que una pequeña República se haga grande, constituyen para ella una carga cuando se ha engrandecido, porque eran de tal modo, que su efecto natural era de hacer un gran

pueblo y no de gobernarlo,» lo cual demuestra que las Repúblicas deben de contentarse con su territorio y no buscar otro ideal que conservar su libertad. El único modo como pueden existir las grandes Repúblicas, nos lo han demostrado nuestros vecinos del Norte, con su magnífico sistema federativo, pues con ese sistema, es más difícil que el poder llegue á ser acaparado por uno solo, cosa que ha sucedido con frecuencia en varias repúblicas, como en Francia en donde acaparó el poder absoluto Napoleon III y en algunas de las Latino-Americanas, en donde sólo existe el sistema federal en la forma, y que con frecuencia han tenido que sufrir dictaduras militares.

Sin embargo, el poder absoluto ha existido de toda antiguedad porque es el patrimonio de los pueblos atrasados, de los pueblos ignorantes cuya imaginación no tiene otros hechos que la impresionen sino las hazañas de sus monarcas que los deslumbran con su brillo, puesto que ignorando la historia, ignoran también los altos hechos de sus antepasados, de los grandes hombres de la humanidad, y desconocen las fuerzas que puede desarrollar un pueblo libre.

Por este motivo, la instrucción, la escuela son las mayores enemigos del despotismo; los más firmes apoyos de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos.

En el curso de este trabajo hemos encontrado algunos casos en donde se ha podido comprobar la influencia nefasta del poder absoluto en las Naciones modernas, pero en este lugar será conve-

niente investigar más profundamente los hechos, á fin de mejor demostrar la influencia del poder absoluto en esas grandes calamidades que han azotado á la humanidad y á la vez veremos como en muchos casos, el régimen democrático ha evitado serias conflagraciones europeas.

La guerra Ruso–Japonesa, fué debida á la ambición, nó tanto del Zar, sino de los grandes duques, cuya fatuidad les impidió ver el peligro que corrían, pues no apreciaron debidamente las fuerzas enemigas; y con su pereza, no prepararon las suyas, pues se ocupaban más de sus placeres que de los negocios públicos, y cuando se ocupaban de estos últimos, era tan sólo por medio de bravatas, que no hacían sino empujarlos al presipicio.

Rusia no estaba preparada para la guerra, porque la administración estaba en manos ineptas y libertinas, pues en una autocracia sólo ascienden á los puestos públicos los que saben adular al autócrata, pues los hombres dignos, que tienen ideas firmes, principios rectos, no pueden doblegarse ante un ser, en muchos casos inferior á ellos, y éste, aun menos, tolerará que haya á su derredor hombres que valgan más que él.

Por este motivo supimos por la prensa asociada las grandes faltas cometidas por la administración rusa, y la inmoralidad que existía en las altas esferas del gobierno, hasta el grado de que alguno de los grandes duques fué acusado de sustraerse los fondos destinados para curar á los heridos.

Esos abusos casi no se conocían y no era posible remediarlos, pues si la prensa independiente los denunciaba, era perseguida sin piedad, y el

Zar no podía saber lo que pasaba en su vasto imperio, contentándose con lo que le decían sus consejeros, que cómo ya hemos visto, no pueden ser hombres de carácter y de principios, así es que generalmente ocupan esos puestos los que tienen más *esprit* los que mejor saben alhagar las pasiones del soberano.

Esto, en cuanto á los preparativos de la guerra. Una vez que ésta hubo estallado, se vió lo inferior que era la oficialidad rusa comparada con la japonesa, pues aquella, compuesta en general de nobles, era muy valiente, es cierto, pero su valor era estéril por lo temerario, por lo ostentoso, y sobretodo, por la falta de conocimientos y de disciplina, y es, que lo que pasa arriba, pasa abajo: así como el Soberano sólo admite á su lado á los que lo adulan, asi mismo el general solo confiere ascensos á los que mejor saben atraerse sus simpatías, resultando que no el mérito, sino el favoritismo constituye el principal factor en los ascensos.

Llegando por último al soldado; generalmente ignorante, arrancado de su hogar contra su voluntad para defender una causa que no le simpatizaba, pues para esos desheredados de la fortuna poco les importaba que el imperio moscovita llegara hasta los montes Urales ó hasta el mar Amarillo, puesto que ellos no debían de aprovechar esas conquistas, que sólo servirían para enriquecer á sus amos, á quienes odiaban cordialmente, pues más los conocían por el peso de su fuete, por la herida de su látigo, que por la largueza de su mano, que por la magnificencia de su corazón.

Esos soldados, peleando contra su voluntad, en

defensa de un amo á quien no querian, para conquistar paises que les eran desconocidos, y llevados al combate por oficiales déspotas, presuntuosos é ignorantes, nó sabrían resistir al empuje de los japoneses que convencidos, defendían su vida como nación, sabían que los terrenos que iban á conquistar eran para ellos, que amaban con fanatismo á su Mikado que les había dado la libertad y que eran llevados al combate por una oficialidad austera, valerosa hasta la temeridad, pero sin ostentación; instruida, disciplinada, que debía sus puestos al mérito, único medio de seleccionar la oficialidad y los funcionarios públicos en los países democráticos.

Además, los Japoneses estaban perfectamente preparados para la guerra, su servicio administrativo era admirable, por el orden y la honradez; pero también en Japón existe la libertad de imprenta, que denuncia las faltas de los funcionarios y existe una democracia bien organizada que descansa en poderosos partidos políticos.

El ejemplo que acabamos de ver es por demás instructivo, y nos reveló, cómo, un coloso como Rusia, debilitado por el poder absoluto, no pudo resistir el empuje de un pequeño pueblo fortalecido por las prácticas democráticas.

Remontándonos un poco más allá en la historia, encontramos que Francia después de su grandiosa revolución, tenía un apoyo tan decidido de todos sus hijos, que cantando la marsellesa iban al combate, que siempre fué invencible, y las coalisiones de toda la Europa reunida, no pudieron hacerle mella, mientras la libertad movía con su soberano impulso á todo el pueblo francés.

En cambio, una vez que este heroico pueblo hubo perdido su libertad bajo el yugo de Napoleón, con indiferencia vió profanar el suelo de su patria por los invasores extranjeros, y no opuso ninguna resistencia para que desmembraran su territorio.

Napoleón había querido que la patria fuera él, y se equivocó; la decepción que tuvo fué tremenda cuando vió que tan pronto como la fortuna dejó de favorecerlo, todos lo abandonaban; lo abandonaba el pueblo francés á quien él había oprimido y lo abandonaban los mariscales y los funcionarios que él había elevado.

En este caso es donde mejor se comprueban las funestas consecuencias del poder absoluto; pues Napoleón, no sólo era un genio en la guerra, sino también en la administración, tenía una actividad incansable, un golpe de vista admirable, y llevaba con tal orden los asuntos públicos, que todo marchaba con precisión matemática; contaba con ejércitos inmensos y los más aguerridos del mundo; con riquezas inagotables para prepararse á la guerra, y por último, tenía subyugada á casi toda Europa. Sin embargo, su grandeza fué efímera, pues su ambición personal lo llevó á guerras desastrosas para la Francia, y cuando más necesitaba de la ayuda de los franceses para defender la integridad del territorio nacional, éstos no respondieron á su llamado, pues á su general sólo lo obedecían cuando tenía fuerza suficiente para hacerse respetar, y tan pronto como la fortuna principió á serle adversa, le faltó tal fuerza; mientras que al llamado de la patria, siempre respondían, porque con la patria estaban vinculadas sus instituciones y su libertad.

Si Napoleón, en vez de coronarse, se contenta con el consulado á vida, hubiera llenado á Europa de consulados semejantes al francés, la libertad habría echado más hondas raíces en Europa y la grandeza de Francia hubiera sido más duradera.

En cambio, Napoleón dejó obras materiales que aun se admiran en todo el territorio francés; abrió caminos magníficos, cavó canales importantísimos, pero es el recuerdo que dejan siempre los despótas.

La obra más duradera de Napoleón, fué su admirable código de leyes que rige en casi todo el mundo civilizado. ¡Siempre los productos del pensamiento sereno del escritor, son más duraderos que los hechos del impetuoso guerrero!

La catástrofe que fué el epílogo de la epopeya napoleónica, provino de la debilidad del sistema del poder absoluto, pues no puede achacarse ni á corrupción administrativa, ni á ineptitud de los jefes, ni á falta de valor de los soldados, pues los que permanecieron fieles á las banderas imperiales, pelearon con valor admirable hasta el último momento.

Si de esta catástrofe pasamos á la de 1870, nos encontramos con que á pesar de que el pequeño Napoleón no tenía los tamaños de su tío, logró imponer un gobierno absoluto, pero no supo impedir que hubiera una gran corrupción en la administración, y á Francia le pasó con Alemania, lo que á Rusia con el Japón, que en el momento de declarar la guerra, no estaba nada preparado, á pesar de la presuntuosa afirmación del ministro de la guerra de Napoleón, de que «no faltaba ni un botón en el uni-

forme de los soldados.» Los Jefes, seleccionados por el favoritismo, eran ineptos, como se demostró por las increíbles torpezas que cometieron. Los soldados, sin confianza en sus jefes, acostumbrados á ser engañados por el lenguaje oficial, lleno de falsos convencionalismos, no hallaban á quien creer, se desmoralizaron, y á penas lograron salvar el honor de la Francia, ya que no su integridad, muriendo con gran heroísmo cuando llegaron á encontrarse frente á un enemigo, que sus jefes le hacían casi siempre huir y con quien ellos deseaban ardientemente medirse, pues muy pronto comprendieron que no debían ya esperar nada de su inepto emperador, y la conciencia de su responsabilidad para con la patria, desde el momento que habían sacudido el yugo de la tiranía, les daba alientos para salvar lo único que era posible salvar en aquellas circunstancias: el honor, y notemos que el honor no por ser un bien abstracto, deja de tener menos influencia sobre los pueblos, pues siempre les presentará imágenes vivas del heroísmo de sus antepasados y en las grandes crisis, inspirará las abnegaciones sublimes, los grandes hechos que salvan frecuentemente á la patria.

De un modo clarísimo hemos podido apreciar los efectos del poder absoluto bajo todas sus formas. El Zar, rodeado del inmenso prestigio de sus antepasados, sostenido por seculares intereses creados á su sombra, y apoyado en la ignorancia de sus súbditos, deja indolentemente las riendas del gobierno en manos de los favoritos de palacio, que llevan á su imperio á una aventura desastrosa, en la cual escapó de naufragar hasta su misma coro-

na, pues las grandes catástrofes despiertan á los pueblos, que reaccionan vigorosamente contra el causante de sus desgracias.

El gran Napoleón, arrastrando con irresistible atractivo á toda la Francia á las empresas más gloriosas; deslumbrando á todos con sus hazañas, se siente embriagado por la victoria y arrastra á su patria al desastre, para caer con ella en el abismo á donde lo empujó su ambición.

El pequeño Napoleón, que no tenía otro motivo para fascinar al pueblo francés que el glorioso nombre de su tío, quizo deslumbrarlo con el brillo de su corte, con la construcción de magníficos palacios, con la apertura de espléndidas avenidas, y con el ruido de guerras lejanas; pero no lo logró por completo, pues la libertad había echado hondas raíces en la Francia y vigoroso se alzaba el acento de los republicanos, el del gran proscripto de la Isla Jersey, que cada vez que se dirigía al pueblo francés le hacía estremecerse al oir el canto robusto que entonaba á la libertad; al escuchar los solemnes anatemas con que condenaba á la tiranía. Por este motivo, y sintiendo que su corona vacilaba en su cabeza, se resolvió á promover la guerra contra Alemania con la esperanza de vencerla y afianzar su trono. Ya hemos visto cuan infundadas eran esas esperanzas, pero á los déspotas les preocupaba más consolidar su poder que salvar á su patria.



Pasando ahora á la política contemporánea, podemos observar como 36 años de sistema demo-

crático han levantado á la Francia á una altura envidiable entre las naciones europeas, pues con la sabia y prudente política republicana, á rehuido toda aventura peligrosa y se ha dedicado á reconstruirse interiormente, logrando un desarrollo portentoso de su riqueza, y con su política, tan prudente, hábil y patriótica, ha logrado atraerse las simpatías de toda Europa, al grado de haber logrado formar una *entente* formidable, que ha dejado enteramente aislada á Alemania, su poderosa rival.

Pero estudiemos casos especiales en donde mejor podremos apreciar las ventajas de la democracia.

Unos audaces exploradores franceses abordaron á un villorrio del centro del Africa, á Fashoda y plantaron la bandera francesa. Inglaterra pretendió que ese villorrio estaba dentro de los límites de su influencia, de donde se originó una controversia que llegó á exaltar á tal grado la opinión pública en esas poderosas naciones, que la guerra estuvo á punto de estallar. Pero ambos países tienen instituciones democráticas, y los ministros que llevaban las riendas del gobierno no tenían ni la indolencia ni la debilidad del Zar de Rusia, ni el orgullo del gran Napoleón, ni necesitaban consolidar una corona como el pequeño; mientras que sí tenían un gran amor á la patria, y no la querían comprometer en aventuras peligrosas; además, para estos ministros eran perceptibles los temores de las madres, las esposas y las hijas que no querían perder á sus hijos, esposos y padres por una ridícula cuestión de honor mal entendida. Si la opinión popular estaba acalorada y con su ímpetu acos-

tumbrado se preparaba para la guerra, la voz de los prudentes que son los que la guían, se hizo oir y prevaleció en ambos Gabinetes, y la cuestión quedó arreglada de un modo tan satisfoctorio para ambos, que desde entonces empezaron á estrecharse las relaciones de esos dos grandes países, para preparar su reciente *entente*

Posteriormente surgió otra dificultad que estuvo á punto de precipitar á Europa en una conflagración espantosa.

Un soberano casi absoluto y bien conocido por lo impetuoso de su carácter, por cuestiones de amor propio, promovió serias dificultades á Francia, poniendo como pretexto la influencia que esta última tenía sobre Marruecos.

La guerra hubiera estallado en toda Europa si no hubiera sido por la fuerza de las instituciones democráticas, que rigen la Francia, pues cuando se vió que la imprudencia ó la temeridad de un ministro podía precipitar la guerra, se le hizo renunciar á su cartera á pesar de los brillantes servicios que había prestado, pero se prefirió sacrificar á un hombre, por más méritos que tuviera, antes de lanzarse en tan peligrosa aventura. Una vez que la República hizo ese gran sacrificio, y gracias á la política tan hábil y prudente de sus sucesores, apoyada por las simpatías de todos los pueblos de Europa, logró arreglar de un modo pacífico y honroso la cuestión.

La democracia salió triunfante y prestigiada de esa aventura, mientras que el poder absoluto se puso en ridículo y evidenció su flaqueza, y vamos, que el pueblo alemán es muy sereno, muy reposado, muy

cuerdo; pero no era el pueblo el que deseaba una guerra que tanta sangre le costaría aún en el caso de salir airoso en la contienda, sino el soberano, que cegado por su orgullo é impulsado por su desmedida ambición, quería extender aún más sus dominios en Europa.

Al fin logró conmover tan profundamente la opinión pública en su vasto imperio, que se ha visto obligado á sacrificar parte de su poder absoluto en manos de la democracia. En lo sucesivo, esa gran Nación representará en el mundo el gran papel á que está llamada, y dejará de ser la amenaza constante de la paz europea.



En resumen, podemos afirmar que los países en donde existe el poder absoluto, como en Rusia y Turquía, (apenas en los últimos años han empezado á cambiar de régimen, pero aun no es tiempo de que este último dé sus frutos) á pesar de estar en Europa, en contacto con las naciones más civilizadas del mundo, y de haber sido la última, la cuna de la antigua civilización, han permanecido los pueblos indiferentes al progreso moderno, y petrificados en sus antiguas civilizaciones, han progresado muy lentamente; mientras que en los países libres, el progaeso ha sido portentoso y les ha alcanzado en donde se han encontrado, por más lejos que sea de los centros de cultura.

No citaré el ejemplo de nuestra poderosa vecina del Norte, porque ella debió su nacimiento á la emigración de hombres libres que se asfixiaban en la atmósfera de intolerancia y despotismo de su pa-

tria, y con tales ideas, tenían que constituir una democracia tan poderosa, que serviría de ejemplo al mundo; pero sí citaré la mayoría de las repúblicas hispano-americanas, que á pesar de su agitadísima vida política desde que son independientes, han dado pasos agigantados en la vía del progreso, pues el nivel intelectual y moral de esos pueblos es muy superior al de Rusia, Turquía y demás países en donde aun impera el poder absoluto.

Otro ejemplo de los maravillosos ejemplos del poder creador de la libertad, lo tenemos en el surgimiento del Japón á la vida de las naciones civilizadas, entre las cuales ha llegado á ocupar lugar importante después de 40 años de prácticas democráticas.

Este asunto tan interesante, necesitaría varios volúmenes para desarrollarse debidamente, pero para el objeto que perseguimos en el presente libro, quizá nos hayamos extendido demasiado.

Comentarios sobre el poder absoluto.

Sin embargo, antes de terminar será conveniente exponer en concreto cuales son las causas que determinan que el poder absoluto sea el mayor azote de la humanidad, á pesar de que en muchos casos, son hombres verdaderamente notables y bien intensionados los que lo ejercen.

Las razones son las siguientes:

Para que el poder absoluto exista, es necesario que no haya libertad, que los pensadores tengan que permanecer, silenciosos porque no se les permite publicar el resultado de sus meditaciones.

El resultado de esto, es que las faltas que cometen los gobernantes pasan desapercibidas, ó aunque

se noten, nadie habla de ellas porque comprende que no podrá remediarlas. Esas faltas, al repetirse con frecuencia, llegan á constituir el régimen normal, y á nadie le extrañan, y por último, llega á acostumbrarse la multitud, amoldando su criterio y su carácter, al medio en donde se desarrolla. De esto se sigue que el lenguaje convencional y falso que se emplea en las esferas oficiales, llega á ser el corriente en toda una nación. Los que hablan la verdad, son considerados por el público, como desequilibrados, y por el gobierno, como conspiradores.

La inmensa mayoría de la humanidad no tiene un sentimiento tan afinado para conmoverse con los grandes acontecimientos; para indignarse con los atentados más inicuos; para armarse con patriótico ardor á fin de volar á la defensa de la patria cuando está en peligro; para revestirse del estoicismo necesario para defender sus derechos, cuya importancia no puede apreciar. Pero viene un pensador, un escritor, que siempre siente hondo y claro, y trasmite por medio de sus vibrantes escritos el verbo de su indignación, de su entusiasmo, de su patriotismo, de su estoicismo á las multitudes; las electriza con su palabra, con sus escritos, les infunde ese sentimiento que le ha hecho vibrar tan poderosamente y los arrastra á sus grandes destinos, los hace acometer las empresas más temerarias, los hace arrastrar con la sonrisa en los labios aun en el mismo fuego de la metralla.

Por eso, cuando los escritores independientes, que es donde se encuentran las nobles pasiones, no pueden publicar sus escritos, los pueblos no se dan

cuenta de la importancia de los acontecimientos, permanecen en una impasiblidad, que llega á ser criminal, puesto que ni las desdichas más grandes, ni los más inicuos atentados contra sus hermanos, logran conmoverlos.

En esos pueblos, llegan á atrofiarse á tal grado los sentimientos nobles, que ni cuando ven á su patria en peligro salen de su impasibilidad.

Otro orden de circunstancias que influyen poderosamente para que el poder absoluto sea nefasto para los pueblos que lo sufren, es que los soberanos, autócratas ó dictadores, que tienen el poder absoluto, son grandes egoístas, que prefieren la satisfacción de su pasión de mando, al bien de su patria, pues la historia demuestra claramente que el mejor medio de consolidar el progreso de una nación, es darle la libertad, y ese bien nunca se lo conceden, pues para hacer el sacrificio del poder en aras de la patria, se necesita una grandeza de alma muy poco común, y que generalmente no se encuentra entre esos encumbrados personajes, en quienes la modestia es la más rara de las virtudes, pues para no dejar en libertad á su país, fácilmente se persuaden de que ellos son los únicos que pueden gobernarlo con acierto, que el pueblo es muy ignorante é incapaz de conocer sus verdaderos intereses, y por último, no pueden apreciar la magnitud de sus faltas, pues la lisonja que los rodea acaba por falsear aún su mismo criterio, pues todo les es presentado bajo aspectos engañosos, con el objeto de causarles agrado.

Ya vemos porqué no ejercen el poder absoluto, sino los ambiciosos, ó los presuntuosos.

Además, de estos defectos que invariablemente acompañan á los déspotas de la tierra, tambien los acompañan una turba de parásitos, que viven de la adulación que les prodigan y que llegan á formar un muro compacto que no deja llegar á los oídos de su soberano, sino sus lisonjas, pues en la puerta de los palacios son detenidas las inoportunas quejas de los que sufren, las protestas de los ultrajados, la indignación de los buenos patriotas.

Por otro lado, por más actividad y buena voluntad que tenga el que ejerce el poder absoluto, no puede saber lo que pasa lejos de él, sino por sus mismos amigos, por los mismos empleados que él nombra, algunas veces con intención recta, pero que lo engañan sobre el verdadero estado de cosas. Le es muy difícil salir de ese engaño, porque es natural que tenga más confianza en lo que le dicen sus empleados, que son sus amigos, que en la voz de los descontentos, que la lisonja fácilmente hace pasar á sus ojos, como díscolos ó enemigos suyos.

De ese modo, la administración se va corrompiendo poco á poco, pues el autócrata no conoce el mal, y los únicos que se lo podrían señalar, los periodistas independientes, permanecen callados.

Vamos ahora á ocuparnos del poder absoluto en México y con este motivo quizá se nos presente la oportunidad de tratar tan interesante cuestión desde otro punto de vista.



EL PODER ABSOLUTO EN MEXICO.

En la ligera reseña histórica que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria, tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar á sus héroes, así es que, aquí en México, está estrictamente ligada la idea de poder absoluto, á la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Esto nos servirá para encontrar fácilmente el remedio á nuestros males, en el curso de nuestro estudio.

Por estas razones no nos extenderemos más sobre los antecedentes históricos y abordaremos de lleno la cuestión.

Pruebas de que existe el poder absoluto en México.

La República Mexicana está actualmente gobernada por una dictadura militar que ejerce un poder absoluto, aunque moderado. Las mejores pruebas las encontramos en la unanimidad de votos para el nombramiento de todos los funcionarios públicos, en la unanimidad de votos que en las cámaras, aprueban las iniciativas del Gobierno así como en la inamovilidad de los primeros, ya sea que su poder diname directamente de la administración, ó de la elección del pueblo; en la escasísima libertad de que goza la imprenta, etc., etc.

La mayoría de estos hechos no son negados ni por los órganos semi-oficiales, así es que por esta circunstancia y por el hecho de que está en la conciencia nacional tal idea, no nos parece oportuno presentar mayor acopio de datos para probar nuestro aserto.

Consecuencias del poder absoluto en Mexico.

El General Díaz ha establecido *de facto*, el poder central absoluto, pues á ningún Estado le permite que nombre sus gobernadores, ni siquiera á sus Presidentes Municipales, como hemos visto más arriba al hablar de los medios de que se ha valido para afianzarse en el poder.

Los males emanados de este régimen de poder absoluto, pertenece á las dos órdenes de ideas que hemos expuesto:

La falta de libertad de imprenta, ha ejercido su influencia especial en la marcha de la administración, pues no habiendo quien se atreva á denunciar las faltas de los funcionarios, no son bien conocidos del público y mucho menos de sus superiores. Esas faltas que han permanecido impunes, se repiten con frecuencia. Al principio, la opinión pública protestaba contra ellas, pero cansada de tanto esfuerzo estéril, dejó de protestar, y se acostumbró á dominar su indignación, logrando al fin ver como cosas normales los abusos de las autoridades. Esta costumbre ha corrompido á tal grado los ánimos, que ahora lo único que se pretende es evitar que esos abusos recaigan sobre uno mismo, para lo cual se *procura estar bien con la autoridad;* esa conducta es la que observa la mayoría, generalmente acomodaticia, que quiere vivir tranquila, que sólo se preocupa de sus bienes materiales, del progreso de sus negocios, á quien preocupa mucho la belleza de los paseos, y que protesta con más indignación cuando alguna aglomeración de inmundicias obstruye su paso ó le hace desagradable el paseo con su olor desagradable, que cuando le arrancan uno de sus más valiosos derechos de ciudadano, ó cuando se comete un atentado contra alguno de sus conciudadanos. En su egoísta miopía, no alcanza á comprender que al ser vulnerado un derecho, lo serán poco á poco todos los demás; que las mismas persecusiones que sufre su conciudadano, puede sufrir él mismo ó alguno de los miembros de su familia; pero el egoísmo es ruín, no tiende á la unión que fortifica, sino que se inclina por el aislamiento, sin comprender lo que esto lo debilita.

En todos los pueblos, al lado de los que se doblegan pacientemente y solo se contentan con *no estar mal con las autoridades*, existe un número creciente en tiempos de despotismo, que quieren aprovechar la oportunidad para elevarse, para enriquecerse y que no vacilan en adular á los mandatarios para atraerse su favor.

Estas dos categorías de sujetos: los que se resignan y los convencieros, son el apoyo de las autocracias; los últimos, son los emisarios activos, diligentes, que escriben periódicos llenos de las más bajas adulaciones, que adulteran los hechos, que extravían la opinión pública, que van entre los pertenecientes á la otra categoría, á recoger firmas en escritos pomposos en que se afirma que el pueblo es feliz, que la patria prospera bajo la hábil dirección de nuestros mandatarios. Esas firmas y hasta contribuciones para hacer festejos á los gobernantes, son arrancadas por medio de una disimulada amenaza, y de una sonrisa llena de mentirosos ofrecimientos.

Para contrarrestar la influencia nefasta de esos aduladores, parásitos del poder, no existe la prensa independiente, ni tampoco para remover á los pacíficos ciudadanos de su apatía, dando por resultado que los funcionarios públicos, que muchas veces llegan al poder con buenas intenciones, se van corrompiendo poco á poco, pues la lisonja los ha llegado á hacer que se crean superiores á los demás; la adulación les ha puesto una venda que les impide apreciar debidamente la consecuencia de sus actos, y llegan á considerar el poder como su legítimo patrimonio.

Estos funcionarios, cada vez ménos hábiles para llevar á la Nación á sus grandes destinos, son los únicos que gobiernan actualmente á la República Mexicana, debido á la influencia del poder absoluto que ha acabado con la libertad de imprenta. (1)

El resultado de este estado de cosas ha refluído hasta el mismo General Díaz; él ignora la mayor parte de los acontecimientos que pasan diariamente en la inmensa superficie del Territorio Nacional, y auque él quisiera poner remedio no lo podría por dos razones:

La primera, porque si ejerciera estricta justicia en todos sus actos, tendría que quitar de sus puestos á la inmensa mayoría de las autoridades, y no encontraría con quien sustituirlas, porque difícilmente encontrará personas que reunan á la dignidad necesaria para obrar en todo conforme á la ley, el suficiente servilismo para acatar sus órdenes, aun cuando estén contra la misma ley. En este caso, reacciona constantemente la personalidad del Gral. Díaz, dominado por la idea fija que ya le conocemos de conservar el poder, contra el hombre de Estado que desearía el bien de la patria.

La segunda es que las personas de su mayor confianza, son las que cometen los mayores abusos, lo cual le impide saberlo, pués es natural que él tenga más confianza en lo que le dice uno de sus adictos y viejos amigos, que en lo que le cuenta cualquier DÍSCOLO. La prueba de que así pasa, es

[1]—Quizá se llegue á objetar á lo anterior que se empieza á sentir mayor libertad de imprenta en la República, pero de esta circunstancia nos ocuparemos más adelante; ello obedece á otras causas, y es independiente de la férrea voluntad que nos gobierna.

que cuando un particular escribe al Gral. Díaz quejándose contra los abusos de alguna autoridad, manda la carta original á la autoridad acusada para que informe, y ya podremos imaginarnos que el tal informe nó es si no una hábil defensa de sus actos, acompañada en muchos casos de pérfida acusación contra el quejoso.

De esto resulta que en la República se han cometido graves faltas, que aunque no lo han sido directamente por el General Díaz y en muchos casos aún contra su voluntad, no por eso deja él de ser el verdadero responsable ante los ojos de la Nación y ante el severo juicio de la Historia.

Ya lo hemos dicho, el General Díaz desea hacer el mayor bien posible á su patria, siempre que sea compatible con su permanenica indefinida en el poder, dando por resultado, que los esfuerzos portentosos del habilísimo hombre de Estado, son paralizados por la personalidad del General Díaz; sus nobles arranques de patriotismo, moderados por su ambición, por su egoísmo.

Por esta circunstancia hemos querido tratar de las consecuencias del poder absoluto en capítulo por separado, porque estas consecuencias las tendremos que sufrir con cualquier gobernante que siga la misma política; que haga uso del mismo poder absoluto del General Díaz, quien ha usado del poder con gran moderación; con una moderación de que pocos ejemplos encontramos en la historia. Además, la vida privada tan intachable que observa, es una constante fuente de energía que le permite desplegar una actividad admirable.

Y si con un hombre tan notable al frente del po-

der, tenemos que lamentar tan terrible consecuencia. ¿Qué será cuando el mismo poder vaya á dar á otras manos, y que el nuevo mandatario, enervado por los placeres no pueda desplegar tan portentosa actividad, no pueda conservar tan admirable lucidez? Porque no hay que engañarse, la lucidez, la energía solo se conservan observando una conducta intachable, pues el vicio atrofia las más nobles cualidades del alma; paraliza sus esfuerzos hacia todo lo grande, y engendra una laxitud, un entorpecimiento intelectual que con el número de años, va aumentando en progresión aterradora.

*
* *

Como sería imposible ó por lo menos largo y fastidioso entrar en detalles sobre las consecuencias del actual régimen de gobierno, vamos á tratar por separado las más grandes faltas cometidas, y sólo al terminar este capítulo, haremos el balance á la actual administración.

Guerra de Tomóchic. La Nación no supo nunca la verdadera causa de esa guerra, pero se dijo que fué ocasionada porque los habitantes de aquel pueblo que se encuentra en el corazón de la Sierra Madre, no querían pagar las contribuciones ó algo tan baladí é insignificante así. Pues bien, los esfuerzos que hizo el gobierno para arreglar pacíficamente la cuestión fueron bien pocos, y quizá esos esfuerzos fueron neutralizados por la ineptitud, el orgullo ó la ambición de los delegados del gobierno. El resultado fué que éste mandó fuerzas federales en gran número que destruyeron casi por completo el pueblo

y acabaron con casi todos los habitantes que opusieron una resistencia heroica y causaron á las fuerzas federales numerosas bajas, al grado de desorganizar por completo los primeros cuerpos que marcharon al ataque.

Ahí tenemos un cuadro terrible.

Hermanos matando á hermanos, y la Nación gastando enormes sumas de dinero por la ineptitud ó la falta de tacto de alguna autoridad subalterna.

El General Díaz, encerrado en su magnífico Castillo de Chapultepec, supo de las dificultades, pidió informes al gobernador, éste á su vez se dirigió á su Jefe Político ó autoridad, verdadera causa del conflicto; ésta informa favorablemente á sus miras y por los mismos trámites llega ese informe á manos del General Díaz, que juzga necesario mandar batir á aquellos humildes labradores, pacíficos ciudadanos, que han llegado á ser representados á su vista, como terribles perturbadores de la paz pública, y el General Díaz para hacer *respetar el principio de autoridad*, ordena que vayan fuerzas á Tomóchic.

En este caso, el criterio del General Díaz fué el del Jefe Político.

¿De qué nos sirve pues que el General Díaz tenga un criterio tan recto, un tacto tan admirable para tratar á todo el mundo, si en muchos casos, por la razón natural de las cosas, su criterio tendrá que guiarse por el del más ínfimo de sus subordinados?

Un valiente y pundonoroso oficial, pensador, escritor notable, indignado de las torpezas de sus superiores y por las infamias que les hicieron cometer llevándolos á exterminar á sus hermanos, escribe

un bellísimo libro denunciando esos atentados; pero la voz varonil de los hombres de corazón nunca es grata á los déspotas de la tierra y ese oficial pundonoroso fué dado de baja y procesado.

El epílogo de ese drama no podría ser más conmovedor: Un pueblo destruido por el incendio, regado de los cadáveres de sus valientes defensores, abandonado por las numerosas madres, viudas y huérfanos que muy lejos fueron á llorar su muerte; y más allá, entre los bosques que rodean al pueblo, muchos cadáveres también, pero de resignados oficiales y soldados que sin saber por qué, fueron los portadores del exterminio á la casa de sus hermanos, y á los cuales hacían melancólicamente los honores de reglamento, los compañeros que les sobrevivieron.

¡La patria perdió muchos hijos!

¡El tesoro Nacional fué sangrado abundantemente!

¡Y las contribuciones, origen de esa hecatombe, no fueron pagadas!

¡Mil veces mejor hubiera sido que ese pueblo no pagara contribuciones por algunos años, esperando que las luces de la instrucción penetraran en él y le hicieran comprender sus derechos!

Pero no; que no conocen sus deberes, á balazos los han de enseñar, en vez de hacerlo por medio de la instrucción.

Este es el mal de los gobernantes militares: que todo lo quieren hacer valiéndose de la fuerza bruta.

Guerra del Yaqui. Otro atentado del cual no podemos hablar sin sentirnos conmovidos, invadidos de profunda piedad hacia

tanta víctima; poseídos de tremenda indignación contra sus verdugos.

¡Cuántas veces nos hemos horrorizado al leer en la prensa las lacónicas noticias del teatro de la guerra!

¡Cuántas veces nos hemos visto impulsados á tomar la pluma para lanzar á la República nuestras protestas indignadas, nuestras vehementes imprecaciones para conmoverla, para pintarle con toda su horrible desnudez los crímenes sin cuento que se están cometiendo en las fértiles regiones bañadas por el Yaqui y el Maya!

Pero ¿de qué hubiera servido nuestra protesta? ¿lograríamos conmover la opinión pública para evitar tal atentado? Indudablemente que nuestros esfuerzos hubieran sido estériles. A una Nación oprimida no se le despierta con un escrito aislado, se necesita un conjunto de hechos, que á la vez que la despierten, la hagan concebir esperanzas de redención.

Por esas razones, comprimíamos nuestra indignación, ocultábamos nuestras lágrimas, esperábamos llenos de ardor el momento oportuno para lanzar á los cuatro vientos nuestra protesta inflamada de indignación.

Hemos creído el momento llegado, pero si no es así, si nuestro optimismo nos engaña, habremos satisfecho una de las más apremiantes exigencias de nuestra alma, al lanzar este acto de protesta contra tan inicuos atentados.

¡Qué sepan los desventurados sobrevivientes de esa heroica raza, que no todos los blancos, los *yoris* somos sus enemigos; que sepan los que gi-

men bajo el látigo del esclavista, que muchos de sus hermanos compartimos su dolor, que lloramos con ellos su esclavitud, que no están solos en el mundo, que hay quienes se preocupen por su felicidad, que existe una poderosa corriente de opinión que indignada, clama justicia.

Una vez satisfecha en este preámbulo la necesidad que tenían nuestros sentimientos más afinados de manifestarse; una vez salida de nuestro pecho esta doliente queja; una vez que hemos cumplido con el deber más elevado que nos exigía nuestro amor á aquella desventurada raza, hermana nuestra, descendamos al terreno de la razón, de la lógica inflexible, para proseguir nuestro estudio.



En una de las más feraces regiones de la República, surcada por dos caudalosos ríos que la fertilizan y la fecundan: el Yaqui y el Maya, vivían dedicados á la agricultura y á la ganadería los numerosos miembros de la tribu Yaqui. Esos indios, se habían desparramado por todo el Estado de Sonora y ccnstituían los mejores jornaleros, tanto para la agricultura como para la minería, pues tienen un gran desarrollo físico, una gran resistencia para el trabajo y su inteligencia es superior á la de muchas razas indígenas de las que habitan el vasto territorio de la República.

En la región que ellos ocupaban casi exclusivamente, se dedicaban con buen éxito á la agricultura, la ganadería y la pesca y surtían á Guaymas, Hermosillo y casi todo el Estado de Sonora de legumbres, cereales, volatería, mariscos y en general

de los productos del mar, así como de los agrícolas y pastoriles.

Esos indios, fuertemente organizados, vivían independientes de la acción del gobierno mexicano, dándose sus propias leyes y viviendo bajo el régimen patriarcal. Estaban en paz, y quizá había menos disturbios, y más seguridad en los caminos de Sonora, que en muchas otras regiones de la República, antes de que los ferrocarriles vinieran á ayudar poderosamente la acción del gobierno en la persecución de las gavillas de bandoleros.

Pues bien, durante el gobierno del General Díaz, que tan pródigo ha sido con los terrenos nacionales, llamados baldíos, se dió una conceción para explotar los terrenos del Yaqui á algunos amigos de la administracíón ó de sus miembros más influyentes. Estos traspasaron sus derechos á una compañía extranjera que fracasó en sus trabajos.

Pero lo más funesto del asunto, fué que los Yaquis se vieron despojados de los terrenos que cultivaban desde tiempo inmemorial y como eran valientes, numerosos y estaban bien armados, empezaron á defender sus propiedades con rara energía.

El Gobierno federal, informado por las autoridades locales, probablemente por los mismos que eran los beneficiarios de la productiva concesión, juzgó necesario mandar tropas para sofocar á los indios rebeldes.

Los, indios conocedores del terreno, que les proporciona seguro albergue, han sostenido una guerra interminable, por el sistema de guerrillas.

Los jefes de las fuerzas federales, han obrado

con mala intención manifiesta ó con torpeza suma, pues se ha prolongado la guerra más de lo que debía esperarse contando con tan poderosos elementos.

La Nación ha perdido en esa guerra infructuosa, muchos de sus hijos, encendió en su seno una guerra interminable, arrancó á sus mejores y más laboriosos hijos de los terrenos que cultivaban para pasarlos á algunos de los favoritos del gobierno que no los cultivan; empobreció á todo el Estado de Sonora quitándole sus mejores labradores, sus mineros más hábiles y gastó $50,000,000.00 en esa guerra.

Viendo el gobierno que no podía terminar con los valerosos indios, que se defendían en las inaccesibles montañas que les sirven de fortalezas naturales, ha recurrido al inicuo expediente de deportar á toda la raza, empezando por los más inofensivos, los que estaban más á la mano.

Esos deportados, son prácticamente reducidos á la esclavitud en los Estados en donde el clima es más inclemente; quizá se hayan escojido de intento esos lugares malsanos, para que más pronto encuentren la tumba que no pudieron encontrar defendiendo sus patrios lares, esos valerosos guerreros.

Las descripciones que se hacen de esas deportaciones, aunque laconicas, son desgarradoras.

Mujeres ha habido, que viéndose arrancar de su suelo natal, separadas de sus maridos y quizá de sus mismos hijos, se han arrojado al mar, prefiriendo una muerte pronta entre las hondas amargas, á los espantosos sufrimientos de la esclavitud.

En México, en la Capital de la República, que se blasona de civilizada, que ha querido imitar todas las magnificencias de Europa y que tan sólo ha sabido imitar sus vicios,; en esa flamante y bellísima ciudad, han desfilado los lúgubres convoyes de carne humana.

Los interesados en llevárselos á sus haciendas, los esclavistas, disputándose la presa y como si esos desgraciados estuvieran rematándose en pública subasta, pujan cada vez más, ofrecen más y más dinero, hasta que al fin logran *comprarlos*, y los trasportan á sus haciendas á reducirlos á la esclavitud, en la cual encontrarán prontamente su tumba, esos leones en el combate, y que como valerosos, saben apreciar su libertad.

Hemos dicho la terrible palabra *comprarlos*, quizá no sea exacta; pues no sabemos quien sea el vendedor; pero lo que es cierto es que los interesados en llevarse á los indios á sus terrenos, ponen en juego toda clase de influencias y quizá usan del cohecho para llegar á ser los preferidos.

Hemos sabido de un ciudadano francés que explotaba una rica mina en Sonora. Por intrigas de que él no se dió cuenta, le declararon conspiradores ó complicados de algún modo, á todos sus sirvientes, y en masa fueron deportados.

Ese francés, de entrañas más sensibles que nosotros, ó que no estaba bajo la misma influencia del vergonzoso pánico que se ha infiltrado en todas las capas sociales de la República Mexicana, vino á esta región para ver si arreglaba que se quedaran á trabajar aquí en donde se les trataría bien, en donde podrían vivir tranquilos. Al hablar de sus fieles

sirvientes se le inundaban los ojos de lágrimas, la garganta se le cerraba de congoja..........

No logró su objeto, aquellos seres humanos, que tanto amaba, corrieron la misma suerte de todos sus desventurados compañeros.

Estas medidas, en vez de calmar á los Yaquis, les han hecho perder toda esperanza y aun los mansos han tomado las armas para defender su libertad y la de su mujer y sus hijos.

La deportación ha llegado á ser enorme, al grado que todos los agricultores de Sonora han puesto el grito en el cielo y se han dirigido al Presidente de la República para que revoque esa orden, pues calculan que si sigue esa rápida deportación, no tendrán peones para levantar su cosecha de trigo.

El gobierno federal se alarmó de esas consecuencias, pues ERA IMPORTANTÍSIMO LEVANTAR EL TRIGO y gracias á estas reflexiones meramente económicas, el gobierno revocó la orden hasta cierto punto, declarando que se suspendiera la deportación sistemática de indios, pero que por cada fechoría que se cometiera por cualquier yaqui, serían deportados 500!

Un hacendado de aquellos rumbos, tanto por humanidad, como por conveniencia propia, se llevó á sus fieles sirvientes al vecino Estado de Culiacán y lo hicieron que los devolviera para deportarlos junto con los demás.

Las mujeres yaquis ven morir á sus hijos con indiferencia. Preguntada una de ellas de donde provenía esa indiferencia, contestó que puesto que los habían de matar los *yoris* era mejor que murieran de una vez.

*
* *

Pero basta de esa narración que tan profundamente nos afecta. Notemos la conducta de la prensa de casi toda la República que se ha abstenido de comentar tales noticias, y es natural, puesto que no tenía permiso de hacerlo.

Un anciano General extranjero es asesinado en las calles de la Metrópoli. Noble indignación estalla en todos los órganos de la prensa: tenían permiso para indignarse. En cambio, á nuestros desventurados hermanos se les despoja de su patrimonio, se les separa de sus familias se les reduce á la esclavitud: Silencio sepulcral. ¡Hay de quien diga una palabra!

*
* *

Pero los tiempos han cambiado, el centenario de nuestra independencia se alza majestuoso bañado con los refulgentes albores de la Libertad.

Los escritores independientes, los que amamos á la patria, ya no estamos solos; el pueblo-león empieza á sacudir su melena y perezosamente se prepara al combate. Él será nuestro firme sostén, y lo que necesitamos todos, es prepararnos igualmente para la lucha, erguirnos, sacudir el miedo letal que ha sellado nuestros labios, diciendo la verdad, alto y claro.

En cumplimiento de ese sagrado deber, pasamos ahora á comentar esa desastrosa contienda entre hermanos.

Ya hemos hecho un especie de resumen de los incalculables perjuicios que ha sufrido la Nación

con esa guerra inicua. Sin embargo, veremos ahora el mismo asunto desde otro punto de vista.

A la Nación le hubiera convenido más conservar á esa colonia de yaquis que con su trabajo fecundaba una de las regiones más fértiles de la República, y que, en caso de guerra extranjera, hubieran prestado un importantísimo contingente, pues ya han demostrado que si son excelentes labradores, son también guerreros incomparables.

En vez de esto, casi toda esa región ha estado á punto de ir á manos de una compañía extranjera y ahora está dividida entre unos cuantos propietarios que no la explotan por falta de brazos.

Veamos ahora si esto era posible, habiendo observado una política más patriótica.

Indudablemente que hubiera sido muy fácil, pues bastaba reconocer á los yaquis como dueños de la vasta extensión de terreno que ocupaban, lo cual era perfectamente legal, puesto que se considera como título perfecto de una propiedad el haber estado en posesión no interrumpida por más de 20 años, y los yaquis desde tiempo inmomorial, por derecho de origen, están en quieta y pacífica posesión de esos terrenos, puesto que nadie les ha disputado la propiedad.

Para observar esta conducta, encontramos un antecedente en la conducta observada por el Gobierno Americano que ha dedicado para que habiten los indios y les ha reconocido como propiedad, un vastísimo territorio. Nuestros vecinos del Norte, han preferido civilizar aun á gran costo los indios, antes que exterminarlos y vamos que en aquel caso se trataba de indios bárbaros, indoma-

bles y de raza distinta á los americanos del Norte, mientras que aquí se trataba de indios pacíficos, dedicados á la agricultura. El mismo gobierno mexicano ha seguido ese saludable ejemplo, dedicando con buen éxito una fértil región en este Estado en un punto llamado Nacimiento, sobre las márgenes del río Sabinas, para que lo habiten exclusivamente los indios lipanes y comanches, que eran el terror de la comarca y que ahora viven en paz y civilizándose lentamente.

En cuanto al hecho de que no reconocían de un modo absoluto la autoridad federal, no era motivo para exterminarlos, pues con paciencia se hubiera logrado introducir entre ellos la luz de la enseñanza, las ventajas de nuestra civilización, y muy pronto, en mucho menos tiempo que el que se ha necesitado para exterminarlos, se hubiera logrado civilizarlos.

Examinando el pretexto de que no pagaran contribuciones, lo encontramos bien mezquino para declararles una guerra sin cuartel, que costará más que el tributo que éllos podrían pagar en 100 años, y aún que el valor de los terrenos de que se les quería despojar. Además, de todos modos pagaban contribuciones indirectas, puesto que todos los efectos manufacturados que consumían, tenían que comprarlos después de haber pagado sus contribuciones al fisco.

¿Por qué, pues, no se habrá seguido esa política tan fácil y tan patriótica, que hubiera contribuido poderosamente para aumentar la población y la riqueza del Estado de Sonora, tan alejado de la acción del centro y que tanto necesita de podero-

sos elementos de defensa para resistir el primer choque de alguna invasión que nos amenazara por aquellos rumbos?

Indudablemente que el General Díaz, como hombre de Estado, como patriota, lamenta las consecuencias de esa guerra; pero esas consecuencias son el fruto inevitable de su política de poder absoluto, indispensable para satisfacer su ambición personal. Así, siempre veremos las flaquezas del hombre, entorpeciendo la acción del Estadista.

Las causas de esta guerra son obscuras, como todos los actos de un gobierno absoluto; pero se han llegado á vislumbrar, pues la opinión pública señala quienes han sido los beneficiados con esa guerra y declara que los beneficiados son los culpables, empleando en esto el sencillo procedimiento judicial para investigar quien es el que cometió algún crímen.

Esos beneficiados ocupan altos puestos en la administración, en la política, en el ejército y todo el mundo los designa por sus nombres, pero no entra en la índole de este trabajo acusar á todos los culpables de la administración actual, pues en el fondo de todos esos atentados, nosotros no reconocemos otro culpable que el régimen de poder absoluto, implantado por el General Díaz.

La actual administración, al pasar á la historia, conservará como mancha indeleble, la sangre hermana, la sangre inocente derramada en esa inicua contienda, y nosotros, que con nuestra debilidad hemos sido cómplices de tal atentado, también tendremos que pagar caramente nuestra indiferencia. Esa cadena que ahora doblega al yaqui, muy pronto

tendremos que arrastrarla. La que llevamos ahora es dorada, lijera, pero con el tiempo se hará cada vez más pesada y más odiosa.

¡Hagamos pues un soberano impulso para no permitirle que se robustezca; para romperla ahora que aun es tiempo!

Guerra con los indios mayas.

Lejos esta comarca de los centros de comunicación, poco hemos sabido de ella, si no son los épicos relatos consignados en los partes oficiales.

Nosotros hemos sabido por algunos yucatecos, que los indios estaban en paz cuando fueron sorprendidos por las fuerzas federales, así es que según parece, no estaba justificada esa guerra, pues ya lo hemos dicho, la civilización no se lleva en la punta de las bayonetas, sino en los libros de enseñanza; no es el militar el que ha de ser su heraldo, sino el maestro de escuela.

De cualquier modo que sea, allí tuvimos otra guerra costosa para el erario nacional, y como resultado, que el territorio de Quintana Roo fuera repartido entre un reducido número de potentados, lo cual será una rémora para que habiten colonos que podrían poblarlo y hacer efectivas las ventajas obtenidas por las armas federales.

En la antigua Roma, como el mejor medio de asegurar sus poseciones lejanas, mandaban colonias de ciudadanos romanos y les repartían equitativamente los terrenos para que los cultivaran. De ese modo formaban colonias que constituían un parapeto formidable para la República.

¡Muy distinta ha sido la conducta del Gobierno Mexicano!

Huelgas de Puebla y Orizaba.

En las huelgas de Puebla y Orizaba, podemos encontrar cual es la opinión que el General Díaz tiene de las necesidades de los obreros, y hasta donde llega su amor hacia éllos, lo cual nos servirá grandemente cuando tratemos de investigar cuales son las tendencias de su administración y que debe esperar de él el obrero mexicano.

En el Estado de Puebla y sobre todo en sus alrededores, existen grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón.

En esos establecimientos industriales, se hace trabajar á los obreros hasta doce y catorce horas diarias, pagándoles un salario que según su opinión no era suficiente para sus necesidades, ó por lo menos, no estaba en relación con la labor que desempeñaban.

Con este motivo, y haciendo uso de un derecho legítimo, se organizaron fuertemente todos los obreros constituyendo una poderosa liga y principiaron á organizar sus fuerzas para emprender la lucha contra el capital, siguiendo en esto, el ejemplo que han dado los obreros en todo el mundo, que han tenido que unirse para no sucumbir en la incesante lucha entre el capital y el trabajo.

La primera precaución que tomaron los miembros de esta asociación, fué reunir un fondo bastante fuerte para hacer frente á las necesidades de sus miembros cuando tuvieran que abandonar el trabajo; cuando, para conseguir los fines que per-

sigue la sociedad, fuera necesario declararse en huelga.

Una vez que la asociación se sintió bastante fuerte, principió por hacer respetuosas solicitudes á sus patrones, á fin de obtener que su suerte mejorara, pagándoles un salario algo superior, y rebajándoles un poco las horas de trabajo, pues con el tiempo que les quedaba de descanso, no era suficiente para recuperar por completo sus fuerzas y en todo caso, ni siquiera para dedicarse á alguna clase de distracciones, pues el trabajo de la fábrica absorbía y aun aniquilaba todas sus fuerzas. Además de esto, los obreros reclamaban un tratamiento más equitativo.

En esa época pasaba la industria algodonera por por una crisis bastante seria, y todos los fabricantes tenían existencias enormes que no podían realizar, por cuyo motivo no quisieron hacer concesión alguna á los obreros, pues poco les preocupaba que se pusieran en huelga el tiempo que quisieran.

Viendo el elemento obrero que no se daba satisfacción á sus reclamaciones, juzgaron que declarando una huelga general de todos los obreros en en las fábricas de los Estados de Puebla y Tlaxcala, lograrían su objeto, y así lo hicieron después de tener entre éllos asamblas numerosas, en las cuales se discutieron los intereses de la asociación con una calma y una prudencia muy significativas.

Los obreros, poco experimentados, no supieron elejir el momento más propicio para declararse en huelga, pues aquella época en que pasaba la industria algodonera por crisis tan seria, era la menos á propósito, para tomar tal determinación,

puesto que los fabricantes no se perjudicarían nada con cerrar sus fábricas por una temporada más ó menos larga. Las consecuencias de esta falta de experiencia fueron fatales para los obreros, que después de varios días de huelga se encontraban con que se habían agotado sus recursos y que no encontraban medio de llegar á un arreglo cualquiera.

Toda la República estuvo al tanto de las peripecias de la primer lucha entre el capital y el trabajo, y ostensiblemente las grandes simpatías de la Nación estaban por el elemento obrero. Esto hizo que recibieran los huelguistas socorros de todas partes, pero los más cuantiosos eran los que les mandaban sus hermanos (es el tratamiento tan simpático que se dan entre ellos) de Orizaba y de algunas otras fábricas del país.

En estas circunstancias, bastante angustiosas para ellos, puesto que á pesar de la ayuda que recibían empezaban á sentir varias necesidades que no podían satisfacer, tuvieron varias reuniones en uno de los principales teatros de Puebla, en las cuales acordaron dirigirse al Sr. Presidente de la República para que se sirviera intervenir en la cuestión y con su valiosa influencia, trajera á los industriales á su avenimiento. Digamos de paso que en esas reuniones reinó el mayor orden, lo cual habla muy alto en favor del obrero mexicano.

Igualmente acordaron dirigirse á los gobernadores de Puebla y Tlaxcala y aun al Obispo de su diócesis, para que intervinieran en su favor.

Pues bien, principiaron los obreros á cambiarse telegramas con el General Díaz y éste á tener con-

ferencias con los industriales, mientras iba á México una delegación obrera á tratar la cuestión directamente con él.

En ese estado las cosas, se supo que los fabricantes de Orizaba habían cerrado sus fábricas, á fin de evitar que sus operarios siguieran mandando auxilios á sus compañeros de Puebla.

Este caso es único en su género, pues no se tiene noticia de que haya pasado otro semejante en ninguna parte del mundo.

Por otro lado, es atentatorio, pues si las fábricas tuvieran facultades de cerrar sus puertas cada vez que se les antojara, estarían expuestos á perecer de hambre millares de operarios con sus familias.

No sabemos hasta que punto ampararía la ley á los industriales de Orizaba para tomar tal medida, pero indudablemente que el gobierno, y especialmente el General Díaz, podía haber evitado que tomaran tal determinación.

Se nos contestará que el General Díaz no puede tener ninguna intervención en los Estados, cuya soberanía respeta, pero nadie dará crédito á tal afirmación, pues está en la conciencia pública que la tal soberanía solo sirve al General Díaz de pretexto, cuando se quiere quitar de encima alguna comisión cuyos miembros traen asuntos enojosos con él.

Además, el General Díaz estaba fungiendo en ese momento casi como árbitro en la cuestión, y es indiscutible que los industriales de Orizaba no se hubieran atrevido á cerrar las puertas de sus fábricas, sin el consentimieuto, por lo menos tácito, del General Díaz, sobre todo si tenemos en cuenta la

influencia personal que tiene con los directores de aquella negociación.

Existen tantas circunstancias que hacen tal hecho muy verosímil, que en aquellos días corrió el rumor de que así había pasado.

Pues bien, á pesar del desagradable incidente que puso á los obreros en angustiosísimas circunstancias, siguieron adelante las negociaciones entre los industriales y los obreros, con la intervención del General Díaz y de su secretario de gobernación, el Señor Vice-Presidente de la República, Dn. Ramón Corral.

Los obreros expusieron sus quejas y presentaron un proyecto de reglamento ó de acuerdo; los industriales presentaron el suyo.

En estos casos, se comprende que se encontrara bastante perplejo cualquier árbitro para saber á quien daba la razón, puesto que el principal punto de la controversia era esencialmente económico.

Las razones que cada grupo alegaba era sin duda de gran peso: el obrero decía que era poco el jornal y el trabajo aniquilador; el fabricante contestaba que tendría que parar su fábrica si se le exigía que pagara jornal más elevado.

El fallo que en este caso dió el General Díaz, ni podemos considerarlo como tal, pues no tuvo en cuenta los vitales intereses de la Nación; no consideró que el humilde obrero es la base de la fuerza de la Repúbica, y que dignificándolo y elevándolo, hará que se consoliden las prácticas democráticas, que se robustezca la Nación.

El General Díaz podía haber hablado á los industriales en los siguientes términos:

«Á pesar de que Uds: han obtenido pingües ganancias con sus establecimientos industriales, pasan actualmente por una crisis muy seria y no quiero obligarlos á que aumenten los jornales á sus operarios, pero sí exijo de Uds. que los traten con equidad, que les proporcionen habitaciones higiénicas, que no permitan que sean explotados en las tiendas de raya, ni con multas indebidas, ni con cualquier otro pretexto; por último, les exijo que sostengan el número de escuelas suficientes para que se eduquen los hijos de los obreros. Para ésto último, si es necesario, ayudará la Nación, pero lo esencial es que no falten escuelas.»

Los fabricantes hubieran aceptado esas proposiciones, y los obreros hubieran quedado muy complacidos con ellas, pues hubieran dado un gran paso en el terreno de las reivindicaciones que éllos persiguen.

En vez de ésto, ¿cuál fué el fallo del General Díaz?

Poco ó nada modificó las tarifas de pago. Le concedemos en este punto razón, pues los obreros escojieron un momento económicamente inoportuno para declararse en huelga y forzosamente tendrían que sufrir las consecuencias de su imprevisión.

En cambio, estableció un sistema de libretas en las cuales se anotaría cada vez que concurriera el obrero al taller, así como sus faltas y cuyas libretas constituirían una arma poderosa en manos de los fabricantes, pues por ese medio, cuando algún operario fuera expulsado de cualquier fábrica, no podría encontrar trabajo en ninguna de las otras.

Otra disposición del General Díaz que nos demuestra su incansable tezón en perseguir la libertad hasta en sus más modestas manifestaciones, fué la que establecía prácticamente la censura previa en la prensa obrera, pues exigía, ó por lo menos aconsejaba, que no publicaran ningún artículo sin la previa aprobación del Jefe Político del lugar.

Estas dos disposiciones, pintándonos de relieve la actitud del General Díaz, nos enseñan lo que debe esperar de él el obrero mexicano.

Este fallo causó una impresión indescriptible en el elemento obrero, sobre todo en Orizaba, en donde estaban doblemente indignados, porque de un modo atentatorio se había cerrado la fábrica en donde éllos trabajaban.

Lo que más indignación causó entre los obreros, fueron las famosas libretas, que ellos consideraban degradantes, y que de un modo resuelto y unánime rechazaron.

Los obreros mexicanos dieron pruebas de gran cordura, de gran patriotismo, pues á pesar de su indignación, volvieron á sus puestos de trabajo con esa resignación estoica que caracteriza á nuestro pueblo.

Sin embargo, bajo esa aparente indiferencia, se agitaba un volcán de pasiones; el más lijero incidente lo haría estallar.

En Orizaba, que es en donde era mayor la indignación por las razones indicadas, en los momentos de entrar á la fábrica, los gritos de una mujer exaltada desviaron los pasos de la multitud, que en vez de entrar á ocupar sus puestos en el trabajo, se arrojó sin freno, como todas las multi-

tudes enfurecidas, al ataque y destrucción del único establecimiento mercantil que tenía acaparado todo el comercio, y contra cuyo dueño existían indudablemeate rencores sordos, puesto que allí dirijieron su ira, en vez de dirijirla contra las propiedades de sus patrones.

¡Cuántos desventurados obreros habrían pasado por las Horcas Caudinas de aquel abarrotero que en tan poco tiempo amazó una fortuna considerable!

Con ese motivo, el gobierno federal tomó medidas enérgicas, y sobre el terreno de los sucesos mandó fuerzas federales que fusilaran sin piedad y sin formación de causa, á muchos desventurados, cuya falta consistió en un momento de extravío.

El número exacto de los que fueron ejecutados, permanece aún en el misterio, pero lo que si es un hecho, es que esa medida de rigor tan inusitada en casos semejantes, causó honda impresión en todo el país. Según la opinión general, fueron tratados con demasiado rigor los huelguistas de Orizaba y hubiera sido más patriótico y más humano haber prevenido la exacerbación de las iras populares, no permitiendo que los industriales de Orizaba cerraran su fábrica, ni obligando á los obreros á suscribir las humillantes libretas.

Cananea. Mucho más de lo que pensabamos nos hemos extendido en este capítulo y esa circunstancia nos obliga á tratar brevemente los demás puntos que entran en el cuadro que nos hemos trazado.

En Cananea se han registrado dos acontecimientos importantes.

Con motivo de las huelgas de los mineros, el Gobernador del Estado de Sonora, parece que pidió auxilio á las autoridades de la vecina República del Norte y que en su viaje á Cananea, para calmar los descontentos, se hizo acompañar por un destacamento de fuerzas americanas.

Este hecho, aunque lo han negado los órganos oficiales, está admitido generalmente por la opinión pública, pues además de que á las declaraciones oficiales nadie les da crédito, bien sabido es que en la vecina República procesaron ó amonestaron seriamente á las autoridades que tomaron parte en esa culpable condescendencia.

Eso pasó en los E. U., mientras que nuestras autoridades, mucho más culpables, puesto que su acción significaba un atentado contra la Soberanía Nacional, no fueron procesadas como era debido.

Otro acontecimiento de importancia en ese rico mineral, fué que á causa de haber bajado el cobre en los E. U., el Trust de ese metal, determinó suspender algunas minas y entre otras la de Cananea.

Con este motivo quedaron sin trabajo multitud de mineros y trabajadores de todas clases.

Pues bien, la única medida que tomó el Gobierno, fué la de mandar tropas para que no permitieran que los hambrientos obreros fueran á cometer algún desorden. ¡Está bien que mueran de hambre, pero que se mueran en orden, en silencio, sin protestar, sin intentar organizarse para la defenza de sus derechos!

Con ese motivo nosotros nos preguntamos ¿Qué el Gobierno Mexicano, que tantos privilegios ha

concedido á la compañía que explota aquel riquísimo mineral, no hubiera podido interponer su influencia á fin de que no tomara tal medida? ¿qué el gobierno está completamente desarmado para proteger en casos como el que nos ocupa los intereses del obrero mexicano?

O bien, ¿por qué no aprovechó el gobierno esa oportunidad, así como las huelgas de Puebla y Orizaba para formar con los que carecían de trabajo colonias agrícolas?

Con esta conducta, el gobierno hubiera prestado un importante servicio á los desgraciados que no tenían trabajo, hubiera influido indirectamente para que los patrones hubieran cedido, aumentando los salarios, lo cual además de mejorar la situación del obrero mexicano, fomentaría indudablemente la emigración. A estos beneficios habría que agregar el hecho de que colonias agrícolas fundadas bajo tan buenos auspicios, hubieran fecundado inmensas superficies de tierra con gran provecho para la Patria mexicana.

¿Por qué no se habrá observado esta conducta que toda la Nación hubiera aprobado?

Porque el General Díaz no puede pensar en todo, ni le conviene apoyar al obrero en sus luchas contra el capitalista, porque mientras el obrero, al elevarse, constituye un factor importante en la democracia, el capitalista siempre es partidario del gobierno constituido, sobretodo cuando es un gobierno autocrático y moderado. El General Díaz encuentra uno de sus más firmes apoyos en los capitalistas, y por ese motivo, sistemáticamente estará contra los intereses de los obreros.



¡El General Díaz permanece impasible ante esas catástrofes obreras; lo único que le conmueve, es que peligre su poder, pues su principal papel, consiste en ser el celoso guardián del poder absoluto!

Instrucción Pública. Indudablemente que es la instrucción pública la base de todo progreso, de todo adelanto, la única que ha de elevar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, á fin de darle la fuerza necesaria para salir airoso de las tormentas que lo amenazan.

Dedicarse á impulsarla, era la más grande necesidad de la Patria. Así lo ha comprendido el mismo General Díaz, pero á pesar de sus esfuerzos ha fracasado en su obra, porque con el sistema de gobierno que ha implantado, tiene que valerse de personas ineptas, pues su mirada, por más penetrante que sea, no puede abarcar un gran radio.

Según el censo de 1900, resulta que apenas el 16% de los mexicanos saben leer y escribir.

Para que se tenga una idea del pavoroso significado de esa cifra, diremos que según las últimas estadísticas del Japón, concurren á los planteles de enseñanza de aquel floreciente imperio, el 98% de los varones en edad de hacerlo y el 93% de las hembras.

Esta es la prueba más elocuente del fracaso de la administración del General Díaz, en un ramo de tan vital importancia como éste.

El mismo Distrito Federal que es donde más se siente la acción del Ejecutivo, la proporción de los que saben leer y escribir es 38%

No entraremos á comentar el género de enseñanza que se da en las escuelas oficiales, y que tan

rudamente ha sido atacado por el Dr. Vázquez Gómez, y sólo nos limitaremos á afirmar un hecho: la juventud que se ha educado en los planteles oficiales, ha salido de sus colegios perfectamente apta para la lucha por la vida, todos poseen grandes conocimientos que los ponen en condiciones de labrarse muy pronto una fortuna, puesto que poseen el principal factor: la maleabilidad para amoldarse á todas las circunstancias, para representar todos los papeles; con la misma imperturbable serenidad los vemos protestar solemnemente el cumplimiento de la ley, que son los primeros en vulnerar, como los encontramos declamando contra el gobierno que son los primeros en apoyar.

En cambio, esa juventud dorada, está poseída del más desconsolador escepticismo y las grandiosas palabras de Patria y Libertad, que conmueven tan profundamente á los hombres de corazón, los dejan á ellos indiferentes, fríos, imperturbables. El que tiene fé, el que ama á la patria y está resuelto á sacrificarse por ella, pasa á sus ojos por un loco, ó cuando menos, lo tratan amablemente de desequilibrado.

Sin embargo, la savia de la Patria es tan vigorosa, que en la juventud se manifiesta en todo su esplendor el entusiasmo por todo lo grande y por todo lo bello; lo que sucede es que las escuelas oficiales y más aún, el medio ambiente, van minando esos nobles y optimistas sentimientos, y sembrando en sus corazones el desconsolador escepticimo, la fría incredulidad, el amor á lo positivo, á lo que palpan, á lo que ven, y cuando llegan á la edad madura, es lo único que llegan á considerar co-

mo real, y clasifican las palabras de Patria, Libertad, Abnegación, entre la metafísica que acostumbran considerar con cierto desdén.

Relaciones Exteriores. Nuestra política de Relaciones Exteriores ha consistido siempre en una condescendencia exagerada hacia la vecina República del Norte, sin considerar que entre Naciones, lo mismo que entre individuos, cada concesión constituye un precedente y muchos precedentes llegan á constituir un derecho.

No abogamos por una política hostil á nuestra vecina del Norte, de cuya grandeza somos admiradores, no solamente por su riqueza y su poder, sino por sus magníficas instituciones, por los grandiosos ejemplos que ha dado al mundo.

Sin embargo, sí abogamos por una política más digna, que nos elevaría aún á los mismos ojos de los americanos, lo cual influiría para que nos trataran con más consideraciones; con las consideraciones á que se hace acreedora una Nación celosa de su dignidad y de su honor. Esas consideraciones constituyen una fuerza mucho más poderosa que la de las bayonetas, pues el derecho de la fuerza ha perdido considerablemente su prestigio con los progresos de la civilización, y muchos conflictos se han evitado por el respeto que impone el derecho, cuando es sostenido con dignidad y energía.

Por no tratar sino dos de los puntos que últimamente se han debatido entre las dos Repúblicas, recordaremos que al permitir el Gobierno Mexicano al de los Estados Unidos, que construyera una gran presa para almacenar las aguas del Río Grande,

con el pretexto de que el Gobierno Americano suministraría los fondos para construir esa obra colosal, nuestros vecinos se llevarían la mayor parte del agua, dejándonos una cantidad verdaderamente ridícula, si se considera que tenemos derecho á la mitad.

El Gobierno Mexicano debía de haber insistido en que se le dejara disponer de la mitad del agua, aun en el caso que tuviera que desembolsar lo necesario para cubrir la mitad del costo de la Presa.

Posteriormente, con motivo de la visita del Sr. Root á México, se suscitó la cuestión de la Bahía de la Magdalena.

Mucho habría que decir sobre este punto, pero nos limitaremos á hacer las brevísimas consideraciones siguientes:

¿Qué gana la República Mexicana con permitir al Gobierno de los Estados Unidos, que mande sus escuadras á hacer sus ejercicios de tiro al blanco en la Bahía de la Magdalena, y de tener allí constantemente buques carboneros?

Indudablemente que si los Estados Unidos necesitan ahora esa Bahía, también la necesitarán cuando termine el plazo que se les ha concedido y entonces será más difícil negarles el permiso, el cual, repetido varias veces, llegará á constituir una servidumbre, y será una constante amenaza para la integridad nacional.

Al dar un paso tan importante ¿por qué no consultó el General Díaz de un modo franco la voluntad nacional? ¿por qué hizo que se tramitara ese asunto en sesión secreta del Senado?

Si Root amenazó ¿por qué no dió un manifiesto

á la Nación exponiendo el ultraje que entrañaba esa amenaza y preguntándole qué actitud debía de asumir?

Si Root alhagó su amor propio, hizo aún mal en premiar sus agasajos, sus brillantes discursos en que tan alta se vió su vanidad, con una concesión que él mismo juzga peligrosa para la Patria, como lo demuestran las palabras de un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores que al ser entrevistado por un repórter del «El Tiempo» y al tratar sobre ese asunto había dicho *que á la solicitud del Gobierno americano para la estancia de los buques carboneros en la Bahía de la Magdalena por el término de cinco años, el señor Presidente había contestado que pediría autorización al Senado para otorgarla únicamente por el término que falta para que termine su período presidencial*, PUES NO QUERÍA DEJAR PARA SUS SUCESORES, COMPROMISOS POR ÉL CONTRAIDOS.

De todos modos, la opinión pública no aprobó esa conducta y si no manifestó de un modo hostil su parecer, fué porque toda manifestación en ese sentido, hubiera sido considerada como desafección al Gobierno y los autores de la tal manifestación hubieran sido el blanco de todas las persecuciones. Además, cuando se supo la noticia en México, por telegrama de Washington, era ya un hecho consumado la concesión á los E. U. y toda protesta hubiera sido inútil, además de ser sumamente peligrosa.

Nosotros supimos de alguna protesta calzada con numerosas firmas que estuvo á punto de publicarse, pero sus autores comprendieron el peligro

tan infructuoso que para ellos entrañaba tal publicación, y prefirieron conservar toda su fuerza de acción para la próxima campaña electoral de Presidente de la República y demás funcionarios federales, pues las épocas electorales son las de verdadero combate en los países democráticos y aunque hasta ahora esas prácticas no se han aclimatado en nuestro suelo, todo hace prever que los mexicanos haremos pronto un vigoroso ensayo.

No terminaremos esta cuestión sin citar la mala impresión que causó el hecho de que se preparara el Castillo de Chapultepec para recibir al Sr. Root, así como las suntuosísimas fiestas con que se le recibió.

El Castillo de Chapultepec es el símbolo de una de nuestras glorias más puras, y la República consideró como una profanación, que el lugar que sirvió de gloriosa tumba á nuestros héroes infantiles, sirviera después de aposento al representante del pueblo que ocasionara en otros tiempos aquella guerra funesta.

No decimos ésto porque queramos perpetuar odios; no, muy lejos de nosotros tal idea, pero ¿á qué venía hacer tan suntuosa recepción al representante de una democracia?

Dos veces ha ido á la República vecina el Vice-Presidente de nuestro país (decimos esto, porque cuando fué el Sr. Mariscal fué con tal carácter) y nunca le han hecho recibimiento tan suntuoso; más bien se le han corrido ciertos desaires, le han hecho pasar ciertos bochornos, para lo cual nunca les ha faltado algún pretexto.

Por todas esas razones, la recepción del Señor

Root, fué algo humillante para México, sobre todo si se considera la misión diplomática que tan reservadamente y con tanto éxito supo cumplir.

Además, en aquella época había una gran miseria en el pueblo, que contrastaba tristemente con el esplendor de las fiestas, más que reales, con que se recibió á nuestro ilustre visitante.

En Europa, cuando un Soberano visita á otro, raras veces se despliega tanta magnificencia; y nosotros, un país pobre, sí lo hacemos con un huésped que más que misión amistosa, trae una misión interesada.

En México se dijo con mucha insistencia que el mismo Sr. Root se había sorprendido de que se le hiciera una recepción tan suntuosa.

¿Qué razones tendría el General Díaz para obrar de tal manera?

Parece que su política ha tendido á evitar un conflicto con nuestra poderosa vecina del Norte, pero en verdad, lo que ha logrodo es sólo aplazarlo y hacerlo cada vez más probable, pues ha sido tan condescendiente con ellos, que el día que otro ciudadano de más energías ocupe su lugar y que no quiera ser tan condescendiente, indudablemente se resentirán nuestras relaciones diplomáticas con la República del Norte; pero no por eso hay que temer un rompimiento, pues esa gran Nación no nos declararía la guerra por una causa baladí, porque sabe que una guerra con ella sería considerada aquí en México como una guerra nacional y la resistencia con que tropezarían, sería muy distinta á la que encontraron los franceses durante la guerra de Intervención y apenas comparable á la que Napo-

león I encontró en España, que nunca pudo pacificar. Además, los E. U. es un pueblo democrático, y éstos, si bien es cierto que son unos leones cuando se trata de defender su independencia, son poco afectos á las guerras de conquista, que benefician á unos cuantos capitalistas, con perjuicio de la inmensa mayoría del pueblo que es la que da las contribuciones de dinero y de sangre.

La noble actitud de los Estados Unidos hacia la Perla de las Antillas que sólo ocuparán temporalmente para asegurar su regular funcionamiento democrático, nos presenta la prueba más elocuente de que el americano es un pueblo magnánimo y que nada debemos temer de él, siempre que en nuestras relaciones con ellos seamos leales; pero la lealtad no excluye á la dignidad, y ésta no hará sino dar más realce á nuestras relaciones amistosas.

Es posible que el General Díaz tenga otro criterio, lo cual es fácilmente explicable, pues un hombre que debe su fortuna á la fuerza bruta, debe de tener un singular concepto de ella y le ha de conservar un respeto supersticioso.



Pasando ahora á estudiar nuestras relaciones con las repúblicas hermanas de Centro y Sud-América, tenemos que lamentar que no se hayan hecho mayores esfuerzos para hacer más estrechas nuestras relaciones con ellas.

Queriendo aplicar el criterio de la política interior á la exterior de la República, se ha creído que con esas frases de convencionalismo, y con suntuosas recepciones á los delegados del Congreso Pan-Ame-

ricano, sería suficiente para mantener el prestigio de México entre sus hermanas del Sur.

Nada más equívoco que tal creencia, pues á esas frases convencionales nadie les da crédito; aquí en el interior, todo el mundo calla por temor de aparecer descontento al gobierno, pero en el extranjero, es diferente y nuestra política internacional ha sido acremente criticada, como se merece, por la prensa de aquellos países.

A más de parecernos poco eficaz el esfuerzo que el Gobierno Mexicano ha hecho para estrechar los lazos que nos unen á esos pueblos, creemos que ha cometido dos grandes faltas. La primera, fué unirse á todas las potencias europeas cuando en una vasta coaligación exigían de Venezuela el pago de cuentas que ésta debía á sus nacionales. A México no le convenía por ningún motivo asumir esa actitud, tanto por antecedentes, como por propia conveniencia. Por antecedentes, porque por amarga experiencia sabemos lo injusto que suelen ser tales deudas, y por conveniencia, porque el único modo de llegar á un posible equilibrio de fuerzas en el Continente Americano, es unirse todas las Repúblicas latinas, para contrabalancear el poderío de la República Anglo-Sajona.

Aunque somos de los que no tememos una guerra con esta Nación por las razones ya indicadas, la prudencia aconseja rodearnos de elementos que aumenten nuestra fuerza, pues á medida que ésta sea más grande, disminuirán las probabilidades de un conflicto.

Si en vez de que México se hubiera reunido á las potencias reclamantes, hubiera interpuesto toda su

influencia y aun hubiera ayudado con su crédito á Venezuela, indudablemente que nuestra situación en la América Latina sería muy distinta de la que actualmente es, considerarían á México como á su hremana mayor y tendrían orgullo de decirse nuestros hermanos; mientras que ahora, nos consideran más bien con cierta lástima, al ver la política tan poco levantada, tan poco digna que seguimos.

La otra falta trascedental ha sido no dedicar todos nuestros esfuerzos para lograr que las cinco Repúblicas centro-americanas formen una sola República federativa, pues de ese modo se acabarían las interminables guerras que la agitan, se borrarían los odios que las dividen, y formarían una Nación poderosa, que tendría que ser nuestra aliada natural, y que, con la unión y la paz, progresaría muy rápidamente y sería cada vez más fuerte, fuerza que redundaría igualmente en nuestro beneficio por la comunidad de intereses y de ideales.

En vez de eso, mientras estén divididas, corremos el peligro de que alguna de ellas vaya á dar á manos de una ambiciosa potencia, como pasó con Panamá, constituyendo una seria amenaza para nosotros, tan peligrosa vecindad.

Para llegar á lograr esa federación, se hubieran ido preparando todos los hilos de la trama para aprovechar la primera oportunidad que se presentara, como fué el asesinato del General Barillas, pues ese acontecimiento causó tal efervescencia en la América Central, que una intervención de México en aquellos momentos, hubiera sido considerada como una ayuda de la Providencia, pues hubiera influido para que cayera del poder el tirano Ca-

brera, que ocupa el puesto de Presidente de la República de Guatemala, para baldón del género humano.

En vez de eso, y como nuestra política no tenía orientación fija, anduvimos con vacilaciones, dejándonos llevar por las impresiones de momento y nos pusimos en ridículo, acabando de perder todo el prestigio que teníamos con nuestras vecinas del Sur, con *haber desenvainado la espada sin razón y haberla envainado sin honor*, frase en que de un modo tan gráfico y tan hábil resume nuestra política en aquellas circunstancias, nuestro ya citado y apreciable amigo el Señor Fernando Iglesias Calderón.

No terminaremos de tratar este punto sin decir que nos pareció altamente impolítica una declaración del General Díaz á un repórter de «The Herald,» en la cual decía, hablando de nuestro ejército, que sólo lo necesitábamos para repeler algún ataque eventual de nuestras vecinas del Sur, puesto que por el Norte estábamos perfectamente á cubierto con la amistad de los Estados Unidos.

Alabamos la segunda parte de su declaración, pero no le tenemos á bien la primera, pues demuestra cierta hostilidad para nuestros hermanos del Sur, y cierta arrogancia con el débil, mientras que con el fuerte es tan condescendiente.

Ya que el General Díaz es tan hábil en el arte de callar y de permanecer impenetrable, bien pudo haber puesto en juego en esa vez, su habilidad.

Antes de pasar adelante, queremos hacer una declaración de importancia:

No es nuestro ánimo atacar al Señor Mariscal,

nuestro dignísimo Secretario de Relaciones. Tenemos el más elevado concepto de su patriotismo, de su integridad, y hemos sabido que en la mayoría de los casos citados, él ha apoyado la política que hemos esbozado como más conveniente para la Nación, pero ha tenido que transigir ante la omnipotente opinión del General Díaz.

Ya que en este libro nos hemos propuesto hablar el lenguaje de la verdad, será conveniente decir que como nunca se sabe lo que pasa en los consejos de ministros, fácilmente ha logrado el General Díaz hacer recaer sobre cada uno de ellos todas las faltas cometidas en el ramo que está á su cargo, y en cambio se atribuye todo el mérito del bien que se hace. Para eso, es ayudado admirablemente por la prensa asalariada y por las pequeñas divisiones entre sus ministros que tan hábilmente sabe fomentar, á fin de tener siempre en equilibrio todas sus fuerzas, para que ninguno de ellos se le llegue á imponer.

Lo ocurrido con el famoso proyecto de ley minera, nos demuestra que el General Díaz es el que resuelve todos esos importantes asuntos aun contra la convicción de sus ministros.

En este caso el asunto llegó á tener gran publicidad, por circunstancias especiales, pero indudablemente que ese hecho no es anormal en la política del General Díaz.

Progreso material. Lo único que ostenta la administración del General Díaz en su apoyo, es nuestro progreso material. Los diarios oficiosos publican estadísticas y más estadísticas demostrando que el aumento en nues-

tro comercio es fabuloso, que las fuentes de riqueza pública y privada han aumentado considerablemente, que nuestra red ferrocarrilera se extiende más y más, que en los puertos se construyen magníficas obras para hacerlos más accesibles á los buques de gran calado, que en todas las grandes ciudades se ha hecho el drenaje, la pavimentación de las calles, se han contruido magníficos edificios, etc., etc.

Todo eso es muy cierto, nuestro progreso económico, industrial, mercantil, agrícola y minero, es innegable.

Ya lo hemos dicho, el General Díaz hará al país todo el bien que le sea posible, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Pues bien, si es cierto que en el orden de libertades, todas eran un estorbo para lograr su fin, por cuyo motivo ha procurado acabar con ellas, no pasa lo mismo con las cuestiones económicas, pues entre más desarrollada esté la riqueza pública y mientras mayores sean los intereses creados á su sombra, será mayor la estabilidad de su gobierno.

Para llevar á cima esta obra, los dos factores más importantes han sido: la paz y la oleada de progreso material que ha traído al mundo el vapor con sus múltiples aplicaciones á la transportación y á la industria.

Ya hemos visto de que medios tan hábiles se ha valido para conservar la paz; siendo uno de los principales la construcción de grandes ferrocarriles, pero estos no solamente han servido para su conservación, sino que han traído un desarrollo maravilloso de las riquezas de la Nación.

El General Díaz, con sus grandes dotes administrativas y como consumado estadista, ha sabido fomentar nuestro progreso material, poniendo orden en todo aquello á donde alcanza su actividad. Sin embargo, un país tan extenso como el nuestro no puede ser gobernado por un solo hombre y si es cierto que se ha rodeado de personas capaces, y que lo que está á su vista anda relativamente bien, no pasa lo mismo en los Estados, en los cuales la inmensa mayoría de los Gobernadores no se han ocupado sino de acrecentar su fortuna por medios más ó menos lícitos, pero siempre en detrimento, por lo menos, de la buena administración de su Estado, puesto que no le dedican todas sus energías.

La mejor prueba de nuestro progreso material y y de que existe el orden en las finanzas nacionales, es que se cubren con desahogo los presupuestos de egresos á pesar de los intereses de nuestra deuda extranjera que ha aumentado considerablemente durante la actual administración.

No publicaremos cifras para demostrar nuestro progreso, pues son bien conocidas de toda la Nación las estadísticas respectivas.

Lo único que diremos es que es un error atribuir todo el progreso de que hemos disfrutado al General Díaz, puesto que en igual período de tiempo han alcanzado un desarrollo que no guarda relación con el nuestro, muchas naciones del mundo, entre las cuales citaremos: el Japón, Francia, Estados Unidos, Italia, Alemania y entre nuestras hermanas del Sur, Costa Rica, Argentina, Chile y el Brasil.

En todos esos países se ha notado, como entre nosotros, la inflencia bienhechora del vapor que ha revolucionado todas las industrias y los medios de transporte.

En todos los países mencionados, existen las práticas democráticas; en los que están bajo el régimen republicano, se han alternado en el poder varios ciudadanos, así es que no es principalmente al General Díaz á quien debemos nuestro bienestar económico sino á la grande ola de progreso material que ha invadido todo el mundo civilizado.

Si en vez de un gobierno absoluto, lo hubiéramos tenido democrático, quizá nuestro progreso material hubiera sido superior, pues no hubiera habido tanto despilfarro en los Estados, y si bien es cierto que los gobernadores no estarían tan ricos, en cambio las obras materiales hubieran recibido mayor impulso y sobre todo la instrucción pública hubiera sido más atendida.

Pero dejémonos de bordar en el vacío, estamos estudiando lo que pasó y no lo que hubiera podido pasar, que nadie lo sabe.

Agricultura. En este ramo tan importante de la riqueza pública, poco ha hecho el gobierno para su desarrollo, pues con el régimen de gobierno de uno solo, resulta que los únicos que se aprovechan de todas las concesiones son los que lo rodean y más particularmente en el caso actual, pues uno de los medios de que se ha valido el General Díaz para premiar á los jefes tuxtepecanos, ha sido el de darles grandes concesiones de terrenos nacionales, lo cual ha

constituido una rémora para la agricultura, pues bien sabido es que los grandes propietarios, raras veces se ocupan en cultivar sus terrenos y se concretan generalmente al ramo de ganadería, cuando no los han dejado abandonados para venderlos después á alguna compañía extranjera, como ha sucedido con más frecuencia.

Las concesiones para aprovechamientos de aguas en los ríos han sido inconsideradas, y siempre han ido á dar á manos del reducido grupo de favoritos del gobierno, resultando que el agua no se ha aprovechado con tan buen éxito como hubiera sucedido si se hubiera subdividido entre muchos agricultores en pequeña escala.

El resultado de esta política ha sido que el país, á pesar de su vasta extensión de tierras laborables, no produce ni el algodón, ni el trigo necesario para su consumo en años normales, y en años estériles, tenemos que importar hasta el maíz y el frijol, que son la base de la alimentación del pueblo mexicano.

Lo que parece que ha tenido mayor desarrollo, son las plantaciones de maguey, y aunque la venta del pulque proporciona pingües ganancias á los que lo producen, no por eso debemos de considerar su producto como una riqueza nacional, pues por el contrario, es una de las causas de nuestra decadencia.

Minería é Industria. Estos dos ramos, sí han recibido un impulso portentoso con los ferrocarriles, sobre todo la minería ha obtenido un desarrollo asombroso, debido tanto á

los ferrocarriles, como á la ley minera que es tan liberal.

En cuanto á la industria, ha recibido un positivo impulso de parte del gobierno, concediendo á las industrias nuevas exenciones de contribuciones y estableciendo derechos proteccionistas.

Sin embargo, en ciertos casos ha ido el Gobierno demasiado lejos en su afán de desarrollar la industria, pues hasta á industrias perniciosas les ha permitido que se beneficien de esas franquicias. Nos referimos especialmente á las fábricas de alcoholes de todas clases y sobre todo á las de maíz, pues transforman ese grano que es la base de la alimentación del pueblo, en alcohol, que es uno de los venenos que más perjuicios causan á la Nación: Esta industria ha dado por resultado encarecer el precio de ese cereal y aumentar la miseria en el pueblo en años estériles.

En cuestión de derechos proteccionistas no siempre ha andado muy acertado el Gobierno y es que para decretarlos, sólo tiene en cuenta los intereses especiales de personas ó corporaciones amigas á quienes desea proteger, sin consultar los grandes intereses de la Nación que no tiene ningún representante legítimo en esas discusiones.

El resultado de esta política ha sido crear los monopolios del papel y de la dinamita y encarecer considerablemente los artículos fabricados con el hierro y el acero, con perjuicio de toda la Nación y provecho de unos cuantos.

Hacienda Pública. Este es uno de los ramos de la administración más difíciles de estudiar para una persona que no pertene-

ce á las esferas del gobierno, pues para emitar juicios fundados sobre la mayor parte de los asuntos que le conciernen, sería preciso estudios comparativos muy minuciosos, de estadísticas y datos de todas clases.

Por esta razón nos veremos precisados á tratar esta cuestión superficialmente.

Numerosas estadísticas se publican con frecuencia, de las cuales resalta nuestro progreso material y el estado bonancible de la Hacienda Pública.

Por otra parte, los progresos materiales saltan á la vista, así es que no hay ni quien los ponga en duda.

Lo que á nosotros nos corresponde averiguar, siguiendo las tendencias de este libro, es que influencia ha tenido la administración del General Díaz sobre nuestro desarrollo económico.

Desde luego podemos decir que su influencia ha sido enorme, pero lo repetimos, la causa principal de nuestro progreso, no es una causa local, sino mundial, pues el siglo XIX y los principios del XX se han caracterizado por el prodigioso desarrollo de las ciencias que tienen una aplicación industrial, y en general por el progreso material.

Sin embargo, la administración del General Díaz tiene el grandísimo mérito de haber ayudado para que el país entre de lleno en la vía del progreso material, fomentando la construcción de ferrocarriles, protegiendo la industria, etc., etc.

Además, hemos dicho que el General Díaz haría al país todo el bien que le fuere posible, siempre que éste fuera compatible con su reelección indefinida.

Veamos, pues que bien le ha permitido hacer á la Nación la cortapiza expresada y veamos que tanto ha influído ésta en que el bien no fuera mayor.

Desde luego debemos hacer justicia á la actual adminstración que ha logrado nivelar los presupuestos de la Nación y aun presentar sobrantes en la tesorería á pesar del enorme servicio de la deuda.

Esa es como antes hemos dicho, la mejor prueba de nuestra bonancible situación económica, y de que en el ramo de que nos venimos ocupando existe un orden minucioso, orden que sólo logró establecerse cortando de raíz grandes abusos.

La inmensa deuda contraída por la administración actual, ha servido para desarrollar considerablemente nuestra riqueza, y no creemos que sea una gran carga para la Nación, desde el momento que con desahogo se pagan sus intereses y se va amortizando parte de ella.

La crisis financiera por que atraviesa actualmente el país, no quiere decir nada contra el desarrollo de la riqueza nacional. Sus causas son también mundiales, pues sobre nosotros reflejó la crisis que sintieron los Estados Unidos, porque bajaron considerablemente nuestros productos de exportación y á la vez dejó de entrar dinero extranjero al país.

El señor Ministro de Hacienda se alarmó con la crisis en los Estados Unidos y temió que al alcanzarnos, amenazare seriamente á los Bancos de Emisión, pues éstos habían adquirido ciertas prácticas que eran incompatibles con instituciones de ese carácter, porque prácticamente se habían convertido

en Bancos refaccionarios. Además, en algunos de ellos se cometían por sus consejeros grandes abusos.

Para conjurar el mal, el Señor Limantour convocó á una junta de banqueros por medio de una circular en la que exponía las modificaciones que á su juicio era conveniente hacer á la Ley Bancaria.

Esa circular causó honda impresión en los círculos financieros y aumentó la tirantez monetaria que ya se había empezado á sentir.

Sin embargo, mucho se ha exagerado el efecto de esta circular para aumentar la crisis, pues como hemos dicho, las principales causas que la determinaron fueron causas mundiales, además de que sufrimos las consecuencias de una ley económica bien conocida, según la cual, los países prósperos sufren crisis periódicas.

No terminaremos el ramo de Hacienda, sin decir unas cuantas palabras sobre la fusión ferrocarrilera, y el dominio de la nación sobre una gran extensión de las líneas nacionales.

Esta importante operación ha sido motivo de serias controversias en la prensa, pero á pesar de eso, nosotros declaramos francamente, que consideramos que es un gran bien para el país que el gobierno tenga el dominio sobre los ferrocarriles, pues de ese modo nos ponemos á cubierto de que algún *trust* extranjero los adquiera y nos explote, paralizando todas nuestras fuentes de riqueza.

Además, el gobierno se preocupará más que una compañía extranjera de los intereses nacionales, y annque actualmente se conocen algunas quejas, quizá no sean muy fundadas, pero sobre todo, será

fácil remediar el mal, y si la actual administración no lo hace, lo hará la siguiente ¡que algún día ha de cambiar esta situación!

Otra razón de gran peso es que esa adquisición, quita al gobierno el pretexto de reclamaciones internacionales en el caso desgraciado de trastornos intestinos ó de algún conflicto internacional.

Por último, existían razones de orden económico muy importantes y que determinaron al gobierno á tomar esa medida, como lo ha demostrado el señor Limantour en su informe.

La gran objeción que se hace á dicha operación, es que podría haberse hecho en condiciones más ventajosas para la Nación, pues se pretende que dicha operación sirvió de pretexto para fructuosas especulaciones.

Eso es muy difícil de comprobar, pero como ya hemos dicho, el público da crédito á todos esos rumores por más inverosímiles que sean, porque es indisputable que bajo el actual régimen de gobierno se pueden cometer los más grandes abusos, sin que sea fácil comprobarlos, pues falta el control de las cámaras y de la prensa independiente.

A pesar de lo expuesto, en el caso que nos ocupa, la prensa ha usado de una gran libertad para combatir los actos del Señor Ministro de Hacienda.

Esta circunstancia no ha sido en general apreciada debidamente y ese acto del Señor Limantour de dar libertad á la prensa para que lo ataque, debía más bien enaltecerlo y no desprestigiarlo. Lo que nos pasa es que sin darnos cuenta de ello, obramos bajo la sugestión del General Díaz, á quien no desagrada que la prensa ataque de cuan-

do en cuando á sus ministros, sobre todo cuando empiezan á adquirir cierto prestigio. En cambio, á él nadie lo puede atacar, él no es culpable de ninguna determinación criticable adoptada por sus secretarios. mientras que á él se atribuye todo el mérito de las buenas determinaciones que toman.

Resulta, que mientras se ataca á uno de sus ministros porque se comete alguna falta en el ramo que está á su cargo, se prodigan toda clase de adulaciones al General Díaz, diciendo que esperan de su alta justificación, de su clarísimo talento, etc., etc. que remedie el mal, sin comprender ó haciendo que no se comprende, que él es el responsable de todas esas faltas, tanto porque los ministros son nombrados por él y no toman una determinación importante sin su consentimiento, como por el régimen de poder absoluto que ha establecido, y el cual ha paralizado la influencia que podrían ejercer todos los ciudadanos si hicieran uso de los derechos que les concede la Constitución, para inmiscuirse en los asuntos públicos.

Balance al poder absoluto en México.

Ya hemos estudiado su activo y su pasivo, procuremos ahora sacar las deducciones generales.

Desde luego, el poder absoluto nos presenta en su abono el gran desarrollo de la riqueza pública, la extensión considerable que ha dado á las vías ferrocarrileras. la apertura de magníficos puertos, la construcción de espléndidos palacios, el embellecimiento de nuestras grandes ciudades, principalmente de la Capital de la República, y sobre todo eso, como la hada bienhechora de tanta maravilla,

la paz de que hemos disfrutado por más de 30 años y que según parece, ha echado hondas raíces en nuestro suelo.

En cambio, el actual régimen de gobierno nos presenta un pasivo aterrador, pues ha acabado con las libertades públicas, ha hollado la Constitución, ha desprestigiado la ley que ya nadie procura cumplir, sino evadir ó atormentar á sus fines particulares, y por último, ha terminado con el civismo de los ciudadanos.

Para apreciar debidamente la nefasta labor del poder absoluto, veamos cual es el ideal que debe de perseguir todo gobierno que ama á la patria.

Desde luego podremos citar como un bellísimo programa de gobierno, el que tan elocuentemente encerraba en estas palabras, el inmortal Morelos, cuando convocó al congreso de Chilpancingo:

«Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima é inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo. Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad: que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano ni debido que haya esclavos; que se eduque á los hijos del labrador y del barretero como á los del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que tengamos una fé, una causa y una bandera, bajo la cual juremos morir antes que ver á

nuestra patria oprimida como lo está, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre, esa libertad preciosa.»

En estas sencillas palabras están pintados con elocuencia conmovedora los grandiosos ideales con que soñaban los que no vacilaron en derramar toda su sangre para legarnos la preciosísima conquista de nuestra independencia.

Ese ideal es el que aun alienta á todos los pechos generosos, á los que sobreponen el amor á la patria á todas sus ruines pasiones.

Pues bien, el poder absoluto del General Díaz, ha creado en México una situación muy distinta á la soñada por Morelos.

El Jefe de la Nación en vez de ser siervo y de acatar los decretos del pueblo, se ha declarado superior á él y ha desconocido su soberanía, así es que el gobierno que tenemos actualmente, ni está nombrado por el pueblo, ni sostenido por él. Su fuerza dinama de las bayonetas que después de Tecoac lo llevaron al Palacio Nacional, y que aún lo sostienen allí.

La nobleza de la virtud, del saber, del patriotismo, es completamente desconocida por la actual administración, que sólo premia las acciones de los que le sirven y lo adulan, y persigue á todos los de sentimientos elevados, que no se doblegan.

La instrucción pública es tan desigual, que mientras en la Capital de la República y en las grandes ciudades se construyen costosos y espléndidos edificios dedicados á la enseñanza y mientras se mandan educar á Europa á muchos de los afor-

tunados, permanece aún el 84% de la población sin conocer ni las primeras letras.

En cuanto á la Administración de Justicia, está tan corrompida, que para fallarse cualquier litigio de importancia, se toma en consideración, no la justicia de su causa, sino las influencias de los litigantes, resultando que la *hebra siempre se revienta por lo más delgado*, como vulgarmente se dice, así es que la Administración de Justicia, en vez de servir para proteger al débil contra el fuerte, sirve más bien para dar forma legal á los despojos verificados por éste.

Por último, para que estuviéramos resueltos á defender á nuestra patria hasta morir, necesitaríamos que se nos enseñara á amarla y hasta ahora no ha pasado tal cosa, pues vemos que entre nosotros goza de más prerrogativas el extranjero que los nacionales, vemos que cuando tenemos que litigar en países extraños, estamos más ciertos que se nos hará justicia que en el nuestro; vemos que una parte de nuestros conciudadanos se han apropiado las riendas del gobierno, que han declarado incapaces de llevarlas á todos los demás mexicanos, y no solamente ésto, sino que los han declarado incapaces hasta para designar los funcionarios públicos y que en vez de combatir esa incapacidad por medio de la instrucción y de las prácticas democráticas, se les impide con la fuerza bruta cualquier esfuerzo que quieran hacer para elevarse.

Esta situación ha dado por resultado que completamente se ha acabado el patriotismo entre nosotros, pues hay que decirlo claro: el patriotismo no solamente se conoce en el momento de una gue-

rra extranjera, cuando se trata de rechazar una agresión injustificada, sino que debe de manifestarse constantemente; puesto que en tiempo de paz, es cuando pueden organizarse las fuerzas de una Nación y no es lógico esperar grandes esfuerzos en la defensa de la patria, de hijos que no han sabido trabajar para fortalecerla.

No hay que imaginarse que para sostener una guerra extranjera lo único que se necesita es dinero; esto es solamente cierto para las guerras de conquista, que es á las que se refería el gran Napoleón. Para las guerras defensivas, lo que se necesita antes que todo es patriotismo: España, el país más pobre de Europa, fué el único que Napoleón nunca pudo dominar.

Aquí en México, sino hubiera sido por el patriotismo de un puñado de héroes, hubiéramos perdido nuestra independencia, cuando en Puebla fueron aniquilados por los ejércitos franceses todos nuestros elementos de guerra.

Pues bien, esos patriotas se habían forjado en las luchas democráticas, en las guerras intestinas en defensa de nuestros caros principios de libertad. ¿Ahora, en donde están esos hombres que salvaran á la patria en caso de peligro?

Todas las esperanzas de la patria las han querido concentrar en un anciano octogenario.

Éste, celoso de su poder más que de las glorias de la patria, no ha preparado á la Nación para una defensa seria, pues en vez de militarizarla adoptando algún sistema económico, se ha reducido á sostener un ejército que sólo sirve para oprimirnos.

Por otro lado, vemos que el General Díaz ya no

puede con la carga del poder y quizá para evitarse la dificultad de resolver problemas arduos, prefiere posponer su resolución indefinidamente y está amontonando esos problemas que revestirán una importancia pavorosa, cuando tengan que resolverse todos de golpe, con la muerte del que ha logrado mantener un equilibrio artificial en nuestra situación.

No declamamos. ¿Qué haremos con la concesión otorgada á los Estados Unidos para que hagan uso de la Bahía de la Magdalena como estación carbonífera, si la Nación no quiere prorrogar el permiso?

¿En donde encontraremos al que ha de llevar con seguridad las riendas del gobierno, si no conocemos sino á creaturas del General Díaz, que engreídos con su política la han de querer seguir?

Indudablemente que existen esos hombres de mérito, pero ni los conocemos, ni ellos mismos han tenido tiempo de forjarse en las candnetes luchas de la idea, en el vasto campo de la Democracia.

En resumidas cuentas, el poder absoluto ha aniquilado las fuerzas de la Nación, porque los ciudadanos que podrían prestar su contingente para la buena marcha del gobierno, se han abstenido de hacerlo por temor de no aparecer como descontentos y esa costumbre les ha hecho perder todo interés por la cosa pública, pues saben que no podrán remediar los males que ellos ven.

Esa indiferencia en el elemento intelectual, ha paralizado todo esfuerzo para mejorar, pues las mismas autoridades, viéndose aduladas en todos

sus actos, creen firmemente que no se puede hacer más, ni mejor que lo que ellas hacen.

Además, los pueblos son siempre influenciados por el ejemplo de los de arriba. Estos, embriagados por la adulación, poco á poco van dando rienda suelta á sus pasiones; por costumbre, vulneran la ley; sus más solemnes protestas las ven como fórmulas vanas. El resultado es que el pueblo también va dando rienda suelta á sus pasiones, como lo atestigua el aumento pavoroso del alcoholismo, de la criminalidad, de la prostitución; y se acostumbra á no apreciar el imperio de la ley; sólo obedece servilmente al principio de autoridad, y se acostumbra al disimulo, amoldándose en todo, al medio en que se encuentra.

Total: una nación en donde la virtud es escarnecida, burlada; el éxito, siempre premiado aunque sea obtenido á costa del crimen; el patriotismo, visto con desdén ó persegido, tiene que ir por una pendiente fatal, á donde la impulsan además, las riquezas con todas sus voluptuosidades.

Los hombres superiores, los que con la clarividencia del patriotismo han visto el peligro, permanecen silenciosos, una mordaza terrible los ahoga; les impide articular una palabra.

Que en estas circunstancias venga una tempestad sobre nuestra patria, y adiós independencia; la perderemos con la misma indiferencia con que hemos perdido nuestra libertad; con el mismo criminal indiferentismo con que hemos visto pisotear nuestra Constitución, veremos hollar nuestro territorio.

La pérdida de nuestra independencia no será

considerada como un mal por los hombres de negocios, pues todas las propiedades subirán de valor; y como el espíritu mercantil es el único que se ha desarrollado á la sombra del despotismo, resultará que ese espíritu va invadiendo poco á poco todas las masas sociales, hasta que llegue á predominar lo que en los tiempos actuales se llama *ser práctico* y todo el mundo será *práctico* y á nadie se le meterá en la cabeza la locura de dejarse matar por defender á la patria; pues la patria ¿qué es? *Es un mito es una cosa inmaterial, intangible, que no produce nada*

Ese principio ha llegado á ser el criterio nacional en gran parte de la República, pues ya hemos visto como se expresan algunos malos hijos de México que habitan la Baja California; ya hemos visto la indiferencia con que la Nación se enteró de la concesión de la Bahía de la Magdalena y más que todo, estamos presenciando el indiferentismo con que todos dejan hollar sus más sagrados derechos de ciudadano.

Quizá asome una sonrisa volteriana á los labios de los escépticos al leer lo anterior. Otros, pensarán que vemos el porvenir al través del lente del pesimismo.

Que todas esas personas relean el capítulo anterior en donde á grandes rasgos procuramos describir los efectos del poder absoluto en el mundo, pues no hay que olvidarlo, estamos durmiendo bajo la fresca, pero dañosa sombra del árbol venenoso; estamos deslumbrados por el progreso material, arrullados por la voluptuosidad de la riqueza, del bienestar, enervados por la inacción y sobre todo

esto, el miedo ha paralizado nuestras facultades, hasta la del discernimiento, pues para no abochornarnos con nuestra debilidad, exageramos demasiado la importancia de los obstáculos que se nos presentan en el camino que debemos llevar en cumplimiento de nuestro deber y para no vernos obligados á salir de nuestra inacción, nos convencemos fácilmente de que vamos navegando por un mar de aceite, que ninguna tempestad asoma en el vasto territorio de la patria.

Para terminar este capítulo haremos las consideraciones siguientes:

El actual gobierno se ha preocupado tan poco del pueblo, de la clase trabajadora, que tiene establecidos en los Estados fuertes impuestos para los trabajadores que emigran á otros Estados en busca de mejores sueldos. Esos impuestos están disimulados bajo la forma de una contribución en los contratos de enganche, á razón de *tanto por cabeza.*

La situación del obrero mexicano es tan precaria, que á pesar de las humillaciones que sufren allende el Río Bravo, anualmente emigran para la vecina República millares de nuestros compatriotas, y la verdad es que su suerte es por allá, menos triste que en su tierra natal.

¡México es el único país de toda la América en donde sus nacionales emigran al extranjero!

¿De qué nos sirve nuestro portentoso progreso material, sino tenemos asegurado ni siquiera el sustento honrado á nuestras clases desvalidas?

Y los progresos aterradores del alcoholismo ¿por qué no se han evitado?

¿Por qué no emplea el General Díaz su mano de

hierro para extirpar esa gangrena social? ¿Qué será más perjudicial el anhelo de libertad que el deseo de embriagarse?

El estudio que hemos hecho de la situación actual, podemos condensarlo en las siguientes frases:

En las esferas del gobierno, predomina la corrupción administrativa, pues aunque el General Díaz y sus consejeros son honrados, no pueden por sí solos saber todo lo que pasa en la Repúclica y ni siquiera cerca de ellos, pues es bien sabido que entre las personas que los rodean se cometen grandes abusos; ya sea especulando con los secretos de Estado, ya por medio de concesiones ventajosas para ellos.

Además, todos los funcionarios públicos se han acostumbrado á burlar la ley y á no considerar sus protestas más solemnes sino como fórmulas desprovistas de ningún valor. Gozan además de una impunidad relativa, y están muy engreídos con el actual régimen de cosas.

En las esferas de los gobernados, tenemos en primera línea la clase privilegiada, la gente rica que goza de toda clase de garantías, siempre que emplee sus actividades en los negocios, cosa que no le cuesta mucho trabajo, pues siempre la riqueza ha fomentodo el egoísmo. Parte de esta clase es constantemente beneficiada por el gobierno, y la inmensa mayoría que no lo es, está también contenta con la situación actual, pues le permite dedicarse al lujo, al placer, á todas las voluptuosidades que le proporciona el dinero y no solamente tiene una libertad absoluta para ello, sino que también goza de una impunidad relativa.

Por último, tenemos la clase humilde, el pueblo bajo que nunca se vé obligado á ir á la escuela y que encuentra en todas partes el medio de satisfacer sus instintos bestiales, sobre todo, el desenfrenado deseo del alcohol. Ese, no sabe si estará ó no contento, pues en el triste estado de abyección á que está reducido, no se da cuenta de su situación, ni sabe si podrá aspirar á mejorar, ni si eso es posible.

Sin embargo, ese pueblo aplaude todo los espectáculos que se le presentan á su vista; aplaude al torero, aplaude al cirquero, al cómico, y también aplaude las ceremonias oficiales, que no considera sino como representaciones teatrales en grande escala; pues en el fondo, á pesar de su ignorancia, bien comprende que todo lo que le dicen es falso.

Por lo expuesto, se verá como puede decirse que la mayoría de la República está contenta con el actual orden de cosas. Pero los únicos que no están contentos, son los intelectuales pobres, que no han sufrido la corruptora influencia de la riqueza, y entre los cuales se encuentran los pensadores, los filósofos, los escritores, los amantes de la Patria y de la Libertad; la clase media que no tiene grandes distracciones, que se dedica al estudio, que no recibe ningún beneficio con el actual régimen de gobierno y que, en el taller, mientras pone en juego su fuerza física para el desempeño de su tarea diaria, deja vagar su inquieta imaginación por el espacioso campo del pensamiento, concibiendo brillantes ensueños de redención, de progreso de igualdad; por último, entre las clases obreras, el elemento seleccionado que aspira á mejorar y que

ha llegado á formar ligas poderosas, para obtener por medio de la unión, la fuerza necesaria para la reivindicación de sus derechos, para la realización de sus ideales.

A pesar de lo modesto de estos elementos, la Patria tiene cifradas en ellos sus esperanzas y serán ellos los que sabrán salvarla.

¿A DONDE NOS LLEVA EL GENERAL DIAZ?

En el capítulo anterior intentamos estudiar el resultado obtenido con el régimen de gobierno implantado por el General Díaz. Este trabajo, que ha quedado incompleto por que hubiéramos tenido que extendernos más de lo que nos hemos trazado al idear este libro, se completará, sin embargo, con las observaciones que hemos hecho en el curso de nuestro trabajo y en otras que tendremos oportunidad de hacer antes de terminarlo.

Ahora vamos á procurar descifrar el porvenir, si sigue imperando el actual régimen de cosas.

Desde luego, vemos que la tendencia manifiesta del General Díaz y del grupo que lo rodea, es perpetuar el sistema de poder absoluto y hasta se empieza á iniciar un movimiento en las altas esferas,

reflejado en la prensa gobiernista, para reformar la Constitución de modo de sancionar por la ley, el actual régimen de centralización.

Por otro lado, á pesar de las declaraciones del General Díaz á Creelman, vemos que prepara su sexta reelección, pues en ningún estado ha permitido que se hagan elecciones para Gobernador, que sería el único medio indicado para cumplir honradamente con las declaraciones que hizo al periodista americano, si en su mente hubiera estado el cumplirlas.

Entrevista con Creelman.

Ya que queremos indagar á donde nos lleva el General Díaz, sería aquí muy oportuno estudiar y escudriñar sus declaraciones á Creelman; pero lo juzgamos ocioso, porque no las creemos sinceras, pues están en contradicción manifiesta con sus actos posteriores y ya el General Díaz nos tiene acostumbrados, desde el Plan de la Noria hasta sus últimas declaraciones, á hacernos las promesas más falaces.

Lo que sí intentaremos, es saber qué móvil perseguía el General Díaz al hacer esas declaraciones. Notemos desde luego la circunstancia de que el General Díaz hiciera confidencias trascendentales, que en el caso revistieron el carácter de solemnes declaraciones, á un periodista extranjero, mientras que al Señor Mata le negó hábilmente una audiencia solicitada por él para un representante de varios periódicos nacionales, con objeto de tratar sobre el mismo asunto.

Esto no viene sino á poner una vez más de relieve, la exagerada condescendencia del General Díaz para los extranjeros y el desdén con que vé á la

opinión pública nacional y á sus representantes.

En cuanto al fin que persiguiera el General Díaz al hacer las referidas declaraciones, es bien difícil de descifrarlo y las opiniones son muy diversas.

Hay quienes opinen que fué una especie de buscapié para pulsar la opinión. Otros creen que el General Díaz, dando crédito á la adulación, llegó á creerse tan popular en la República, que se imaginó que al declarar su intención de dejar el poder, se levantaría en toda la Nación un clamor general pidiéndole que siguiera en la presidencia. Otros se han imaginado que el General Díaz no persigue otro fin que el saber quienes eran los que podían alborotarse con esas declaraciones, para nulificarlas oportunamente. Por último, él mismo ha dicho en una carta posterior, que lo que manifestó en esa entrevista era solamente un deseo personal.

Nosotros creemos que todas las opiniones anteriormente emitidas, son más ó menos exactas, á excepción de la última, porque no es de creerse que si el deseo personal del General Díaz fuera retirarse de la presidencia, encontrara fuerzas bastante poderosas que se lo impidieran, pues por más condescendiente que sea con los que lo rodean, no llega á ese grado de sumisión. Además, no sabemos que haya quien le inste para que siga al frente de los destinos del país, sino son algunos de los que lo rodean, ó de los que han medrado á su sombra; pero esas opiniones aisladas é interasadas, no pueden considerarse como el deseo de la Nación.

En resumidas cuentas, no podemos sacar en limpio cual sea el programa de gobierno del General Díaz si estudiamos esas declaraciones y mejor

será buscar la solución de ese problema en la lógica inflexible de los hechos.

Continuación del poder absoluto.

Estos nos hablan con rara elocuencia y nos dicen de un modo fuera de duda, que el General Díaz desea seguir en la presidencia reeligiéndose una vez más, y nos dicen también que no piensa cambiar de política, que no quiere dar ninguna libertad á la Nación, ni siquiera para que ésta designe quien ha de ser su sucesor.

Muchos se preguntarán ¿qué interés tendrá el General Díaz en nombrar á su sucesor? Efectivamente, á primera vista parece que ninguno; pero si buscamos más profundamente las causas ocultas que lo guían en todos sus actos, encontramos las razones siguientes:

Si el General Díaz permitiera á la Nación que nombrara al Vice-Presidente, tendría que permitirle también que nombrara parte de las cámaras y eso entorpecería su acción para seguir gobernando á la República según su voluntad, cosa á la que difícilmente se resolverá el caudillo tuxtepecano.

Por otro lado, á la sombra de su administración se han improvisado fortunas inmensas y se han cometido grandes faltas, y él, y el círculo que lo rodea, han de querer que su sucesor constituya una garantía para los intereses creados á su sombra y un velo para las faltas cometidas durante su administración.

Con estos antecedentes nos será más fácil descifrar el enigma: El General Díaz escojerá como Vice-Presidente y como sucesor, al que más garantías ofrezca para cumplir con dichos requisitos,

sin tener para nada en cuenta los grandes intereses de la Patria.

Para fundar tal afirmación, nos apoyamos en los móviles que siempre lo han guiado para el nombramiento de Gobernadores de los Estados, desconociendo por completo los intereses de éstos y preocupándose únicamente de su política personal; en la elección que hizo del General Manuel González para confiarle la Presidencia por cuatro años, en la que, como hemos demostrado, sólo buscaba la seguridad de volver nuevamente á la Presidencia, sin considerar el mal que haría á la Patria su compañero de armas; y por último, en la designación que hizo del Señor Corral para Vice-Presidente, que fué tan mal recibida hasta por la misma Convención formada por el elemento oficial.

En vista de lo anterior, estudiemos quienes serán los que pueda escoger el General Díaz para sucesores.

Desde luego se nota una profunda división en el elemento oficial; división que ha servido al General Díaz para guardar el equilibrio entre sus amigos, y no permitir que determinado grupo llegue á adquirir demasiada preponderancia, pues crearía dentro de su misma administración, una potencia que podría entorpecer su acción.

Esta división ha dado por resultado la formación de dos partidos políticos (1): el Científico y el Reyista.

---

(1) Algunos publicistas han hecho objeciones á la palabra *partidos* aplicada á esos dos grupos, pero nosotros no encontramos otra más adecuada, pues si bien no son verdaderos partidos políticos como los constituidos en los países democráticos y adolecen de grandes defectos, no por eso dejan de serlo en lo absoluto, puesto que encarnan las aspiraciones de un determinado grupo de ciudadanos.

¿A cuál de los dos partidos deseará el General Díaz dejar como herencia la Presidencia de la República?

Los dos tienen grandes esperanzas, pero todo hace creer que el General Díaz se inclina más por el partido científico.

En este caso, el candidato oficial para la Vice-Presidencia, será el Señor Corral.

El Señor D. Ramón Corral. Este señor reune todos los requisitos que desean tanto el General Díaz como su grupo.

Al General Díaz nunca le ha entorpecido su acción y sus antecedentes hacen esperar que seguirá la misma política del General Díaz, aprovechando los poderosos elementos de que dispone la actual admistración, lo cual constituirá la mejor garantía de los intereses creados á su sombra.

Ya vemos pues que el Señor Corral corresponde debidamente á las esperanzas del General Díaz y del grupo que lo rodea, veamos ahora que debe de esperar la Nación de él.

Para ésto necesitamos hacer un estudio de su personalidad, lo cual confesamos que es bastante difícil, pues si el General Díaz es una esfinge que no habla, pero que obra, el Señor Corral es también una esfinge, pero que ni habla ni obra desde que ocupa el alto puesto de Vice-Presidente de la República y aun desde antes, desde que fué á radicarse á la Metrópoli prestando sus servicios á la actual administración.

Por este motivo encontramos pocos de sus actos que nos sirvan para juzgarlo, y sólo podremos hacerlo haciendo apreciaciones sobre esa inacción y

sobre sus actos anteriores, allá cuando vivió en Sonora.

Principiaremos por estos últimos, siguiendo en esto el orden cronológico.

El Señor Corral como Gobernador de Sonora, fué muy superior al General Torres y al Señor Izábal, por cuyo motivo es popular en aquel Estado, pero la verdad es que esa popularidad proviene de la apreciación superficial de las cosas.

Si el Señor Corral se preocupara seriamente por la felicidad del Estado de Sonora, ¿por qué no ha hecho todo lo posible por quitar del gobierno al General Torres y al Señor Izábal que se alternan en él desde que el Señor Corral se fué para la Capital de la República, y que, como lápida sepulcral pesan sobre aquel desventurado Estado?

¿Por qué en vez de seguir esa política que redundaría en bien del Estado, se ha aliado con aquellos funestos gobernantes, constituyendo lo que llaman por aquellos rumbos un triunvirato?

Las razones son que el Señor Corral tiene más fé en la ayuda de sus amigos, que en la de todo el Estado, así es que no podemos considerarlo como un demócrata convencido, puesto que no tiene fé en la fuerza del pueblo.

Ese triunvirato es el culpable de la guerra del Yaqui, y aunque aparentemente, el qué menos parte ha tenido en ese atentado es el Señor Corral, hay que convencerse de que él es el alma del triunvirato, él es la inteligencia que dirige, él es el jefe de los tres y si hubiera querido, no le habría faltado medio para evitar que esa guerra se iniciara ni se prolongara por tanto tiempo.

La Nación nunca podrá separar el nombre del Señor Corral de la inicua guerra del Yaqui, pues como ya lo hemos dicho, si él no la promovió, la ha tolerado, probando que se preocupa más por sostener á sus amigos, á sus fieles partidarios políticos, que en defender los grandes intereses de la Patria.

Cuando Izábal fué á México, confuso ante la opinión pública que lo acusaba de haber cometido un atentado contra la Soberanía Nacional en Cananea, su buen amigo el Señor Corral lo recibió con toda clase de consideraciones, lo cual es altamente significativo, pues en aquellos momentos el Señor Corral era el Vice-Presidente de la República y el Señor Izábal un Gobernador que acababa de cometer un atentado contra su soberanía y su deber le ordenaba olvidar que éste era su amigo, para hacer que se le procesara debidamente.

Estas acciones aparentemente de poca importancia, nos han de hacer pensar seriamente sobre el porvenir que le espera á la Nación el día que el Señor Corral llegue á ser Presidente de la República. En todos los Estados impondrá Gobernadores como sus amigos Izábal y Torres á quienes absolverá de todas sus faltas, por más inicuas que sean, aun cuando se trate de exterminar una raza hermana, ó de algún atentado contra nuestra soberanía nacional, con tal de que lo apoyen á él en el poder.

Si pasamos ahora á estudiar su gestión como Ministro de Gobernación, no encontramos ningún dato para juzgarlo, pues las relaciones entre él y los gobernadores de los Estados, son de tal natu-

raleza, que el público no se da cuenta de ellas.

Como Vice-Presidente, sí podemos apreciarlo; pues aunque constitucionalmente no puede hacer nada mientras subsista en el poder el Presidente, sí era tiempo de que de alguna manera hubiese dado á conocer á la Nación cuales son sus tendencias, para que ésta supiera que debía de esperar de él.

A través de su inacción, lo único que se ha podido comprender es que aprueba la política del General Díaz en todo y por todo, puesto que siendo el Vice-Presidente, ha aceptado una cartera en su ministerio; además, se ha revelado como un hombre sumamente prudente, que sabe amoldarse perfectamente á las circunstancias, y como ha comprendido que entre menos se hable de él más lo estima el General Díaz, ha procurado permanecer en la sombra.

Eso hace creer á muchas personas que es una persona débil, pero se engañan, el Señor Corral es un hombre de grandes energías como lo demostró en Sonora, y como lo demostrará el día que ocupe la Presidencia; lo que pasa es que para él tiene más importancia la omnipotente amistad del General Díaz, que la del pueblo, tan débil y tan ineficaz para la realización de sus ensueños.

Los que conocen más á fondo al Señor Corral, opinan que al recibirse de la Presidencia, se revelará un hombre de energías inesperadas, como pasó con Sixto V en Roma.

Por todo lo anterior vemos que el Señor Corral llena perfectamente las condiciones que el General Díaz apetece para su sucesor, pero que la Nación

no debe esperar de él, sino la prolongación del poder absoluto, exacerbándolo más, pues para imponerse, necesitará algunos actos de energía.

Hemos oído á muchas personas que afirman que el Señor Corral gobernará constitucionalmente, porque, según dicen ellos, no tendrá el prestigio necesario para imponerse como se ha impuesto el General Díaz. Cualquiera que se ponga á meditar sobre el mecanismo de la situación actual, comprenderá cuan infundada es esa esperanza, como procuraremos demostrarlo:

El General Díaz se apoya en el ejército, pero más que en él, en el mecanismo de su administración, pues las cámaras de representantes son nombrados por él y por tal motivo obran en todo de acuerdo con sus disposiciones. Igual cosa pasa con los Gobernadores de los Estados y las autoridades subalternas.

A pesar de eso, no hay que imaginarse que todos los Diputados, Senadores y Gobernadores son partidarios personales del General Díaz. Son partidarios del actual régimen de cosas que les permite vivir holgadamente, disfrutando honores, buenos sueldos y proporcionándoles influencia para el arreglo de negocios productivos.

Tan es así, que las cámaras son serviles no solamente para lo que ordena el General Díaz, sino hasta para lo que disponga cualquiera de sus secretarios de Estado. Ese servilismo ha llegado á tal grado, que ya no necesitan consignas los representantes del pueblo, pues con su clara inteligencia adivinan siempre cual es la voluntad del César.

Los diputados, si no hacen oposición, no es por

temor á la muerte, pues á nadie se le ocurre que el General Díaz empleara ese procedimiento, sino porque temen perder su curul, y con ella, su sueldo y su influencia que les proporciona tan pingües ganancias.

Pues bien, ¿por qué, estos representantes tan hábiles para adivinar la consigna de su amo, no harían lo mismo con el nuevo amo que tuvieran? El Señor Corral tampoco los mandaría matar porque le hicieran oposición, pero sí los borraría de las listas de los reelectos y los privaría de su influencia. Con esto bastaría para que las cámaras siguieran obedeciendo al Sr. Corral, como ahora obedecen al General Díaz, con la circunstancia de que no tendrían que hacer un gran esfuerzo para ello, porque ya desde ahora están acostumbradas á acatar respetuosamente sus órdenes.

Pensar que siguiendo el actual régimen de cosas habrá libertad en las cámaras, es una utopía, pues los diputados deben sus puestos al gobierno y á él tendrán que servirle, llámese Díaz ó llámese Corral. Si los representantes del pueblo quisieran apoyarse en sus distritos electorales, fracasarían lastimosamente, puesto que en aquella parte de la República que los nombró como su representante, es precisamente en donde son menos conocidos.

Con los Gobernadores, las cosas pasarían de un modo semejante.

Al desaparecer el General Díaz de la escena política, el Señor Corral ó el que sea designado en su lugar para ocupar la Vice-Presidencia, se pondría en relación con todos los Gobernadores y estos en

su inmensa mayoría reanudarían el pacto que tienen celebrado con su antecesor: "*Nos sostienes en el poder y á nuestra vez te sostenemos indefinidamente*" Quizá habría alguno que otro Gobernador que no quisiera estar de acuerdo con él. En ese caso, mandaría algunos emisarios para que agitaran la opinión pública en el Estado y que organizaran un partido de oposición, lo cual lograrían fácilmente, y este partido, apoyado por el gobierno del Señor Corral, sería el que resultara triunfante en las elecciones más próximas; ya fueran de Ayuntamientos ó de Diputados á la Legislatura local, lo cual aseguraría muy pronto un cambio de Gobernador.

En los Estados que pasara tal cosa, todo el pueblo estaría contentísimo con su triunfo aparente, pero en realidad, de poco les serviría ese cambio, pues ese Gobernador tendría que marchar en todo acuerdo con el gobierno del centro y no podría concederles ninguna libertad, que es el único medio de que los mandatarios obraran bien. Una de las cosas en que tendría que ir de acuerdo con el Señor Corral, era en la reelección y esta es la que corrompe á todos los gobernantes, así es que después de dos reelecciones, tendrían en dicho Estado, otro tirano como el anterior.

Aun en el caso de que no pasara así, y que resultara buen gobernante, sería una casualidad que así se conservara, y sobre todo, no serían sino muy pocos los Estados que recibieran ese beneficio.

Algunos publicistas opinan que al morirse el General Díaz, los Estados harán respetar su soberanía, sin comprender que esto sólo podrían hacerlo

por medio de sus mandatarios, y siempre que éstos se sintieran apoyados por el pueblo lo cual no sucede; por el contrario, la mayoría de los Gobernadores es la que menos desea que se respete la soberanía de sus respectivos Estados, porque el primer acto de éstos al sentirse libres, sería destituirlos del poder y en muchos casos, hasta procesarlos.

Ya vemos como todo el mecanismo administrativo seguirá el mismo.

Igual pasaría si en algún Estado quisieran hacer elecciones locales, pues ese Estado, aislado, nunca podría luchar ventajosamente contra la acción del centro.

Todo lo anterior nos hace ver como se prolongaría el régimen de poder absoluto con todas sus funestas consecuencias.

Sin embargo, los que gozan con esa situación, no deben de estar muy tranquilos, pues una tempestad amenaza sus intereses, así como las más caros intereses de la Patria.

El General Díaz ha fomentado, ó por lo menos ha tolerado las rivalidades entre el General Reyes y el Señor Corral.

Esas rivalidades han llegado á engendrar odios profundos, y el General Reyes nunca tolerará que llegue á la Presidencia el Señor Corral, y dado su carácter impulsivo, no será remoto que vuelva á acarrear sobre nuestra Patria la guerra civil con todos sus horrores.

Esa es la opinión imparcial de muchas personas sensatas.

El General Reyes ha afirmado en sus protestas que nunca ensangrentará el suelo nacional con una

revolución, pero á sus protestas, lo mismo que á todas las declaraciones de origen oficial, nadie les da crédito, pues ya estamos acostumbrados á conceder á esas declaraciones y esas protestas, el mismo valor que á las que hacen incesantemente de respetar la ley y la Constitución, que son los primeros en vulnerar.

Este es el gran peligro que amenaza á la Nación; todo el mundo lo siente; el mismo General Díaz lo sabe, pero confía que mientras él viva, nunca pasará tal cosa. En eso tiene razón, pero no la tiene al confiar demasiado en que sobrevivirá al General Reyes.

En resumen, subiendo el Señor Corral al poder, estamos amenazados de que sobrevenga una revolución, ó de que se prolongue el sistema de poder absoluto que indudablemente no será tan honrado como el del General Díaz, pues después de todo, nuestro viejo presidente tiene grandes méritos, grandes virtudes que han suavizado el peso de su mano, mientras que la del Señor Corral se haría sentir mucho más, pues no posee las virtudes que moderan los actos del General Díaz y que á la vez le permiten desarrollar una actividad portentosa.

En cuanto á la Nación, si no hace un esfuerzo en la próxima campaña electoral para Presidente y Vice-Presidente de la República, se encontrará después maniatada y seguirá en la más triste abyección, y así como Roma después de Augusto, quedó tan acostumbrada á la servidumbre que aceptó el yugo de Tiberio; así entre nosotros habrá echado tales raícesel régimen de poder

absoluto; que después del General Díaz, doblegaremos igualmente la cabeza ante el Señor Corral, y entonces sí se establecerá de un modo permanente tan funesto régimen, pues si la Nación puede esperar que el General Díaz, por sus antecedentes históricos y por las repetidas promesas que le ha hecho, le conceda alguna libertad, no podrá esperar lo mismo del Señor Corral que desde que empezó su carrera política ha estado bajo la corruptora influencia del poder absoluto, siendo siempre uno de sus más importantes factores.

General Bernardo Reyes. Aunque no tiene tantas probabilidades de llegar á la Vice-Presidencia como el Señor Corral, es de los que más se nombran en conección con ese alto puesto, y no cabe ni duda que él sí hace una política activísima para llegar á ese fin. Además, es el jefe de un grupo importante que siempre ha contrabalanceado la influencia del partido científico en la administración del General Díaz.

Por estas circunstancias, sus partidarios tienen muchas esperanzas de que llegue á ser el agraciado por el Caudillo para ocupar tan alto puesto; pero de cualquier manera, es indudable que al desaparecer el General Díaz, tendrá que representar un papel muy importante en la política nacional, por cuyo motivo nos parece de gran importancia hacer un ligero estudio de su personalidad.

En este caso no tropezaremos con las dificultades que se nos presentaban al estudiar la personalidad del Señor Corral, pues el General Reyes está en constante actividad y encontramos muchos de

sus hechos y de sus declaraciones que nos servirán para hacer de él un estudio más preciso.

El General Reyes llegó á Monterrey, y con las armas en la mano se instaló en el Palacio de Gobierno, declarando al Estado de Nuevo León en estado de sitio.

Después se hizo nombrar Gobernador constitucional, pero en realidad no hizo sino cubrir las apariencias con ese respeto á la forma que caracteriza á la Administración Tuxtepecana. Posteriormente se ha hecho reelegir hasta la actualidad. Durante su administración, el Estado de Nuevo León ha progresado de un modo admirable, pero es un error atribuir ese progreso á su acción; ya lo hemos dicho, el progreso se debe á los ferrocarriles que en todo el mundo civilizado han sido los precursores de la gran oleada de progreso material. La prueba de lo anterior es que el Estado de Coahuila que es el que ha tenido los Gobernadores menos hábiles, ha progresado más que el Estado de Nuevo León.

Sin embargo, hay que hacerle justicia al General Reyes: tiene grandes dotes administrativas, una actividad poco común y es de los funcionarios más íntegros de la actual administración.

A pesar de esas cualidades no ha hecho todo el bien que el Estado de Nuevo León podía esperar de él, aun en la esfera administrativa, porque debido al régimen de absolutismo, él es quien nombra las autoridades locales entre los que estén resueltos á apoyar á todo trance su administración, y éstos, que forzosamente tienen que conculcar la ley para lograr ese fin, tampoco tienen grandes es-

crúpulos para burlarse de ella en cualquier otra circunstancia, y de allí, á la inmoralidad administrativa, no hay sino un paso, y para darlo, fácilmente se encontrará el momento oportuno en tan prolongada administración.

Con este motivo, el Estado de Nuevo León nos presenta el singular espectáculo de que su capital, teatro de la actividad del General Reyes, se ha desarrollado normalmente, mientras que el resto del Estado, en manos de sus subordinados, ha permanecido casi estacionario y si ha progresado algo, ha sido á pesar de éstos, que constituyen una rémora formidable para su desenvolmiento.

Aquí observamos en pequeña escala, lo mismo que en grande con el General Díaz; á pesar de sus grandes dotes administrativas, el General Reyes no ha podido hacer todo el bien que hubiera hecho á Nuevo León, con un poco más de libertad.

El General Reyes está profundamente imbuido en las prácticas absolutistas y si llega al poder, indudablemente que seguiremos bajo el régimen del machete, pero éste será más filoso y más pesado que el del General Díaz. Efectivamente, como lo hemos dicho muchas veces, nuestro actual Presidente tiene grandes virtudes, entre ellas, una rara moderación y una calma á toda prueba, mientras que el General Reyes es sumamente impulsivo y apasionado, é indudablemente que ocupando el primer puesto en la República, dará rienda suelta á sus pasiones.

Pero aun no es tiempo de juzgarlo, narremos algunas de sus acciones que lo pintarán con colores

más vivos que los que nosotros pudieramos emplear.

El General Reyes fué llamado por el General Díaz á la Sub-Secretaría de Guerra. Allí desplegó su gran actividad, pero acostumbrado á mandar como soberano en el Estado que estaba á su cargo, difícilmente podía obedecer á su superior jerárquico, el Ministro de la Guerra, de donde resultaron varios conflictos que lo hicieron regresar á Monterrey.

Poco tiempo después volvió á llamarlo el General Díaz, pero esta vez fué para que se encargara del Ministerio de la Guerra.

Desde luego desplegó su gran actividad, y hubiera sido un Ministro de la Guerra inmejorable, si su inquieta ambición no lo hubiera llevado á hacer una política activísima atacando á alguno de sus compañeros de Gabinete por medio de periódicos sostenidos por él, según se dijo en aquel tiempo, y según parece comprobado por el hecho de que al dejar el General Reyes el Ministerio, á la vez dejaron de existir aquellos periódicos, llamados *La Protesta* y *El Rey que Rabió*.

Con este motivo parece que el General Díaz se disgustó profundamente y lo hizo que renunciara su cartera.

Regresó el General Reyes á Monterrey para hacerse cargo del Gobierno del Estado de Nuevo León, y queriendo demostrar que allí sí era querido y que era verdaderamente popular, lo cual parece que él creía sinceramente, ofreció toda clase de garantías á los ciudadanos de aquel Estado, para que trabajaran con entera libertad en las elec-

ciones para Gobernador, cuando hubo expedido la convocatoria respectiva.

Muy pronto tuvo que arrepentirse de esa determinación, pues los neoloneses, que nunca habían olvidado la manera como había entrado el General Reyes á Monterrey y que lo consideraban como el usurpador de su soberanía, tan pronto como encontraron una oportunidad que ellos juzgaron propicia, se organizaron con el objeto de sacudir el yugo exótico del gobernador que se había impuesto con las armas en la mano.

El partido independiente se organizó con una rapidez admirable y se ramificó por todo el Estado.

Sin embargo, este partido adolecía de un gran defecto y era que fundaba casi todas sus esperanzas en el apoyo de un importante grupo de políticos de México, el cual perseguía como único fin nulificar por completo al General Reyes, sin preocuparle la suerte que corrieran los que casi inconscientemente iban á servir de instrumentos. A este grupo de políticos, creaturas del General Díaz, y cuya fuerza de él dinama, les pareció que el medio más eficaz para atraer su ayuda, era demostrarle su adhesión y su celo haciendo que el partido independiente organizara una gran manifestación en su honor para el 2 de Abril de 1903. Como en esa época se acercaban las elecciones presidenciales, á los independientes de Nuevo León les correspondería la honra de ser los primeros en proclamar la candidatura del General Díaz, y éste, indudablemente premiaría su adhesión quitándoles al General Reyes.

Este que no quería quedarse atrás en muestras

de adhesión al Caudillo, también pensó solemnizar aquel aniversario con una gran manifestación.

El resultado fué que ese día se organizaron dos manifestaciones: La preparada por el General Reyes, ayudado del elemento oficial, que resultó verdaderamente ridícula, por el escaso y abigarrado contingente que la formó y la organizada por el partido independiente, que resultó grandiosa por la inmensa y variada concurrencia, que de un modo genuino representaba todas las capas sociales; que de un modo altamente elocuente demostraba que ya estaba cansada del régimen del machete, que quería su libertad y la soberanía de su Estado.

De esta manera, la grandiosa manifestación de los independientes quizo escudarse tras el nombre del General Díaz en cuyo honor era dicha manifestación. Sin embargo, no le valió ese pretexto. El General Reyes estaba irritadísimo por el auge del partido de oposición, y había resuelto acabar con él, por medio de un golpe audaz que sembraría el pánico en las filas de sus enemigos.

Los manifestantes, según su programa, tenían que detenerse en uno de los ángulos de la Plaza de Zaragoza, frente al Palacio del Ayuntamiento.

Pues bien, allí les esperaba una emboscada, pues apenas hubieron llegado los manifestantes á aquel lugar, cuando fueron saludados por una lluvia de balas. ¿El pretexto para tan inicuo atentado? Un policía que tiró un tiro en medio de los manifestantes. ¿Por qué motivo? ¿Era consigna ó fué casual? Ignoramos quien pueda contestar esta pregunta.

Lo que si sabemos es que las Cámaras reunidas

en Gran Jurado absolvieron al General Reyes de la acusación que contra él pesaba de haber cometido tan horrendo crimen.

¿Quién se atreverá á dudar de la rectitud del fallo de tan augusta asamblea?

¿Quién pone en duda la sinceridad de las protestas, la legalidad de los títulos, la independencia de acción de los padres de la Patria?...............

....

El resultado de esa emboscada, fué que un considerable número de los manifestantes cayó herido ó muerto por las balas; muchos otros fueron reducidos á prisión, y los que lograron escapar, tuvieron que desterrarse, cambiando su residencia á otros puntos de la República donde encontrarían las garantías necesarias para vivir tranquilos.

A estos sucesos se siguieron circulares á los Alcaldes de los pueblos de dicho Estado, para que ya no concedieran la libertad que se había pensado conceder. Pretexto: los escándalos del 2 de Abril que demostraban que el pueblo no sabía aún hacer uso de sus derechos; que tendría aún que seguir tutoreado. Y de estos hechos sacan sus conclusiones nuestros graves publicistas para decir: *el pueblo ignorante es una rémora para las prácticas democráticas, aun no estamos aptos para gobernarnos por nosotros mismos*

Pero ¿qué nuestra historia patria no ha sido bastante elocuente para demostrarles que la rémora ha sido el machete del militarismo?

Con este motivo el Estado de Nuevo León, declarado nuevamente incapaz de gobernarse solo, porque no tenía la clarividencia necesaria para

comprender que el único que podría gobernarlo con acierto era el General Reyes, y porque aprovechaba las libertades que se le concedían para promover escándalos como el del 2 de Abril, volvió á ser sujeto á tutela y se le obligó á reelegir al General Reyes. Todos los ciudadanos estaban obligados á cumplir con sus derechos electorales, pues el progresista gobernante quería que sus gobernados se familiarizasen con las prácticas democráticas y puso en vigor la ley electoral.

El ciudadano que no iba á depositar su voto en las urnas electorales, sería multado. A esto se agregó una pequeña disposición de policía, la cual se imponía bajo el régimen patriarcal á que estaba sujeto el Estado de Nuevo León. Era necesario ilustrar el criterio de los votantes, y al llegar á las urnas ya encontrarían impresas las candidaturas por las que debían votar, elaboradas con toda calma por el que sabía dirigir á los hijos de ese Estado con paternal solicitud, á fin de que no fueran á nombrar, para que ocupara tan alto puesto, á una persona indigna.

Resultado final: El General Reyes resultó reelecto por unanimidad de votos.

En vista de lo anterior ¿qué debe esperar la Nación del General Reyes si llega á la Presidencia de la República?

Un hombre que dice al pueblo: te concedo la libertad para que nombres tus mandatarios, pero que le retira dicha libertad cuando ve que no es él el elegido, y que para imponerse contra la voluntad de sus conciudadanos no vacila en recurrir á las medidas más extremas.

¿Qué debe esperar la Nación de un hombre que en el Estado que gobierna es un verdadero autócrata, que no concede ninguna libertad y que quiere intervenir personalmente en todo?

Indudablemente que si el General Reyes subiera á la Presidencia sería un hombre honrado como lo es el General Díaz, pero como éste, tendría que valerse de personas que no lo son, como lo hemos demostrado extensamente en los capítulos anteriores.

Además, los hechos nos confirman que el General Reyes no vacilará en apoyar en los gobiernos de los Estados á gente inmoral, siempre que le sirvan de apoyo para sus fines políticos.

El Gobernador actual de Coahuila, fué apoyado por el General Reyes en la campaña electoral pasada, tan sólo porque es su partidario, á pesar de que el Estado unánime rechazaba su reelección.

Así como al hablar del Señor Corral decíamos que al llegar á la Presidencia nombraría muchos Gobernadores como Izábal y el General Torres, así decimos que en iguales circunstancias, el General Reyes nombrará muchos Gobernadores como Cárdenas.

Es cierto que de algún tiempo acá se ha querido revestir de cierta popularidad, dando leyes que favorecen al obrero, y haciendo una activa propagando política por medio de la prensa, la cual ha tenido algún eco, porque aparecía el General Reyes ante los ojos de la Nación como el único que tendría valor suficiente para enfrentársele al General Díaz y salvar las instituciones; su silencio aumentaba su prestigio: todo el mundo esperaba que

al desplegar sus labios el brillante General, el que daba leyes en favor del obrero, el que aparecía como el símbolo de la regeneración, haría alguna declaración solemne, abrasaría resueltamente la causa del pueblo, arrostraría con valor las iras del Centro y se pondría á la cabeza del movimiento regenerador por medio de la democracia. Esas esperanzas, hábilmente fomentadas, aumentaban singularmenle su prestigio.

Grande fué la decepción de sus leales admiradores, de sus partidarios sinceros, cuando escucharon sus palabras. En efecto, desde la cima de la montaña en donde tiene su mansión veraniega, lanzó á la publicidad sus declaraciones por medio de una entrevista previamente arreglada y en un estilo trágico-cómico declaró que él nunca había pensado en levantarse en armas y que siempre apoyaría al gobierno constituido, ya fuera el del General Díaz ó el del Señor Corral, (en las dos declaraciones anteriores sí que puede aplicarse la moraleja del cuento: *satisfacción no pedida, acusación manifiesta*); se declaró además incondicional partidario del General Díaz, afirmando que era indispensable para que coronara su obra el que siguiera en el poder, etc. etc. y en general, empleó un lenguaje que se ha llegado á vulgarizar á fuerza de repetirse con tanta frecuencia en todos los documentos de origen oficial.

Con esas declaraciones, el General Reyes persigue como fin ostensible adular al General Díaz, para atraerse sus simpatías, con la esperanza de que le deje la codiciada herencia. Anticipándose á los científicos en proclamar la candidatura del Ge-

neral Díaz, se imaginó que haría grandes méritos á sus ojos.

Así ha de haber pasado en efecto, y aunque no obtendrá todo lo que deseaba, sí habrá logrado contrarrestar los trabajos de sus enemigos en el ánimo del General Díaz.

En cuanto al pueblo, declarado cero á la izquierda por todos los que ambicionan elevarse en las esferas del gobierno, ni siquiera ha pensado en él para atraerse su ayuda, pues si bien es cierto que no desdeña su cooperación, considera como factor determinante á la voluntad del General Díaz.

Decimos lo anterior, porque el pueblo no se contenta con las leyes que ha promulgado en favor de los obreros, pues mientras la libertad no sea efectiva, esas leyes quedarán prácticamente sin efecto, como todas las admirables leyes que tenemos y que tan sólo están escritas en los códigos.

El pueblo no quiere leyes nuevas; quiere que se cumpla con las antiguas, porque sabe que de ese modo recobrará la libertad necesaria para darse las nuevas que él quiera, pero ya serán á su gusto y sobre todo, serán efectivas.

Por este motivo afirmamos que el General Reyes nunca será un gobernante demócrata.

El prestigio que se ha captado en algunos Estados, proviene del odio que en esos Estados tienen á sus autoridades locales los que las creen apoyadas por el partido científico encabezado por el Señor Corral, y dirigen su vista hacia Reyes con la esperanza de que los apoye á sacudir el pesado yugo de sus caciques.

En ese sentido, tiene más prestigio que el Señor

Corral, porque son más los Estados que están bajo el dominio de este último.

En cambio, los Estados de Nuevo León y Coahuila, que están bajo su dependencia, tienen grandes simpatías por Corral á quien estiman como su apoyo natural.

Lo anterior sólo demuestra claramente, que tanto Reyes como Corral, son queridos en los Estados que no están bajo su férula, á donde no han llegado las quejas de los oprimidos, en donde no son conocidos y en cambio no tienen ningún partido en los Estados que están bajo su dominio directo.

De ésto resulta, que en los Estados que están bajo el dominio de Reyes, el elemento independiente, compuesto de la inmensa mayoría, tienen esperanzas en que Corral los ayude y lo consideran como á su protector natural y en los Estados que están bajo el dominio de Corral, el elemento independiente tiene cifradas todas sus esperanzas en Reyes.

Todo esto proviene de la miopia causada por la falta de libertad, originando que las opiniones independientes, no tienen garantías para manifestarse ni menos aún para circular.

Por último, las leyes á favor de los obreros que ha dado el General Reyes, debemos considerarlas sospechosas, pues si tanto se interesa por el obrero ¿por qué no le concede el principal bien que está en su mano, dándole libertad para que nombre á sus autoridades? Ya hemos visto como esto es lo que desea el pueblo, porque es lo que más le conviene.

Además, bien sabido es que aspira á la Presi-

dencia de la República, y es natural que procure dar ciertas leyes de relumbrón para hacerse popular.

Doña Leonor, como todas las muchachas bonitas, no debe juzgar á sus cortesanos por las manifestaciones de respeto y las protestas amorosas que le hacen mientras pretenden su bella mano. Que busque en sus antecedentes, cual es su carácter verdadero.

*
* *

Hemos expresado nuestra opinión sobre el General Reyes, así como sobre el Señor Corral, con toda sinceridad, y ésta nos obliga á decir que si bien es cierto que creemos que estos dos personajes serían funestos en la Presidencia de la República, es debido principalmente á que con ellos se prolongaría el régimen de poder absoluto, cuya prolongación sería mortal para nuestras instituciones y peligroso para nuestra independencia.

Sin embargo, debemos decir que al General Reyes le reconocemos grandes cualidades, pues se ha mantenido honrado en medio de la corrupción administrativa que lo rodea, y cuando estuvo al frente del Ministerio de la Guerra, dió pruebas de una incansable actividad, de un espíritu organizador y de que se preocupaba por preparar á la Nación para que estuviera en aptitud de defenderse contra algún ataque eventual.

Estas circunstancias nos hacen sentir hacia él cierta simpatía, é indudablemente que si la Patria estuviera en peligro, si estuviera amenazada por una invasión extranjera, quizá ningún mexicano es-

taría más apto que él para salvarla; convencidos de ello, le daríamos nuestro voto para Dictador, hasta que terminara la guerra y confiadamente iríamos á morir bajo sus banderas por la defensa de la Patria, con la seguridad de que en esas circunstancias solemnes, quizá ningúno otro llevaría más alto, ni más dignamente que él el Pendón Nacional.

Pero así como para las guerras se necesitan los grandes capitanes, que sin trabas de ninguna especie puedan llevar todos los hilos de la defensa nacional, para el tiempo de paz que es de reconstrucción, se necesita el juicio sereno del estadista, la cooperación de todas las inteligencias, la ayuda de todos los buenos ciudadanos, y este resultado sólo se obtiene habiendo libertad, la cual permite que la Patria aproveche las luces y los esfuerzos de todos sus buenos hijos, y á la vez los fortifica por medio de las prácticas democráticas, los hace más dignos, más celosos de sus derechos, y por último, hace que sean más amantes de ella, á quien llegan á considerar como á la madre cariñosa, á la vez que como á su propia creatura, puesto que con su esfuerzo contribuyen á su engrandecimiento.

Sólo la libertad ha dado alientos á los pueblos para defender su independencia.

¡No olvidemos las lecciones de la historia!

¡No nos dejemos deslumbrar por los galones!

¡Recordemos que Napoleón I con toda su gloria, arrastró á su Patria á una catástrofe!

¡Que Napoleón III con su falso brillo llevó á Francia al desastre!

¡Que el General Santa Ana, más hábil aún que

el General Reyes para confeccionar proclamas patrióticas, fué la causa del desmembramiento de nuestro Territorio Nacional! y por último, ¡que el General Díaz, con todo su prestigio, con su prudencia y su moderación, nos ha llevado á la servidumbre!

Desconfiemos pues de los militares ambiciosos; si aman á su patria, que lo demuestren trabajando por su engrandecimiento, y como acabamos de decir, éste sólo se obtiene por medio de la Libertad.

Por este motivo, si queremos asegurar nuestra vida como Nación independiente, necesitamos defender nuestra Libertad, como nuestra más preciosa herencia, porque ella será el faro luminoso que nos ha de guiar aun en medio de las más deshechas tempestades.

Además, no porque nos imaginemos que el General Reyes será capaz de salvar á la Patria en un momento dado, vayamos á premiarlo de antemano, dándole como recompensa nuestra Libertad. El General será de los que hagan pagar muy caro cualquier servicio que preste á la Patria y si no, allí están los alardes que hace á cada momento de la sangre por él derramada en defensa de la Patria, y de la toma que él hizo de Pueblo Nuevo, de cuya acción de armas de tan poca importancia, se han hecho magníficas pinturas y de éstas, fotografías que se reparten entre sus partidarios para que admiren el porte marcial y la bizarría del bravo General.

No por esto nos oponemos sistemáticamente á que un militar ocupe la Silla Presidencial, pero que sea un militar que por sus antecedentes nos ofrez-

ca garantías de respetar la Constitución, y como mejor prueba de ello, que suba á ese alto puesto por medio del sufragio de sus conciudadanos.

Si en estas condiciones llegara el General Reyes á la Presidencia, seríamos los primeros en guardarle todas las consideraciones. Pero mientras eso suceda, creemos que las pretensiones del General Reyes constituyen una seria amenaza para la Libertad, y por consiguiente para la República, lo cual nos obliga á llamar la atencióu de nuestros conciudadanos.

Desde el principio de nuestra obra hemos ofrecido que hablaríamos el lenguaje de la Patria, y por ese motivo se verá como no hemos vacilado en desenmacarar á los personajes que gozan de mayor prestigio. Sabemos que no les agradará nuestro lenguaje; pero que nos preocupa, pues á quien queremos servir, es al pueblo mexicano; tenemos fé en su poder, estamos resueltos á luchar á su lado, y con él venceremos ó correremos su suerte; pero cualquiera que sea el resultado de la lucha que se inicia entre el pueblo que quiere reivindicar sus derechos y los miembros de la actual administración que quieran perpetuar el régimen de poder absoluto, nosotros tendremos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

General Félix Díaz.

Hemos hablado de los dos porsonajes que más probabilidades tienen de llegar á la Vice-Presidencia de la República.

Ahora nos ocuparemos del General Félix Díaz, pues no será remoto que el actual Presidente quiera instituir una dinastía entre nosotros.

Algunas personas sensatas han llegado á temer lo anterior, y si nosotros tratamos este punto, es tan sólo por no dejar lacuna en nuestro trabajo.

Poco podemos decir del Señor General Félix Díaz, pues sólo es conocido en la Capital de la República y más bien por su modo de ser social que como hombre público.

Pues bien, si á pesar de haber figurado en escenario tan culminante, no se ha dado á conocer, es porque no tiene cualidades muy notables. Esto no siempre es un defecto, pero sí lo es en el caso que nos ocupa, pues es indudable que este Señor, al llegar á la Presidencia, intentará seguir la misma política que su tío y aunque se le facilitará sostenerse en el poder como ya hemos visto al tratar del Señor Corral, no podemos prever qué uso hará de él, pues como para ejercer el poder absoluto no hay más ley que la voluntad del que lo ejerce, resulta que no existe regla fija ninguna para prever las consecuencias que puedan resultar.

La historia nos enseña muchos casos de personas de una gran mansedumbre, de una amabilidad extrema, que respetaban la ley con un celo religioso, que amaban al pueblo, etc., pero que una vez llegados al poder absoluto, eran los tiranos más terribles. ¡No olvidemos nunca las lecciones de la Historia! Tiberio era casi un hombre modelo bajo el Imperio de Augusto, pero una vez con el poder absoluto, fué de los Emperadores más corrompidos y crueles de la antigua Roma.

Además, bastaría con el solo hecho de tener ciertas apariencias de dinastía, para que la candidatura del Sr. General Félix Díaz fuera recibida con su-

ma repugnancia por la Nación y esta repugnancia que si bien es cierto, todo hace aparecer como inofensiva, puede muy bien convertirse en un obstáculo terrible para su Administración.

En pocas palabras, diremos que este Señor intentaría seguir la misma política de su tío sin tener los mismos antecedentes, ni el mismo tacto, ni el mismo talento, y las consecuencias serían desastrosas para el país, á quien el porvenir se presentaría bajo la forma del siguiente dilema:

Continuación de la servidumbre, con la perpetuación indefinida del actual régimen de gobierno, ó la anarquía con el cambio de gobierno por medio de una revolución.

Consideraciones Generales.

Este dilema se presentará al tratar de cualesquiera de los sucesores que el General Díaz desee imponernos.

Por esta circunstancia, entre personas independientes se muestran todos tan difíciles de contentar cuando se habla de candidatos, pues á todas se les encuentran grandes defectos y se teme, con razón, que al tener en sus manos el poder absoluto, den rienda suelta á sus pasiones.

El General Díaz, para llevar adelante sus planes, ha tenido que violar la ley en el fondo, respetándola en la forma.

Este ejemplo seguido por toda la Nación, ha dado por resultado el desprestigio de la ley, que todo el mundo interpreta según su conveniencia y que al disimulo se le considere como una de las formas de cortesía, como una cualidad indispensable para prosperar en estos tiempos. Esto ha aca-

bado con la idea que debe de tenerse del honor y de la dignidad, pues lo que siempre se busca, es la observación de las fórmulas, el respeto á las apariencias, y el honor y la dignidad, no pueden existir sino en el fondo de las cosas, en las profundidas de la conciencia.

Pues bien, la Nación ha contraído esos hábitos funestos y el de obedecer ciegamente las órdenes de sus mandatarios.

Para que se extirpen tan profundos hábitos, será necesario una reacción vigorosa por medio de las prácticas democráticas, pues si continúa el actual régimen de cosas, la Nación seguirá por el camino que lleva. Los sucesores del General Díaz, procurarán no hacerle perder las costumbres adquiridas.

Pero no sería eso lo más funesto, sino que la Nación iría enriqueciendo su caudal de hábitos perniciosos, con cada nuevo mandatario.

Así por ejemplo: el General Díaz, es un hombre honrado y puro de costumbres, y sin embargo, no ha podido impedir una gran corrupción en su administración y cierta degeneración en las costumbres. Pero ¿qué sucedería si su sucesor llegará á ser un prostituido? Que ese ejemplo nefasto cundirá aun más rápidamente que la costumbre de violar la ley, porque después de todo, al violarla se lesionaban ciertos intereses materiales y había quien protestara, mientras que, contra los desórdenes del disoluto no habrá quien proteste sino que todos se apresurarán á imitar su ejemplo y á disculpar sus propias faltas con el ejemplo que reciben de más arriba. Así como ahora á nadie se le tiene á mal

que viole la ley, entonces nadie se escandalizará al ver que se cometan los más vergonzosos atentados contra la moral.

Debemos estremecernos al pensar en esta posibilidad, que desgraciadamente encontramos tan probable, si comparamos nuestra situación con la que han tenido que sufrir otros pueblos.

Pero sin ir muy lejos ¿no vemos como aquí en México todos intentan imitar al General Díaz, hasta en cosas tan triviales como tener su círculo de amigos y tomar un baño de regadera á las 5 de la mañana, como dice con tanto ingenio el Señor Lic. Moheno?

¿No vemos al General Reyes mandando hacer un magnífico cuadro en donde se representa la toma de Pueblo Nuevo, tan solo porque al General Díaz le hicieron otro representando el asalto de Puebla el 2 de Abril?

¿No vemos que todos los Gobernadores imitan el ejemplo del Caudillo Tuxtepecano, empleando hábilmente el famoso *extinguidor?*

Pues bien, si no vacilan en imitar al Jefe de Estado al manejar instrumentos ton peligrosos como el *extinguidor*, ¿por qué no lo imitarán al tratarse de dar amablemente rienda á todas sus pasiones?

Así como el General Díaz ha acabado con todo el valor civil, y con el respeto á la ley, su sucesor acabará con el valor personal y con el respeto á la dignidad humana, pues en una sociedad prostituida, se enervan todas las facultades nobles del alma y se rebaja al hombre al estado de bestialidad, puesto que el único móvil que lo guía es la satisfacción de los insaciables apetitos de la *bestia hu-*

mana; y las nobles aspiraciones del espíritu deLibertad, Igualdad y Fraternidad, no encuentran cabida en tal sociedad.

Que venga después un hombre ávido de riquezas, y entonces hasta el bien material de que disfrutan los ricos, se verá amenazado, y aumentará la corrupción y la Nación seguirá por la senda fatal que la llevará á su ruina.

Otra vez tendremos que defendernos del cargo de pesimistas que nos harán algunos de los que tienen ojos y no ven, pero les contestaremos lo de siempre: allí está la historia inflexible y serena. Ella nos demuestra que los pueblos más poderosos han llegado á la degradación más lastimosa, tan pronto como han abdicado su libertad y se han puesto en manos de un solo hombre.

Una vez establecido el poder absoluto, ya no habrá regla para escoger al gobernante.

Roma, acostumbrada á la servidumbre por Augusto, admitió á la muerte de éste, el yugo de Tiberio, austero y valeroso militar; pero una vez éste en el poder, dió rienda suelta á sus más bajas pasiones, las cuales había ocultado antes, porque se distinguía en el arte del disimulo, tan en boga en nuestros días. ¡Cuidémonos de esos que tan bien saben disimular!

Después, Roma admitió el yugo del primero que se presentaba, y la historia nos presenta el tristísimo espectáculo del pueblo más grande del mundo, coronando César á los más corrompidos cortesanos á los que habían hecho su carrera prestando servicios vergonzosos á sus antecesores, [leáse: Los Doce Césares de Suetonio].

Y esos hechos han pasado en otros países también, pero en ninguna parte han tenido un escenario tan vasto, y por ese motivo no han tenido la misma resonancia.

Ya vemos pues, cuan funesto sería para nuestra Patria dejar que se implante definitivamente en nuestro suelo el régimen de poder absoluto.

Lo hemos dicho varias veces, pero no nos cansaremos de repetirlo. El régimen de poder absoluto será funesto para nuestra Patria; pues si el General Díaz, á quien se reconocen tan grandes virtudes, nos presenta un balance tan desfavorable á su administración, tan sólo por haber establecido el peder absoluto, ¿qué será cuando su sucesor lo prolongue indefinidamente y no tenga las virtudes de nuestro actual mandatario?

Hay que desengañarse, vamos por una pendiente fatal, y nosotros no podremos sufrir tantos años de decadencia como resistió Roma, porque aquella gran República tenía una vitalidad asombrosa, y había conquistado á todo el mundo, así es que no existía ninguna Nación que pudiera atacarla; mientras que nosotros, somos un pueblo débil, que tenemos por vecino á un pueblo poderoso que bien puede desear ensanchar sus fronteras, invocando algún pretexto como lo sería el de regenerar á nuestro país. En este caso, nuestra resistencia sería muy débil y la pérdida de nuestra independencia segura.

A esto nos llevará uno de los extremos del dilema.

Si por el contrario, á la muerte del General Díaz la Nación no tolera más á su sucesor y por cualquier motivo que sea se levanta en armas contra él,

volveremos á la era de revueltas intestinas con su inseparable cortejo de vicisitudes, y con la amenaza constante de la intervención extranjera, que aunque nos encontraría más fuertes, porque el hecho de que la Nación hubiera reaccionado demostraría que aunque mal empleadas, tenía aún grandes energías, no por eso dejaría de ser un gran peligro, por lo menos, para la integridad de nuestro territorio.

Este extremo del dilema, aunque más violento, sería el que menos males acarrearía á la Patria, pues no es lo mismo perder parte del territorio de la República después de haberlo defendido valerosamente con las armas en la mano, que caer inermes bajo el peso de nuestros vicios, sufriendo la muerte vergonzosa del libertino.

A nadie se le oculta que nuestra situación internacional es muy delicada, necesitamos un gran tacto para evitar todo conflicto y gran patriotismo para fortalecernos, para elevarnos, á fin de que nuestra fuerza sea cada más imponente y más respetable.

México pasa por uno de los períodos de su historia más peligroso y sólo el patriotismo de todos los mexicanos podrá salvarlo de las tempestades que lo amenazan.

Pero la palabra patriotismo ha sido corrompida como todo lo demás. Ya nadie la interpreta en su verdadero sentido, sino que lo adulteran para servirse de ella según su conveniencia, así como hacen con todas las leyes.

Nosotros decimos: en este caso el patriotismo debía de consistir en que cada quien sacrificara sus ambiciones personales y procurara amoldar todos

sus actos á la ley, respetando nuestra sabia Constitución, rindiendo culto á la voluntad nacional libremente manifestada.

Los aduladores del General Díaz nos dicen: el patriotismo en las actuales circunstancias consiste en reelegir al hombre extraordinario que por más de 30 años ha llevado con raro acierto las riendas del gobierno; sólo él será capaz de llevar á la Nación á sus grandes destinos; déjemoslo que corone su obra.

Muy bien, decimos nosotros, no nos oponemos á que siga el General Díaz en el poder, si tal es la voluntad de la Nación; pero que se deje á ésta el medio de manifestarla libremente.

A esto contestan que siempre se ha dejado á la Nación en absoluta libertad, que el Jefe del Estado siempre ha rendido culto á la Constitución, que ha sido el infatigable sostén de la ley.

Con eso nos quitan todo argumento, pues nos hablan en un idioma que no es el nuestro. Nosotros empleamos el de la verdad y nuestros adversarios el convencional tan en boga en estos tiempos en que todo el mundo sabe representar tan bien su papel. Con este motivo, desconfiamos de todo lo que nos había dicho nuestro interlocutor, hasta lo referente al coronamiento de la obra del General Díaz, pues si por eso debemos entender que va á coronar su obra devolviéndonos nuestras libertades, no sabemos porqué no lo habrá empezado á hacer poco á poco que será como no resentiría ningún trastorno la Nación; en cambio, si por coronamiento de su obra, debemos entender la implantación definitiva del centralismo y del absolutismo,

entonces sí comprendemos muy bien, pero no estamos de acuerdo en que se lleve adelante tal coronamiento y nos opondremos á ello dentro de la ley, hasta donde nos alcanzen nuestras fuerzas.

Sin embargo, algunos publicistas ya no se toman la molestia de disfrazar su pensamiento y nos dicen con ruda franqueza «Aun no estamos aptos para la democracia, necesitamos una mano de hierro que nos gobierne.»

Desgraciadamente hasta esa *ruda franqueza* es falsa, pues no es eso lo que piensan; su idea es defender á todo trance el actual régimen de cosas tan favorable á sus intereses, pues los que así nos hablan son generalmente los que reciben beneficios más ó menos directos del Gobierno actual.

En efecto, la contestación á su afirmación es muy sencilla: Admitiendo por un momento que no estemos aptos para la democracia, ¿de qué manera lograremos llegar á familiarizarnos con sus prácticas si nunca se nos deja practicarlas? La frase de prácticas democráticas, que es la consagrada por la constumbre, implica desde luego la teoría puesta en acción y mientras esto no suceda, mientras los pueblos no lleven á la práctica los ideales democráticos, nunca se familiarizarán con ellos.

Por consiguiente, si ahora estamos menos aptos para la democracia que hace 30 años, como lo demuestra el hecho de que en aquella época existía en las cámaras de representantes un elemento oposicionista bien organizado, y que ahora no existe ni sombra de oposición. ¿qué sucederá si la actual situación se prolonga aún más? Lo lógico es esperar que el poco espíritu público que aun se nota,

acabará por desaparecer y cada vez estaremos menos aptos para la democracia.

Decíamos más arriba que solamente el patriotismo de todos los mexicanos puede salvar á la Patria de las tempestades que la amenazan.

Ya hemos visto que la corruptora influencia del absolutismo ha falseado hasta la significación de la palabra patriotismo, y hemos podido comprender que no debemos esperar que el elemento oficial haga algún esfuerzo para salvar á la Patria; pues mareados por la adulación, preocupados de su política personal, nuestros mandatarios no quieren ó no pueden ver el peligro á donde nos llevan.

Una vez hecha esta dolorosa reflexión, nos preguntamos ¿qué, por el sólo hecho de que no tenemos esperanzas de que nos salven nuestros actuales gobernantes, vamos á dejar que nos lleven al desastre? ¿qué entre el elemento independiente no se encontrarán ciudadanos bastante valerosos para organizar las fuerzas de la Nación y procurar salvarla, aun arrostrando las iras de los actuales mandatarios?

Fríamente hemos estudiado los dos extremos del dilema á donde nos llevarán el General Díaz y el círculo que lo rodea.

Para esto hemos considerado únicamente los elementos con que generalmente se cuenta, sin tener para nada en consideración el elemento pueblo, la voluntad nacional, que tendrá que terciar en la lucha que sostienen los dos bandos porfiristas al disputarse la preciosa herencia. Nosotros así lo creemos, y no solamente abrigamos esa convicción, sino que tenemos la seguridad de que ese elemento

tan despreciado en estos días, muy pronto llegará á revestir tal importancia, que será el que determine cual ha de ser su destino.

Pero antes de llegar á estudiar las fuerza con que cuenta el elemento independiente para la reivindicación de sus derechos, convendrá plantear de un modo claro el problema que tendrá que resolver.

Problema trascendental. El problema se reduce á lo siguiente:

¿Conviene á la Nación Mexicana la continuación del actual régimen de poder absoluto, ó bien la implantación de las prácticas democráticas?

Si lo primero, indudablemente que el papel de los ciudadauos independientes se reducirá á aprobar con su silencio ó con su indiferencia, la nueva reelección del General Díaz, y á los que quieran seguir en el poder, formar entre sí banderías para que resulte Vice-Presidente el que más les convenga para sus intereses particulares.

En cambio, si lo que conviene al país es la alternabilidad de los funcionarios por medio de la implantación de las prácticas democráticas, entonces el papel de los ciudadanos independientes debe ser importantísimo, pues deben de organizar un partido que por sus tendencias será democrático y procurar luchar valerosamente en la próxima campaña electoral contra el elemento oficial, pues de éste no podrá esperarse ningún esfuerzo en pro de la democracia.

Creemos haber demostredo de un modo fuera de duda, que la prolongación del régimen de poder absoluto será funesto para la República, y que no hay que esperar que la actual administración cam-

bie de tendencias; por consiguiente, es indispensable que el elemento independiente piense seriamente en el porvenir de la Patria, que sacuda su pesado indiferentismo, que haga un vigoroso esfuerzo, que se organice y que luche por la reivindicación de sus derechos.

En estas circunstancias, la única lucha posible y patriótica, será entre el absolutismo y la democracia.

Los partidarios del gobierno, ya sea por conveniencia ó por miedo, que se vayan afiliando en las banderas porfiristas, pues ya sea que como Vice-Presidente proclamen al Señor Corral ó al General Reyes, sus tendencias serán las mismas.

En cambio, el elemento independiente, el que quiere el gobierno de *todos*, que se afilie en las banderas del Partido Nacional Democrático, del cual hablaremos en los capítulos siguientes.

Este partido aun no existe de hecho, aun no está organizado, pero sí existe en las aspiraciones nacionales y el proyecto que vamos á presentar, proponemos que sirva de base para su organización.

Sabemos muy bien las dificultades tan grandes que presta la idea para llevarse á la práctica, pero creemos que es indispensable para la salvación de la Patria afrontar resueltamente la situación y no hemos vacilado en hacerlo.

Cuantas veces al grito de «al enemigo» han volado nuestros escuadrones afrontando una muerte segura para desalojar al invasor extranjero de las inexpugnables trincheras que ocupaba.

Pues bien, ahora también nos dice nuestra Patria: «al enemigo» y el enemigo es el poder absolu-

to; volemos pues al ataque; hagamos á nuestra Patria el sacrificio de nuestra tranquilidad, de nuestro reposo, de nuestra vida si es necesario, pero salvémosla, pues no hay que engañarnos, vamos á un precipicio y así como nunca hemos vacilado en exponer nuestras vidas cuando nuestra independencia ha sido amenazada por el invasor extranjero, tampoco debemos de escatimarlas ahora que el enemigo está dentro de nosotros mismos, y que amenaza seriamente nuestras libertades y aunque no tan visible como aquel, no por eso deja de darnos golpes más certeros minando nuestras instituciones, arrancándonos nuestras libertades, y maniatándonos, para entregarnos inermes al invasor extranjero, ó haciéndonos caer á tal degradación, que sucumbiremos bajo el peso de nuestros propios vicios.

Pero si aconsejamos que se desprecie la vida para salvar á la Patria, no por eso aconsejamos que se tomen las armas para combatir el actual gobierno, pues volveríamos á caer en el tristísimo *dédalo* de las guerras intestinas, que tantos peligros acarrearían á la Patria.

En las grandes luchas democráticas nunca corre la sangre hermana, nunca se arriesga la vida en ellas, pero aquí en nuestro país es diferente, pues los que están en el poder desde la victoria de Tecoac, nunca han respetado la opinión pública y cuando el pueblo ha querido hacer uso de sus derechos democráticos, se lo ha impedido el Gobierno valiéndose de la fuerza bruta, como lo atestiguan los ruidosos atentados del 2 de abril en Monterrey

y los menos ruidosos que ha presenciado todo Estado que ha querido reivindicar sus derechos.

Por estas circunstancias decimos que los que quieran luchar en la próxima campaña política y militar en los bandos anti-reeleccionistas, tendrán que resolverse á afrontar los más grandes peligros, aun la misma muerte si es preciso; pero es preferible que caigan algunas víctimas bajo el peso de la victoriosa espada que nos domina y no que se vaya á ensangrentar el país con un número muy superior como el que resultaría de una revolución.

Estas últimas, á pesar de ser innumerables, constituirían un sacrificio estéril, mientras que las otras á pesar de ser poco numerosas, prestarían inmensos servicios á la Patria, pues con su sangre lograrían cimentar la base del Partido Nacional Democrático, que una vez constituido, será la salvaçión de la Patria, ya sea que resulte vencido ó victorioso en la próxima contienda electoral.

¿ESTAMOS APTOS PARA LA DEMOCRACIA?

Hasta ahora solo nos hemos ocupado en estudiar la situación creada por el militarismo en México dedicando nuestra preferente atención al actual régimen de cosas, que consideramos como sus postreras consecuencias.

Hemos visto los males que ha acarreado al país el régimen de poder absoluto implantado por el General Díaz y sobre todo hemos procurado descifrar el porvenir que espera á la Patria Mexicana con la prolongación de este régimen y lo encontramos pavoroso, pues hemos visto que con vertiginosa velocidad marchamos á un abismo en donde quedarán para siempre sepultadas nuestras virtudes cívicas y nuestras virtudes nacionales, así como nuestra libertad y muy pronto también nuestra independencia.

Sin embargo, recapacitando sobre nuestro pasado, releyendo nuestra historia, encontramos episodios tan sorprendentes, acciones tan heroicas, mexicanos tan grandes, tan mágnanimos, que han aparecido en nuestro suelo nacional con tanta oportunidad para salvar á la Patria, que nos ha parecido percibir la mano de la Providencia que nos guía hacia nuestros grandes destinos.

Toda nuestra historia tiene cierto sello de grandeza que impresiona, y ese sello no deja de tenerlo ni aun la misma Dictadura del General Díaz, pues después de todo nuestro actual Presidente ha podido llevar á cabo una obra colosal, y se ha rodeado de tal prestigio en el extranjero y aun en el país, que se ha formado un pedestal altísimo, en la cima del cual ostenta su bronceada figura, siempre serena, siempre tranquila y con la mirada fija en los grandes destinos de la Patria.

El General Díaz no ha sido un déspota vulgar, y la historia nos habla de muy pocos hombres que hayan usado del poder absoluto con tanta moderación.

La obra del General Díaz ha consistido en borrar los odios profundos que antes dividían á los mexicanos y en asegurar la paz por más de 30 años, que aunque mecánica al principio, ha llegado á echar profundas raíces en el suelo nacional, al grado de que su florecimiento en nuestro país, parece asegurado.

El General Díaz, con su mano de hierro ha acabado con nuestro espíritu turbulento é inquieto y ahora que tenemos la calma necesaria y que comprendemos cuan deseable es el reino de la ley,

ahora si estamos aptos para concurrir pacíficamente á las urnas electorales para depositar nuestro voto.

***

La primera parte de nuestro estudio que ha consistido en escudriñar los hechos y sacar de ellos las deducciones necesarias, adolece forzosamente de un gran defecto y es que sólo nos hemos guiado por la inflexible razón, la cual sólo puede actuar en el terreno de los hechos. Por esa circunstancia fuimos inflexibles para valuar la obra del General Díaz.

Si no tuviéramos á nuestra disposición otro instrumento de investigación que nuestra fría razón, nuestro trabajo ya hubiera terminado. Habríamos encontrado el porvenir muy pavoroso, pero también habríamos encontrado que estábamos sin armas para combatirlo y tristemente tendríamos que resignarnos á ver perecer á nuestra Patria querida.

Efectivamente, la razón nos revela las insuperables dificultades que existen para intentar en el terreno de la democracia una lucha fructuosa entre el pueblo adormecido, olvidado de sus derechos, y sin fuerzas ni deseos para reconquistarlos, y el poder absoluto apoyado por el prestigio del General Díaz, por los innumerables miembros de su administración, por los inmensos recursos de que dispone, por los cuantiosísimos intereses creados á su sombra y mezclado con todos esos poderosos elementos, el brillo siniestro de las bayonetas y las bocas de fuego listas á arrojar sus candentes proyectiles.

Al estudiar fríamente este problema, no se encuentra más solución, que la de cruzarse de brazos y esperar estoicamente el porvenir, sin más esperanzas de salvarnos, que las que tendría una nave sin timón azotada por las embravecidas olas del mar.

Pero afortunadamente no es así. Tenemos á nuestra disposición otros medios de investigación que, penetrando más profundamente en el fondo de las cosas, nos harán encontrar fuerzas poderosas, elementos importantísimos de combate; los mismos que han estado siempre al servicio de nuestra Patria en sus días de peligro.

Esos medios conocidos por todos los grandes hombres de la humanidad, familiares para los creyentes, y que llamamos fé, intuición, inspiración, sentimiento, nos llevan á un terreno que la razón por impotente, no puede abordar.

Esa fé es la que siempre ha inspirado los grandes sacrificios, las abnegaciones sublimes; pero no es esa fé ciega que no sabe lo que cree, sino la fé ilustrada y profunda de los clarividentes, de los que á través de la metódica y fría narración de los hechos, han sabido descubrir los grandes destinos de los pueblos y han llegado á percibir la misteriosa mano de la Providencia que solícita guía sus pasos.

Bellísimos ejemplos de loque significa y de lo que vale esa fé, los encontramos en Cristo, redimiendo á la humanidad, en Cristóbal Colón descubriendo un Nuevo Mundo, en Hidalgo proclamando la independencia de nuestra Patria y en Juárez defendiéndola del invasor francés.

Pues bien, esa fé que nuestros grandes hombres han tenido en el brillante porvenir de nuestra Patria, nos la han trasmitido y la actual generación siente correr por sus venas la sangre generosa que no en vano derramaron nuestros padres.

La nueva generación siente vagos, pero vehementes deseos de libertad.

En el vasto territorio de la República, se nota un estremecimiento, el precursor de los grandes acontecimientos; el del guerrero que antes de entrar al combate concede ese momento de expansión á sus nervios.

Todo nos hace creer que la Nación Mexicana se prepara para la lucha, y para el pueblo mexicano, luchar, es vencer. La gran cuestión es que se resuelva á entrar en la lid.

Procuraremos estudiar con la mayor serenidad posible las fuerzas de que dispone el pueblo para la lucha, pero antes de pasar adelante debemos una explicación al lector.

Quizá le haya extrañado el juicio que al principiar este capítulo emitimos sobre el General Díaz, encontrándolo poco de acuerdo con algunos de nuestros juicios anteriores.

La explicación es sencilla:

Ahora lo consideramos desde otro punto de vista: Ya no es la razón inflexible la que guía nuestro criterio, sino el sentimiento que ve más hondo y más claro. Nosotros creemos que toda acción humana es determinada por factores muy diversos y muy complejos.

El valeroso soldado que en primera línea marcha al asalto, puede ser impulsado á la vez: por el te-

mor de que lo declaren cobarde, por la ambición de ascender, por la envidia y en muchos casos, viendo imposible toda retirada, se resolverá á emprender alguna acción heroica. En todas esas circunstancias no obra el patriotismo de un modo directo; sin embargo, la causa para que haya ido á ese ataque, fué el amor á la Patria, que ya por haberlo sentido en un momento de entusiasmo ó porque se lo comunicara alguno de sus amigos, fué la cuasa que lo determinó áalistarse bajo las banderas.

Además, parece que sobre las naciones se cierne un genio protector que va preparando los ánimos, para que todos insensiblemente coadyuven al mismo fin.

Así pasa con nuestra actual situación, y nosotros, que creemos vislumbrar albores de redención, encontramos que el General Díaz puede ser uno de los instrumentos de que se valga la Providencia para llevarnos á nuestros grandes destinos.

Efectivamente, hasta ahora hemos hablado del General Díaz por los hechos que le conocemos; pero, ¿quién nos asegura que este hombre, que ha demostrado ser un hombre extraordinario, no vaya á consumar su carrera con una acción magnánima y generosa que lo pondría en primera línea entre los grandes hombres no solamente de la Patria sino de la humanidad?

El juicio definitivo sobre el General Díaz, corresponde á la historia, que podrá valorizar serenamente el resultado de todos sus actos.

Nosotros no sabemos cual será el último acto del gran drama nacional, que tan brillantemente se inició en Tecoac. ¿Presenciaremos una lucha en

que bañada en sangre sea ahogada para siempre la Libertad, ó bien que ésta resulte victoriosa en la contienda y se desplome con ruido atronador el poder absoluto?

Estos posibles desenlaces serán en el caso de que el General Díaz se obstine en no hacer ninguna concesión á la voluntad nacional, en cuyo caso estaría más que justificado nuestro juicio anterior.

Pero si en vez de observar tal conducta, el General Díaz, obrando con magnanimidad rara, se resuelve á respetar la voluntad nacional, entonces el final de su carrera será tan gloriosa, que opacará su historia anterior y las faltas por él cometidas, aparecerán pálidas ante los fulgores de su gloria.

El General Díaz, por sí solo, seguramente nó observará tal conducta, pero viendo que la Nación se la exije, quizá haga como el soldado que viendo difícil su retirada se resuelva á cometer una acción heroica. El resultado será el mismo, pero entre más espontánea sea la determinación del General Diaz, más lo honrará.

En resumen, en los capítulos anteriores hemos juzgado al General Díaz tal como se ha presentado, pero también hemos juzgado con dureza á todo el pueblo mexicano que se ha dejado arrastrar por la corriente avasalladora del servilismo.

En lo sucesivo, y atentos al despertar de la Nación que creemos percibir, juzgaremos al pueblo mexicano y al General Díaz, como creemos que puedan comportarse en la lucha. El pueblo, fuerte; el General Díaz, magnánimo.

Si el pasado acusa al General Díaz, el porvenir podrá reivindicarlo.

De cualquier manera que sea, el pueblo, que hasta ahora se ha mostrado indiferente por la cosa pública, asumirá en lo sucesivo el papel que le corresponde y principiará por hacer balance á la administración del General Díaz, aprovechará todo el bien que éste le haya hecho, y sin recriminaciones inútiles, se dedicará á remediar los males que le haya causado.

Ese es el porvenir que soñamos para nuestra Patria.

Veamos si es posible

*
* *

Lo esencial es saber realmente si estamos aptos para la democracia.

Dos factores importantes tendrán que influir de un modo poderoso en las luchas democráticas.

El primero, el pueblo.

El segundo, el gobierno.

Estudiaremos pues estos dos elementos separadamente:

El pueblo mexicano está apto para la democracia

Según intentamos demostrar en algunos de nuestros capítulos anteriores no es tan difícil como se quiere hacer aparecer, el que un pueblo haga uso pacíficamente de sus derechos electorales.

La principal dificultad para que se implanten esas prácticas en nuestro suelo, la han querido encontrar algunos publicistas en la ignorancia del 84% de nuestra población que es enteramente analfabeta.

Nosotros creemos que se exajera la importancia de ese obstáculo, por falta de valor para denunciar el principal, del cual nos ocuparemos más allá.

Temen algunos publicistas que el pueblo ignorante constituya un factor poderosísimo en manos del gobierno que lo manejará á su voluntad por medio de sus Jefes Políticos, ó del Clero que lo llevará á donde él quiera valiéndose de la influencia de los párrocos.

Algo de cierto debe haber en el fondo de esa afirmación, pero nosotros hemos observado en algunos ensayos democráticos practicados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, que el pueblo seguía más bien á sus amos, ó á las personas que le inspiraban más simpatía, y que la autoridad no disponía sino de los empleados á su servicio y de los sirvientes de sus partidarios.

El clero no tomó parte en esos movimientos, pero sí intervinieron algunos sacerdotes aislados, luchando con entereza al lado del pueblo. El clero mexicano ha evolucionado mucho desde la guerra de Reforma, pues lo que ha perdido en riqueza, lo ha ganado en virtud. Además, el clero seglar siempre ha sido partidario del pueblo; el que ha tendido á la dominación, es el regular, pero éste ha perdido todo su prestigio en México y ya no intentará un imposible, como sería que retrogradáramos más de medio siglo.

Decimos ésto, porque no nos parece oportuno preocuparse por la influencia del clero, porque éste se ha identificado con las aspiraciones nacionales y si llega á ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas á todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas y negársela á los que tie-

nen ideas diferentes. Con esa política, falsearíamos la libertad y caeríamos en el extremo opuesto.

Es pueril temer en nombre de la Libertad, la luz de la discusión.

Mientras las armas del pensamiento sean usadas libremente por todos los mexicenos, no debemos de temerlas. Que unos profesen una fé, otros otra; que unos crean en la eficacia de unos principios y otros los juzguen perniciosos; poco importa; por el contrario: que vengan las luchas de la idea, que siempre serán luchas redentoras, pues del choque de éstas siempre ha brotado la luz, y la Libertad no la teme, la desea.

Ya vemns pues como no debemos temer la influencia del clero, ni mucho menos querer obstruir su acción siempre que sea legítima.

En cuanto á la acción de la autoridad, indirectamente es mayor sobre las masas, porque los grandes capitalistas generalmente son partidarios del gobierno constituido y ocupan muchos obreros en sus talleres y jornaleros en sus haciendas, á los que fácilmente obligan á votar en favor de las candidaturas oficiales.

Esta acción, sin embargo, no debemos de temerla grandemente, pues el gobierno no se ha preocupado en disciplinar á sus partidarios porque no los ha necesitado y el día que los necesite, tendrá que hacerles algunas concesiones que redundarán en bien de la colectividad. Además, la influencia personal de los gobernantes es igualmente legítima y no debemos discutírselas.

Cuando los gobernantes lleguen á la necesidad de recurrir á esas maniobras electorales, será por-

que se habrá iniciado la lucha democrática y con tal de que no se recurra á medios violentos, la Democracia no tiene nada que temer.

El pueblo ignorante, no tomará una parte directa en determinar quienes han de ser los candidatos para los puestos públicos, pero indirectamente favorecerá á las personas de quienes reciba mayores beneficios y cada partido atraerá á sus filas una parte proporcional de pueblo, según los elementos intelectuales con que cuente.

Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quienes han de llevar las riendas del gobierno.

Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partidos que se reducen á un pequeño número de intelectuales.

Estos están constantemente pulsando la opinión pública á fin de adoptar en su programa lo que sea más adecuado para satisfacer los aspiraciones de la mayoría, dando por resultado la constante evolución de los partidos. Así observamos en los Estados Unidos, que el partido Republicano, que era el partido de los capitalistas, tuvo que atacar á los *trusts* para poder conservar el poder por cuatro años más.

Aquí en México pasaría lo mismo y no sería la masa analfabeta la que dirigiría al país, sino el elemento intelectual.

Pasando ahora á otro orden de ideas, diremos que la ley concede el sufragio á todos los mexicanos que pasen de 21 años y que lo que deseamos por lo pronto, es que se cumpla con la ley. Después, cuando las cámaras estén nombradas por

el pueblo, en uso de los derechos que le concede la ley electoral por más defectuosa que sea, entonces será tiempo de reformarla. Nosotros creemos que es prematuro emitir juicios sobre ella, porque desde que tenemos uso de razón no la hemos visto funcionar. Opinamos que será preferible que se observe la ley electoral, por mala que sea, á que siga el actual régimen de cosas, que no obedece á ninguna ley, ni buena ni mala.

Hemos procurado demostrar que la ignorancia no es un obstáculo para que se implanten entre nosotros las prácticas democráticas, y ahora pasaremos á probarlo con hechos.

¿Qué en la Grecia mitológica y en la antigua Roma, habría más del 16% de sus habitantes que supieran leer y escribir ó estarían más civilizados que nosotros?

¿Qué en la Francia del 93 estaría tan desarrollada la instrucción pública que en nuestro estado actual no pudiéramos resistir una comparación?

Pues bien, los griegos y los romanos de aquella época, á pesar de que en su inmensa mayoría no sabían leer ni escribir, que eran infantilmente supersticiosos, y que tenían costumbres tan bárbaras, que no resisten comparación con nuestro actual estado de adelanto, estaban perfectamente aptos para la democracia y precisamente á sus prácticas regeneradoras, es á lo que debieron la gloria de haber llevado á sus países, á una altura y á una grandeza no conocidas hasta entonces.

La Francia de 93, á pesar de que el pueblo era en su mayoría analfabeta, llevó á cima una de las empresas más colosales que ha presenciado el

mundo, tan pronto como hubo implantado en su suelo las mismas prácticas, las cuales se aclimataban tan rápidamente en ese país que por tantos siglos había soportado la tiranía del poder absoluto, que el mismo Napoleón con su irresistible prestigio, no se atrevió á atacarlas en principio y el haberlas conculcado en su esencia fué lo que le acarreó su estruendosa caída.

Por último, el Japón de hace 40 años, era más ignorante que nosotros hace 30, y sin embargo, gracias á la solicitud verdaderamente paternal del Mikado, que dió libertad á su pueblo, han florecido en su suelo las prácticas democráticas que han llevado al Japón á un puesto envidiable entre las naciones civilizadas.

Pasando ahora á nuestra historia. ¿Qué mejor prueba queremos para convencernos de que el pueblo mexicano está apto para la democracia que la elección que hizo de representantes para el Congreso Constituyente de 57, cuyo Congreso honraría á cualquiera de las Naciones más civilizadas del mundo?

Y después, durante las administraciones de Juárez y de Lerdo, ¿no hubo constantemente en el Congreso un partido independiente que hacía oposición á los actos del gobierno cuando no estaban de acuerdo con sus aspiraciones? Ese partido, nombrado por el pueblo, ¿no fué ensalzado hasta las nubes por el mismo General Díaz?

Por último, los movimientos democráticos iniciados en Nuevo León, Yucatán y este Estado, han demostrado que el pueblo se aviene muy bien á esas prácticas, como se demostró por los numerosos clubs ramificados en los diferentes Estados, los

cuales obedecían á un club central, que representaba al partido político. Estos partidos estaban perfectamente organizados, contaban con numerosos periódicos, y eran dirigidos con acierto y con patriotismo en las maniobras electorales, por las directivas que se habían electo oportunamente. Estos partidos fracasaron en sus luchas, porque armados únicamente con el derecho, no pudieron neutralizar la influencia de la fuerza empleada por el gobierno. Además, un Estado aislado, nunca podrá luchar en contra de la influencia de la Federación.

A pesar de que los partidos populares fueron derrotados con armas de mala ley, el pueblo dió grandes pruebas de cordura, puesto que á pesar de verse vilmente ultrajado, burlado, perseguido, y viendo la ley violada, prefirió permanecer en paz antes de recurrir á medios violentos para hacer respetar sus derechos.

¿No es la mejor prueba de que en el pueblo mexicano se han olvidado las costumbres que lo llevaban á la revuelta?

¿No es de esperarse que un pueblo que respeta á una autoridad, aun cuando infringe la ley, la respete más seguramente, con verdadera satisfacción, cuando en ella apoye sus actos?

Por otra parte, el espíritu de asociación ha echado hondas raíces en la República como lo demuestran las formidables asociaciones de ferrocarrileros, de fogoneros, de empleados de todas clases y de obreros en las fábricas de tejidos de algodón.

Esas asociaciones han dado prueba de gran cordura, de gran patriotismo, de que tienen un verdadero espíritu de unión y sus asambleas revisten tal seriedad, sus acuerdos tienen tal sello de ilustración

y de sentido común, que los que propusieron y apoyaron esas proposicienes, no representarían un mal papel en un Congreso Independiente.

Por último, la prueba más notable del espíritu de unión y de la ansiedad que abrigan los pechos de los independientes por hacer algo en pro de la reivindicación de nuestros derechos democráticos, la tenemos en el Congreso de Periodistas, á donde concurrieron delegados hasta de los últimos confines de la República: de Yucatán, Sonora y Sinaloa.

En ese Congreso, se consolidó una unión estrechísima, y en lo sucesivo toda esa falange de valientes luchadores marchará al unísono, y fortalecidos por la unión, representarán un papel importante en la gran lucha entre el poder absoluto y la democracia que muy pronto presenciaremos.

Como conclusión de las razones que hemos expuesto, creemos que podemos afirmar enfáticamente que *sí estamos aptos* para la democracia.

Comprendemos que 30 años sin practicarla habrán atrofiado algo el organismo de la Nación, pero también comprendemos que cuanto más se deje pasar el tiempo, la atrofia será más completa.

Es pues indispensable, si no queremos que nuestra Patria llegue á la miserable situación de verse completamente atrofiada, y maniatada, que hagamos un vigorozo esfuerzo, para poner en movimiento su organismo,

¿La actual administración tolerará las prácticas democráticas?

Indudablemente que el principal obstáculo para que en nuestro país hayan podido implantarse las prácticas democráticas, es el mili-

tarismo, que no reconoce más ley que la fuerza bruta. Creemos haberlo demostrado suficientemente en el curso de este trabajo.

Este será por consiguiente el principal escollo con que tropezará el pueblo para hacer uso de sus derechos electorales.

Veamos como podrá vencer este obstáculo.

Desde luego se comprende que el General Díaz que debe el poder á su espada victoriosa, difícilmente permitirá que ese poder le sea quitado mientras su espada conserve su prestigio.

Esta idea está en la conciencia nacional, y como todos opinan que es mejor esperar á que desaparezca de la escena política el General Díaz aun cuando esta situación se prolongue por algunos años más, con tal de que el suelo de la República no vuelva á ser manchado con sangre hermana, resulta que no hay quien se anime á promover ningún movimiento democrático, porque prevalece la opinión de que se fracasará ruidosamente, si es que no se corren peligros mayores.

Nada difícil sería esperar unos cuantos años para hacer uso de nuestros derechos democráticos, si esto debiera suceder al abandonar este mundo el General Díaz, pues por más higiénica y metódica que sea la vida que lleva, no puede ya prolongarse mucho; pero ya hemos demostrado que es un error creer que las cosas pasarán de tal modo y que lo más probable es que se prolongue, y aun se agrave, el actual estado de cosas.

En vista de este obstáculo ¿qué determinación tomar? ¿cuál será el remedio para la situación actual?

El remedio consiste en luchar con constancia hasta que se logre el primer cambio de funcionarios por medios democráticos. Si la Nación llega á organizarse fuertemente en partidos políticos, al fin logrará que se le respeten sus derechos y una vez obtenido el primer triunfo, se habrá sentado el precedente, y sobre todo, un gobernante que debe su poder á la ley y al pueblo, siempre será respetuoso para con ellos y obedecerá sus mandatos.

Para obtener ese triunfo pueden contribuir muchos otros factores, pues viendo á la Nación tan fuerte por medio de la organización de partidos, algunos de los Gobernadores, ó de los Presidentes cederá por temor á la opinión pública, ó porque él también se haya contagiado de las ideas democráticas, y quiera hacerse grande por medio de una acción magnánima.

Sobre todo, hay que tener presente que cualquier ventaja, cualquier concesión, cualquier conquista obtenida por las prácticas democráticas, será una cosa duradera, mientras que un triunfo, por importante que sea, obtenido con las armas, no hará sino agravar nuestra situación interior, sin contar con los peligros de una intervención, que aunque no creemos tan probable como muchos otros publicistas, no por eso dejemos de tomarla en consideración.

Resumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, encontramos que se ha calumniado al pueblo mexicano al decir que no está apto para la democracia, y que quien no lo está, es el actual gobierno, cuyo poder dimana de la fuerza, y que por

consiguiente, considera á ésta como la ley suprema.

Hemos llegado á un grado en el que toda la Nación respeta la ley. Ya sólo falta que la respeten el General Díaz y los que lo rodean, para que la Nación pueda entrar de lleno en el ejercicio de sus derechos, para que se restablezca en el fondo, el régimen constitucional.

Si el General Díaz llegara á dar el grandioso ejemplo de respetar la ley y la voluntad nacional en la próxima lucha electoral, habria sentado un precedente que ninguno de sus sucesores se atrevería á quebrantar, y entonces si habría coronado su obra de la pacificación nacional, consolidándola con el prestigio de la ley, con la majestad de la voluntad nacional, con el prestigio que le daría acción tan magnánima.

No hay que imaginarse que esto sea tan difícil. Hasta la fecha, al tratarse de elecciones presidenciales, muy pocos signos ha dado la Nación de que no quiere que siga al frente de sus destinos el General Díaz, y ese sentimiento tácito, bien puede él tomarlo como la aprobación de todos sus actos. Por este motivo, repetimos que aun no es tiempo de juzgarlo. Esperemos que conducta observe en la próxima campaña electoral, pues todo hace creer que habrá lucha, porque el pueblo comienza á apercibirse del peligro que corre si sigue como observador impasible de los hechos, en vez de asumir su soberanía.

Por consiguiente, si estamos convencidos de que el pueblo mexicano está apto para la democracia y

que es indispensable que principie á ejercer sus derechos, veamos de que modo podrá organizar sus fuerzas.

Después estudiaremos la actitud probable de la actual administración, frente al pueblo, perfectamente organizado.

EL PARTIDO NACIONAL DEMOCRATICO.

Antes de abordar de lleno la cuestión, hagamos un lijero examen de los partidos políticos en México.

Los dos grandes partidos que se formaron desde que conquistamos nuestra independencia: el liberal y el conservador, representaban las aspiraciones y los intereses de dos grandes grupos de mexicanos en aquella época.

El primero, de ideas avanzadas, que quería implantar en nuestro país los principios más modernos, y el conservador que deseaba que se conservaran hasta donde fuera posible, las costumbre antiguas. Este partido estaba integrado principalmente por la gente de dinero, siempre conservadora, y por el

Clero, que poseía inmensas riquezas, y que buscaba á la sombra de un gobierno de su hechura, la protección de sus cuantiosos intereses.

Inútil será referir las largas luchas que sostuvieron esos dos partidos.

Nos bastaría decir que en el Cerro de las Campanas, quedó sepultado para siempre el antiguo partido conservador.

Cuando el partido liberal hubo triunfado definitivamente, se disgregó en dos partidos personalistas, pues ambos proclamaban los principios liberales y enarbolaban la Constitución de 57 como su divisa de combate.

Estos dos grandes partidos, los constituían los Juaristas y los Lerdistas por un lado, y por el otro los Porfiristas.

Ya hemos visto como llegó al poder este último partido.

La política de conciliación del General Díaz, vino á borrar los últimos vestigios del partido conservador.

Sin embargo, la política anti-constitucional del General Díaz ha creado muchos descontentos, y estos se encuentran en los que se preocupan por el porvenir de la Patria, ya sea que sus ideas los acerquen al antiguo partido conservador ó al liberal.

Estos descontentos, ó sea el elemento oposicionista, constituyen en realidad un partido, pues aunque no esté constituido ni organizado, existe la aspiración uniforme de un grupo de ciudadanos hacia un mismo fin, y esa aspiración será el móvil que los lleve á unirse y á organizarse.

Este partido no tiene por lo pronto otra aspiración

sino que la voluntad nacional pueda libremente intervenir en el nombramiento de los gobernantes.

Las aspiraciones de ese partido son por consiguiente substituir el gobierno absoluto de *uno solo*, por el gobierno constitucional nombrado por *todos* los ciudadanos.

Por esta circunstancia encontramos que las dos grandes banderías ya organizadas que dividen actualmente la opinión del elemento oficial, son los que desean que siga el actual régimen de cosas. Estas se llamarán reeleccionistas, pues han querido ocultar sus verdaderas ambiciones tras el General Díaz, cuya reelección proclaman como indispensable, aunque en realidad los grupos de reeleccionistas, el Científico y el Reyista, verían con gusto que el grande hombre que nos gobierna dejara el poder para apoderarse de su rica herencia.

Esos dos partidos, de tendencias semejantes, debían de llamarse absolutistas, pues es el principio de gobierno que profesan, pero no se atreven á declarar francamente sus tendencias, y pretenden ser partidarios de la Constitución, lo cual no es cierto.

El otro gran partido formado por los que no están contentos con la conducta anti-constitucional del General Díaz, podrían llamarse «Constitucionalistas»; pero esta denominación sería poco oportuna, pues ningún partido rechaza la Constitución; todos pretenden apoyarse en ella; lo que sucede, es, que un grupo determinado quiere respetarla solamente en la forma y en el fondo continuar con el poder absoluto, mientras que el otro grupo quiere que se aplique en la forma y en el fondo, por medio de las prácticas democráticas.

Creemos por consiguiente bastante justificado el nombre que proponemos para el gran Partido que se organizará con los elementos dispersos de lo que hasta ahora se ha llamado partido independiente, ó de oposición. y que más bien han existido localizados en los Estados, pues nunca se ha iniciado un movimiento verdaderamente nacional, para unir esos elementos; el único que podría reclamar esa esa honra, el partido liberal, no manifestó francamente sus tendencias, y más bien parecía que quería resucitar las antiguas luchas entre liberales y conservadores; además, muy pronto fué ahogado en su cuna por medio del ruidoso atentado de San Luis Potosí.

Tendencias del Partido Nacional Democrático.—Su programa.

Todo partido político debe tener su programa; que será el que desarrolle cuando obtenga el poder, ó trabajará en las Cámaras para que se lleve á la práctica á medida que lo permitan las circunstancias.

Mientras más extenso sea su programa y encierre más principios, será más reducido el número de los que lo aprueban en su integridad.

Partiendo de este principio, convendrá que el programa del Partido Nacional Democrático, sea lo más conciso posible, á fin de que dentro de él puedan encontrar el medio de satisfacerse las diversas tendencias que forzosamente tendrán los que ingresen á su seno, siempre que sean sanas y patrióticas.

Como hemos dicho, el antiguo partido conservador ya no existe. Sus elementos dispersos, han

ingresado según sus tendencias, á los dos grandes partidos que se esbozan: el reeleccionista ó absolutista y el anti-reeleccionista ó democrático.

Igual ha pasado con los elementos del partido liberal.

Por consiguiente, al rededor del gobierno se han agrupado los elementos que sólo piensan en su bienestar personal, lo cual les hace precindir de principios y cualesquiera que sean los que profese el Jefe del Gobierno, serán ellos sus partidarios.

No pasará de igual manera entre las filas del Partido Democrático, porque todos los que ingresen á el, por la naturaleza misma de las cosas, tendrán que ser personas de principios firmes y no transigirán tan fácilmente con ellos.

En nuestro concepto, y según el movimiento que hemos observado en la prensa independiente, llámese católica ó llámese liberal, parece que predomina la idea siguiente:

Trabajar dentro de los límites de la Constitución, porque el pueblo concurra á los comicios para que sea él quien nombre sus mandatarios y sus representantes en las cámaras.

Una vez obtenido este primer triunfo y habiendo logrado que las cámaras estén integradas por representantes legítimos del pueblo, trabajar por que se decreten las leyes necesarias para evitar que vuelva á repetirse el caso de que un hombre concentre en sus manos todos los poderes y los conserve durante una era tan prolongada.

Para lograr este objeto, una medida cuya eficacia es generalmente admitida, consiste en volver á adoptar en nuestra Constitución federal y en los

locales de los Estados, el principio de no-reelección.

Por consiguiente, estos serán los principios que proponemos para que sirvan de programa al Partido Demócratico.

Libertad de sufragio.

No-reelección.

Una vez obtenido el triunfo del primer principio y establecido en nuestra Constitución el segundo, entonces será tiempo de estudiar con entera calma y con las luces de la experiencia, cuales serán las reformas que convenga hacer á la ley electoral, estudiar si nos convendría cambiar de forma de gobierno adoptando definitivamente el parlamentarismo con ministros responsables y un Presidente que no gobierne á fin de que presida con más magestad á los destinos de la Nación. Con este motivo, habrá acaloradas discuciones en las cámaras, y el Partido Nacional Democrático se tendrá que dividir á su vez en los dos grandes partidos que en todos los países del mundo han representado las tendencias opuestas de la opinión: el liberal y el conservador.

El primero, queriendo siempre avanzar con febril entusiasmo; el segundo moderando sus impulsos, haciéndolo que marche con pies de plomo, dando por resultado que esos dos partidos, equilibrándose constantemente, harán que nuestro progreso sea pausado, pero seguro. Sin embargo, los dos futuros partidos estarán de acuerdo en los grandes principios democráticos, por cuyo motivo dejará de subsistir esta denominación para ser reemplazadas por otras más oportunas.

Cuando esto llegue á suceder y que de un modo definitivo se implanten las prácticas democráticas,

entonces el pueblo tendrá á su disposición el medio de hacer conocer sus aspiraciones, las cuales serán en muchos casos definidos por los partidos políticos que siempre estarán ocupados en buscar la fórmula que más aceptación tenga en la República, tanto por el deseo muy patriótico de buscar el progreso y el bienestar de la Nación, como por conveniencia para el mismo partido.

Así como ahora vemos al partido Científico y el Reyista adulando al General Díaz á quien juzgan omnipotente, entonces veremos á los partidos que resulten, adulando al pueblo, cuya omnipotencia será más duradera y más efectiva.

Oportunidad para formar el Partido Nacional Democrático.

La frase que tanto ha llegado á popularizarse de que después del General Díaz no admitiremos más dominio que el de la «ley» hace creer á muchas personas que el momento oportuno para proceder á la formación de este partido, será á la muerte del General Díaz, pues se juzga que mientras él viva, no lo permitirá y que por estas circunstancias, intentar formar un partido de oposición desde ahora, sería una temeridad.

Nosotros no opinamos de esa manera, y más bien estamos convencidos de que la oportunnidad para la formación de ese partido es lo más pronto posible, lo cual procuraremos demostrar.

Efectivamente, los peligros para formar ese partido, serían mayores á la desaparición del General Díaz, porque su sucesor, joven, y con gran ambición, no vacilaría en recurrir á medidas violentas para afianzarse en el poder, que indudablemente

desearía disfrutar por muchos años; mientras que el General Díaz, que está ya tan cerca de la tumba, no tiene el mismo aliciente; más bien ha de encontrarse cansado de llevar por tantos años el peso de los negocios públicos, y no será remoto que ya aspire al descanso.

Además, el General Díaz ha llegado á adquirir tal gloria, tal prestigio, que no querrá exponerlo recurriendo á atentados sangrientos al fin de su carrera, con el objeto de sostenerse unos cuantos años más en el poder, del cual ha disfrutado por un largo período de tiempo, y el cual ya no ha de ner á sus ojos la misma novedad.

Por último, es indudable que el General Díaz es de una moralidad superior á sus probables sucesores, y es más lógico esperar que él haga alguna concesión á la voluntad nacional, que cualquiera de estos últimos, porque no hay que olvidar que él tiene grandes compromisos con la Nación, á quien no ha cumplido sus promesas de Tuxtepec. Ahora que el General Díaz no tiene más que temer que el fallo de la historia, ni más que desear que la gratitud nacional, no será remoto que procure atraerse á esta última y asegurarse un fallo favorable de la primera, respetando en sus últimos días la voluntad nacional y cumpliendo todas las promesas que antes hiciera á la Patria.

En este caso, el General Díaz podría justificarse ante la historia, diciendo: «Es cierto que no cumplí á la Nación las promesas que le hice cuando por dos veces la induje á levantarse con las armas en la mano para conquistar el principio de no-reelección; pero es porque temí que al dejar yo el

poder, volviera mi Patria querida á la era funesta de las revueltas intestinas. Con mi permanencia en el poder, maté al militarismo, acabé con el espíritu turbulento, hice que en todos los ámbitos de la República se respetase la ley; consolidé la paz, extendí por todo el país una vasta red ferrocarrilera, construí grandiosas obras materiales, á la sombra de mi administración favorecí la creación de cuantiosos intereses privados, aumenté la riqueza pública; de mi Patria turbulenta, pobre, sin crédito, he hecho un país pacífico, rico y que goza de un justo crédito en el extranjero. Es posible que para llevar á cima esta obra, haya cometido algunas faltas; todo el mundo está expuesto á errar, pero esas faltas han sido de buena fé y la prueba de ello es que la principal que se me puede imputar: el que me haya colocado arriba de la ley, sólo la he cometido mientras lo he juzgado indispensable para llevar á feliz término mi obra, puesto que ahora que creo que ésta está terminada, que el país está apto para ejercer sus derechos, devuelvo á la ley su imperio, su majestad y yo mismo me coloco debajo de ella, á fin de que en lo sucesivo sea la ley la guardiana de la paz, la que que asegure el progreso indefinido de mi Patria, pues creo que no podré tener sucesor más digno. Los últimos días de mi vida los consagraré á defenderla, á consolidar su prestigio, poniendo á su servicio todo el mío, y ¡hay de quién quiera atentar contra la ley que yo seré el primero en respetar!»

Aunque los intransigentes podrán hacer algunas objeciones, la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los ciudadanos aclamarían al General Díaz, que

en un solo momento llegaría á la gloria que ambicionaba Washington «á ser el primero en el corazón de sus conciudadanos».

El prestigio del General Díaz llegaría entonces á tal grado, que en donde quiera que se encontrara sería considerado como el árbitro de nuestros destinos y la gratitud nacional hacia él, no tendría límites.

Es cierto que el General Díaz dijo en substancia, esto mismo á Creelman, pero esas declaraciones hechas á un extranjero fueron desde luego muy desvirtuadas y han perdido todo el valor que les quedaba, con el hecho de que ha demostrado que no eran sinceras.

No pasaría lo mismo si el General Díaz en vez de nuevas declaraciones se limitara á respetar la ley, á garantizar á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, á no poner trabas á la formación de partidos independientes, á no permitir que el sufragio fuera adulterado. Entonces sí, apoyado con los hechos, sus declaraciones tendrían gran peso; su palabra, el acento conmovedor de la verdad; sus actos, la grandeza digna de nuestra historia y digna de nuestros destinos.

Ya lo hemos dicho, no será remoto que el General Díaz se resuelva á observar esta conducta, cuando vea que la Nación, organizada formidablemente en partidos políticos y agitada por el calor de la lucha, le haga oir su voz, le manifieste virilmente sus deseos, pues eutonces el General Díaz tendrá que convenir en que la Nación está verdaderamente apta para la democracia, y en parte por el deseo de cumplir sus antiguos ofrecimientos, por

temor al fallo de la historia y por el deseo de aparecer magnánimo y en parte por el temor de no comprometer en su avanzada edad sus laureles en una lucha contra el pueblo, tomará la determinación heroica de abdicar de su poder absoluto y de someterse á la ley.

Comprendemos que estas consideraciones son de poco peso para la mayoría, que tampoco cree posible que haya lucha electoral; pero nosotros hablamos en el caso de que el pueblo despierte, que se levante enérgico y decidido á hacer uso de sus derechos, pues en caso contrario, no será el General Díaz ni ninguno de sus sucesores los que lo han de despertar, los que lo han de hacer que reclame sus derechos, y ésto, por la razón misma de las cosas, porque siempre han existido tendencias opuestas entre gobernantes y gobernados; los primeros, procurando adquirir la mayor suma posible de poder; los segundos, limitándolo para mejor garantizar su libertad.

De todos modos comprendemos que estas consideraciones por sí solas no bastarían á demostrar que ahora es la oportunidad para la formación del Partido Nacional Democrático, pero tenemos otras razones de gran peso que pasamos á exponer:

Organizándose este partido antes de las elecciones de 1910 tendría la seguridad de que todos los que ingresaran á su seno, por la razón misma de las cosas, serían demócratas verdaderos, partidarios sinceros de la no-reelección, elementos completamente sanos, hombres de gran energía, de verdadero valor civil y de ideales bien definidos.

Efectivamente, no podrán ingresar otras perso-

nas á este partido en las actuales circunstancias, porque la generalidad considera temerario intentar la formación de un partido de oposición, así es que los que lo encabezen, necesitan tener un valor muy poco común en las actuales condiciones porque atraviesa el país; además, á nadie se le ocurrirá ingresar á este por ambición personal, pues sería mucho más fácil obtener un puesto en la actual administración haciendo las declaraciones de los incondicionales ó capitulando oportunamente; mientras que el Partido Democrático tiene muy pocas y lejanas probabilidades de triunfar, á lo menos según el criterio dominante. Este partido, que habría tenido la audacia de oponerse á la re-elección del General Díaz, que habría tenido el valor y el patriotismo de despertar la opinión pública, tendría un gran prestigio en la Nación y aunque fuera derrotado en la primera lucha, tendría una grande influencia en los destinos del país en un futuro no lejano.

En cambio, si se espera la muerte del General Díaz para formar este partido, desde luego será mucho más difícil formarlo, porque no dejaría de ser mal visto por la generalidad, que antes de saber que tal se comportaría su sucesor, se le principiara á hacer oposición.

Además, la impresión que causaría tal acontecimiento nadie puede preverla y si seguimos como hasta aquí, sin que el pueblo se haya organizado, no será remoto que haya un conflicto armado entre los dos partidos reeleccionistas, que si desde ahora no despliegan mayor actividad es tan solo por el temor que les infunde el General Díaz.

Pero aun el caso de que este conflicto no surja,

es indudable que el partido de oposición sería encabezado desde luego por uno de los dos bandos actuales, por el que no reciba como herencia el poder. Este, para prestigiarse, proclamará los principios democráticos y hará al país las promesas más seductoras, y no habiendo otro partido prestigiado á que afiliarse, se afiliarían á él todos los elementos independientes. El gran inconveniente de ésto, consistiría en que los que encabezaran el partido no serían verdaderos demócratas, ni sinceros anti-reeleccionistas y sólo proclamarían esos principios para hacerse de partidarios y los olvidarían al día siguiente de llegar al poder, como tantos de ellos olvidan al día siguiente, las solemnes protestas que hacen de cumplir la ley.

En estas circunstancias, los independientes que de buena fé se hayan afiliado á ese partido, no tendrán la libertad suficiente de acción para hacer respetar el pacto que entrañaban las promesas del jefe del partido, porque éste, siendo personalista, tendría que resentirse de su origen.

No pasará lo mismo con un verdadero partido democrático, del cual surjirá el candidato escogido entre los más dignos, y cuya fuerza estribará en su partido.

Otra circunstancia que demuestra que ya es tiempo de que se organice ese partido político, es que la Nación lo desea, como se puede comprobar por los movimientos electorales en algunos Estados, en los cuales ha tomado parte activa el pueblo, pues aunque éstos han fracasado, han dejado en los ánimos el fermento de la Libertad y todos están ansiosos por renovar la lucha;

por las grandiosas asociaciones de obreros, cuyo fin ostensible es el mutualismo, pero cuyas secretas tendencias son la reivindicación de sus derechos de ciudadano, y por último, por el Congreso de Periodistas pues aunque el fin que aparentemente persigue la agrupación de periodistas de los Estados, es la unión, el verdadero móvil que los, ha guiado es el anhelo de libertad, el deseo de reivindicar nuestros derechos, el ardor por combatir en el campo de la Democracia. Este anhelo que se siente por toda la República, se ha manifestado en multitud de folletos, opúsculos, libros, periódicos nuevos que defienden con más ó menos vigor la gran idea, de que es indispensable que haya lucha electoral; este mismo libro obedece al mismo móvil, pues creemos, como todo el elemento pensador de la República, que ahora se nos presenta el momento oporuno para la reivindicación de nuestros derechos, que atravesamos por el período histórico que más trascendencia tendrá para los destinos de la Patria y que sobre nosotros, los de la nueva generación, pesa una responsabilidad enorme. ¿Veremos perder con criminal indiferencia la preciosa herencia que nos legaron nuestros antepasados, ó valerosamente lucharemos por reconquistarla? Esa es la pregunta que tendremos que contestar ante la historia.

Por todas estas circunstancias, opinamos que ha llegado el momento solemne en que debemos organizarnos en partidos políticos y los que tenemos el ideal democrático, debemos proceder sin pérdida de tiempo á organizar nuestras fuerzas á fin de que cuando llegue el día de las elecciones presidencia-

les, nuestro partido esté remificado por toda la República y estemos en condiciones de luchar, que esa lucha será salvadora, aun en el caso de que resulte derrotado nuestro partido, (1).

¿Cómo se formará el Partido Nacional Democrático?

El Partido Nacional Democrático se formará por la unión de todos los elementos dispersos que se encuentran en la República y que abrigan el mismo, ideal de la reivindicación de nuestros derechos.

Esta unión se llevará á cabo por medio de Clubs que se formarán en cada Estado y que dependerán de un Club Central, y entre los Clubs centrales de los Estados, se acordará la fecha y el lugar en que tendrán una Convención, para adoptar definitivamente el plan político que será la bandera del partido y sobre todo para nombrar un Comité Directivo que será quien dirija sus trabajos.

Si el grupo que se instaló en la Capital de la Re-

[1.]—Escrito lo anterior y en vísperas de mandarlo á la prensa, supimos por el Diario del Hogar, que el domingo 13 del actual (mes de Diciembre] se había reunido un grupo de políticos en la Capital de la República y habían nombrado mesa provisional para organizar el Partido Democrático, compuesta de un Presidente y dos secretarios. El nombramiento de Presidente recayó en el modesto y patriota hijo de nuestro Benemérito, el Señor Lic. Benito Juárez, y el de Secretarios en les Señores Juan Sánchez Azcona y Heriberto Barrón.

Como aun no nos son conocidas las tendencias de este grupo, nos abstenemos de comentar sus trabajos preliminares y seguiremos nuestra obra sin interrupción, con la seguridad de que los secundaremos poderosamente si sus miras son francamente democráticas.

Confesaremos que no hubiéramos vacilado en creer que así sería, si no figurara entre los Secretarios el Señor Heriberto Barrón, uno de los reyistas más caracterizados, y partidario de la re-elección como lo demostró en el Círculo Nacional Porfirista de que forma parte, y no nos explicamos cual será el objeto que persigue al pertenecer á dos partidos políticos que suponemos de tendencias opuestas, pues de lo contrario no tendría razón de ser el último creado.

pública, demuestra tener tener tendencias francamente Democráticas, podrá servir de centro de unión y facilitará mucho los trabajos; pero en caso de que marche con vacilaciones y que no aborde resueltamente la cuestión, será necesario organizarse primero en los Estados y fusionarse después con él, mediante ciertas condiciones que garantizen la realización del ideal democrático.

El Comité Directivo á que nos referimos anteriormente, es necesario que sea nombrado entre los miembros más enérgicos y más adictos al partido, pues tendrá que desempeñar un papel importantísimo. Ese Comité tendrá por misión mandar delegaciones á los Estados en donde no existan Clubs Democráticos, á fin de instalarlos, de hacer una propaganda activa por la prensa y de convocar á una Gran Convención Electoral cuando lo crea oportuno, á fin de que en ella se acuerde definitivamente el programa político del Partido y se elijan los candidatos para Presidente, Vice-Presidente y Magistrados.

Nosotros proponemos, que para que no haya confusión, los Clubs que se vayan formando de acuerdo con la idea que hemos procurado desarrollar, se llamen simplemente «Club Democrático antireeleccionista de... (NOMBRE DE CIUDAD Y DEL ESTADO) y que como base adopten los dos principios que hemos propuesto.

LIBERTAD DE SUFRAGIO.

NO-REELECCIÓN.

Sobre todo este último, que será el verdadero distintivo de este nuevo partido, pues nadie se atreve á atacar abiertamente al primero, que todos res-

petan en la forma, aunque en realidad hagan lo posible por adulterarlo.

Los Clubs que se vayan formando bajo este plan, procurán fundar un periódico en el que den la mayar publicidad á todos sus actos. Igualmente procurán ponerse en comunicación con los demás clubs de su Estado y por medio del que ellos designen como Central, ó directamente en casos extraordinarios, se pondrán en comunicación con los demás clubs semejantes de la República, para que por medio de esas comunicaciones se uniformen las ideas y se pongan de acuerdo los directores de los Estados. Por supuesto que estas reglas que sugerimos, son con el objeto de dar cierta orientación á los que quieran organizarse pronto, á fin de que haya cierta uniformidad en las prácticas de los verdaderos demócratas para distinguirnos entre nosotros y no ir á ser mistificados por otros partidos que adopten el mismo nombre y que quieran ocultar su política absolutista bajo el manto de la Democracia.

¿Quién será el candidato del Partido Nacional Democrático?

No pretendemos contestar esta pregunta, porque sería un imposible puesto que en definitiva ha de ser resuelta en una Gran Convención á la que concurrirán delegados de toda la República.

Lo único que intentaremos será hacer algunas reflexiones que nos parecen pertinentes, sobre todo para no dejar laguna en este trabajo.

Entendemos que en la Convención Electoral se nombrará por mayoría de votos quien ha de ser el candidato, pero es indudable que la opinión del Co-

mité Directivo previamente nombrado por delegados de todos ó de la mayoría de los Estados y Distritos de la República, tendrá gran peso en las determinaciones de la Asamblea, sobre todo si con su actitud digna y enérgica se ha captado la confianza de los demócratas.

Este Comité que á una gran energía y un gran patriotismo debe unir un criterio recto y desapasionado, debe de estudiar con mucha calma ese asunto.

Nosotros opinamos que de preferencia debía de fijarse el Comité en alguno de los miembros más prominentes de la actual Administración, siempre que su gestión gubernativa sea una garantía de que respetará la Constitución, pues por lo pronto no debe desearse otra cosa sinó un hombre que sepa respetar la ley y que no sea capaz de disolver el Congreso de un modo violento, ya sea por convicciones ó por temperamento; pero sobre todo, por antecedentes.

Las ventajas que creemos tenga esa política son las siguientes:

Al escoger el Partido Nacional Democrático su candidato entre los miembros de la actual administración, demostrará que no lo guían ambiciones personales, ni espíritu de oposición sistemática, lo cual constituirá la mejor prueba de la pureza de sus intenciones y de su verdadero patriotismo; además, de esta manera, se logrará evitar que la campaña asuma un carácter muy violento, pues moralmente estarán desarmados los miembros de la actual administración y sus partidarios, para atacar un partido que da tantas pruebas de cordura; por

último, de esta manera los, cuantiosos intereses extranjeros invertidos en nuestra Patria, se juzgarían más á cubierto y bien debemos esa prueba de deferencia, que por espontánea, será honrosa para nosotros, á los que tan poderosamente han contribuido para nuestro desarrollo económico. Las naciones cada vez tienen más ligas entre sí; y se deben guardar mutuamente todas las consideraciones compatibles con la dignidad y el honor.

Para seguir esta línea de conducta, creemos indispensable que el candidato dé su consentimiento previo.

En este caso, se contaría hasta con la ayuda de parte del elemento oficial.

Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones; convendrá intentar esa política, pero no hay que esperar que dé un resultado satisfactorio, á menos que el General Díaz diera su consentimiento al candidato, lo cual es muy poco probable, aunque no imposible del todo.

Las negociaciones para que aceptara la candidatura la persona en quien se fijara el Comité Democrático, podrían llevar á pláticas con el General Díaz y quizá se lograría arreglar con él un pacto ó convenio, que daría por resultado, que todo quedaría arreglado fraternalmente entre la gran familia mexicana.

Este convenio sería más ventajoso para los demócratas, mientras mayores fueran sus fuerzas, y podría consistir en que continuara en la Presidencia el General Díaz, aceptando como Vice-Presidente al candidato en quien los demócratas se hubieran fijado para el mismo puesto, y dando determinadas

libertades á fin de que paulatinamente y sin sacudimiento, se fueran renovando las autoridades municipales en toda la República, las legislaturas de los Estados, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

De esta manera, sin sacudidas violentas y sin luchas de resultados inciertos, pero que de todos modos dejarían odios difíciles de extinguir, se habría verificado la transformación de México, y el General Díaz, que podría dejar el peso de esa obra al Vice-Presidente, permanecería en un pedestal altísimo, como el severo guardián de la ley, como la encarnación verdadera de la Patria.

Pero para que el General Díaz llegue á representar ese grandioso papel, necesita elevarse sobre las banderías políticas, y en vez de acaudillar una de ellas y de recurrir á las artimañas, á las intrigas, á las persecuciones y á los fraudes para que triunfe la suya, elevarse muy por encima, declarándose la encarnación de la Patria, el guardián de la ley y decir á los mexicanos con su voz tonante: «Ya se llegó la hora en que todos vosotros hagáis uso de vuestros derechos. Yo no favorezco á ningún partido. Lo único que quiero es que en vuestras luchas electorales respetéis la ley, como la respeto y la haré respetar por todos los agentes de mi gobierno.»

Esa sería la solución más de desearse, pero no la más probable.

En caso de que ninguno de los miembros prestigiados de la actual Administración admita ser el candidato del Partido Nacional Democrático, entonces será necesario elegir éste entre los miem-

bros del Partido y resolverse á entrar de lleno á la lucha electoral, en contra de las candidaturas oficiales.

Campaña electoral y sus consecuencias posibles.

Esta lucha será ruda, indudablemente, pero es imposible predecir cual será la actitud del Gobierno, de la cual dependerá el carácter que asuma la campaña.

Si el Gobierno se resuelve á respetar la ley, á no ejercer presión en las elecciones y á no adulterar el sufragio, la lucha será agitada pero no correrá sangre, y esa agitación, no hará sino despertar por completo al pueblo y enseñarle á hacer uso de sus derechos.

En este caso, aun triunfando las candidaturas oficiales, el partido democrático habría obtenido el triunfo de uno de sus ideales: la Libertad de Sufragio, y aseguraría y prepararía el terreno para que pronto triunfara el principio de la no-reelección, pues por mal que le fuera en las elecciones, indudablemente que su triunfo sería completo en algunos distritos y tendría sus representantes en las Cámaras, que aun en minoría, representarían un importantísimo elemento para evitar los desmanes del poder y para velar por que se respetara la ley electoral en todo el territorio de la República.

En el caso que nos ponemos, de que la libertad en las elecciones fuera completa y que el Gobierno respetara fielmente la ley, podría darse el caso de que el partido democrático triunfara, pues á pesar del inmenso prestigio del General Díaz, una gran parte de la Nación vería con satisfacción que dejara el poder en manos más jóvenes.

Esta solución, la menos probable de todas, sería el coronamiento más brillante de la obra del General Díaz y del Partido Nacional Democrático, que en lo sucesivo marcharían de común acuerdo, pues éste sería fácil teniendo una base honrosa para ambos, como sería la ley.

Los demócratas habrían visto coronados sus esfuerzoss con un éxito inesperado, y en lo sucesivo, estaría asegurado el régimen Constitucional y la paz definitivamente consolidada, puesto que las energías nacionales habrían encontrado su cauce natural.

El General Díaz, retirado á la vida privada, tendría la satisfacción de ver de lejos su obra coronada brillantemente y más de cerca palparía la gratitud nacional que sería inmensa en caso de que observara tal conducta.

Pero estamos hablando en el caso ideal de que por una pronta regresión, el General Díaz se resolviera á ponerse arriba de los partidos y se declarase el protector de la ley.

Desgraciadamente los hechos hasta hoy no nos autorizan á formarnos tan halagüeñas esperanzas.

Lo más probable será que el General Díaz, obsecionado por la idea fija que ya le conocemos, impulsado por el círculo que lo rodea y que tan bien sabe aprovechar su privanza, quiera reelejirse por última vez y no transija con la Nación ni en el nombramiento de Vice-Presidente, de Magistrados, de Diputados, Senadores, etc. ni en concederle las libertades que desea. En una palabra, que quiera perpetuar el actual régimen de poder absoluto, y dejar á la República maniatada, en manos

de un sucesor elejido por su capricho, y del cual ni él podrá moderar sus actos cuando ya no sea de los de este mundo.

Las consecuencias de esta política serán funestas para la República, como se desprende del estudio que hemos hecho para demostrar el peligro tan grande que correrá nuestra Patria si seguimos bajo el régimen del poder absoluto con el sucesor del General Díaz.

Por esta circunstancia, es indispensable luchar con energía, aun en el caso de que se prevea una derrota segura, porque con el solo hecho de luchar en el campo de la democracia, de concurrir á las urnas electorales y sobre todo, de habernos constituido en Partido Político, los demócratas, habremos logrado que el país despierte, y el Partido Nacional Democrático, aunque derrotado, habrá salvado en realidad las instituciones, pues con esa lucha habrá adquirido tal prestigio, que al morir el General Díaz, se constituirá en un vigía constante para su sucesor que tendrá que obrar por este motivo con gran moderación y tendrá que hacer concesiones al pueblo, que se las arrancará en las frecuentes luchas electorales, pues los demócratas no descasarán, y promoverán campañas electorales en los Estados á fin de renovar poco á poco los Ayuntamientos, las Legislaturas locales, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

El Partido Nacional Democrático se fortalecerá cada vez más, al grado de contrabalancear el poder absoluto, á fin de que resulte el equilibrio necesario para el funcionamiento normal de nuestras instituciones.

Ya vemos como de cualquier manera que sea, el Partido Nacional Democrático prestará grandes servicios á la Patria.

Veamos sin embargo qué podrá suceder si el gobierno recurre á medidas demasiado violentas para obtener su triunfo, pues para que se llegue á luchar hasta en los comicios, se necesitará una relativa libertad.

En el caso de que ésta falte por completo, imposible será pronosticar lo que suceda, pues bien puede darse el caso de que la Nación indignada por las violencias y por las persecuciones de que son víctimas sus buenos hijos, tan sólo porque quieren hacer uso de sus derechos, se levante en masa y presenciemos otra revolución popular como la de Ayutla.

No porque hasta ahora ha permanecido la Nación impasible, hay que imaginarse que presenciará con la misma impasibilidad si se cometen numerosos atentados; pues ahora pasamos por una época de transición, se nota gran agitamiento, gran ansiedad en todas partes, y si las energías de la Nación ansiosas por manifestarse, no encuentran expedita la vía democrática, podrán desviarse por los senderos torcidos de la revuelta y acarrearán males sin cuento á la Patria.

Las consecuancias serían funestas para el país, aunque no creamos tan probable una intervención de los Estados Unidos, porque antes de resolverse á una guerra con nosotros, tendrían que pensarlo muy maduramente. Los boeros han probado de lo que es capaz un pueblo en la defensiva y más aún, un pueblo que lucha por su independencia.

Una guerra con México costaría á los Estados Unidos, un número muy superior de millones al que tienen invertidos en nuestro territorio y los cuales no serán tan amenazados en caso de una revolución, como se ha dado en suponer. Además, tendrían que resolverse á sacrificar algunos cientos de miles de sus hijos, pues los mexicanos no nos resolveremos tan fácilmente á perder parte de nuestro territorio, ni menos aún nuestra independencia.

Esa guerra es además muy poco probable, porque al elevado nivel intelectual y moral del pueblo americano, repugnaría una guerra tan sangrienta, tan solo por proteger los intereses de algunos capilistas, que muy bien podrán encontrar protección ó indemnización valiéndose de las vías diplomáticas.

Decimos lo anterior, no porque creamos que una revolución dejara de ser funesta por estar tan remoto aquel peligro, sino porque queremos rechazar la humillante idea que han dado en propalar algunos sostenedores de la actual administración, de que los Estados Unidos intervendrían en caso de un conflicto interior. El mismo General Reyes, que se precia de ser un gran patriota, ha dicho en su célebre entrevista con el Señor Heriberto Barrón: "*Creerme capaz de atentar así contra la paz interior, y por ende, hasta la de carácter internacional, pues* LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA HOY SE IMPONE PARA GARANTIZAR LOS CUANTIOSOS CAPITALES VENIDOS DEL EXTERIOR Á NUESTRAS INDUSTRIAS Y MERCADOS...."

La intervención solo podría tener lugar, en el caso de que nuestro Gobierno siguiera la misma conducta anti-patriótica de Estrada Palma en Cuba,

pero estamos convencidos de que no pasará así y de que en el caso desgraciado de una intervención extranjera, se borrarían instantáneamente todos los motivos de división intestina y todos los mexicanos unidos, capitaneados por nuestro venerable Presidente, no tendríamos más que un pensamiento: luchar hasta morir, antes de perder nuestra independencia.

Pero á pesar de las pocas probabilidades de un conflicto internacional, ¡cuánto mejor es evitar todas las causas que posiblemente puedan acarrearlo! Para lograr este objeto, no se necesita un gran esfuerzo. Basta con que todos los mexicanos nos respetemos mutuamente nuestros derechos, pues tengámoslo siempre presente: «El respeto al derecho ageno es la paz» tanto en asuntos internacionales, como en los domésticos.

La hipótesis de que estalle una revolución es la menos probable de todas, pues por un lado, el elemento gobiernista procurará evitarla á toda costa y el medio más eficaz y más sencillo consistirá en hacer concesiones á la voluntad nacional, lo cual está en su mano; por otro lado, los que formen el partido democrático, como lo indica su nombre, son partidarios de la ley y por amarga experiencia sabemos los mexicanos que siempre que hemos empuñado las armas para derrocar algún mal gobierno, hemos sido cruelmente decepcionados por nuestros caudillos que nunca nos han cumplido las promesas que nos hicieron, por cuyo motivo las tendencias del partido democrático serán precisamente, trabajar porque por medio de las prácticas democráticas, se verifique el cambio de funcionarios.

A pesar de lo anterior, la probabilidad existe de que sí se levante la Nación si se le oprime demasiado vigorosamente; pues si es cierto que está acostumbrada á permanecer tranquila y en perpetua paz, también está acostumbrada á no ver cometer atentados sino aislados y muy de cuando en cuando, y si ahora viniera una serie numerosa como tendría que suceder, le causarían una indignación difícil de contener.

En este caso desgraciado, sería el culpable el General Díaz, que por su obstinación en no hacer concesión alguna á la Nación, habría precipitado esa catástrofe, pues hay que decirlo alto y claro: el General Díaz, ayudado por las circunstancias y de un modo tácito por todos los mexicanos, ha creado un orden tal de cosas, que ni él mismo podrá alterar impunemente.

Otra eventualidad posible en caso de que se iniciara con vigor el régimen de persecuciones, sería que se lograría callar todas las voces independientes, quitar de en medio á todos los hombres de energía capaces de dirigir al pueblo y que se establecería para siempre en nuestra Patria el régimen de poder absoluto con todas sus funestas consecuencias.

Entonces, el General Díaz, habría causado á la Patria Mexicana el mayor mal posible, pues habría aniquilado para siempre sus fuerzas, y la entregará maniatada en manos de su sucesor, cuya conducta, ni él mismo puede prever, ni mucho menos podrá remediar cuando ya haya abandonado este mundo.

Estas dos posibles contingencias: la revolución ó

la consolidación definitiva del régimen de poder absoluto, son precisamente las que intenta evitar el Partido Nacional Democrático. La primera la evitará encauzando las energías de la Nación por un camino hasta ahora nuevo para ella: por el de la Democracia. La segunda, luchando en los comicios aun sin esperanzas de triunfo, con tal de despertar el espíritu público y prestigiarse lo suficiente para poder luchar con el sucesor del General Díaz y arrancarle una á una nuestras libertades.

Sin embargo, para que el Partido Nacional Democrático pueda cumplir su noble misión, ya lo hemos dicho, es necesario que el General Díaz renuncie al régimen de persecuciones y que conceda la libertad suficiente para que la Nación se organice en partidos políticos y pueda nombrar libremente sus mandatarios.

Consideraciones generales.

Para terminar este capítulo, haremos las consideraciones generales siguientes, para demostrar que el pueblo puede esperar mucho de sus propios esfuerzos.

Las Compañías Ferrocarrileras en México, que eran en su mayoría extranjeras, ocupaban á un gran número de empleados mexicanos y los trataban con una desigualdad irritante, en relación á los empleados americanos. El Gobierno Mexicano jamás se preocupó del asunto, pero los ferrocarrileros mexicanos, que comprendieron que nada debían de esperar del gobierno, se unieron, formaron una asociación poderosa que ha logrado no solamente que se trate al mexicano en un pié de igualdad con

el americano, sino que ha obtenido importantes concesiones del Gobierno.

En este Estado de Coahuila, á consecuencia del Estado de Sitio que fué declarado en el año de 1884 á raíz de subir el General Díaz al poder, el pueblo no pudo hacer libremente sus elecciones y nos fué impuesto un Gobernador de acuerdo con las tendencias tuxtepecanas.

Este Gobernador resultó insoportable, y 12 años después todo el Estado se levantó indignado y hasta se registraron algunos levantamientos con las armas. El General Díaz vió que si se empeñaba en sostener á ese mal gobernante podía venir una conflagración en la República, y cedió.

El nuevo gobernante de Coahuila era un excelente sujeto, pero después de su primera reelección se corrompió, como pasa con casi todos los hombres que permanecen muchos años en el poder. Al intentar su tercera reelección se organizó un fuerte movimiento oposicionista, y si el triunfo de la oposición no resultó más completo, fué porque es imposible que después de 30 años de inmovilidad, el primer esfuerzo para mover la opinión pública, obtuviera un éxito completo.

Sin embargo, merced á aquel movimiento, se logró que fueran removidas todas las autoridades locales, con lo cual sintió un alivio el Estado. Es cierto que posteriormente han empeorado en algunos pueblos, pero es siempre debido al régimen de poder absoluto, bajo el cual tendrán que cometerse grandes faltas, aun teniendo buena intención.

Ahora parece asegurado el cambio de Goberna-

dor, é indudablemente que esto obedecerá á nuestros esfuerzos de hace tres años.

Con lo anterior, intentamos demostrar con hechos, que no hay esfuerzo que sea perdido cuando lleva un fin bueno.

Por esta circunstancia, no debemos de vacilar en organizarnos los que profesamos el ideal democrático, porque ya vemos que es indispensable hacerlo para salvar á nuestra Patria ó de los horrores de la guerra civil, ó de la decadencia que acarreará la prolongación del régimen de poder absoluto.

En cuanto al temor tan generalizado de que el General Díaz sofocará con mano de hierro cualquier movimiento democrático, lo creemos exagerado y quizá hasta infundado por las razones siguientes: El General Díaz tiene un gran tacto y ha de comprender cuan funestas serían las consecuencias de inagurar una era de persecuciones. A su edad, después de haber gobernado por más de 30 años en medio de una tranquilidad nunca vista en nuestra historia, habiendo logrado llevar á su Patria á un alto grado de desarrollo industrial y mercantil, habiendo logrado implantar la paz en nuestro turbulento suelo, y por último, habiendo llegado á formarse una reputación casi mundial, no querrá ir á comprometer sus laureles en una última contienda con el pueblo, en la que lleva todas las probabilidades de perder, pues aunque lograra sostenerse en el poder por unos cuantos años más, que serán los que le quedarán de vida, será á costa de tanta sangre, de tanta perfidia, que ya no podrá vivir tranquilo; como pesadilla horripilante se le aparecerán las sombras de sus víctimas y el último grito de

indignación de la Patria amordazada y revolcándose con las convulsiones de la agonía, tendrá un eco siniestro en las profundidades de su conciencia.

El General Díaz, que puede legítimamente aspirar á vivir los últimos años que le quedan de vida, en entera calma, acompañado por las bendiciones del pueblo, arrullado por la gratitud nacional, tendría que resignarse á vivir en constante zozobra, á no ver en el pueblo sino rostros sombríos, á no adivinar en su siniestro silencio sino protestas de indignación y las maldiciones que siempre acompañan á los tiranos de la tierra.

RESUMEN.

Hemos terminado nuestro trabajo, y aunque adolecerá de grandes deficiencias como toda producción humana, creemos haber cumplido hasta donde nos ha sido posible con el ofrecimiento que hicimos desde el principio, de sobreponernos á todas las pasiones bajas y no inspirarnos sino en el más puro patriotismo, á fin de hablar el lenguaje de la Patria, á fin de interpretar fielmente sus angustias, sus necesidades, sus deseos, sus ardientes aspiraciones.

Pero antes de terminar, vamos á procurar condensar el resultado de nuestro estudio, á fin de describir de un modo más conciso nuestra idea general sobre la situación.

***

A consecuencia de nuestra larga era de guerras intestinas, en la cual no se conocía más derecho que el del más fuerte, al fin tuvimos que caer bajo el

dominio del más poderoso y afortunado de los militares de aquella época, que estableciendo una dictadura bajo las formas republicanas, ha logrado extirpar de nuestro suelo el germen de las revoluciones, pues al militarismo lo ha desprestigiado con 30 años de paz y al pueblo le ha hecho crearse intereses materiales de tal cuantía, que constituyen un factor importantísimo para alejarlo de las revueltas.

El pueblo mexicano que antes era sumamente turbulento, es ahora el más pacífico de todos los pueblos de la tierra, y no solamente respeta con gusto la ley, sino que hasta respeta servilmente el principio de autoridad.

Por otro parte, ningún gobierno había llegado á tener la gran estabilidad y duración que ha tenido el actual.

De esto ha resultado, que de un extremo hemos caído en otro extremo.

Si antes éramos turbulentos, ahora somos serviles.

Si antes éramos tan exigentes cuando se trataba de hacer respetar nuestros derechos y siempre teníamos la carabina en la mano como el supremo argumento, ahora obedecemos sin discutir las órdenes más arbitrarias del más ínfimo representante de la autoridad.

Si antes sólo pensábamos en los grandes intereses de la Patria y siempre estábamos listos para volar á su defensa, ahora hemos perdido todo interés por la cosa pública, porque se nos ha enseñado á no mezclarnos en esos asuntos, y además de que nuestras indicaciones nunca son oídas, son fre-

cuentemente motivo de persecuciones; por este motivo, sólo pensamos en nuestros intereses particulares, dando por resultado, que el patriotismo ha sido substituido por el egoísmo.

No discutiremos en este lugar si esta política habrá sido la más conveniente para encauzar debidamente las energías del país.

Lo único que sí afirmamos, es que si seguimos por el mismo camino y el pueblo no interviene para nada en el nombramiento de sus mandatarios, corremos el gravísimo peligro de que se establezca entre nosotros de un modo definitivo el régimen del Poder Absoluto, cuyas consecuencias funestas nos hemos esforzado en pintar, á fin de que todos sepan á donde vamos.

Ya lo hemos dicho: la Dictadura del General Díaz, ha sido una dictadura militar, pero honrada y á pesar de eso, se han cometido grandes abusos y faltas trascendentales; las costumbres se han viciado, el pueblo ha perdido sus energías y la ley su prestigio. ¿Qué sucederá cuando venga la serie de sus sucesores, envileciendo á la Nación con sus vicios y haciendo cada vez más pesadas las cadenas que la oprimen?

Por más talento que le reconozcamos al General Díaz, por la misma razón de las cosas, por el régimen de gobierno que tiene establecido, no podrá él conocer á todos los buenos mexicanos y al elegir su sucesor, tendrá que incurrir en error, como incurrió al dejar al General González en la Presidencia, al Señor Corral en la Vice-Presidencia y á tantos Gobernadores indignos en sus puestos.

Pues bien, con estos antecedentes, no debe fiar

el pueblo mexicano sus destinos en manos del General Díaz y debe de resolverse á representar el papel que le corresponde al nombrar su sucesor.

Al implantarse entre nosotros de un modo definitivo el régimen de Poder Absoluto, nunca podremos prever qué conducta observarán nuestros mandatarios, pues no teniendo compromiso alguno con la Nación, sólo se guiarán por los impulsos de sus pasiones y no reconocerán más ley que sus deseos personales. Con este motivo, nuestra decadencia será segura, pues los buenos patriotas irán desapareciendo, los pensadores permanecerán silenciosos, y el pueblo, á ciegas, no sabrá distinguir ni apreciar el precipicio á donde lo llevan sus mandatarios, ciegos también; pues la adulación, los vicios, el brillo del poder, formarán una venda espesa que cubrirá sus ojos, pues no hay que olvidarlo: el poder absoluto corrompe á los que lo ejercen y á los que lo sufren.

México, por su situación internacional, debe de temer las consecuencias de cualquier falta de sus mandatarios, porque pueden serle funestas y están expuestos á cometer esas faltas todos los hombres que tienen el poder absoluto.

Para convencernos de ésto, recordemos que la dictadura de Santa Ana nos hizo perder la mitad de nuestro territorio; que una debilidad del más fuerte, del más grande de nuestros gobernantes, del inmortal Juárez, estuvo á punto de acarrear graves perjuicios á la Patria con el tratado Mac-Lane-Ocampo y por último, que el mismo General Díaz, á pesar de sus grandes virtudes, de su acendrado patriotismo, ha cometido faltas tan graves,

como la guerra de Tomochic, del Yaqui, la condescendencia exagerada hacia nuestros vecinos del Norte al grado de permitirle que sus flotas hagan sus ejercicios de tiro al blanco y tengan sus depósitos de carbón en la Bahía de la Magdalena y por último, el haber debilitado á la República matando todo civismo, todo patriotismo entre los mexicanos; pues ya lo hemos dicho, estas grandes virtudes solo florecen al calor vivificanta del sol de la libertad; la noche del absolutismo las marchita, las mata.

Pues bien, que se prolongue este régimen, y toda idea de patriotismo desaparecerá por completo y la mayor corrupción en las costumbres acabará de matar cuanto sentimiento noble y generoso puedan abrigar aún los pechos mexicanos. La decadencia será cada vez mayor, y México, que necesita ser una Nación fuerte para el cumplimiento de sus grandes destinos, tendrá que resignarse á sucumbir bajo el peso de sus vicios, ó ante el victorioso invasor que no encontrará más obstáculo que el que encontraron los bárbaros para entrar en Roma: la distancia.

Ese es el triste porvenir que nos espera, si no intervenimos todos los mexicanos resueltamente en la próxima campaña electoral.

Podemos hasta admitir que haya sido necesario para el país que lo gobernara por 32 años con mano de hierro el General Díaz, pero lo que sí rechazamos en lo absoluto, es que sea conveniente que este régimen se prolongue.

Para evitarlo, para salvar á nuestra Patria del eminente peligro que la amenaza, no hay más re-

medio que hacer un vigoroso esfuerzo, organizarnos en partidos políticos á fin de que la Nación esté debidamente representada y luchar en las contiendas electorales á fin de sacar al pueblo de su sopor, fortalecerlo por medio de la lucha, hacerlo concebir un amor más grande á la Patria, á medida que sean mayores los bienes que reciba de ella, y mayor la participación que él tenga en la cosa pública, pues á medida que esto aumente, aumentará su preocupación por los grandes problemas nacionales, que sabe será llamado á resolver.

Este esfuerzo, la Patria lo espera de todos los buenos mexicanos.

¿El General Díaz, querrá ser de ese número, y con su prestigio facilitar ese movimiento?

Entonces la tarea resultará fácil y en perfecta armonía todos los miembros de la gran familia mexicana, nos habremos puesto de acuerdo para salvar á nuestra Patria, y con nuestro esfuerzo unánime, indudablemente la salvaremos.

Pero si el General Díaz, en vez de poner el inmenso poder de que se haya revestido al servicio de los grandes intereses de la República, lo pone al servicio de alguna bandería política, y en vez de facilitar la acción del pueblo protegiéndolo con las leyes, se empeña en entorpecerla, entonces el problema se presentará con una solución mucho más difícil; pero no por eso debemos vacilar en abordarlo resueltamente.

¡Es necesario salvar á la Patria!

Hagámoslo con la ayuda del General Díaz, ó sin ella y aún á pesar de sus esfuerzos en contra; pues primero es cumplir con ese deber sagrado, que

complacer al General Díaz aunque peligren nuestras propias existencias; así es que no debemos de vacilar en sacrificarlas, si preciso es, con tal de salvar á la República de los inminentes peligros que la amenazan.

¿Pero esta lucha entre el Pueblo y el General Díaz será posible y tendrá probabilidades de éxito?

Sí que lo es y tiene el éxito asegurado, pues aun en el caso de que el General Díaz aferrado al poder no lo soltara hasta no abandonar este mundo, el Pueblo habría despertado, se habría organizado y estaría en condiciones de luchar ventajosamente en contra de los sucesores del General Díaz, en caso de que éstos quisieran seguir su misma política.

De lo que un pueblo es capaz, nadie se lo imagina; los estadistas más notables, los escritores más serios se equivocan, y si no, allí están las sorpresas que nuestra Patria ha dado al mundo, proclamando y conquistando su independencia, derrocando á las dictaduras más fuertemente establecidas, como la de Santa Ana, oponiendo una resistencia que nos hizo invencibles á las huestes napoleónicas.

En otras partes del mundo han sido tan frecuentes esas sorpresas, que por no hablar sino de las más recientes, recordaremos á Turquía y á Rusia, países clásicos del despotismo, que han conquistado su libertad en estos últimos años y á Persia que lucha vigorosamente por conseguirla con todas las probabilidades del triunfo.

Pues bien, ante la perspectiva de una lucha tan vigorosa como podrá ser si se organiza poderosamente un partido independiente, como el Nacional Democrático que proponemos, quizá el General

Díaz se resuelva á respetar la ley y á emplear los poderosos elementos que el pueblo ha puesto á su disposición, para hacer que se guarde el orden por todos los partidos que luchen, sin favorecer á ninguno.

Esto es más fácil de lo que aparentan creer los defensores del actual régimen de cosas.

En Cuba, un número reducido de fuerzas americanas bastó para que las elecciones se hicieran en toda calma.

Pues bien, ¿qué el General Díaz proporcionalmente no dispone en nuestro país de mayor número de fuerzas que los americanos en Cuba?

En este caso, ¿tendrían más interés los americanos por Cuba que el General Díaz por su propia Patria? porque no hay que decir que seamos más turbulentos que los cubanos y que éstos estén más acostumbrados que nosotros á las prácticas democráticas, pues nadie lo creerá.

Si aquí en México se han registrado con frecuencia disturbios en las elecciones, ha sido porque el Gobierno, apoyado con el ejército, ha sido la causa de ellos, pues nunca ha querido dejar al pueblo que haga uso de sus derechos.

El pueblo ha demostrado que ya no necesita tutela, que está apto para hacer uso de sus derechos pacíficamente, y el General Díaz cuenta con elementos para hacer que se guarde el orden, siempre que obligara á todas las autoridades subalternas á respetar la ley electoral. En caso de que surgiera algún disturbio en las elecciones presidenciales ó locales de los Estados, sería fácil restablecer el orden, porque éste sería aislado, pues ya en México nadie

piensa en revoluciones, ni las secunda como se demostró con las últimas intentonas que fracasaron, por que la Nación permaneció impasible.

No comprendemos por qué circunstancias el General Díaz se obstina en proseguir con su misma política de absolutismo, y á la vez hace por conducto de Creelman declaraciones solemnes afirmando que el pueblo mexicano está apto para la Democracia.

Si estas declaraciones hubieran sido sinceras, ya era tiempo de que hubiera permitido que en los Estados y en los Municipios, se efactuaran elecciones, pero hemos visto lo contrario, pues precisamente en este mes [Diciembre] se organizaron los demócratas del Distrito del Centro de este Estado, y se propusieron cuncurrir á las urnas electorales, pero fueron burlados en sus esperanzas por el gobierno que cometió toda clase de irregularidades y atropellos para falsear el voto público.

Pues bien, á pesar de que todo indica que el General Díaz persiste en su política absolutista, y de que quiere perpetuar ese régimen y que debemos resolvernos á luchar si es preciso contra él mismo, no por eso debemos de perder todas las esperanzas de que cambie de derrotero á su política, si es que entre los mexicanos no ha muerto por completo el patriotismo, pues si logramos organizarnos fuertemente y que la voz de la Nación se haga oir patente y vigorosa, quizá el General Díaz se sienta conmover y las fibras más sensibles de su alma se pondrán en vibración al escuchar la sonora voz de la Patria que le hablará como sigue:

«Hasta ahora con el pretexto de dar estabilidad

al gobierno, de transformar el espíritu turbulento de los mexicanos, de sofocar las ambiciones malsanas, te has puesto arriba de la ley y arriba de tus más solemnes compromisos sosteniéndote en el poder que has usado discrecionalmente.

«Pues bien, tu obra está terminada: has logrado dar á tu Gobierno una estabilidad hasta peligrosa por su duración; de turbulento has trasformado el espíritu de tus conciudadanos en servil; has terminado con todas las ambiciones no solamente malsanas, sino también con las de más buena ley.

«¿Cuál es el objeto que persigues ahora con empeñarte en seguir con este régimen de Gobierno?

«Hasta ahora todas tus faltas pueden ser disculpadas, todos tus actos explicados por la historia de un modo satisfactorio para tí, si pruebas tu buena fé, cumpliendo ahora que ya es tiempo, todas tus promesas y si en los últimos años de tu vida te resuelves á ponerte bajo la ley, respetándola sinceramente y declarándote su protector.

«De este modo habrás logrado coronar brillantemente tu obra de pacificación, habrás llevado la República á una altura envidiable, tu nombre será bendecido por tus conciudadanos, venerado por las generaciones futuras, y figurará en la historia entre los más grandes.

«Mientras que si por la estéril vanidad de demostrar que tienes más poder que el pueblo, te empeñas en prolongar esta era de despotismo y si en vez de declararte el representante de mis más caros intereses te obstinas en defender los del círculo que te rodea, entónces habrás comprometido el éxito de tu obra, pues las aspiraciones nacionales, en-

contrando obstruidos los canales por donde deben encauzarse, se desbordarán y arrastrarán cuanto encuentren, y hasta tú mismo tiembla, pues te declararé mal hijo, y tu nombre será inscripto en la historia como el de un ambicioso y afortunado militar que con inmensos elementos á su disposición, sólo supo ser un tirano vulgar que nunca cumplió sus promesas más solemnes, que con su desprecio á la ley le hizo perder todo su prestigio; que con su ambición personal llevó á sus conciudadanos á la servidumbre y la República á la decadencia.»

Este severo lenguaje demostrará al General Díaz que está para terminar su carrera y que los últimos actos de su vida serán los que le den su aspecto definitivo, pues se encuentra actualmente en el caso de justificar todos sus actos ante la historia y de atraerse las bendiciones del pueblo mexicano si respeta la ley y se declara su protector ó se atraerá el juicio más severo de la posteridad y las maldiciones de sus conciudadanos, en el caso de que siga violándola, de que se siga considerando superior á ella.

General Díaz: Pertenecéis más á la historia que á vuestra época, pertenecéis más á la Patria que al estrecho círculo de amigos que os rodea; no podéis encontrar un sucesor más digno de vos y que más os enaltezca que la LEY.

Declaraos su protector y seréis la encarnación de la Patria.

Declarándola vuestra sucesora, habréis asegurado definitivamente el engrandecimiento de la República y habréis coronado espléndidamente vuestra obra de pacificación.

Por último, en nombre de la Patria y de su historia, que tendría orgullo en mostrar vuestro ejemplo como uno de los más dignos de ser imitado, vuestra vida como uno de sus timbres de gloria más puros, os conjuramos á que por respeto á vuestra gloria y á los más caros intereses de la Nación os pongáis abajo de la ley, pues entonces ya nadie se atreverá á vulnerarla y su imperio se habrá establecido perdurablemente, y así legaréisvuetra herencia política al pueblo mexicano, y como sucesor tendríais al más digno de todos: á la LEY.

CONCLUSIONES.

Como resultado de nuestro trabajo, creemos que lógicamente podemos deducir las siguientes conclusiones:

1ª—A consecuencia de nuestra guerra de Independencia y después de la que sostuvimos con Napoleón III, nos ha quedado la plaga del militarismo.

2ª—Al militarismo debemos la Dictadura del General Díaz que ha durado por más de 30 años.

3ª—Esta Dictadura ha restablecido el orden, y cimentado la paz, lo cual ha permitido que llegue libremente á nuestro país la gran oleada de progreso material, que ha invadido al mundo civilizado desde á mediados del siglo pasado.

4ª—En cambio, este régimen de gobierno ha modificado profundamente el carácter del pueblo mexicano, el cual, ocupado únicamente en su progreso material, ha olvidado sus grandes deberes para con la Patria.

5ª—Que si en rigor puede admitirse que la Dictadura del General Díaz haya sido benéfica, es in-

dudable que sería funesto para el país que el actual régimen de gobierno se prolongara con su sucesor, porque nos acarrearía la anarquía ó la decadencia, y ambas pondrían en peligro nuestra vida como Nación independiente.

6ª—Que todo hace creer que si las cosas siguen en tal estado, el General Díaz, ya sea por convicción ó por condescender con sus amigos, nombrará como sucesor á alguno de éstos; el que mejor pueda seguir su misma política, con lo cual quedará establecido de un modo definitivo el régimen de poder absoluto.

7ª—Que buscar un cambio por medio de las armas, sería agravar nuestra situación interior, prolongar la era del militarismo, y atraernos graves complicaciones internacionales.

8ª—Que el único medio de evitar que la República vaya á ese abismo, es hacer un esfuerzo entre todos los buenos mexicanos para organizarnos en partidos políticos, á fin de que la voluntad nacional esté debidamente representada y pueda hacerse respetar en la próxima contienda electoral.

9ª—Que el partido que mejor interpreta las tendencias actuales de la Nación, será el que proponemos: «El Partido Nacional Democrático» proclamando sus dos principios fundamentales:

LIBERTAD DE SUFRAGIO.

NO-REELECCION.

10ª—Que si el General Díaz no pone obstáculos ni permite que los pongan los miembros de su administración, para la libre manifestación de la voluntad nacional, y se constituye en el severo guardián de la ley, se habrá asegurado la transforma-

ción de México, sin bruscas sacudidas; el porvenir de la República estará asegurado, y el General Díaz reelecto libremente ó retirado á la vida privada, será uno de nuestros más grandes hombres.

11ª— Que cuando el Partido Nacional Democrático esté vigorosamente organizado, será muy conveniente que procure una transacción con el General Díaz, para hacer una fusión de las candidaturas, según la cual el General Díaz podría seguir de Presidente, pero el Vice-Presidente y parte de las Cámaras y de los Gobernadores de los Estados, serían del Partido Nacional Democrático. Sobre todo, se estipulará que en lo sucesivo haya Libertad de Sufragio y si es posible, desde luego se podrá convenir en reformar la Constitución en el sentido de no-reelección.

12ª—Que en el caso de que el General Díaz se obstine en no hacer ninguna concesión á la voluntad nacional, entonces será preciso resolverse á luchar abiertamente en contra de las candidaturas oficiales.

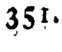
13ª—Que esta lucha despertará al país y sus resultados serán asegurar en un futuro no lejano, la reivindicación de nuestros derechos.

14ª—Que el Partido Nacional Democrático, tiene algunas probabilidades de triunfar desde luego, pues nadie sabe de lo que es capaz un pueblo que lucha por su libertad, sino cuando con sorpresa se ve el resultado.

15ª—Que aun en el caso de ser derrotado el Partido Nacional Democrático, como estará constituido por el elemento independiente seleccionado, y como se habrá prestigiado grandemente por haber tenido el valor de luchar contra la actual Dic-

tadura, tendrá que ejercer una influencia dominante en nuestro país, por lo menos al desaparecer el General Díaz.

16ª—Por último, que la Patria está en peligro y que es necesario el esfuerzo de todos los buenos mexicanos para salvarla.



ULTIMAS PALABRAS DEL AUTOR.

He terminado mi lihro, pero no la tarea que él entraña; pues desde el momento en que lanzo al público una idea, no es con la esperanza de que fructifique con ese solo esfuerzo sino que necesitará del de todos los buenos mexicanos al cual uniré incondicionalmente mis energías, para en común, seguir luchando por el triunfo de la idea ya expuesta. Sólo de esa manera creeré haber cumplido con el deber que tenemos de prestar nuestro contingente á la Patria cuando ella lo demanda.

Muchos cargos me harán y mi libro se prestará á acerbos ataques, pero lo único que quiero hacer constar desde ahora, es que por el General Díaz siento una gran simpatía, porque tengo formado de él un concepto muy distinto del que vulgarmente se tiene y la mejor prueba de ello es que he tenido el valor suficiente para escribir este libro.

No creo que el General Díaz vaya á sofocar con mano de hierro algún movimiento democrático que se inicie con motivo de su última reelección, pues le creo bastante patriota para comprender que ya pasaron los tiempos en que el machete era el argumento de más peso, y que no será él mismo, el que vaya á perturbar de nuevo la paz, echando por tierra su obra, de la que tan legítimamente se enorgullece.

Además, nuestro viejo Presidente tiene en su vida episodios tan sorprendentes, que cautiva, que involuntariamente hacen que se le considere como un héroe legendario, del cual puede esperarse todo; la prueba es que mientras algunos creen que va á perpetuar la Dictadura con su sucesor, otros esperan que corone su obra encauzando definitivamente las energías de la Nación por el camino de la Democracia y consolide para siempre el reynado de la ley.

Pues bien, yo soy de estos últimos: no creo que vaya á organizar él mismo los partidos políticos, pero sí creo que no les pondrá trabas para que se formen, y creo también que observando esta conducta, llegará á ser una de las figuras más grandes de nuestra historia.

Por todas estas circunstancias, yo, que profeso culto por todos nuestros grandes hombres, quiero que en el altar de la Patria y en el corazón de cada mexicano, ocupe un lugar preferente nuestro héroe de Miahuatlán y la Carbonera, nuestro gran Pacificador, nuestro eximio gobernante; pero para lograr su objeto, para que corone su obra, comprendo que tenemos que ayudarle todos los mexicanos

á fin de hacerle oir la voz de la Patria en vez de que escuche la del círculo que lo rodea y que, celoso de su herencia, no quiere verla mermada.

Así como para principiar su obra, el General Díaz necesitó de la ayuda de sus valientes soldados que intrépidos afrontaban la metralla, para concluirla necesita del concurso de todos los mexicanos, que con su energía y valor civil vayan á las urnas electorales á hacer uso de sus derechos.

Ayudémosle pues, y al hacerlo grande, haremos igualmente grande á nuestra Patria querida.

FIN.

INDICE.

